

George Eliot

Silas Marner



Lectulandia

Silas Marner, un bondadoso tejedor, es acusado de un robo abyecto cometido por su mejor amigo, lo que le obliga a exiliarse de su comunidad. Instalado en Raveloe, un pueblo apartado, se convierte en un solitario y huraño avariento cuya existencia se reduce al trabajo en el telar y a acumular un tesoro en monedas de oro y plata. Sin embargo, dos sucesos inesperados cambiarán su amarga monotonía: el robo de su dinero y la súbita aparición en su casa de una niña huérfana.

Lectulandia

George Eliot

Silas Marner

El tejedor de Raveloe

ePub r1.0

Titivillus 30.09.16

Título original: *Silas Marner. The weaver of Raveloe*

George Eliot, 1861

Traducción: José Luis López Muñoz

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Un niño, más que otro don cualquiera
que la tierra ofrezca al hombre en el ocaso de su vida,
traerá consigo esperanza y pensamientos de futuro.

WILLIAM WORDSWORTH

Primera parte

Capítulo I

En los tiempos en que las ruecas zumbaban afanosas en las casas de labranza —y cuando hasta las grandes damas, que se vestían de seda y encajes, tenían las suyas de juguete, fabricadas con madera de roble bien pulimentada— se podía ver en distritos remotos, por los caminos, o en lo más profundo de los valles, a ciertos hombres pálidos, más pequeños de lo normal, que, al lado de los musculosos campesinos, no parecían ser más que los restos de una raza de desheredados. El perro del pastor les ladraba con ferocidad cuando alguna de aquellas criaturas con aspecto extranjero aparecía por las tierras altas, siluetas oscuras contra el temprano atardecer invernal; porque, ¿dónde hay un perro al que le guste una figura inclinada bajo un pesado saco? Y lo cierto es que aquellos pálidos seres raras veces salían de casa sin su cargamento misterioso. El pastor mismo, aunque tenía buenos motivos para pensar que el saco sólo contenía madejas de hilo, o los rollos de recio lino tejidos con aquel hilo, no estaba del todo seguro de que el oficio de tejedor, aunque fuese indispensable, se pudiera ejercer enteramente sin ayuda del Maligno. En aquellos tiempos remotos, la superstición se aferraba fácilmente a cualquier persona o cosa que resultara insólita, o incluso aunque sólo lo fuera de manera intermitente y ocasional, como en el caso del quincallero o del afilador y de sus esporádicas visitas. De aquellas gentes que iban de caserío en caserío nadie sabía dónde tenían su hogar ni cuál era su origen; y ¿cómo se podía entender a una persona sin saber al menos de alguien que conociera a su padre y a su madre? Para los campesinos de otros tiempos, el mundo ajeno a su experiencia directa era una región de vaguedad y de misterio: según sus pensamientos sedentarios, el estado de errabundez era una realidad tan oscura como la vida invernal de las golondrinas aunque se supiera que regresaban con la primavera, y difícilmente dejaban de ver a cualquier persona, incluso a un colono, si procedía de lugares distantes, con un poso de desconfianza, con lo que se evitaban sorpresas en el caso de que una larga historia de conducta inofensiva terminara con la comisión de un delito; en especial si el forastero tenía la reputación de ser un hombre con saberes, o se mostraba hábil en los trabajos manuales. Todo tipo de destreza, ya fuera en el uso rápido de ese difícil instrumento que es la lengua, o en algún otro arte con el que los aldeanos no estuviesen familiarizados, era de por sí sospechoso: la gente honrada, nacida y criada de manera visible, no era en su mayor parte ni sabia ni inteligente en exceso: al menos, no más allá de cuestiones como conocer las señales del buen o del mal tiempo; y los procesos por los que se adquirían rapidez y destreza de cualquier clase quedaban tan por completo ocultos que participaban de la naturaleza de la magia. De esa manera llegó a suceder que aquellos diseminados tejedores —emigrantes de las ciudades al campo— fueron siempre considerados extranjeros por sus vecinos rústicos, y de ordinario adquirían las peculiares costumbres características de las personas que viven en soledad.

En los primeros años del siglo XIX, uno de aquellos tejedores, llamado Silas Marner, trabajaba en su oficio en una casita de piedra situada entre unos bosquecillos de avellanos próximos a la aldea de Raveloe, y no lejos del límite de una cantera abandonada. El sonido peculiar del telar de Silas, muy distinto del alegre trote, tan tranquilizador, de una aventadora, o del ritmo más sencillo del mayal, fascinaba y asustaba a medias a los chicos de Raveloe, que con frecuencia dejaban de recoger avellanas y de buscar nidos de pájaros para mirar por las ventanas al interior de la casa de piedra, compensando cierto respeto reverencial ante el trabajo misterioso del telar con un agradable sentimiento de desdeñosa superioridad, gracias a burlarse de sus ruidos dispares, así como de la postura inclinada y de la monotonía de aquella ocupación. Pero sucedía a veces que Marner, al hacer una pausa para corregir una irregularidad en el hilo, advertía la presencia de los bribonzuelos y, aunque reacio a perder el tiempo, le gustaban tan poco aquellas intromisiones que bajaba del telar y, abriendo la puerta, los miraba de tal manera que siempre conseguía ponerlos en fuga, aterrorizados. Porque, ¿quién iba a creer que aquellos grandes ojos saltones, en medio de tanta palidez, apenas veían con claridad nada que no estuviera muy cerca, y que no eran en absoluto capaces de provocar calambres, ni raquitismo, ni una boca torcida a cualquier rapaz que se encontrase cerca de su casa? Quizás habían oído insinuar a sus padres que Silas Marner podía curar el reumatismo si le daba por ahí, y añadir, de manera más siniestra, que, si conseguías encontrar las palabras adecuadas para hablar con aquel demonio, te podías ahorrar los honorarios del médico. Aún hoy en día, quizás un oyente atento pueda recoger, entre el campesinado de cabellos grises, parecidos ecos, tan extraños como persistentes, de un antiguo culto demoníaco, porque las mentes toscas casi nunca asocian las ideas de poder con las de benevolencia. Una concepción del poder como entidad misteriosa a la que se puede convencer, con mucha persuasión, para que se abstenga de hacer daño es la forma que más fácilmente reviste el sentimiento de lo Invisible en la cabeza de hombres que han vivido siempre empujados por necesidades primitivas y en quienes una existencia de trabajo duro no ha estado nunca iluminada por alguna fe religiosa llena de entusiasmo. Para ellos dolores y contratiempos presentan un abanico mucho más amplio de posibilidades que la alegría y el placer: su imaginación está casi desprovista de las imágenes que nutren el deseo y la esperanza y llena, en cambio, de recuerdos que son alimento perpetuo del miedo. «¿Se le ocurre algo que le gustaría comer?», le pregunté una vez a un anciano trabajador que, ya en su lecho de muerte, había rechazado todo lo que su esposa le ofrecía. «No —respondió—. Sólo estoy acostumbrado a los alimentos más corrientes, y éstos no me apetecen.» La experiencia no le había proporcionado capricho alguno que pudiera despertar en él el fantasma del apetito.

Y Raveloe era un pueblo en el que subsistían muchos de los antiguos ecos, ecos que las nuevas voces no conseguían ahogar. Tampoco es que fuera una de esas parroquias estériles situadas en las afueras de la civilización y habitadas por escasas

ovejas y poquísimos pastores; se hallaba, por el contrario, en la fértil llanura central de lo que nos gusta llamar «la alegre Inglaterra», con granjas que, hablando desde un punto de vista espiritual, pagaban unos diezmos altamente convenientes. Estaba enclavado, eso es cierto, en una depresión, bien arbolada, a una hora de camino a caballo desde cualquier carretera, de manera que nunca le llegaban las notas del cornetín de la diligencia, ni los dictámenes de la opinión pública. Era un pueblo que parecía importante, con una excelente iglesia antigua y un amplio camposanto en su mismo centro y, situadas no lejos de la calle, dos o tres casas grandes de ladrillo y piedra, con huertos y jardines bien vallados y veletas decorativas, y con fachadas más llamativas que la de la casa del párroco, que asomaba entre los árboles al otro lado del cementerio. Un pueblo que mostraba al instante las cimas de su vida social y contaba al ojo experimentado la ausencia de cualquier parque de grandes dimensiones y de aristocráticas casas solariegas en los alrededores, pero que permitía reconocer la presencia de varios señores que, pese a explotar mal sus tierras, podían permitirse tal desidia sin que les faltase el dinero suficiente —en aquellos años de guerras^[1]— para vivir con despreocupación y celebrar cumplidamente las Navidades, la fiesta de Pentecostés y la Pascua de Resurrección.

Habían pasado quince años desde la llegada de Silas Marner a Raveloe; por entonces era, sencillamente, un joven pálido, de saltones ojos castaños, miope, cuyo aspecto no habría tenido nada de extraordinario para personas de cultura y experiencia normales, pero que para los aldeanos a cuyo lado había venido a instalarse poseía misteriosas características que se correspondían con la peculiar naturaleza de su oficio, y con el hecho de que procediera de una región desconocida, situada hacia el norte del país. Lo mismo sucedía con su manera de vivir: Silas Marner no invitaba a nadie a que cruzara el umbral de su casa y no se había presentado nunca en el pueblo para beber una jarra de cerveza en El Arcoíris, ni para cotillear en casa del carretero. No buscaba la compañía de hombres ni de mujeres, excepto por cuestiones relacionadas con su oficio o para satisfacer sus necesidades, y pronto quedó claro entre las jóvenes de Raveloe que nunca recibirían de él propuesta matrimonial alguna: exactamente como si ya les hubiera oído afirmar a todas que nunca se casarían con un muerto resucitado. Semejante opinión sobre la personalidad de Marner se basaba en otras razones, además de la palidez de su rostro y de unos ojos como nunca se habían visto en Raveloe, porque Jem Rodney, el exterminador de topes, afirmaba que una noche, cuando regresaba a casa, había visto a Silas Marner junto a una cerca con un pesado saco a la espalda; el saco, sin embargo, no lo tenía apoyado en la cerca, que era lo que hubiera hecho cualquier persona en su sano juicio; Jem, al acercarse, vio que los ojos de Marner tenían la inmovilidad de los de un muerto, y aunque habló con él, y lo zarandeó, sus extremidades estaban completamente rígidas y sus manos sujetaban el saco como si estuvieran hechas de hierro; pero precisamente cuando ya no le quedaron dudas de que tenía delante a un difunto, Marner se restableció, como si dijéramos, en un abrir y cerrar de ojos, dio las

buenas noches y echó a andar. Todo aquello Jem juró haberlo visto, y explicó que había sucedido, por añadidura, el mismo día en que estuvo cazando topos en las tierras de Cass, el terrateniente, junto a la vieja serrería. Algunos dijeron que Marner debía de haber tenido un «ataque», palabra que parecía explicar cosas que, de lo contrario, serían incomprensibles; pero el señor Macey, discutidor irreductible, sacristán y factótum de la parroquia, agitó la cabeza y preguntó si se sabía de alguien que al sufrir un ataque no hubiera caído al suelo. Un ataque era una apoplejía, ¿o no?, y parte de la naturaleza de una apoplejía era que la víctima perdiera el uso de sus extremidades y necesitara a partir de entonces la ayuda de la parroquia, si no tenía hijos que cuidaran de él. No, no; no era una apoplejía algo que permitía a un hombre seguir en pie, como un caballo entre las varas de un carro, y luego echar a andar en menos que canta un gallo. Pero podía suceder algo así como que el alma de una persona se separase de su cuerpo, y entrara y saliera, como un pájaro que abandona el nido y luego regresa; y era así como la gente se volvía más sabia, porque en estado incorpóreo iban a aprender con aquellos que podían enseñarles más de lo que sus vecinos eran capaces de aprender con sus cinco sentidos y la ayuda del párroco. Si no, ¿de dónde había sacado Silas Marner sus conocimientos sobre hierbas, y también de encantamientos, aunque no parecía que le gustase compartirlos? El relato de Jem Rodney se correspondía con lo que podía esperar cualquiera que estuviera al tanto de cómo Marner había curado a Sally Oates, y cómo había conseguido que durmiera como un niño de pecho, cuando, durante más de dos meses, mientras el médico la atendía, el corazón le había latido con tanto ímpetu que parecía salirse del pecho. Marner podría curar a más gente si quisiera; pero convenía hablar bien de él, aunque sólo fuera para evitar que te jugara una mala pasada.

Se debía en parte a aquel miedo difuso el que Marner estuviera protegido de la persecución que le podrían haber atraído sus peculiaridades, pero tenía aún más importancia el hecho de que, al haber muerto el anciano tejedor en la vecina parroquia de Tarley, era por su oficio una adquisición altamente bienvenida para las amas de casa más acomodadas del distrito, e incluso para mujeres más modestas, pero precavidas, que disponían de una pequeña reserva de hilo al concluir el año. La utilidad evidente de Silas Marner habría contrarrestado cualquier repugnancia o sospecha que no se viera confirmada por una deficiencia en la calidad o en el volumen del paño que tejía para ellas. Y los años habían transcurrido sin producir ningún cambio en la opinión del vecindario acerca de Marner, excepto el que supone pasar de la novedad a la costumbre. Al cabo de quince años los hombres de Raveloe decían acerca de Silas Marner las mismas cosas que de recién llegado; no las decían con tanta frecuencia, pero estaban mucho más convencidos cuando las decían. Sólo se había producido una importante adición con el paso del tiempo, y era que el tejedor había acumulado una considerable cantidad de dinero en algún sitio, y que sin duda estaba en condiciones de comprar a «hombres más importantes».

Pero si bien las opiniones sobre Marner habían permanecido casi estacionarias, y

sus costumbres, día a día, apenas se habían modificado, en su vida interior se había producido una metamorfosis, como es inevitable que le suceda a cualquier naturaleza ardiente cuando ha tenido que huir o se ha visto condenada a la soledad. Su existencia, antes de recalar en Raveloe, había alcanzado cierta forma de plenitud gracias al movimiento, a la actividad mental y a la íntima comunión que, tanto en aquellos días como en los que ahora vivimos, marcaba la vida de un artesano tempranamente incorporado a una estricta secta religiosa, donde hasta el más insignificante de los seglares tenía la posibilidad de distinguirse por el don de la palabra, y también, como mínimo, porque hasta el peso de un votante silencioso cuenta en el gobierno de una comunidad. Marner disfrutaba de gran consideración en aquel pequeño mundo escondido, al que sus miembros conocían como la iglesia que se reunía en Lantern Yard; Marner era para ellos un joven de vida ejemplar y fe ardiente; y se había convertido en centro de un interés peculiar desde que, en una de sus reuniones, mientras rezaban, había caído en una misteriosa rigidez y suspensión de la conciencia, que, por haber durado una hora o más, había sido confundida con la muerte. El mismo Silas, al igual que su pastor y los demás miembros de su grupo, habría juzgado que buscar una explicación médica para semejante fenómeno supondría una caprichosa autoexclusión del significado espiritual que aquel suceso pudiera encerrar. Silas era sin duda un hermano elegido para una tarea especial dentro de su comunidad y, aunque el esfuerzo para decidir cuál pudiera ser aquella tarea resultaba descorazonador dada la ausencia, por su parte, de toda visión espiritual durante su trance, él y otros creían, sin embargo, que su existencia quedaba probada por un aumento de la luz y del fervor espirituales. Un hombre menos sincero que él podría haber tenido la tentación de crear un visión ulterior que adoptase la forma de un recuerdo recobrado; un hombre menos cuerdo podría haber creído en semejante creación; pero Silas era cuerdo y veraz, las dos cosas, aunque, como en el caso de muchos hombres sinceros y fervorosos, la cultura no había definido en su caso ningún canal para su sentimiento del misterio, por lo que se limitaba a ejercitarse por la adecuada senda de la indagación y el conocimiento. Silas había heredado de su madre cierta familiaridad con las hierbas medicinales y con su preparación —una pequeña provisión de sabiduría que ella le había transmitido con la mayor solemnidad, como si se tratara de un legado—, aunque en años posteriores había tenido dudas sobre la moralidad de utilizar aquellos conocimientos, convencido de que las hierbas no podían ser eficaces si no iban acompañadas de la oración, y que la oración podía bastar sin las hierbas; de manera que el disfrute, recibido como herencia, de errar por los campos en busca de digital, de diente de león y de fáfara empezó a revestir para él los rasgos de una tentación.

Entre los miembros de su iglesia había un joven, un poco mayor que él, con el que había mantenido una amistad tan íntima que era ya costumbre entre los hermanos de Lantern Yard llamarlos David y Jonatán^[2]. El verdadero nombre del amigo era William Dane, a quien, a su vez, se consideraba un ejemplo resplandeciente de piedad

juvenil, aunque a veces se mostrase severo en exceso con hermanos más débiles y se sintiera tan deslumbrado por su propia luz como para considerarse más sabio que sus maestros. Pero fueran las que fuesen las imperfecciones que otros pudieran descubrir en William, en opinión de Silas, su amigo, carecía de defectos; porque Marner tenía una de esas maneras de ser impresionables e inseguras que, a una edad temprana, admiran el autoritarismo y se apoyan en quienes les llevan la contraria. La expresión de confiada sencillez en el rostro de Marner, acentuada por la ausencia de una observación detenida; la mirada indefensa, como de ciervo, que va unida a unos grandes ojos prominentes, ofrecían un fuerte contraste con la reserva y la seguridad en sí mismo de quien está convencido de sus triunfos futuros, que asomaba en los ojos entornados y caídos y en los labios apretados de William Dane. Uno de los temas de conversación más frecuentes entre los dos amigos era la posibilidad de alcanzar la salvación eterna. Silas confesaba que nunca podría llegar más allá de una esperanza mezclada con el miedo, y escuchaba con nostálgico asombro cuando William declaraba poseer una seguridad inquebrantable desde que, en el periodo de su conversión, había soñado que veía las palabras «vocación y elección aseguradas» en una página, por lo demás en blanco, de una Biblia abierta. Tales coloquios han ocupado a muchas parejas de pálidos tejedores, cuyas almas sin educación han sido como jóvenes criaturas aladas, revoloteando olvidadas en el crepúsculo.

Al confiado Silas le había parecido que su amistad no sufría menoscabo por el hecho de llegar a establecer, por otra parte, un lazo de carácter más íntimo. Llevaba ya varios meses comprometido para casarse con una joven sirvienta, y esperaba sólo a que se produjera un pequeño aumento de sus ahorros conjuntos para poder anunciar su matrimonio, por lo que era para él una gran alegría que Sarah no pusiera objeciones a la presencia ocasional de William durante sus encuentros dominicales. En aquel momento de su historia —durante una de sus reuniones devotas— se produjo el ataque cataléptico; y entre las diferentes preguntas y manifestaciones de interés que le dirigieron sus correligionarios, tan sólo la sugerencia de William desentonó de la general simpatía hacia un hermano en religión así elegido para un trato especial. El comentario de su amigo fue que, en su opinión, aquel trance más parecía una intervención de Satanás que una prueba del favor divino, y exhortó a su amigo a que comprobara que no escondía nada condenable en el fondo de su alma. Silas, que se consideraba obligado a aceptar reprimendas y advertencias como manifestaciones de la corrección fraterna, no albergó resentimiento, tan sólo dolor por las dudas de su amigo; a lo que muy pronto se añadió cierta ansiedad al advertir que en la actitud de Sarah empezaba a producirse cierta extraña mezcla de forzadas manifestaciones de aprecio y muestras, involuntarias, de rechazo y desagrado. Silas le preguntó si deseaba romper su compromiso; pero la joven dijo que no: la congregación de Lantern Yard conocía su noviazgo, que había sido aceptado en las reuniones devotas; no era posible romperlo sin una estricta investigación, y Sarah no estaba en condiciones de aducir ningún motivo razonable que el sentir de la

comunidad pudiera sancionar. Por aquel entonces el diácono de más edad enfermó gravemente y, por tratarse de un viudo sin hijos, lo atendieron noche y día algunos de los hermanos o hermanas más jóvenes. Silas participó con frecuencia en los turnos nocturnos junto con William, que pasaba a sustituirlo a las dos de la madrugada. El anciano, en contra de lo que se temía, daba la impresión de estar ya en el camino de la recuperación cuando una noche Silas, sentado a la cabecera de la cama, observó que la respiración del enfermo, de ordinario audible, había cesado. La palmatoria apenas daba luz, y tuvo que alzarla para ver con claridad el rostro del paciente. El examen le convenció de que el diácono estaba muerto y de que llevaba muerto algún tiempo, dada la rigidez de sus extremidades. Silas temió haberse quedado dormido y comprobó que el reloj de pared marcaba ya las cuatro de la madrugada. ¿Cómo era posible que William no se hubiera presentado? Lleno de ansiedad, salió en busca de ayuda y pronto varios hermanos se reunieron en la casa, el pastor entre ellos, mientras Silas marchaba a su trabajo, con la insatisfacción de no haber podido ver a William para conocer la razón de su ausencia. Pero a las seis de la tarde, cuando estaba pensando en ir a buscarlo, William se presentó, acompañado del pastor. Venían a emplazar a Silas para que acudiera a una reunión en Lantern Yard con los miembros de la iglesia y, al preguntar cuál era la causa, la única respuesta que recibió fue «Ya te enterarás». Nada más se dijo hasta que Silas se sentó en la sacristía, delante del pastor, fijos en él, con gran solemnidad, los ojos de quienes representaban al pueblo de Dios. Acto seguido, el pastor, tomando una navaja, se la mostró a Silas, y le preguntó si sabía dónde la había dejado. Silas respondió que no le constaba que la hubiese dejado en ningún sitio, porque creía llevarla en el bolsillo, pero ya había empezado a temblar ante aquel extraño interrogatorio. Se le exhortó entonces a que no escondiera su pecado, sino que lo confesara y se arrepintiese. La navaja se había hallado en el escritorio cercano a la cama del diácono fallecido, precisamente en el sitio donde estaba una bolsita con el dinero de la iglesia, bolsita que el pastor mismo había visto el día anterior. Alguien se había apoderado de ella, y ¿quién podía haberlo hecho, excepto el propietario de la navaja? Durante algún tiempo el asombro hizo enmudecer al acusado, pero luego respondió:

—Dios me absolverá. No sé por qué mi navaja estaba ahí, ni conozco el porqué de que haya desaparecido el dinero. Que se me registre y también mi casa; no se encontrará otra cosa que las tres libras y cinco chelines de mis ahorros, que, como William Dane sabe, han sido míos durante estos últimos seis meses.

Al oír aquello a William se le escapó un murmullo de desaprobación, pero el pastor intervino:

—Las pruebas en tu contra son incontrovertibles, hermano Silas. El dinero desapareció la noche pasada, y nadie más que tú acompañaba a nuestro difunto diácono, porque William Dane nos ha declarado que una indisposición repentina le impidió ir a ocupar su sitio como de ordinario, y tú mismo dijiste que no se había presentado; todavía más, no te ocupaste del cadáver.

—Debí de quedarme dormido —dijo Silas. Y añadió, después de una pausa—: O pudo ser que tuviera otro episodio como el que todos presenciasteis, de manera que el ladrón debe de haber actuado mientras yo no estaba en mi cuerpo sino fuera de él. Pero, repito, registradme a mí y registrad mi casa, porque no he estado en ningún otro sitio.

El registro se hizo y terminó... con que William Dane encontró la bolsa, bien conocida de todos, ¡escondida detrás de la cómoda en el cuarto de Silas! Ante aquello, William exhortó a su amigo a que confesara y renunciara a ocultar su pecado por más tiempo. Silas le dirigió una mirada de vivo reproche, y dijo:

—William, durante nueve años hemos salido y entrado juntos, ¿me has oído alguna vez decir una mentira? Pero Dios probará mi inocencia.

—Hermano —dijo William—, ¿cómo sé yo lo que has podido hacer en lo más recóndito de tu corazón para permitir que Satanás se apodere de ti?

Silas seguía mirando a su amigo. De repente su rostro enrojeció, y se disponía a hablar de manera impetuosa cuando pareció frenarse de nuevo por alguna sacudida interior que le hizo enrojecer aún más y también temblar. Pero a la larga habló con voz débil, sin dejar de mirar a William.

—Ahora lo recuerdo..., la navaja no estaba en mi bolsillo.

—No sé de qué estás hablando —dijo William.

Las otras personas presentes, sin embargo, empezaron a preguntar a Silas dónde, según él, estaba la navaja, pero Marner no quiso dar más explicaciones, limitándose a repetir:

—He recibido un golpe muy duro; no puedo decir nada. Dios probará mi inocencia.

Al regresar todos a la sacristía prosiguieron las deliberaciones. Recurrir a medidas legales para descubrir al culpable era contrario a los principios de Lantern Yard, según los cuales las denuncias ante los tribunales estaban prohibidas a los cristianos, incluso aunque se tratara de casos menos escandalosos que aquél. Pero los hermanos tenían la obligación de tomar otras medidas para averiguar la verdad, y optaron por la oración y por echar suertes. Tal decisión sólo podría ser motivo de sorpresa para quienes no estén familiarizados con la oscura vida religiosa que ha florecido en las callejuelas de nuestros pueblos. Silas se arrodilló con sus hermanos en religión, convencido de que su inocencia quedaría confirmada por la inmediata intervención divina, aunque sentía que lo que le esperaba, incluso entonces, serían dolor y lamentaciones, y que su confianza en los seres humanos había quedado cruelmente maltrecha. *El resultado de echar suertes fue que se declaró culpable a Silas Marner.* Se le excluyó solemnemente de la iglesia y se le conminó para que devolviera el dinero robado: sólo si confesaba, lo que se consideraría señal de arrepentimiento, se le podría aceptar una vez más en el seno de la comunidad. Marner escuchó en silencio. Finalmente, cuando todos se levantaron para marcharse, se acercó a William Dane y dijo, con voz temblorosa por la agitación:

—La última vez que utilicé la navaja fue cuando la saqué para cortarte una correa. No recuerdo que me la volviera a meter en el bolsillo. *Tú* robaste el dinero y has tejido un complot para acusarme de ese pecado. Pero, de todos modos, es muy probable que prosperes, porque no existe un Dios justo que gobierne la tierra con rectitud; sólo existe un Dios de mentiras, que da testimonio contra el inocente.

Aquella blasfemia provocó un estremecimiento generalizado.

William replicó con gran mansedumbre:

—Dejo a nuestros hermanos la tarea de juzgar si lo que acabamos de oír es o no la voz de Satanás. No está en mi mano hacer otra cosa que rezar por ti, Silas.

El pobre Marner salió de allí con la desesperación en el alma: destruida la confianza en Dios y en los hombres, lo que es poco menos que la locura para una naturaleza amante. En la amargura de su espíritu herido, se dijo: «También *ella* me abandonará». Y pensó que si Sarah rechazaba el testimonio en contra de su prometido, su fe quedaría tan maltrecha como la de Silas. Para personas acostumbradas a razonar sobre las formas en que han nacido sus sentimientos religiosos, es difícil entrar en ese estado de ánimo sencillo, que no se aprende, en el que la forma y el sentimiento no se han visto nunca separados por un acto de reflexión. Tendemos a considerar inevitable que un hombre en la situación de Marner hubiera puesto en duda la validez de recurrir al juicio divino echando suertes; pero para él aquello hubiera supuesto un esfuerzo de pensamiento independiente nunca intentado con anterioridad; y tendría por añadidura que haber hecho ese esfuerzo en un momento en que todas sus energías estaban concentradas en la angustia de la fe decepcionada. Si existe un ángel que anota el dolor de los hombres, así como sus pecados, sabe cuántos y qué profundos son los sufrimientos que proceden de falsas ideas de las que ningún hombre es culpable.

Marner volvió a su casa, y durante todo un día estuvo solo, abrumado por la desesperación, sin el menor deseo de ir a ver a Sarah para intentar convencerla de su inocencia. Al segundo día buscó refugio contra la incredulidad que le embotaba los sentidos regresando a su telar y trabajando como de ordinario; y, antes de que hubieran pasado muchas horas, el pastor y uno de los diáconos se presentaron con un mensaje de Sarah, en el que le decía que daba por terminado su compromiso. Silas recibió la comunicación en silencio, y luego dio la espalda a los mensajeros para volver al telar. Transcurrido poco más de un mes, Sarah se había casado con William Dane; y no mucho más tarde los hermanos de Lantern Yard tuvieron noticia de que Silas Marner había abandonado la ciudad.

Capítulo II

Incluso las personas cuyas vidas han descubierto nuevos horizontes gracias a sus estudios encuentran a veces difícil mantener un riguroso control sobre sus opiniones habituales acerca de la vida, sobre su fe en lo Invisible y, más aún, sobre el sentimiento de que sus alegrías y penas del pasado son una experiencia real en el caso de que se trasladen de repente a una nueva tierra, donde quienes los rodean no saben nada de su historia y no comparten ninguna de sus ideas; donde la madre tierra muestra un regazo distinto y la vida humana tiene otras formas que aquellas con las que esas almas se han alimentado. Espíritus que se han visto arrancados de su antigua fe y de su antiguo amor han buscado quizá la influencia de Leteo, el río del olvido, en el exilio, en donde el pasado se convierte en ensoñación porque todos sus símbolos han desaparecido, y donde también el presente es una ensoñación porque no está ligado a ningún recuerdo. Pero incluso *su* experiencia difícilmente podría permitirles imaginar por completo cuál fue el efecto del exilio en un sencillo tejedor, como Silas Marner, cuando dejó su tierra y a su gente para venir a instalarse a Raveloe. Nada podía haber sido más distinto de su ciudad natal, situada a la vista de extensas laderas montañosas, que aquella región llana, boscosa, donde se sentía oculto incluso de los cielos gracias a los árboles y a los setos que formaban como una barrera. No había nada allí —cuando se levantaba inmerso en la profunda quietud de la mañana y contemplaba las zarzas cubiertas de rocío y las altas hierbas tupidas— que pareciera tener la más mínima relación con su vida anterior, centrada en Lantern Yard, en la comunidad que había sido para él en otro tiempo altar de supremas bendiciones. Las paredes encaladas; los bancos en los que se instalaban figuras bien conocidas entre suaves susurros, y donde primero una voz bien conocida y después otra, elevadas en un peculiar modo de petición, pronunciaban frases que eran al mismo tiempo arcanas y familiares, como el amuleto que se lleva sobre el corazón; el púlpito desde el que el pastor impartía doctrina que nadie cuestionaba, y en el que se inclinaba hacia un lado y hacia otro, y pasaba las hojas del libro sagrado de maneras que reflejaban costumbres de años; las pausas mismas que se hacían entre los dísticos de los himnos y el repetido alzarse de las voces al cantarlos: todo aquello había sido el canal por el que Marner recibía las influencias sobrenaturales, eran el hogar que alimentaba sus emociones religiosas, eran la cristiandad y el reino de Dios sobre la tierra. Un tejedor que encuentra palabras difíciles en su himnario no las entiende en sentido abstracto, como tampoco el niño pequeño sabe nada del amor de sus padres, tan sólo del rostro y del regazo hacia los que tiende los brazos en busca de refugio y alimento.

Y ¿qué podía ser más distinto del mundo de Lantern Yard que el mundo de Raveloe? Huertos que daban sensación de pereza por su abundancia desaprovechada; la iglesia de grandes dimensiones y el amplio cementerio que contemplaban durante los servicios religiosos los hombres que permanecían ociosos junto a las puertas de sus casas; los granjeros de rostros amoratados que trotaban por los caminos o

entraban en El Arcoíris; casas donde los hombres cenaban copiosamente y dormían al calor del hogar y donde las mujeres parecían estar almacenando una reserva de ropa blanca para la vida venidera. No había labios en Raveloe de los que brotara una sola palabra que pudiera reavivar la fe embotada de Silas Marner y darle así un sentimiento de dolor. En las edades tempranas del mundo, según sabemos, se creía que cada territorio estaba habitado y gobernado por sus propias divinidades, de manera que un hombre podía cruzar los montes que separaban una región de otra y quedar fuera del alcance de sus dioses nativos, cuya presencia no iba más allá de los ríos, los bosques y las colinas entre los que había vivido desde que vino al mundo. Y el pobre Silas percibía vagamente algo no muy distinto de los sentimientos de los hombres primitivos, cuando huían así, por miedo o tristeza, de la presencia de una deidad desfavorable. Le parecía que el Poder en el que había confiado vanamente por las calles y en las reuniones piadosas estaba muy lejos de aquella tierra en la que había venido a refugiarse, donde las personas vivían en despreocupada abundancia, sin saber ni necesitar nada de aquella confianza que, para él, se había transformado en amargura. La modesta luz que Marner poseía extendía tan poco sus rayos que la fe desengañada era una cortina lo bastante densa para sumirlo en la negrura de la noche.

Su primera reacción después del desastre había sido trabajar en su telar, y así siguió, incansable, sin preguntarse nunca el porqué, y ahora que había venido a Raveloe, trabajaba hasta muy avanzada la noche para terminar toda la mantelería de la señora Osgood antes de lo que ella esperaba, y sin pensar de antemano en el dinero que llegaría a sus manos por aquel trabajo. Marner parecía tejer, como la araña, de manera puramente impulsiva, sin reflexionar. El trabajo de cualquier persona, si se lleva a cabo con gran constancia, tiende a convertirse en un fin, y logra superar el abismo sin amor que es su vida. La mano de Silas se satisfacía con el movimiento de la lanzadera, y su ojo con la aparición, uno tras otro, como consecuencia de su esfuerzo, de los sucesivos cuadritos que iban completando el paño. Luego estaban las llamadas del hambre; y Silas, en su soledad, tenía que proporcionarse desayuno, almuerzo y cena, ir a buscar agua al pozo y poner su tetera en el fuego para calentar el agua; y la necesidad de atender a todos aquellos imperativos ayudaba, junto con la operación de tejer, a reducir su vida a la ciega actividad de un insecto que hila. Detestaba pensar en lo que había dejado atrás; no había, por otra parte, nada que despertase su amor y su sentimiento de fraternidad hacia los desconocidos entre los que había venido a vivir; y el futuro era todo oscuridad, porque no había ningún Amor Invisible que se interesase por él. El pensamiento quedaba detenido por el más absoluto desconcierto, ahora que su antigua y estrecha senda estaba cerrada y el afecto parecía haber muerto por el golpe recibido en sus fibras más sensibles.

Pero, a la larga, la mantelería de la señora Osgood quedó terminada y a Silas se le pagó en oro. La remuneración que recibía en su ciudad de origen, donde había trabajado para un comerciante al por mayor, era menor; se le pagaba semanalmente, y destinaba una buena parte de sus ingresos a objetos de piedad y a obras de caridad.

Ahora, por primera vez en su vida, le habían entregado en mano cinco guineas relucientes; nadie esperaba recibir una parte de aquellas ganancias, ni existía tampoco ningún ser amado con quien compartirlas. Pero ¿qué eran las guineas para él, que no veía más allá de los innumerables días de trabajo en el telar? No necesitaba preguntárselo, porque le resultaba agradable sentir las monedas en la palma de la mano, y contemplar sus caras brillantes, que eran todas suyas: otro elemento de vida, como tejer y satisfacer el hambre, otro elemento de un subsistir en completa independencia de la vida de fe y amor que le había sido arrebatada. Las manos del tejedor habían conocido el tacto del dinero ganado con el sudor de la frente antes incluso de que hubieran terminado de crecer; durante veinte años un dinero misterioso había sido para él símbolo de los bienes terrenos y objeto inmediato de un duro trabajo. Le había importado muy poco en los años en que cada penique tenía para él una finalidad; porque entonces lo que contaba era aquella *finalidad*. Pero ahora, cuando los propósitos habían desaparecido, la costumbre de mirar el dinero y de tenerlo en la mano con un sentimiento de esfuerzo realizado creaba un terreno lo bastante profundo como para que crecieran las simientes del deseo; y, al atardecer, mientras Silas caminaba hacia su casa a través de los campos, se sacaba el dinero del bolsillo y pensaba que aún brillaba más al espesarse las tinieblas a su alrededor.

Por aquel entonces un suceso pareció abrir la posibilidad de cierta fraternización con sus vecinos. Un día, al llevar un par de zapatos para que se los arreglaran, vio a la mujer del zapatero remendón sentada junto al fuego y se percató de los sufrimientos que le causaba su enfermedad del corazón, junto con la hidropesía, algo de lo que Silas ya había sido testigo como señal precursora de la muerte de su madre. Se sintió movido a compasión ante la conjunción del dolor presente y de sus memorias del pasado y, al recordar el alivio que su madre había experimentado gracias a una simple preparación de digital, prometió a Sally Oates traerle algo que le calmaría el dolor, dado que el médico no lo conseguía. Como consecuencia de aquella iniciativa piadosa Silas vio, por primera vez desde su llegada a Raveloe, una posibilidad de unión entre su vida pasada y presente que le podría haber servido para abandonar la existencia, como de insecto, a la que su vida se reducía. Pero la enfermedad había convertido a Sally Oates en un personaje de gran interés e importancia para sus vecinos, y el hecho de que hubiera encontrado alivio al beber la «pócima» de Silas Marner se convirtió en motivo general de conversación. Cuando el doctor Kimble recetaba una medicina, era natural que produjera un efecto; pero cuando un tejedor, procedente de un sitio que nadie conocía, conseguía maravillas con un frasco de agua marrón, era evidente la naturaleza arcana del proceso. Una cosa como aquélla no había tenido lugar desde la muerte de la Mujer Sabia de Tarley, que disponía de amuletos además de «pócimas»; todo el mundo acudía a ella cuando sus hijos tenían ataques. Silas Marner debía de ser una persona de la misma especie, porque ¿cómo sabía lo que iba a devolverle a Sally Oates la respiración, si sus conocimientos no abarcaban muchas más cosas? La Mujer Sabia utilizaba palabras que murmuraba para

sus adentros, de manera que no se llegaba a oír lo que decía, y si ataba un trocito de hilo rojo alrededor del dedo del pie de un niño durante un rato, eso hacía que no le entrase agua en la cabeza. Aún había en Raveloe mujeres que habían llevado una de las bolsitas de la Mujer Sabia colgada del cuello y, en consecuencia, no les había nacido nunca un hijo tonto, como le pasó a Ann Coulter. Lo más probable era que Silas Marner pudiera hacer todo aquello, e incluso más; y ahora ya se entendía el porqué de que procediera de un sitio desconocido y tuviera un aspecto «tan cómico». Pero Sally Oates debía andarse con ojo y no contárselo al médico, porque sin duda alguna se pondría en contra de Marner: al doctor Kimble siempre le había disgustado mucho lo que hacía la Mujer Sabia y solía amenazar a los que iban a consultarla con no volver a atenderlos.

Silas se encontró de repente asediado en su casa por madres que querían que hiciera desaparecer la tosferina de sus hijos, o que les devolviera a ellas la leche que se les había retirado, y por hombres que querían una pócima contra el reumatismo o contra los nudos en las articulaciones; y, para estar seguros de no ser rechazados, se presentaban con dinero. Silas podría haber practicado un provechoso comercio en amuletos, además de con su modesto repertorio de remedios; pero los ingresos así conseguidos no representaban una tentación para él: no había sentido nunca el menor impulso hacia la superchería, y procedió a despedirlos a todos, uno tras otro, con creciente irritación, porque las informaciones sobre su condición de hombre sabio se habían extendido incluso hasta Tarley, y pasó mucho tiempo hasta que la gente dejó de darse largas caminatas con la intención de solicitar su ayuda. De manera que las esperanzas basadas en su ciencia se transformaron a la larga en miedo, porque nadie le creyó cuando dijo que no conocía ningún encantamiento ni realizaba curaciones, y todo hombre o mujer que sufría un accidente o un nuevo ataque después de acudir a él achacaba la desgracia a la mala voluntad y las miradas de irritación del señor Marner. Vino así a suceder que la compasión que le había inspirado Sally Oates, y que le había provocado un momentáneo sentimiento de fraternidad, exacerbó la repulsión entre él y sus vecinos e hizo aún más completo su aislamiento.

Poco a poco las guineas, las coronas y las medias coronas aumentaron hasta formar un montón, y Marner fue gastando cada vez menos para satisfacer sus necesidades y trató de solucionar el problema de mantenerse lo bastante fuerte para trabajar dieciséis horas al día con el mínimo desembolso posible. ¿No se sabe de hombres, en reclusión solitaria, que han encontrado de interés registrar el paso de los días mediante trazos rectos de cierta longitud en la pared, hasta que el aumento de la suma de trazos rectos, distribuidos en triángulos, se ha convertido en finalidad dominante? ¿No llenamos momentos de inanidad o de espera fatigada mediante la repetición de algún movimiento o sonido triviales, hasta que la repetición produce un deseo que es un hábito incipiente? Eso nos ayudará a entender cómo el amor del dinero que se acumula se transforma en pasión absorbente en los hombres cuya imaginación, incluso al comienzo mismo de la formación de su tesoro, no les ofrece

ninguna finalidad ulterior. Marner quería que los montones de diez pasaran a ser de doce para formar así un cuadrado, y después un cuadrado todavía más grande; y cada guinea que se añadía, aunque le proporcionaba por sí sola una satisfacción, originaba un nuevo deseo. En aquel extraño mundo, convertido para él en un enigma imposible de resolver, habría podido, si hubiera tenido una manera de ser menos vehemente, dedicarse a tejer y a tejer, con la vista fija en el final del dibujo, o en el final de la tela, hasta olvidarse por completo del enigma, y de todo lo demás, excepto de sus sensaciones inmediatas; pero el dinero había venido a separar su trabajo en periodos, y el dinero no sólo era cada vez más, sino que seguía a su lado. Silas empezó a pensar que tenía una estrecha relación con él, como la tenía su telar, y por ningún motivo hubiera cambiado aquellas monedas, que se habían convertido en sus compañeras, por otras con rostros desconocidos. Las manoseaba, las contaba, hasta que su forma y su color eran para él como la satisfacción de una sed; pero las sacaba sólo de noche, terminado su trabajo, para disfrutar de su compañía. Retiró algunos ladrillos del suelo debajo de su telar e hizo allí un agujero en el que colocó la olla de hierro que contenía sus guineas y monedas de plata; luego cubría los ladrillos con arena siempre que los recolocaba. No porque la posibilidad del robo se presentara a menudo o con fuerza en su imaginación: esconder el dinero era corriente en los distritos rurales por aquellos días; había en la parroquia de Raveloe trabajadores entrados en años de los que se sabía que guardaban consigo sus ahorros, probablemente dentro de sus colchones de borra; pero sus rústicos vecinos, aunque no todos tan honrados como sus antepasados de los días del rey Alfredo, carecían de la audaz imaginación necesaria para preparar un plan y robarles. ¿Cómo gastar el dinero mal adquirido en el propio pueblo sin descubrirse? Estarían obligados a «escapar», un proceder tan oscuro y lleno de incertidumbre como un viaje en globo.

De manera que, año tras año, Silas Marner había vivido en constante soledad, cada vez con más guineas en la olla de hierro, mientras su vida se estrechaba y endurecía más y más, convertida en una simple pulsión de deseo y satisfacción, carente de relación con ningún otro ser humano. Su vida se había reducido a las funciones de tejer y atesorar, sin ninguna previsión de cualquier posible finalidad hacia la que tendieran aquellas actividades. Quizás hombres más sabios se han hundido en un proceso similar al quedarse sin fe ni amor, si bien, en lugar de un telar y de un montón de guineas, han dispuesto de alguna investigación erudita, algún proyecto ingenioso o alguna teoría bien elaborada. Extrañamente, el rostro y la figura de Marner se contrajeron y se inclinaron en una constante relación maquinal con los objetos de su vida, de manera que el tejedor producía la misma impresión que una manilla o un tubo torcido, algo que no tiene ningún significado si permanece aislado. Los ojos saltones, con su mirada soñadora y confiada, ahora miraban como si se les hubiera obligado a ver sólo un tipo de cosas que eran muy pequeñas, como simientes diminutas que buscara por todas partes: y él mismo estaba tan marchito y amarillento, que, sin haber cumplido aún los cuarenta, los niños siempre lo llamaban «el viejo

señor Marner».

Sin embargo, incluso en aquel estado de marchitez, sucedió un pequeño incidente que puso de manifiesto cómo la sabia del afecto no le había abandonado por completo. Una de las tareas diarias de Marner era traer agua desde un pozo a un par de campos de distancia, y con ese fin, desde su llegada misma a Raveloe, disponía de un cántaro de barro cocido que guardaba como su utensilio más precioso entre las pocas ayudas domésticas que se concedía. Había sido su compañero fiel durante doce años, colocado siempre en el mismo sitio, siempre ofreciéndole el asa a primera hora de la mañana, de manera que su forma suponía para él una expresión de servicial amabilidad, y la presión de su asa sobre la palma de la mano le producía una satisfacción que se mezclaba con la de disponer de límpida agua potable. Un día, cuando regresaba del pozo, tropezó con un peldaño de la escalerita, a modo de portillo, que facilitaba el paso de una cerca, y su cántaro, cayendo con fuerza contra las piedras que formaban un arco sobre la acequia a sus pies, se rompió en tres pedazos. Silas los recogió y se los llevó a casa profundamente apenado. El cántaro nunca volvería a serle de utilidad, pero pegó los trozos y volvió a colocarlo en su antiguo sitio a modo de monumento.

Tal había sido la historia de Silas Marner hasta los quince años de su llegada a Raveloe. Se pasaba el día entero ante el telar, el oído lleno de su monotonía, los ojos muy cerca del lento crecimiento uniforme del tejido que tiraba a marrón, sus músculos moviéndose con una uniformidad tal que la menor pausa parecía casi un impedimento como el de contener el aliento. Pero por la noche llegaba la celebración diaria: por la noche Marner cerraba los postigos, aseguraba las puertas y sacaba el oro. Hacía ya mucho tiempo que el montón de monedas había crecido demasiado para caber en la olla de hierro, de manera que confeccionó dos bolsas de cuero grueso que ocupaban muy poco espacio en el sitio donde descansaban, prestándose, con mucha flexibilidad, a ocupar cualquier rincón. ¡Cómo brillaban las guineas al salir, derramándose, desde las oscuras bocas de cuero! La plata suponía una proporción más bien pequeña en relación con el oro, porque las largas piezas de lino que constituían el grueso de su trabajo siempre se le pagaban en parte con oro, mientras que con las monedas de plata Silas atendía a sus necesidades corporales, eligiendo de preferencia las de chelín y de seis peniques. Lo que más le gustaba eran las guineas, pero en el caso de la plata se resistía a cambiar las coronas y las medias coronas que también eran sus ingresos personales, fruto de su trabajo; quería tenerlas todas. Las distribuía en montones y se bañaba las manos con ellas; luego las contaba y las volvía a poner en montones regulares, y disfrutaba de su redondez colocándolas entre el pulgar y el resto de los dedos, y pensaba ya con cariño en las guineas que aún no había ganado con el trabajo de su telar, como si se tratara de niños todavía por nacer; pensaba en las guineas que llegarían despacio en años venideros, a lo largo de toda su vida, que se extendía hasta muy lejos delante de sus ojos, el final completamente oculto por incontables días de trabajo. No es nada sorprendente que sus pensamientos

siguieran con su telar y su dinero cuando atravesaba campos y recorría senderos para buscar trabajo y llevarlo a casa, de manera que sus pasos nunca se perdían entre los setos de las orillas en busca de las hierbas en otro tiempo familiares: todo aquello pertenecía al pasado, del que su vida se había alejado, como un riachuelo que se hunde muy lejos del límite herboso de su antiguo cauce hasta convertirse en un hilillo tembloroso que sólo abre una hendidura en la arena estéril.

Pero hacia las Navidades de aquel año décimo quinto se produjo un segundo gran cambio en la vida de Marner, y su historia llegó a mezclarse de manera singular con la vida de sus vecinos.

Capítulo III

El hombre más importante de Raveloe era el terrateniente Cass, que habitaba casi frente a la iglesia en la gran casa roja con una hermosa escalinata y unos excelentes establos en la parte de atrás. Era uno más entre los terratenientes del lugar, pero se le consideraba el más importante porque si bien se daba igualmente por sentado que los orígenes de la familia del señor Osgood se remontaban hasta la noche de los tiempos —la imaginación de Raveloe nunca se había aventurado más allá del temeroso vacío anterior a la existencia de los Osgood—, sólo era dueño de la granja donde vivía, mientras que el terrateniente Cass contaba con algunos arrendatarios, que se quejaban a él de los destrozos que les causaba la caza como si fuera un aristócrata.

Corrían aún los tiempos gloriosos del conflicto bélico que se sentía como un favor particular de la Providencia a los intereses de los grandes terratenientes, y la caída de los precios no había llevado aún a la ruina a la raza de los pequeños terratenientes y pequeños propietarios rurales por la senda para la que unas costumbres dispendiosas y una desastrosa administración agrícola tanto había contribuido a encaminarlos. Hablo ahora de Raveloe y de los municipios que se le asemejaban; porque nuestra vida rural de entonces tenía muchos aspectos diferentes, como ha de tenerlos cualquier vida cuando se extiende sobre diferentes superficies, y respira de distintas maneras en razón de diferentes corrientes multitudinarias, desde los céfiros celestiales hasta los pensamientos de los hombres, que están siempre moviéndose y cruzándose con resultados imprevisibles. Raveloe quedaba al margen —entre árboles frondosos y senderos con rodadas—, ajeno a las corrientes de energía industrial y de entusiasmo puritano: los ricos comían y bebían sin restricciones, y aceptaban los ataques de gota y las apoplejías como cosas que suceden misteriosamente en las familias respetables, y los pobres pensaban que, sin lugar a dudas, los ricos estaban en su derecho cuando llevaban una vida placentera; por otra parte, sus fiestas ocasionaban la multiplicación de las sobras, que eran la herencia de los pobres. Betty Jay olía cuándo se cocían los jamones del terrateniente Cass, pero sus nostalgias quedaban limitadas al untuoso licor que sobraba después de cocerlos; y cuando llegaba de nuevo la época de las grandes celebraciones, todo el mundo la consideraba una verdadera ganga para los pobres. Porque las fiestas de Raveloe eran como los cuartos traseros de las vacas y los barriles de cerveza: funcionaban en gran escala, y duraban mucho tiempo, sobre todo en invierno. Una vez que las señoras habían empaquetado sus mejores trajes y sus adornos para el pelo, y habían corrido el riesgo de vadear ríos en asientos traseros con tan preciosa carga con tiempo lluvioso o bajo la nieve, cuando no era posible saber hasta dónde subirían las aguas de los ríos, no había por qué suponer que fueran a contentarse con celebraciones de corta duración. De acuerdo con esa tendencia, en las estaciones oscuras del año, cuando escaseaba el trabajo en el campo, y las horas se alargaban, siempre se lograba que varios vecinos mantuvieran su casa abierta de manera sucesiva. Tan pronto como los platos habituales del terrateniente Cass se

hacían menos abundantes y los alimentos utilizados estaban menos frescos, sus invitados no tenían más que caminar un poco más hacia el interior del pueblo, hasta Los Huertos, la casa del señor Osgood, para encontrar jamones y asados todavía inéditos, empanadas de cerdo que aún conservaban el aroma del horno y mantequilla recién batida; todo lo que, de hecho, los apetitos ociosos pudieran desear, quizás incluso con mayor perfección, aunque no en mayor abundancia que en casa del terrateniente Cass.

Porque la señora Cass había muerto hacía mucho tiempo y en La Casa Roja faltaba la presencia de la esposa y madre que es fuente de saludable amor en el salón y de miedo en la cocina; y eso ayudaba a explicar no sólo que existiera mayor profusión que excelencia en las provisiones festivas, sino también la mucha frecuencia con que el orgulloso terrateniente se dignaba presidir las tertulias en el salón de El Arcoíris y no en el oscuro salón con revestimiento de madera de su propia casa; quizás, también, el hecho de que sus hijos no estuvieran a la altura de sus expectativas. Raveloe no era un lugar donde la censura moral fuese rigurosa, pero se consideraba una debilidad del terrateniente que hubiera mantenido a sus hijos en casa sin ocupación alguna; y aunque se podía dar cierto margen a los jóvenes cuyo padre se lo podía permitir, la gente movía la cabeza ante la vida que llevaba Dunstan, el segundo hijo, a quien se llamaba de ordinario Dunsey, y cuya afición a los trueques y a las apuestas podía terminar por ser algo bastante más grave que echar una cana al aire. Por supuesto, como decían los vecinos, no se trataba de lo que pudiera sucederle a Dunsey —un personaje rencoroso y burlón, que parecía disfrutar más con la bebida si otras personas se abstenían— siempre que sus acciones no causaran problemas a una familia como la del terrateniente, que tenía un mausoleo en la iglesia local y picheles con más años que Jorge III. Pero sería una verdadera lástima que Godfrey, el primogénito, un excelente joven de rostro sincero y natural bondadoso que llegaría con el tiempo a ser el terrateniente, se contagiara y siguiese el camino de su hermano, que era lo que parecía estar haciendo en los últimos tiempos. Si seguía por ese camino acabaría por perder a Nancy Lammeter; porque era bien sabido que la muchacha lo miraba con mucha reticencia desde el Pentecostés de hacía un año, cuando tanto se habló de que había faltado de casa durante muchos días seguidos. Había algo que no funcionaba, más allá de lo habitual: eso estaba claro; porque Godfrey ya no tenía el buen color de siempre ni era tan abierto en su trato como anteriormente. Hubo un tiempo en que todo el mundo decía: ¡qué buena pareja harían él y la señorita Nancy Lammeter! Y si la joven pudiera llegar a ser la señora de La Casa Roja, se produciría sin duda un cambio hacia mejor, porque las dos hermanas Lammeter se habían educado de una manera tal como para no consentir que se desperdiciara ni una pizca de sal, y sin embargo en su familia todo era de excelente calidad, de acuerdo con su posición. Una nuera como aquélla sería una verdadera suerte para el anciano propietario, aunque no aumentara nunca en un solo penique su fortuna; porque era de temer que, pese a sus ingresos, hubiera más agujeros en su

bolsillo del ya considerable que era responsabilidad suya. Aunque si Godfrey no pasaba página y empezaba desde cero, podía decir el adiós definitivo a la señorita Nancy Lammeter.

Una tarde de finales de noviembre del décimo quinto año de la vida de Silas Marner en Raveloe, era precisamente Godfrey, el hijo del terrateniente que había concitado todas las esperanzas en otro tiempo, quien se hallaba de espaldas al fuego de la chimenea, con las manos en los bolsillos, en el oscuro salón con revestimiento de madera de la casa paterna. La grisácea luz que ya se desvanecía caía débilmente sobre las paredes decoradas con escopetas, fustas y colas de zorro a manera de trofeos, pero con abrigos y sombreros dejados descuidadamente sobre las sillas, pichales que despedían olor a cerveza pasada, pipas abandonadas sobre la repisa de la chimenea y un fuego medio apagado: señales de una vida doméstica desprovista de cualquier atractivo redentor, con la que sin duda se hallaba tristemente de acuerdo la expresión de sombría irritación en el rostro de Godfrey. Parecía estar esperando, con el oído atento, la llegada de alguien, y, muy pronto, el sonido de unos pasos, acompañados por un silbido, se oyó en el amplio vestíbulo vacío.

Al abrirse la puerta entró un joven corpulento, de cara cuadrada, con el rostro encendido y los modales innecesariamente eufóricos que denuncian el primer estadio de la ebriedad. Era Dunsey, y, al verlo, desapareció de la expresión de Godfrey parte de su tristeza para adquirir otra más decidida de aborrecimiento. El simpático perro de aguas de color castaño, tumbado junto al hogar, se retiró bajo una silla a un lado de la chimenea.

—Bien, señorito Godfrey, ¿qué me quiere usted? —dijo Dunsey con tono burlón—. Eres mi mayor en edad y en gobierno, como muy bien sabes; estaba obligado a venir al saber que me buscabas.

—Te lo voy a decir enseguida, pero antes vas a tener que serenarte para escucharme, ¿me oyes? —dijo Godfrey con ferocidad. Él mismo había bebido más de lo que le convenía, tratando de convertir su tristeza en sincera indignación—. Lo que tengo que decirte es que necesito dar el dinero de la renta de Fowler a nuestro padre, o en caso contrario decirle que te lo he entregado, porque amenaza con embargarle, y muy pronto se sabrá todo, tanto si se lo cuento yo como si lo sabe por otra persona. Ha dicho, ahora mismo, antes de salir, que iba a mandar aviso a Cox para proceder al embargo si Fowler no se presentaba y pagaba sus atrasos esta semana. Nuestro padre anda mal de dinero y no está de humor para aguantar tonterías; y ya sabes con qué te amenaza si descubre que te has quedado otra vez con su dinero. Así que arréglatelas para conseguirlo, y de prisa, ¿me has entendido?

—¡Ah! —dijo Dunsey, con tono socarrón, mientras se acercaba a su hermano y le miraba a los ojos—. Supongamos, más bien, que el dinero lo buscas tú mismo y me evitas la molestia, ¿no te parece? Dado que tuviste la amabilidad de cedérmelo, no te negarás a hacerme el favor de pagar esa deuda por mí: fue tu amor fraternal lo que te impulsó, ¿no es cierto?

Godfrey se mordió los labios y apretó los puños.

—No te acerques a mí con esa expresión porque puedo perder los estribos.

—Ah, no; no los perderás —dijo Dunsey, aunque se dio media vuelta de todos modos—. Porque soy un hermano con muy buen corazón, ya sabes. Si me apeteciera, podría hacer que te echaran de casa, que perdieras tu herencia y que te quedaras sin un céntimo para el resto de tu vida. Podría decirle al terrateniente, nuestro padre, que su apuesto hijo primogénito está casado con Molly Farren, una joven muy simpática, y que además ese buen hijo suyo sufre mucho porque no puede vivir con la borracha de su mujer; acto seguido pasaría yo a ocupar tu puesto con toda la comodidad del mundo. Pero, como puedes ver, no lo hago... porque soy amable y tengo buen corazón. De manera que te tomarás cualquier molestia por mí. Me conseguirás esas cien libras, ¡sé que lo harás!

—¿Cómo voy a conseguir tanto dinero? —dijo Godfrey, temblando—. No dispongo ni siquiera de un chelín. Y es mentira que pasarías a ocupar mi sitio: sólo conseguirías que te echaran también a ti, eso es todo. Porque si empiezas a contar historias, vendré yo a continuación. Bob es el favorito de mi padre, lo sabes muy bien. Será una satisfacción para él librarse de ti.

—Da lo mismo —dijo Dunsey, moviendo la cabeza hacia un lado mientras miraba por la ventana—. Para mí sería muy agradable que nos fuéramos los dos: eres un hermano tan apuesto, y nos gusta tanto pelearnos, que no sabría qué hacer sin ti. Pero seguro que prefieres que sigamos en casa; no me cabe la menor duda en tu caso. De manera que te las arreglarás para conseguir esa insignificante cantidad de dinero, y vas a permitir que me despida de ti, aunque es verdad que siento marcharme.

Dunsey empezaba a irse, pero Godfrey corrió tras él y lo agarró por un brazo, para decir, acompañándose de una maldición:

—Te digo que no tengo dinero y que no puedo conseguirlo.

—Que te lo preste el viejo Kimble.

—Ya te he dicho que ha dejado de prestarme y que no se lo voy a pedir.

—Bueno, entonces vende a Wildfire.

—Claro, eso es fácil de decir. Pero necesito dinero en efectivo.

—Sólo tienes que montarlo mañana para ir a la cacería. Bryce y Keating estarán allí, con toda seguridad. Te harán más de una oferta.

—Qué sencillo lo ves, aunque tendría que volver a casa a las ocho, embarrado hasta el cuello. Y enseguida ir al baile de cumpleaños de la señora Osgood.

—¡Ajá! —respondió Dunsey, torciendo la cabeza y esforzándose por hablar con una afectada vocecita femenina—. Y allí estará la encantadora señorita Nancy y bailaremos con ella y le prometeremos no volver a portarnos mal y conseguiremos que se nos mire de nuevo con agrado y...

—¡No te atrevas a hablar de Nancy, cretino! —dijo Godfrey, ruborizándose—. O acabaré por estrangularte.

—¿Con qué motivo? —preguntó Dunsey, todavía con la voz en falsete, pero

recogiendo su fusta de la mesa y golpeándose la palma de la mano con la empuñadura—. Tienes una excelente oportunidad. Te aconsejo que vuelvas a esforzarte por congraciarte con ella: ganarías tiempo si a Molly le diera algún día por pasarse con el láudano y te dejara viudo. Y a la señorita Nancy no le importaría ser la segunda, sobre todo si no se enterase de nada. Cuentas además con un hermano de natural bondadoso, que guardará bien tu secreto, porque de ese modo le estarás siempre muy agradecido.

—Voy a decirte cómo están las cosas —respondió Godfrey, temblando e intensamente pálido—; mi paciencia casi se ha acabado. Si fueses un poquito más inteligente, quizá te dieras cuenta de que se puede ir un poco demasiado lejos presionando a los demás, y hacer que deje de tener importancia mandarlo todo al demonio. No sé si no hemos llegado ya a ese punto. Quizá me convenga contárselo todo yo mismo a nuestro padre: al menos me libraría de ti, aunque no consiguiese nada más. Y, después de todo, acabará por enterarse antes o después. Molly me ha estado amenazando con venir en persona a destapar la caja de los truenos. Así que no estés tan convencido de que tu silencio vale cualquier precio que quieras pedir. Me has dejado sin dinero hasta el punto de que ya no tengo nada para calmarla, de manera que el día menos pensado cumplirá su amenaza. Viene a ser todo igual. No descarto contárselo todo a mi padre yo mismo, y en ese caso te puedes ir al infierno.

Dunsey comprendió que se había pasado de la raya y que podía llegar el momento en el que incluso alguien tan dubitativo con Godfrey tomara una decisión. Pero dijo, con aire indiferente:

—Como prefieras, pero antes beberé un trago de cerveza.

Después de tocar la campanilla para llamar a un criado, se dejó caer sobre dos sillas y empezó a golpear el asiento situado bajo la ventana con el mango de la fusta.

Godfrey siguió de pie, de espaldas al fuego, moviendo los dedos entre el contenido de sus bolsillos, los ojos clavados en el suelo. Su poderoso cuerpo, muy musculoso, poseía abundante valor animal, pero no le ayudaba a tomar decisiones cuando los peligros que necesitaba superar no eran de los que se podían derribar de un puñetazo ni tampoco estrangular. Su carácter indeciso y su cobardía moral quedaban exagerados por una posición en la que terribles consecuencias parecían presentarse igualmente por todas partes, y aunque la irritación le había empujado a desafiar a Dunsey y a adelantarse a todas las posibles traiciones, los sufrimientos que atraería sobre sí mismo al dar semejante paso le parecieron más insoportables que la amargura del momento actual. El resultado de revelar que se había casado con Molly no era una simple posibilidad, era, con toda seguridad, un desastre; mientras que la traición tenía aún que consumarse. Desde el cercano espectáculo de aquella certeza, y con sensación de reposo, Godfrey dio marcha atrás hasta la inseguridad y la vacilación. El hijo desheredado de un terrateniente sin grandes recursos, poco dispuesto a trabajar y avergonzado de mendigar, estaba casi tan desvalido como un árbol arrancado de raíz que, gracias al favor de la tierra y el cielo, ha alcanzado un

tamaño excelente en el lugar donde por primera vez empezó a crecer. Quizás hubiera sido posible pensar en trabajar con cierta alegría si fuera posible ganar a Nancy Lammeter mediante aquel esfuerzo; pero, dado que de manera irrevocable iba a perderla, además de perder la herencia paterna, y que decir la verdad suponía romper todo lazo excepto el que lo degradaba y le dejaba sin motivos para tratar de recuperar la mejor parte de sí mismo, del otro lado de aquella confesión no se podía imaginar más futuro que el de «alistarse como soldado», el paso más desesperado, a excepción del suicidio, a los ojos de una familia respetable. ¡No! Prefería confiar en el azar antes que en su decisión personal; mejor participar en el festejo, y beber el vino que le gustaba, aunque fuese con la espada de Damocles sobre la cabeza y el terror en el corazón, que arrojarse a una fría oscuridad de la que quedaban excluidos todos los placeres. Ceder por completo a la sugerencia de Dunstan y vender su caballo empezó a parecerle fácil en comparación con llevar a cabo su amenaza. Pero el orgullo no le permitía reanudar la conversación de otra manera que con una continuación de su pelea previa. Dunstan lo estaba esperando, y se bebía la cerveza a pequeños sorbos.

—Muy propio de ti —estalló Godfrey, con tono amargo— hablar de vender a Wildfire con tanta frialdad... la única cosa que todavía puedo llamar mía, y el mejor caballo que he tenido en toda mi vida. Y si todavía te quedara una chispa de orgullo, te avergonzarías de dejar vacíos los establos, y a todo el mundo riéndose de nosotros. Pero estoy convencido de que te venderías a ti mismo aunque sólo fuera por el placer de hacer sentir a alguien que había hecho un pésimo negocio.

—Cierto, cierto —dijo Dunstan, muy conciliador—; me haces justicia, lo entiendo perfectamente. Sabes que soy un lince para tentar a la gente y cerrar un trato. Ésa es la razón de que te aconseje que me dejes *a mí* vender a Wildfire. Lo montaré mañana en la cacería en tu nombre, con mucho gusto. No quedaré tan bien como tú sobre la silla, pero las ofertas las harán por el caballo y no por el jinete.

—¡Sí, claro! ¡Nada menos que confiarte mi caballo!

—Como gustes —dijo Dunstan, golpeando de nuevo con la fusta el asiento de la ventana, adoptando un aire de gran indiferencia—. Eres *tú* quien necesita pagar el dinero de Fowler; a mí me tiene sin cuidado. Tú recibiste el dinero cuando fuiste a Bramcote, y fuiste *tú* quien le dijo a nuestro padre que no había pagado. Yo no tengo nada que ver con todo eso; decidiste ser tan servicial que el dinero me lo diste a mí, eso es todo. Si no lo quieres devolver, no lo hagas; a mí me da lo mismo. Pero estaba dispuesto a hacerte un favor al ofrecerte a vender el caballo, dado que no te resulta conveniente alejarte tanto mañana.

Godfrey guardó silencio unos momentos. Le hubiera gustado saltar sobre Dunsey, arrancarle la fusta de la mano y azotarlo hasta dejarle medio muerto; y ningún temor corporal podría haberle detenido, pero lo dominó otra clase de miedo, alimentado por sentimientos todavía más fuertes que su indignación. Cuando volvió a hablar, lo hizo en tono casi conciliador.

—Bien, no estarás planeando ninguna tontería con mi caballo, ¿eh? ¿Te vas a

encargar de venderlo como es debido y de entregarme el dinero? Si no lo haces, se va a ir todo al demonio, porque ya no tengo nada más de lo que pueda echar mano. Y por tu parte no obtendrás gran satisfacción de hacer que se me caiga la casa encima, si también acabas con la cabeza rota.

—Sí, sí, claro que sí —dijo Dunstan, poniéndose en pie—; de acuerdo. Ya me parecía que ibas a terminar por atenerte a razones. Soy la persona indicada para conseguir que el viejo Bryce pague un buen precio. Ten la seguridad de que no te conseguiré menos de ciento veinte libras.

—Pero quizás llueva a cántaros mañana, como sucedió ayer, y en ese caso no podrás ir —dijo Godfrey, lleno de dudas sobre si quería o no que se presentara aquel obstáculo.

—No pasará eso —dijo Dunsey—. Siempre tengo suerte con el tiempo. Puede que lloviese si quisieras ir tú. Nunca te reparten buenas cartas, ¿sabes? A mí siempre. A ti te ha tocado ser guapo, pero a mí me ha tocado la suerte, de manera que me tienes que mantener a tu lado como si fuera tu pata de conejo; nunca saldrás adelante sin mí.

—¡Maldita sea, cállate ya de una vez! —dijo Godfrey, de manera impulsiva—. Y ten cuidado de no emborracharte mañana, o de lo contrario saldrías despedido y te darías con la cabeza en una roca al volver a casa, y Wildfire podría tener que pagar las consecuencias.

—Que no sufra tu tierno corazón —dijo Dunstan, abriendo la puerta—. Nunca me has visto ebrio cuando tengo que hacer un trato; me perdería toda la diversión. Además, siempre que caigo, tengo asegurado caer de pie.

Dicho esto, Dunstan salió dando un portazo y dejó a Godfrey sumido en la amarga cavilación que no terminaba nunca sobre sus circunstancias personales, cavilación que se prolongaba día tras día, sin otra excepción que los empeños deportivos, la bebida, las partidas de cartas o el placer —cada vez menos frecuente y más difícil de olvidar— de ver a la señorita Nancy Lammeter. Los sutiles y variados sufrimientos que nacen del elevado grado de sensibilidad producto de una cultura superior son quizás menos lamentables que la deprimente ausencia de disfrute o consuelo objetivo que sume a los espíritus más bastos en la perpetua e inevitable compañía de sus propias penas y descontentos. La vida de aquellos antepasados rurales, a quienes lo más probable es que consideremos figuras muy prosaicas —hombres cuyo único trabajo era recorrer sus tierras a caballo, que iban ganando peso día a día sobre la silla de montar y que dedicaban el resto del tiempo a la gratificación medio apática de unos sentidos embotados por la monotonía—, tenía cierto patetismo de todos modos. También *a ellos* les sucedían calamidades, y sus tempranos errores les acarreaban duras consecuencias: quizás el amor de alguna dulce doncella, la imagen de la pureza, del orden y de la calma les había abierto los ojos a la visión de una vida en la que los días no les parecerían demasiado largos, incluso sin incontrolado jolgorio; pero la doncella se perdía, y la visión desaparecía, y ¿qué les

quedaba entonces, especialmente cuando ya les pesaba demasiado el cuerpo para la caza, o para cargar con una escopeta durante las batidas, excepto beber y alegrarse, o beber y enfadarse, de manera que no necesitaran introducir ningún cambio, y pudiesen decir una y otra vez con sincero entusiasmo las cosas que ya habían dicho otras muchas veces en el último año? Sin duda entre aquellos hombres de rostro encendido y ojos apagados había algunos a quienes —gracias a su amabilidad natural— ni siquiera los excesos les empujarían a la brutalidad; hombres que, cuando sus mejillas tenían el frescor de la juventud, habían sentido el agujijón acerado del pesar o del remordimiento, que habían quedado heridos por las cañas en las que se apoyaban o que, sin pensárselo dos veces, habían introducido sus extremidades en grilletes de los que ningún esfuerzo lograría librarlos; y ante aquellas tristes circunstancias, que a todos nos son comunes, sus pensamientos no encontraban más lugar de descanso que el círculo tantas veces recorrido de su insignificante historia.

Tal, al menos, era la situación de Godfrey Cass en el año vigésimo sexto de su existencia. Un movimiento de compunción, ayudado por esas pequeñas influencias indefinibles que toda relación personal ejerce sobre una naturaleza acomodaticia, le había empujado a contraer un matrimonio secreto que se había convertido en el cáncer de su vida. Era una vergonzosa historia de bajas pasiones, vana ilusión y del despertar de aquella vana ilusión, despertar que no es necesario extraer de la intimidad de los amargos recuerdos de Godfrey. También sabía desde mucho tiempo atrás que la vana ilusión se debía en parte a una trampa que le había tendido Dunstan, al ver en el matrimonio degradante de su hermano la manera de gratificar el odio que le despertaban simultáneamente los celos y la codicia. Y si Godfrey se hubiera sentido sencillamente una víctima, el bocado de hierro impuesto por el destino le habría irritado menos inexorablemente. Si las maldiciones que murmuraba en voz apenas audible cuando estaba solo no hubieran tenido otro objeto que la astucia diabólica de Dunstan, quizá le habrían dado menos miedo las consecuencias de su confesión. Pero Godfrey tenía algo más que maldecir: su propia locura depravada, que ahora le parecía tan descabellada e inexplicable como nos parecen casi todas nuestras locuras y vicios cuando sus atractivos se han esfumado tiempo atrás. Durante cuatro años había pensado en Nancy Lammeter, cortejándola con tácita adoración paciente, por considerarla la mujer que le hacía pensar en el futuro con alegría: sería su mujer, y le proporcionaría un hogar agradable, como nunca lo había sido la casa de su padre; y sería fácil, cuando estuviera siempre cerca, desprenderse de las absurdas costumbres que no eran placeres, sino tan sólo una manera febril de suprimir el vacío. La manera de ser de Godfrey era esencialmente hogareña, aunque se hubiera criado en una casa desprovista de sonrisas y donde la presencia de un orden conocido no reprobaba los malos hábitos diarios. Su buena disposición le hacía sumarse sin resistencia a los rumbos familiares, pero la necesidad que sentía de algún tierno afecto permanente, la añoranza de alguna influencia que hiciera más fácil buscar el bien que sin duda prefería, hacían comparables la pulcritud, el orden y la disciplinada

liberalidad del hogar de los Lammeter, siempre embellecido por la sonrisa de Nancy, con esas luminosas y radiantes horas matutinas en que las tentaciones se duermen y dejan los oídos abiertos a la voz del ángel bueno, que invita al trabajo, a la sobriedad y a la paz. Y sin embargo la esperanza de aquel paraíso no había bastado para salvarlo de tomar un camino que lo apartaba para siempre de todo lo que ambicionaba. En lugar de mantener bien agarrada la sólida cuerda de seda con la que Nancy lo hubiera conducido sano y salvo hasta las verdes riberas donde era tan fácil pisar con firmeza, se había dejado arrastrar hasta el barro y el cieno donde eran inútiles los forcejeos. Se había ligado con lazos que lo privaban de toda iniciativa laudable, lo que le hacía vivir en constante exasperación.

Existía, de todos modos, una situación peor que la actual: la situación en la que se encontraría cuando su vergonzoso secreto quedara a la vista del mundo; y el deseo que triunfaba continuamente sobre todos los demás era el de retrasar aquel día nefasto, el día en que tendría que soportar las consecuencias del violento rencor de su padre por la herida infligida al honor de la familia, y renunciar quizás a la vida desahogada y a la dignidad que, después de todo, daban cierto sentido a su vida, y en el que tendría que aceptar la certeza de que había sido desterrado para siempre de la presencia y de la estima de Nancy Lammeter. Cuanto más tiempo pasara, mayores eran las posibilidades de librarse de algunas, al menos, de las odiosas consecuencias que le correspondían de manera inevitable por su comportamiento; más numerosas las oportunidades que todavía le quedaban de aprovechar el extraño placer de ver a Nancy, y de recoger algunas débiles indicaciones de su aprecio superviviente. La búsqueda de aquel placer le impulsaba, de manera irregular y de cuando en cuando, después de pasar semanas en las que la evitaba como una recompensa demasiado lejana, de alas resplandecientes, que sólo servía para que al dar un salto hacia adelante descubriese que su cadena le resultaba aún más dolorosa. Uno de aquellos ataques de nostalgia le dominaba ahora, y tenía que haber sido lo bastante intenso como para convencerlo de confiar Wildfire a Dunstan en lugar de rechazar la nostalgia, incluso aunque no tuviera otra razón para evitar aquella cacería matutina. La otra razón era el hecho de que, por la mañana, los participantes iban a reunirse cerca de Batherley, la población con mercado donde vivía la desdichada mujer cuya imagen se le hacía más odiosa cada día que pasaba, lo que, desde su punto de vista, contaminaba todos los alrededores. El yugo que un hombre se crea con sus malas acciones genera odio hasta en las personas más amables; y Godfrey Cass, jovial y de buen corazón, se estaba transformando con rapidez en un amargado, al que asaltaban crueles deseos que parecían presentarse, y salir, y volver a aparecer como demonios que habían encontrado en él un hogar vacío, bien barrido y dispuesto.

¿Qué iba a hacer aquella noche para pasar el tiempo? Nada le impedía trasladarse a El Arcoíris y oír lo que se decía sobre las peleas de gallos: todo el mundo estaría allí, y ¿qué otra cosa se podía hacer? Si bien, a decir verdad, no le interesaban en absoluto las peleas de gallos. Snuff, el perro de aguas, que se le había colocado

delante, y llevaba algún tiempo vigilándolo, se puso en pie de un salto con la impaciencia de recibir la esperada caricia. Pero Godfrey lo apartó sin mirarlo, y abandonó la habitación, seguido humildemente por el animal, sin el menor resentimiento, quizá porque no veía ninguna otra ocupación acorde con sus capacidades.

Capítulo IV

Dunstan Cass, al ponerse en camino aquella mañana tan desagradable, al paso juiciosamente tranquilo de un hombre que se ve obligado a recorrer parajes peligrosos a caballo, tenía que utilizar una senda que, al final, pasaba junto a un terreno sin cerca, llamado La Cantero, donde se alzaba la casa, en otro tiempo cabaña de cantero, en la que habitaba Silas Marner desde hacía quince años. Era un sitio poco agradable en aquella estación, con arcilla húmeda pisoteada a su alrededor, y el agua roja y turbia muy alta en los pozos de la cantera abandonada. Aquello fue lo primero que pensó Dunstan mientras se acercaba; lo segundo fue que el tejedor —de cuyo telar ya había empezado a oír el zumbido— era un viejo loco que poseía muchísimo dinero, escondido en algún sitio. ¿Cómo era que a él, a Dunstan Cass, que había oído hablar a menudo de la avaricia de Marner, nunca se le había ocurrido sugerir a Godfrey que debía conseguir, por la persuasión o por el temor, y con la excelente garantía de la herencia que acabaría por llegar a sus manos, que aquel individuo le prestase el dinero que atesoraba? La posibilidad de aquel préstamo se le presentó ahora como tan fácil de poner por obra y tan sumamente adecuada, sobre todo porque el tesoro que Marner ocultaba bastaría con toda seguridad para dotar a Godfrey de un espléndido excedente por encima de sus necesidades inmediatas, lo que le permitiría atender los deseos de su fiel hermano, que casi le hizo tirar de las riendas de Wildfire para indicarle que deseaba volver a casa. Godfrey estaría sin duda dispuesto a aceptar su sugerencia: acogería con entusiasmo cualquier iniciativa que pudiera salvarlo de tener que renunciar a su caballo. Pero cuando las cogitaciones de Dunstan llegaron a aquel punto, la inclinación a seguir adelante se hizo más fuerte y prevaleció. No quería darle semejante satisfacción a su hermano mayor; prefería que el señorito Godfrey lo pasara mal. Dunstan, por añadidura, disfrutaba con la importancia personal que se derivaba de tener un caballo para vender, y de la posibilidad de conseguir un buen precio, además de presumir y, posiblemente, de engañar a alguien. Podía conseguir toda la satisfacción ligada al hecho de vender el caballo de su hermano y, luego, de todos modos, la satisfacción añadida de informar a Godfrey para que pidiera prestado el dinero de Marner. De manera que siguió adelante hasta llegar al lugar de la cita.

Bryce y Keating estaban allí, algo que Dunstan, por ser un tipo con mucha suerte, estaba seguro de que sucedería.

—¡Afortunado encuentro! —dijo Bryce, que desde hacía mucho tiempo miraba con buenos ojos a Wildfire—. Hoy montas el caballo de tu hermano, ¿que ha sucedido?

—He hecho un trueque —respondió Dunstan, cuya satisfacción, cuando mentía, con absoluta independencia de la utilidad de la mentira, no disminuía en absoluto por la posibilidad de que su oyente no le creyera—. Wildfire es ahora mío.

—¡Cómo! ¿Se lo has cambiado por ese jamelgo tuyo de huesos grandes? —

preguntó Bryce, bien consciente de que iba a recibir otra mentira como respuesta.

—Bueno, había una pequeña cuenta pendiente entre nosotros —dijo Dunstan, quitándole importancia—, y Wildfire ha servido para equilibrarla. He cedido, quedándome con el caballo, aunque ha sido en contra de mis deseos, porque me muero por una yegua de Jortin, un purasangre como no se ha visto otro sobre el que echar las piernas. Pero me voy a quedar con Wildfire, ahora que lo tengo, a pesar de que el otro día, en Flitton, me ofreció ciento cincuenta libras un tipo que bizquea y que lleva un chaleco verde (creo que compra para Lord Cromleck). No me quiero desprender de Wildfire: me va a costar trabajo encontrar otro caballo que salte mejor una cerca. La yegua tiene mejor pedigrí, pero está un poco débil de los cuartos traseros.

Bryce adivinó, como es lógico, que quería vender el caballo, y Dunstan se dio cuenta de que lo había adivinado (la compraventa de caballos no es más que una de las muchas transacciones que se realizan de esa manera tan ingeniosa); y los dos juzgaron que la operación estaba en su primera fase cuando Bryce replicó, irónico:

—No sé qué decirte; no me parece que estés muy empeñado en quedártelo; no he encontrado nunca a nadie que no quiera vender su caballo cuando le ofrecen el cincuenta por ciento más de lo que vale. Tendrás suerte si consigues cien.

Keating se acercó en aquel momento, y la transacción se complicó. Al final, sin embargo, se cerró el trato, al aceptar Dunstan las ciento veinte libras que le ofreció Bryce, pagaderas cuando se entregara a Wildfire, sano y salvo, en los establos de Batherley. A Dunstan se le ocurrió que podría ser juicioso renunciar a la cacería, dirigirse de inmediato a Batherley y esperar allí el regreso de Bryce; luego, ya con el dinero en el bolsillo, alquilar un animal que lo devolviera a casa. Pero no era fácil renunciar al deseo de galopar un poco, alentado por la confianza en su buena suerte, y por un buen trago, al terminar el trato, de la petaca con *brandy* que llevaba en el bolsillo, sobre todo a lomos de un caballo que saltaría con elegancia todas las cercas para admiración de quienes lo presenciaran. Dunstan, sin embargo, saltó una cerca de más y consiguió que Wildfire se clavara la afilada estaca de un seto. Él, en cambio, mercancía nada vendible, sin ninguna cualidad digna de mención, salió sano y salvo de aquel lance; pero el pobre Wildfire, desconocedor de su elevado precio, se dejó caer de costado y, doloridamente, exhaló el último aliento. Sucedió que Dunstan, poco tiempo antes, por haber tenido que echar pie a tierra para arreglarse el estribo, había murmurado un buen número de maldiciones, muy molesto ante aquella interrupción que lo había situado en la retaguardia de la cacería cuando estaba cerca el momento de gloria: la cólera, precisamente, hizo que saltara las cercas exponiéndose más. Habría estado muy pronto al frente, con la jauría, cuando se produjo el accidente fatal, por lo que se encontró a la retaguardia de los jinetes entusiastas que iban por delante, nada preocupados por lo que sucedía tras ellos, y los rezagados, muy a lo lejos, que era igual de probable que pasaran indiferentes por el lugar en el que había caído Wildfire. Dunstan, en cuya manera de ser estaba

preocuparse más por las molestias inmediatas que por las consecuencias remotas, tan pronto como recuperó el uso de las piernas, y vio que todo había terminado para Wildfire, sintió como confirmación de su buena suerte la ausencia de testigos de un accidente que ningún exceso de fanfarronería conseguiría convertir en envidiable. Después de entonarse, superada la violenta sacudida con un poco de *brandy* y muchas maldiciones, caminó lo más deprisa que pudo hasta un bosquecillo situado a su derecha, a través del cual se le ocurrió que podría llegar a Batherley sin peligro de encontrarse con ninguno de los participantes en la cacería. Su primer pensamiento fue alquilar allí un caballo y volver a casa cuanto antes, porque caminar muchos kilómetros sin una escopeta en las manos y a lo largo de una carretera ordinaria le resultaba a él tan impensable como a otros muchos jóvenes tan llenos de vida como él. No le importaba demasiado tener que llevarle a Godfrey las malas noticias, porque podía ofrecerle al mismo tiempo la solución que suponía el dinero de Marner; y si Godfrey se rebelaba, como le sucedía siempre, ante la idea de contraer deudas de las que él apenas sacaba beneficio alguno, bueno, no protestaría durante mucho tiempo: Dunstan estaba seguro de que podía obligar a Godfrey a hacer cualquier cosa. El dinero de Marner se le apareció con colores cada vez más vivos ahora que la necesidad de conseguirlo se había vuelto imperativa; la perspectiva de tener que presentarse en Batherley con las botas embarradas de un vulgar caminante, y de tener que responder a las burlonas preguntas de los mozos de cuadra, se alzaba de manera desagradable en el camino de su impaciencia por regresar a Raveloe y llevar a buen término su acertado plan; y un rápido examen del bolsillo de su chaleco, mientras cavilaba, hizo que se acordara de que las dos o tres monedas de poco valor que su índice encontró allí eran de un color demasiado pálido para hacer frente a la pequeña deuda sin cuyo pago el administrador del establo había afirmado que nunca volvería a tener relaciones comerciales con Dunstan Cass. Después de todo, según la dirección en que la cacería le había llevado, no estaba mucho más lejos de su casa que de Batherley; pero Dunstan, persona poco notable por la claridad de su mente, sólo llegó a aquella conclusión gracias a la percepción gradual de que había otras razones para tomar la inesperada decisión de volver andando a casa. Ya eran casi las cuatro de la tarde, y se estaba espesando la niebla: cuanto antes volviera a la carretera, mejor. Recordó haberla cruzado y haber visto un poste indicador muy poco antes de la caída de Wildfire; de manera que, después de abotonarse la casaca, de enrollar la tralla de su fusta alrededor de la empuñadura y de golpearse la parte superior de las botas con aire de ser muy dueño de sí mismo, como para asegurarse de que no estaba en absoluto sorprendido, se puso en camino con la sensación de que se disponía a llevar a cabo una notable proeza en materia de esfuerzo físico, proeza que, de algún modo y en algún momento, estaría en condiciones de adornar y de engrandecer para admiración de un selecto círculo de contertulios en El Arcoíris. Cuando un joven caballero como Dunsey se ve reducido a un modo tan excepcional de locomoción como tener que caminar, una fusta en la mano es un deseable contrapeso al

descubrimiento, inevitable y desconcertante, de los inconvenientes de su situación; y Dunstan, mientras caminaba rodeado por una niebla cada vez más densa, no dejaba ni un momento de golpear con la fusta todo lo que encontraba a su paso. Se trataba de la fusta de Godfrey, de la que se había apoderado sin permiso porque tenía la empuñadura de oro; por supuesto nadie podía ver, cuando Dunstan la usaba, que tenía grabado el nombre *Godfrey Cass*: sólo veían que se trataba de un instrumento de muy buena calidad. A Dunstan le preocupaba que pudiera encontrarse con algún conocido, ante quien, sin duda, ofrecería una figura más bien lamentable, porque la niebla no sirve de pantalla si las personas están muy cerca; sin embargo, cuando por fin alcanzó los senderos bien conocidos de Raveloe sin haberse tropezado con un alma, se dijo para sus adentros que también aquello probaba su habitual buena suerte. Aunque era cierto, por otra parte, que la niebla, ayudada por la oscuridad del crepúsculo, se había transformado ya en una pantalla más densa de lo que él deseaba, porque escondía las rodadas por las que sus pies podían deslizarse fácilmente; la niebla lo ocultaba todo, de manera que necesitaba guiar sus pasos tocando con la fusta los arbustos bajos delante del seto. Pronto, pensó, estaría cerca de La Cantera: tendría que encontrarla gracias a la abertura en el seto. La encontró, sin embargo, por otra circunstancia con la que no contaba: gracias, exactamente, a cierto resplandor que, enseguida dedujo, procedía de la morada de Silas Marner. La continua presencia en su imaginación durante la caminata de aquella casa, y del dinero escondido dentro, le había llevado a urdir maneras de engatusar y de tentar al tejedor para que se separase de su dinero por los intereses que recibiría más adelante. Dunstan sentía que se debería añadir una ligera amenaza a las buenas palabras, porque sus personales convicciones aritméticas no eran lo bastante claras como para permitirle ninguna demostración contundente de las ventajas de aquel préstamo; y por lo que respecta a la garantía, la consideraba vagamente como un medio de engañar a un hombre haciéndole creer que se le pagaría. Al fin y a la postre, la operación de convencer al avaro era una tarea que Godfrey, con toda seguridad, dejaría en manos de su hermano, mucho más audaz y astuto; Dunstan ya lo había decidido; y cuando vio luz a través de las rendijas en las contraventanas de Marner, estaba tan familiarizado con la idea de un diálogo con el tejedor, que se le ocurrió, como cosa completamente natural, presentarse sin esperar a más. Descubría ya algunas ventajas como consecuencia de aquella iniciativa: era muy posible que el tejedor poseyera una linterna, y él estaba cansado de caminar a tientas. Se hallaba todavía a un kilómetro de su hogar, y el sendero se volvía cada vez más resbaladizo, porque la niebla se estaba transformando en lluvia. Abandonó el camino, no sin cierto miedo de equivocarse, porque no estaba seguro de si la luz se hallaba delante o a un lado de la casa. Pero fue tocando el suelo delante de él cautelosamente con el mango de la fusta y finalmente alcanzó la puerta sin percance. Llamó con fuerza, más bien disfrutando con la idea de que el anciano se asustara con aquel ruido repentino. No oyó ningún movimiento en el interior: todo era silencio. ¿Acaso el tejedor se había acostado ya? En ese caso, ¿por qué había dejado una luz?

Extraño olvido, tratándose de un avaro. Dunstan llamó todavía con más violencia y, sin esperar una respuesta, pasó dos dedos por el agujero de la cerradura, con intención de correr el pestillo moviendo la puerta arriba y abajo, convencido de que estaba cerrada. Pero, para sorpresa suya, ante aquel doble movimiento la puerta se abrió, y Dunstan se encontró delante del resplandeciente fuego que iluminaba todos los rincones de la casa —la cama, el telar, las tres sillas y la mesa— y le hizo ver que Marner no estaba allí.

En aquel momento nada podía resultar más atractivo para Dunsey que un buen fuego: se acercó y se sentó sin pensárselo dos veces. Había además algo delante del fuego que hubiera sido tentador para una persona con hambre, si hubiera estado en un diferente estado de cocción. Se trataba de un trozo de carne de cerdo suspendido del gancho de una tetera por medio de una cuerda que atravesaba una llave de puerta de grandes dimensiones, de una manera conocida por amas de casa primitivas que no poseían el instrumento adecuado para hacer girar la carne clavada en un espetón. Pero el trozo de cerdo se había colgado en el extremo más alejado del fuego, al parecer para evitar que el asado se terminara de hacer demasiado deprisa en ausencia del propietario. ¿El viejo bobalicón de ojos saltones tenía entonces para comer carne recién preparada?, pensó Dunstan. La gente había dicho siempre que vivía aposta de pan mohoso, para de ese modo perder el apetito. Pero ¿dónde estaba en aquel momento, en una noche así, dejando la cena a medio preparar y con la puerta abierta? Las recientes dificultades de Dunstan para encontrar su camino le llevaron a pensar que quizás el tejedor había salido en busca de combustible, o para realizar alguna otra tarea igualmente breve, y se había caído en alguno de los pozos de La Cantera. Aquello le pareció a Dunstan una idea interesante, que traía aparejadas consecuencias enteramente nuevas. Si el tejedor había muerto, ¿quién tenía derecho a quedarse con su dinero? ¿Quién sabría dónde estaba escondido el dinero? ¿*Quién sabría que alguien había aparecido para llevárselo?* No llegó más adelante en el examen de aquellas sutilezas: la pregunta apremiante «¿Dónde *está* el dinero?» se apoderó de él por completo hasta el punto de olvidar que la muerte del tejedor no era en absoluto una certeza. Un cerebro embotado, cuando llega a una conclusión que halaga sus deseos, raras veces es capaz de retener la impresión de que la idea a partir de la cual se inició la inferencia no pasa de ser una suposición. Y el cerebro de Dunstan estaba tan embotado como lo está de ordinario el cerebro de un delincuente en potencia. En el caso de personas como Marner, sólo había tres escondites en donde, según lo que él había oído, era posible encontrar su tesoro: el bálago, la cama y un agujero en el suelo. La casa de Marner no tenía techo de bálago; y la primera acción de Dunstan, después de un encadenamiento de ideas, que se produjo con rapidez gracias al estímulo de la codicia, fue llegar hasta la cama; pero mientras lo hacía, sus ojos recorrieron con avidez el suelo, donde los ladrillos, bien iluminados por el fuego del hogar, se reconocían bajo una fina capa de arena. Pero no por todas partes, porque había un punto, y sólo uno, que estaba muy bien cubierto por la arena, y por arena

que mostraba huellas de dedos, dedos que, al parecer, habían tenido buen cuidado de extenderla sobre un espacio muy concreto, cerca de los pedales del telar. Dunstan se abalanzó sobre aquel sitio, apartó la arena con la fusta y, al insertar el extremo más fino entre los ladrillos, descubrió que estaban sueltos. A toda prisa alzó dos y vio lo que sin duda alguna constituía el objeto de su búsqueda; porque, ¿qué podía haber en aquellos dos talegos de cuero excepto dinero? Y, a juzgar por su peso, debían de estar llenos de guineas. Palpó todo el perímetro del agujero para cerciorarse de que no escondía nada más; luego, lo más deprisa que pudo, colocó de nuevo los ladrillos y extendió la arena por encima. Apenas habían pasado cinco minutos desde su entrada en la casa, pero a Dunstan le pareció que llevaba allí mucho tiempo; y aunque estaba lejos de pensar en la posibilidad de que Marner siguiera con vida, y pudiera regresar a su casa en cualquier momento, sintió que un miedo indefinible se apoderaba de él mientras se alzaba con los talegos. Se apresuraría a volver a la oscuridad y luego decidiría lo que debía de hacer con el dinero. Cerró al instante la puerta tras de sí, para detener el chorro de luz: unos cuantos pasos serían distancia suficiente para llevarlo más allá de la posibilidad de ser descubierto por el resplandor procedente de las grietas en las contraventanas y el agujero del pestillo. La lluvia y la oscuridad habían aumentado, pero Dunstan se alegró, aunque le resultara incómodo caminar con las dos manos ocupadas, dado que lo más que podía hacer era sujetar la fusta y uno de los talegos con una mano. En cuanto hubiese avanzado un metro o dos podría tomárselo todo con más calma. Así que echó a andar en la oscuridad.

Capítulo V

Cuando Dunstan Cass se alejaba de la casa, Silas Marner no estaba a más de cien metros de allí, caminando despacio desde el pueblo, con un saco al hombro a manera de abrigo, y con una linterna en la mano. Le pesaban las piernas, pero estaba tranquilo, sin la menor premonición sombría. El sentimiento de seguridad surge con más frecuencia de la costumbre que del convencimiento y, por esa razón, a menudo subsiste después de un cambio del que cabría esperar que provocara alarma. El periodo de tiempo durante el que un determinado acontecimiento no se ha producido se ofrece, en esa lógica de la costumbre, siempre como razón por la que el suceso nunca llegue a tener lugar, incluso cuando el lapso de tiempo es precisamente la condición añadida que hace inminente el acontecimiento. Un hombre os dirá que ha trabajado en una mina durante cuarenta años sin sufrir ningún accidente como una razón por la que no debería constatar ningún peligro, aunque el techo esté empezando a hundirse; se observa con frecuencia que cuanto más viejo se hace un hombre, más difícil le resulta creer en su mortalidad. La influencia de la costumbre era por tanto muy marcada en un hombre de vida tan monótona como la de Marner, que no se encontraba con desconocidos ni sabía de nuevos sucesos que mantuvieran viva en él la idea de lo inesperado y de lo cambiante; y explica, de manera bastante sencilla, por qué su cabeza podía estar tranquila aunque hubiera dejado su casa y su tesoro más indefensos que de ordinario. Silas pensaba con redoblada satisfacción en su cena: primero porque estaría caliente y sería sabrosa; y segundo porque no le había costado nada. La carne de cerdo era un regalo de la señorita Priscilla Lammeter, inmejorable ama de casa, a quien había entregado aquel mismo día una excelente tela de lino, y sólo con ocasión de un regalo como aquél se permitía Silas disfrutar de un asado. La cena era su comida preferida, porque la hacía en el rato que dedicaba al ocio, cuando su corazón se alegraba con el oro; siempre que disponía de carne para asar, elegía disfrutarla para la cena. Pero aquella noche, una vez que hubo atado ingeniosamente su bramante al trozo de carne, y después de enrollarlo de acuerdo con las reglas utilizando la llave de la puerta y de sujetarlo bien al gancho encima del fuego, recordó que para preparar un nuevo trabajo en su telar muy temprano a la mañana siguiente era indispensable un trozo de bramante muy fino. Se le había olvidado porque al volver de casa de los Lammeter no había pasado por el pueblo; pero perder tiempo haciendo recados por la mañana era impensable. La niebla con la que iba a tener que enfrentarse le resultaría sin duda bien desagradable, pero había cosas que Silas prefería a su comodidad personal; de manera que después de apartar el asado lo más posible del fuego y de equiparse con su linterna y una vieja bolsa, emprendió lo que, con buen tiempo, habría sido una expedición de veinte minutos. No hubiera podido cerrar con llave la puerta sin desatar el bramante tan ingeniosamente utilizado y sin retrasar su cena; no merecía la pena hacer semejante sacrificio. ¿Qué ladrón iba a aparecer por La Cantera precisamente en una noche así? ¿Y por qué presentarse en

aquella noche entre todas las demás cuando no lo había hecho a lo largo de los quince años precedentes? No es que tales preguntas estuvieran presentes con claridad en la cabeza de Silas: sirven meramente para explicar el fundamento, vagamente sentido, de la ausencia de preocupación.

Marner llegó a la puerta de su casa muy satisfecho de haber coronado con éxito su expedición; al abrirla todo seguía, para sus ojos miopes, tal como lo había dejado, con la excepción de que el fuego proporcionaba ya una tibieza muy agradable. Dejó la linterna y se desprendió del sombrero y de la bolsa, con lo que al caminar de aquí para allá mezcló las huellas de los pies de Dunstan con las de sus botas claveteadas. Luego acercó más al fuego el asado y se sentó para llevar a cabo, al mismo tiempo, la agradable tarea de cuidar de su cena y de calentarse.

Cualquiera que lo hubiera visto mientras el resplandor de la lumbre le iluminaba el pálido rostro, los extraños ojos que se esforzaban por ver y su exigua silueta quizás hubiera entendido la mezcla de compasión desdeñosa, temor y desconfianza que despertaba en sus vecinos de Raveloe cuando lo veían. Pocas personas, sin embargo, eran más inofensivas que el pobre Marner. En su alma sencilla y honesta, ni siquiera la avaricia creciente ni la adoración del oro podían engendrar ningún vicio directamente perjudicial para otros. Desaparecida por completo la luz de la fe, y convertidos en desolación sus afectos, se había asido con todas las fuerzas de su ser a su trabajo y su dinero; y, como todos los objetos a los que un hombre se consagra, ambos lo habían forjado a su imagen y semejanza. Su telar, mientras trabajaba en él sin cesar, lo había moldeado a su vez, hasta confirmar cada vez más el ansia monótona de su monótona recompensa. El oro, al contemplarlo desde lo alto y verlo crecer, concentraba su capacidad de amar en un completo aislamiento semejante al de su soledad personal.

Cuando ya disfrutaba de la tibieza del calor, Marner empezó a pensar que, si lo dejaba para después de cenar, tendría que esperar demasiado antes de sacar sus guineas, y que sería agradable verlas en la mesa mientras disfrutaba de su desacostumbrado festín. Porque la alegría es el mejor de los licores y las guineas de Silas eran algo así como un vino dorado.

Se puso en pie y colocó la vela en el suelo cerca del telar sin sospechar nada; luego barrió la arena sin advertir ningún cambio y retiró los ladrillos. El espectáculo del hoyo vacío hizo que su corazón latiera con violencia, pero el convencimiento de que su oro había desaparecido no le llegó de inmediato: sólo terror, y el ansia de poner fin a aquel terror. Pasó la mano temblorosa por todo el agujero, tratando de creer que sus ojos podían haberlo engañado; después introdujo la vela y examinó todo con detenimiento, temblando cada vez más. A la larga sus estremecimientos fueron tales que se le cayó la vela y se llevó las manos a la cabeza, tratando de tranquilizarse para poder pensar. ¿Había puesto quizás el oro en otro sitio, por una repentina decisión la noche anterior, y lo había olvidado después? Un hombre que cae en aguas oscuras busca de momento hacer pie aunque sea sobre piedras resbaladizas; y Silas,

al actuar como si creyera en falsas esperanzas, alejaba el momento de la desesperación. Buscó por todas partes, deshizo la cama y la zarandeó y la palpó de arriba abajo; miró en el horno de ladrillo donde guardaba las astillas. Cuando ya no le quedaba ningún otro sitio donde buscar, se arrodilló de nuevo y palpó una vez más el escondrijo en toda su extensión. Ya no le quedaba ningún refugio posible para retrasar un momento más la terrible verdad.

Sí; hay algo parecido a un refugio que siempre se presenta con la postración del pensamiento bajo una pasión avasalladora: se trata de la expectativa de imposibilidades, de la creencia en imágenes contradictorias, todavía diferente de la locura porque cabe desvanecerla con la fuerza del hecho exterior. Silas se levantó sin dejar de temblar y recorrió la mesa con la vista: ¿no estaba el oro allí después de todo? Sobre la mesa no había nada. Luego se volvió y miró detrás, recorrió con los ojos toda la casa, forzando al parecer los ojos en busca de una posible aparición de los talegos donde ya los había buscado en vano. Veía todos los objetos de su casa, y el oro no estaba allí.

De nuevo se llevó las manos, que le temblaban, a la cabeza, y lanzó un terrible alarido, el grito del desconsuelo. Después, durante unos momentos, no se movió; pero el grito le había aliviado del primer golpe enloquecedor de la verdad. Se volvió, llegó, tambaleándose, hasta el telar y procedió a ocupar el asiento donde trabajaba, buscándolo de manera instintiva, como para aferrarse a la realidad más evidente.

Y una vez que todas las falsas esperanzas se hubieron desvanecido, y superado el primer impacto de la certeza, se le presentó la idea del ladrón, y la examinó con gran atención, porque a un ladrón era posible atraparlo y lograr que devolviera lo que había robado. Aquella posibilidad le proporcionó alguna fuerza y se dirigió desde el telar hacia la puerta. La abrió y la lluvia le golpeó, porque caía cada vez con más intensidad. No había manera de encontrar huellas en una noche así: ¿huellas? ¿Cuándo había entrado el ladrón? En su ausencia durante el día la puerta había estado cerrada con llave, y a su regreso no había señales de ningún intruso. Y tampoco ahora, a la vuelta de su salida nocturna, se dijo a sí mismo; todo estaba igual que como lo había dejado. No parecía que nadie hubiera movido ni la arena ni los ladrillos. ¿Era un ladrón quien se había llevado los talegos? ¿O era un poder cruel — ante el que los seres humanos estaban indefensos— quien se había complacido en hundirlo por segunda vez en la desolación? Silas rechazó aquel temor más vago y, esforzándose mucho, centró sus pensamientos en un ladrón con manos, al que era posible alcanzar por medios también humanos. Pensó en todos los vecinos que habían hecho comentarios, o preguntas, que ahora se pudieran ver como base para la sospecha. Estaba Jem Rodney, cazador furtivo de todos conocido y con mala reputación por añadidura; con frecuencia se había cruzado con Marner en sus viajes a través de los campos y había hecho comentarios en broma sobre el dinero del tejedor; más aún, en una ocasión había irritado a Marner al quedarse junto al fuego, después de haber entrado para encender su pipa, en lugar de marcharse enseguida y ocuparse

de sus asuntos. Jem Rodney era el autor del robo: la idea resultaba tranquilizadora. A Jem se le podía encontrar y obligarlo a devolver el dinero: Marner no quería que se le castigara, sólo recuperar el oro que le había sido arrebatado, dejando su alma como un viajero desesperado en un desierto desconocido. Había que atrapar al ladrón. Las ideas de Marner sobre la autoridad judicial eran confusas, pero se daba cuenta de que tenía que salir y dar a conocer su pérdida; y las personas importantes del pueblo —el clérigo, el alguacil y Cass, el terrateniente— harían que Jem Rodney, o alguna otra persona, devolviera el dinero robado. Salió bajo la lluvia con paso apresurado, empujado por aquella esperanza, olvidado de cubrirse la cabeza y sin molestarse en cerrar la puerta con llave, porque le pareció que ya no le quedaba nada que mereciese la pena proteger. Corrió lo más deprisa que pudo, hasta que, al faltarle el aliento, tuvo que reducir la velocidad cuando entró en el pueblo por la bocacalle más cercana a El Arcoíris.

El Arcoíris, en opinión de Marner, era un lugar lujoso para maridos ricos y corpulentos, cuyas esposas disponían de más reservas de ropa y de telas de las necesarias; era un lugar donde probablemente encontraría a los poderosos y a los dignatarios de Raveloe y donde, sin dilación, podría dar cuenta en público de su pérdida. Alzó el pasador de la puerta y se dirigió al bar o cocina bien iluminada situada a la derecha, donde los clientes menos distinguidos del establecimiento tenían por costumbre reunirse, reservándose el salón de la izquierda para un círculo más selecto en el que Cass, el terrateniente, disfrutaba con frecuencia del doble placer de la cordialidad y del ejercicio de la condescendencia. Pero el salón estaba oscuro aquella noche, dado que las principales personalidades del pueblo participaban en el baile con que se celebraba el cumpleaños de la señora Osgood, como era el caso de Godfrey Cass. Y, en consecuencia, el grupo instalado en los asientos de la cocina, menos cómodos, era más numeroso de lo habitual; varios personajes, que en otras ocasiones habrían sido admitidos en el salón, ampliando así la oportunidad de que los contertulios de mayor categoría social pontificaran y se mostrasen tolerantes, se daban por satisfechos en aquella velada con disfrutar de otra manera y beber su *whisky* con agua en el círculo donde podían, a su vez, pontificar y mostrarse tolerantes con otros vecinos de Raveloe que sólo consumían cerveza.

Capítulo VI

La conversación, que estaba ya muy animada en el momento en que Silas llegaba a la puerta de El Arcoíris, había sido, como de costumbre, lenta e intermitente en su comienzo. Las pipas empezaron a echar humo en un silencio que tenía apariencia de severidad; los clientes más importantes, que tomaban *whisky* y se sentaban cerca del fuego, se miraban entre sí como si hubieran apostado sobre quién sería el primero en hacer un guiño, mientras que los bebedores de cerveza, en su mayoría personas con chaquetas de fustán o con blusones, mantenían los párpados entornados y se frotaban la boca con la mano, como si los sorbos de cerveza fueran otras tantas obligaciones fúnebres que era necesario llevar a cabo con embarazosa tristeza. A la larga el señor Snell, propietario de El Arcoíris, un hombre de carácter ecuánime, acostumbrado a mantenerse al margen de cualquier discusión, dado que todas ellas tenían como protagonistas a seres humanos que se asemejaban por su necesidad de consumir bebidas alcohólicas, rompió el silencio, diciendo, con tono dubitativo, a su primo, el carnicero:

—Alguna gente diría que era un animal de primera el que trajiste ayer, Bob.

El carnicero, un individuo alegre, sonriente, pelirrojo, no estaba dispuesto a contestar de forma impetuosa. Dio unas cuantas chupadas a la pipa antes de escupir y responder:

—Y no estarían muy equivocados, John.

Después de aquel mínimo deshielo engañoso, el silencio volvió a instalarse tan pesadamente como antes.

—¿Era una Durham roja? —investigó el herrero, y también veterinario, retomando el hilo de la conversación después de un lapso de algunos minutos.

El herrero miró al tabernero, y el tabernero miró al carnicero, como para indicar a quién correspondía la responsabilidad de contestar.

—Roja era —dijo el carnicero, con su voz ronca pero jovial—, y además una Durham.

—Entonces no necesitas decirme a quién se la compraste —dijo el herrero, mirando a su alrededor con gesto triunfal—; sé quién cría Durham rojas en esta parte del país. Y estaría dispuesto a apostar un penique a que tenía una estrella blanca en la frente. —El herrero se inclinó hacia adelante con las manos en las rodillas mientras planteaba aquella posibilidad, con los ojos brillantes de quien conoce el asunto de cabo a rabo.

—Sí, claro..., podría ser —dijo el carnicero, despacio, dándose cuenta de que estaba a punto de hacer una afirmación demasiado tajante—. No digo lo contrario.

—Lo sé muy bien —dijo el herrero, recostándose otra vez en la silla y hablando con tono desafiante—; si hay alguien que conozca las vacas del señor Lammeter mejor que yo, me gustaría saber quién es, eso es todo. En cuanto a la vaca que has comprado, no sé si has hecho un buen negocio, estuve presente cuando la purgaron,

que me contradiga quien quiera.

El herrero miró desafiante, y las modestas facultades coloquiales del carnicero despertaron un tanto.

—No me gusta llevarle la contraria a nadie —explicó—; soy muy partidario de la paz y de la tranquilidad. A algunos les gusta cortar chuletas largas; por mi parte, las prefiero cortas; pero no me peleo por eso. Todo lo que digo es que se trata de una res estupenda, y a cualquier persona que sea razonable se le llenarán los ojos de lágrimas sólo con mirarla.

—Bueno; hablo de la vaca a la que purgamos, y que cada uno diga lo que quiera —continuó el herrero, con tono de enfado—, y era la vaca del señor Lammeter; de lo contrario has dicho una mentira al asegurar que era una Durham roja.

—Yo no digo mentiras —replicó el carnicero, con la misma voz ronca y la misma modestia de antes—, y no contradigo a nadie, aunque jure hasta ponerse negro: esa persona no es carne que yo venda ni tiene que ver con mi negocio. Sólo digo que es una res estupenda. Y lo que digo estoy dispuesto a mantenerlo, pero no me voy a pelear con nadie.

—No —dijo el herrero, con amargo sarcasmo, mirando sucesivamente a todos los presentes—; y quizá no eres terco; y quizá no has dicho que la vaca era una Durham roja; y quizá no has añadido que tenía una estrella blanca en la frente... mantenlo, ahora que estás en ello.

—Bueno, bueno —dijo el tabernero—; vamos a dejar la vaca en paz. La verdad está a medias entre los dos: los dos tenéis razón y los dos estáis equivocados, como siempre explico. Y en cuanto a que la vaca sea del señor Lammeter, no digo nada sobre eso, pero lo que digo lo digo, como que El Arcoíris es El Arcoíris. Y por lo que a eso se refiere, si vamos a hablar de los Lammeter, *usted* es el que más sabe sobre ese asunto, ¿no es cierto, señor Macey? ¿Se acuerda de cuando el padre del señor Lammeter llegó a estas tierras y compró Las Madrigueras?

El señor Macey, sastre y sacristán, aunque en los últimos tiempos el reumatismo le hubiera obligado a compartir aquel segundo cometido con un joven de rasgos delicados que estaba sentado frente a él, torció hacia un lado la cabeza cana e hizo girar los pulgares con un aire de satisfacción ligeramente aderezado por la crítica. Sonrió compasivamente, en respuesta al llamamiento del tabernero, y dijo:

—Claro, claro; me acuerdo, me acuerdo; pero hay que dejar hablar a otras personas. Yo ya estoy retirado, y les he cedido el sitio a los jóvenes. Pregúnteles a los que han ido a estudiar a Tarley y han aprendido a pronunciar correctamente; eso es una novedad desde mis tiempos.

—Si me está usted señalando, señor Macey —dijo su adjunto, con aire de quien ansía portarse como es debido—, no soy ni mucho menos una persona a quien le guste hablar cuando no le corresponde. Como dice el salmo:

Sé lo que está bien, y además

también practico lo que sé.

—Bien, en ese caso, me gustaría que mantuvieras la afinación, cuando ya hay alguien que te la da; si lo que quieres es *practicar*, me gustaría que *practicases* eso —dijo un hombre voluminoso, de aspecto jocosos, excelente carretero en su trabajo de todos los días, pero director del coro los domingos. Hizo un guiño, mientras hablaba, a dos de los presentes, a quienes se conocía oficialmente como el «fagot» y el «cornetín», con la seguridad de que estaba expresando el sentir de la profesión musical de Raveloe.

El señor Tookey, el adjunto del sacristán, que tenía que cargar con la impopularidad común a todos los adjuntos, se puso muy colorado, pero replicó, con cuidadosa moderación:

—Señor Winthrop, si me proporciona alguna prueba de que estoy equivocado, no soy una persona que se resista al cambio. Pero hay quien escoge sus propios oídos como norma, y quiere que todo el coro lo siga. Es posible que se den dos opiniones, espero.

—Claro, claro —dijo el señor Macey, que estaba encantado con aquel ataque a la presunción juvenil—; tienes razón en eso, Tookey: siempre hay dos opiniones; está la opinión que un hombre tiene de sí mismo, y está la opinión de él que tienen otros. Habría dos opiniones sobre una campana agrietada, si la campana pudiera oírse.

—Bueno, señor Macey —dijo el pobre Tookey, manteniéndose serio en medio de las risas generales—, a petición del párroco, el señor Crackenthorp, acepté ocuparme en parte de la función de sacristán en los casos en que los achaques de usted lo incapacitaran; y una de las obligaciones implicadas era cantar en el coro; de lo contrario, ¿por qué tendría que haberlo hecho usted?

—Pero es que el sacristán de más edad y tú sois dos personas —dijo Ben Winthrop—. El sacristán tiene un don. Vamos, el terrateniente en persona solía invitarlo a tomar un trago sólo para oírle cantar *Red Rovier*; ¿no es cierto, señor Macey? Es un don natural. Ahí tienes a mi pequeño Aaron, también tiene un don: es capaz de entonar una melodía sin ensayar, como una alondra. Pero en lo que a ti se refiere, Tookey, será mejor que te limites a los «amenos»: tu voz está suficientemente bien cuando la mantienes en la nariz. Es tu interior lo que no está hecho para la música: no funciona mejor que un tallo hueco.

Aquella clase de franqueza sin concesiones era la forma más sazónada de chiste para los presentes en El Arcoíris, y todo el mundo consideró que el insulto de Ben Winthrop había coronado el epigrama del señor Macey.

—Me hago cargo de algo que está más que claro —dijo el señor Tookey, incapaz de mantenerse ecuánime por más tiempo—. Existe una conspiración para expulsarme del coro, y privarme de mi parte del dinero de Navidad: ésa es la cuestión. Pero hablaré con el señor Crackenthorp; no voy a permitir que nadie me pisotee.

—Nada de eso, Tookey —dijo Ben Winthrop—. Te pagaremos tu parte para que

no intervengas: eso es lo que haremos. Hay cosas por las que la gente está dispuesta a pagar para librarse de ellas, además de las alimañas.

—Vamos, vamos —dijo el tabernero, a quien la idea de pagar por no hacer algo le parecía un principio peligroso para la sociedad—; un chiste no es más que un chiste. Aquí todos somos buenos amigos, espero. A todos nos corresponde dar y recibir. Los dos tenéis razón y los dos os equivocáis, como digo siempre. Estoy de acuerdo con el señor Macey, aquí, cuando dice que hay dos opiniones; y si se me pregunta la mía, diré que las dos están en lo cierto. Tookey tiene razón y Winthrop tiene razón, y sólo necesitan dividir la diferencia e igualarse los dos.

El herrero, mientras tanto, expulsaba el humo de la pipa con bastante violencia, para manifestar su desprecio por aquella discusión tan trivial. Él, por su parte, no tenía buen oído, y no iba nunca a la iglesia, dado que formaba parte de la profesión médica y, en consecuencia, siempre existía la posibilidad de que se necesitasen sus servicios para atender a vacas en situación delicada. Pero el carnicero, que llevaba la música en el alma, había escuchado el altercado con deseos contradictorios: quería que Tookey saliera derrotado, pero también deseaba que se mantuviera la paz.

—Como es lógico —intervino, siguiendo la opinión conciliatoria del tabernero—, apreciamos a nuestro antiguo sacristán; es una cosa natural porque era un cantante excelente y tenía además un hermano al que se conoce como violinista de primera clase en esta parte del país. Es una lástima que Solomon ya no viva en este pueblo y no nos obsequie con sus melodías siempre que nos apetezca, ¿no es cierto, señor Macey? Yo lo mantendría gratis con hígado y bofe..., eso seguro que lo haría.

—Claro, claro —dijo el señor Macey, con manifiesta satisfacción—; a nuestra familia se la conoce por sus buenos músicos desde hace tanto tiempo que ya nadie lo recuerda. Pero esas cosas se están acabando, como le digo a Solomon siempre que viene por aquí; ya no hay voces como las antiguas, y nadie se acuerda de lo que nosotros recordamos, si no son las viejas cornejas.

—Claro que sí, seguro que usted se acuerda, señor Macey, de cuando el padre del señor Lammeter apareció por estas tierras, ¿no es cierto? —dijo el tabernero.

—Por supuesto que sí —replicó el anciano, que ya se había ido caldeando, gracias al proceso laudatorio necesario para empujarlo a iniciar su narración—; y era un verdadero caballero de avanzada edad; tan excelente, o incluso más, que el actual señor Lammeter. Venía más bien de la parte del norte, según lo que fui capaz de llegar a averiguar. Pero no hay nadie que sepa con precisión el sitio exacto: tan sólo que no podía ser muy hacia el norte, ni muy diferente de esta región, porque trajo consigo una estupenda raza de ovejas, de manera que tenía que haber buenos pastos por allí, y todo de lo más razonable. Llegó a nuestros oídos que había vendido sus tierras para venir y arrendar Las Madrigueras, lo que parecía extraño para un hombre con tierras propias, venir y arrendar una granja en un lugar desconocido. Pero dijeron que había tenido que ver con la muerte de su esposa, aunque para hacer cosas nuevas siempre hay razones que nadie conoce, eso es lo que he llegado a deducir; y también

gente tan lista que te encontrará cincuenta razones de inmediato, mientras que, durante todo el tiempo, la verdadera razón les está guiñando un ojo desde la esquina, y eso no lo ven nunca. En cualquier caso se notó enseguida que teníamos un nuevo feligrés que sabía los derechos y las costumbres de la zona, que su casa funcionaba como era debido y que todo el mundo lo miraba con buenos ojos. Y el joven, me refiero al señor Lammeter de ahora, que nunca tuvo una hermana, muy pronto empezó a cortejar a la señorita Osgood, es decir, a la hermana del actual señor Osgood, una chica excelente y muy guapa, claro, ya sabéis lo que pasa, aseguran que la joven de ahora es como aquélla, pero eso es lo que dice la gente que no sabe lo que ha habido antes de ellos. Yo tendría que saberlo, porque ayudé a casarlos en tiempos del señor Drumlow, el antiguo párroco.

Al llegar aquí el señor Macey hizo una pausa; siempre dispensaba sus relatos por entregas, esperando a que se le preguntara a partir de lo que ya había dicho.

—Sí, y pasó una cosa singular, ¿no es cierto, señor Macey? Algo que hizo imposible que usted se olvidara de la boda —dijo el tabernero, con tono admirativo.

—Tengo que pensar que así fue..., una cosa muy peculiar —dijo el señor Macey, torciendo la cabeza para asentir—. Porque al señor Drumlow, un caballero un poco anciano, yo le tenía mucho afecto, pero a veces se le iban las ideas..., se le iban por la edad y porque en ocasiones se tomaba un sorbo de algo para calentarse cuando la ceremonia se celebraba en una mañana fría. Y el señor Lammeter, el joven, se empeñó en que tenía que casarse en enero, lo que, nadie me demostrará lo contrario, es una época muy poco razonable para casarse, porque no es como un bautizo o un entierro, que no admiten dilaciones; así que el bueno del señor Drumlow, el anciano párroco, yo le tenía mucho cariño, el caso es que cuando llegó a hacerles las preguntas, utilizó la regla de los contrarios, y fue y le dijo al contrayente: «¿Quieres a este hombre como tu legítima esposa?», y luego siguió con la novia: «¿Quieres a esta mujer como tu legítimo esposo?», ni más ni menos. Pero lo más curioso es que nadie se dio cuenta excepto yo, y los dos contestaron de inmediato «Sí», como cuando yo decía «Amén» en el sitio indicado, sin escuchar lo que venía antes.

—Pero *usted* sabía muy bien lo que estaba pasando, ¿no es cierto, señor Macey? Usted estaba bien despierto, ¿verdad que sí? —dijo el carnicero.

—¡Que Dios te bendiga! —dijo el señor Macey, procediendo a hacer una pausa y a sonreír apiadado ante la carencia de imaginación de su oyente—. ¡Vaya! Yo temblaba como una hoja: igual que si fuera una levita y me estuviesen tirando de los faldones, y no hago más que poner un ejemplo; porque no podía detener al párroco, no estaba en mi mano hacer una cosa así; y sin embargo me dije, digo: «Supongamos que no se casan de verdad por haber dicho las palabras al revés». Y la cabeza me empezó a dar vueltas como las aspas de un molino, porque siempre he sido un caso especial a la hora de debatir y de ver las cosas desde todos los ángulos; de manera que me dije: «¿Es el significado de las palabras lo que hace que la gente esté casada de verdad?». Porque el párroco tenía intención de casarlos, y la novia y el novio

intención de casarse. Pero luego, cuando me pongo a pensar en ello, la intención tiene muy poco valor en la mayoría de las cosas, porque puedes tener intención de pegar dos cosas y el pegamento ser malo y, en ese caso, ¿qué es lo que sucede? De manera que me dije: «No es la intención, es el pegamento». Y cuando pasamos a la sacristía y los novios empezaron a firmar, estaba tan preocupado como si hubiera tenido que tocar tres campanas al mismo tiempo. Pero ¿de qué sirve hablar? Nadie piensa en lo que sucede en el interior de un hombre perspicaz.

—Pero usted no dijo ni una palabra, ¿verdad que no, señor Macey? —dijo el tabernero.

—Así fue; me callé como un muerto hasta que estuve a solas con el señor Drumlow, y entonces se lo conté todo, aunque muy respetuosamente, como hacía siempre. Y él le quitó importancia y dijo: «Bueno, Macey, tranquilízate —me explicó—; no es ni el significado ni las palabras, es el registro parroquial lo que cuenta, eso es el pegamento». Así que, como ven ustedes, no le costó ningún trabajo arreglarlo; porque los párrocos y los médicos se lo saben todo de memoria, por así decirlo, de manera que nunca se angustian pensando qué es lo que está bien y qué es lo que está mal de las cosas, como me ha sucedido a mí muchas, muchísimas veces. Y como no podía ser menos, el matrimonio resultó inmejorable, sólo que la pobre señora Lammeter, que antes era la señorita Osgood, murió cuando las chicas no habían crecido todavía; pero por lo que se refiere a prosperidad y a todo lo que es respetable, no hay familia que disfrute de más consideración.

Los oyentes del señor Macey habían oído aquella historia muchas veces, pero la escuchaban como si se tratase de una melodía muy estimada, y en determinados momentos el aspirar de las pipas quedaba momentáneamente suspendido, de manera que los contertulios pudieran concentrar por completo su atención en las palabras que se esperaban. Pero aún quedaba más por venir; y el señor Snell, el tabernero, como estaba previsto, hizo la pregunta introductoria.

—De todos modos, el señor Lammeter, el viejo, ya tenía una buena fortuna cuando llegó a estas tierras, ¿no es eso lo que se cuenta?

—Bueno, sí —respondió el señor Macey—; pero me atrevo a decir que el actual propietario no ha podido hacer otra cosa que conservar lo que ya tenía. Porque siempre ha circulado la historia de que nadie podría enriquecerse con Las Madrigueras, aunque el señor Lammeter padre comprase la propiedad por poco dinero, porque eran lo que solía llamarse «tierras de la beneficencia».

—Así es, y son muy pocas las personas que saben tan bien como usted cómo llegaron a ser tierras de la beneficencia, ¿eh, señor Macey? —dijo el carnicero.

—¿Cómo iban a saberlo? —dijo el viejo sacristán, y también sastre, con cierto desprecio—. Vaya, mi abuelo hizo la librea de los mozos de cuadra para aquel señor Cliff que vino y construyó los grandes establos en Las Madrigueras. Vaya, hablamos de establos cuatro veces más grandes que los del terrateniente Cass, porque el señor Cliff del que hablo no pensaba en otra cosa que en los caballos y en cazar, eso era

todo, un sastre de Londres, decían algunas personas, que se había vuelto loco a fuerza de engañar a la gente. Porque no sabía montar, ¡el Señor nos bendiga! Se decía que era tan incapaz de sujetar el caballo como si tuviera palillos en lugar de piernas: mi padre se lo oyó decir al terrateniente Cass, el padre del actual, muchas, muchísimas veces. Pero se empeñaba en montar como si el mismísimo Pedro Botero lo estuviese empujando; y tenía un hijo, un chico de dieciséis años; a su padre no le interesaba que hiciera otra cosa, tenía que montar y montar, aunque el muchacho estuviera asustado, según dicen. Y era una idea que repetían todos, que el padre quería expulsar de aquel chico todo resto de sastre y convertirlo en caballero... No es que yo mismo no sea sastre, pero considerando que Dios me ha hecho serlo, estoy orgulloso de mi oficio, porque «Macey, sastre» ha estado escrito sobre nuestra puerta desde antes de que el retrato de la reina desapareciera de las monedas de chelín. Pero Cliff se avergonzaba de que lo llamaran sastre, y le molestaba muchísimo que se rieran de su manera de montar, y además ninguna de las buenas familias de los alrededores lo soportaba. Fuera como fuese, el pobre chico enfermó y murió, y el padre no le sobrevivió mucho tiempo, porque se volvió cada vez más raro, y decían que solía ir a altas horas de la noche, con un farol en la mano, a los establos, y encendía un montón de luces, porque no conseguía dormir; y allí se quedaba, restallando el látigo y mirando a sus caballos; y la gente asegura que fue un milagro que los establos no ardieran con los pobres brutos dentro. Pero a la larga se murió entre desvaríos, y después se supo que había dejado todas sus propiedades, incluido Las Madrigueras, a una obra benéfica de Londres, y fue así como Las Madrigueras llegaron a ser las tierras de la beneficencia, aunque, por lo que respecta a los establos, el señor Lammeter no los utiliza nunca, son una cosa de lo más extraordinario, ¡bendito sea Dios!, porque si fueran ustedes y golpearan las puertas, se oiría por media parroquia un ruido semejante a un trueno.

—Claro, claro, pero sabemos que pasan más cosas en los establos de lo que la gente ve durante el día, ¿no es así, señor Macey? —preguntó el tabernero.

—Cierto, cierto; sólo hace falta ir por allí en una noche oscura, nada más —dijo el señor Macey, guiñando un ojo de manera misteriosa—, y luego conseguir que te crean, si es eso lo que quieres, cuando digas que no has visto luces en los establos, ni has oído el piafar de los caballos, ni el restallar de las fustas, ni los alaridos, además, si ya está cercano el amanecer. «Las Vacaciones de Cliff» ha sido su nombre desde que yo era niño; es decir, eso es lo que explicaban algunos, se trataba de las vacaciones que Pedro Botero le daba al dejar de tostarlo en el infierno. Eso es lo que mi padre me contó, y mi padre era un hombre razonable, aunque ahora haya personas que saben lo que sucedió antes de que ellos nacieran mejor de lo que entienden sus propios asuntos.

—¿Qué dice a eso, eh, Dowlas? —dijo el tabernero, volviéndose hacia el herrero y veterinario, que estallaba de impaciencia esperando a que se le diera entrada—. Ahí tiene usted una nuez bien difícil de cascar.

El señor Dowlas era el espíritu escéptico del grupo, y estaba orgulloso de su

posición.

—¿Qué tengo que decir? Digo lo que debe decir un hombre que no cierra los ojos cuando tiene que mirar un poste indicador. Lo que digo es que estoy dispuesto a apostar diez libras con cualquiera que venga conmigo una noche sin lluvia al prado delante de los establos, porque no veremos ninguna luz, ni oiremos ningún ruido, como no sea el de nuestras narices cuando nos sonemos. Eso es lo que digo, y lo he dicho antes muchas veces; pero no hay nadie dispuesto a arriesgar un billete de diez libras por esos fantasmas de los que están tan seguros.

—Vaya, Dowlas, eso sí que es una apuesta fácil, ya lo creo —intervino Ben Winthrop—. Igual podrías apostar con alguien que no atraparía un reumatismo aunque se metiera en el estanque hasta el cuello en una noche helada. A nadie le haría mucha gracia ganar la apuesta si acababa reumático. La gente que cree en «las Vacaciones de Cliff» necesitaría más de diez libras para arriesgarse a pasar una noche delante de los establos.

—Si el amigo Dowlas quiere saber la verdad sobre el asunto —dijo el señor Macey con una sonrisa sarcástica, al tiempo que tamborileaba con los pulgares—, no tiene necesidad de proponer ninguna apuesta, que vaya y que se quede allí solo, nadie se lo va a impedir; y luego podrá hacer saber a los demás feligreses de la parroquia si están equivocados.

—¡Gracias! Le estoy muy agradecido —respondió el herrero, con un resoplido de desprecio—. Si la gente es estúpida, no es culpa mía. No necesito descubrir la verdad sobre los fantasmas: ya la conozco. Pero no estoy en contra de una apuesta, todo imparcial y sin trampa ni cartón. A quien le apetezca, que apueste diez libras conmigo a que si voy a los establos veré «Las vacaciones de Cliff», e iré y esperaré allí solo. No necesito que me acompañe nadie. Disfrutaré tanto haciéndolo como cargando la pipa que tengo en la mano.

—Ah, pero ¿quién se encargará de vigilarlo, Dowlas, y comprobar que hace lo que dice? Eso no es una apuesta justa —dijo el carnicero.

—¿No es una apuesta justa? —replicó el señor Dowlas, muy enfadado—. Me gustaría que alguien se levantara y dijese que hago apuestas desleales. Vamos, amigo Lundy, me gustaría oírsele decir a usted.

—Es muy probable que le gustase —dijo el carnicero—. Pero no es asunto mío. No hago negocios con usted, y no pretendo que me «rebaje» el precio. Si alguien quiere apostar con usted tal como lo plantea, que lo haga. Yo soy partidario de la paz y de la tranquilidad, eso es lo mío.

—Sí; ésa es la opinión de cualquier chucho que ladra cuando lo amenazas con un palo —dijo el herrero—. Pero a mí no me dan miedo ni los hombres ni los fantasmas, y estoy dispuesto a aceptar una apuesta limpia. No soy un chucho de los que meten el rabo entre las piernas.

—Por supuesto, pero debemos tener en cuenta lo siguiente, Dowlas —dijo el tabernero, hablando en un tono de mucha franqueza y tolerancia—. Existen personas,

en mi opinión, que son incapaces de ver a un fantasma, aunque lo tengan delante y les haga señas. Y hay una razón para eso. Porque fíjese lo que le pasa a mi parienta, que no huele, ni siquiera aunque le pongan el queso más fuerte debajo de la nariz. Yo no he visto nunca un fantasma, pero me digo: «Lo más probable es que no tenga el olfato que se necesita». Quiero decir que pongo el fantasma en el sitio del olor, y viceversa. De manera que soy partidario de defender los dos lados; porque, como digo, la verdad está entre los dos. Y si Dowlas fuese y se quedara allí, y dijera que no había visto en toda la noche el menor rastro de «las Vacaciones de Cliff», yo le apoyaría; y si alguien dijera que «las vacaciones de Cliff» eran un hecho, también estaría con él. Porque yo me guío por el olor.

El argumento analógico del tabernero no fue bien recibido por el herrero, un hombre decididamente contrario a llegar a un compromiso.

—¡Menudo invento! —exclamó, dejando la jarra con renovada irritación—; ¿qué tiene que ver el olor con todo esto? ¿Acaso un fantasma le puso un ojo morado a alguien? Eso es lo que me gustaría saber. Si los fantasmas quieren que crea en ellos, que dejen de merodear en lo más oscuro y en lugares solitarios, y que se presenten donde hay gente y luces.

—¡Como si los fantasmas quisieran ser creídos por alguien tan ignorante! —dijo el señor Macey, profundamente ofendido por la crasa incapacidad del herrero para percibir los condicionamientos de los fenómenos fantasmales.

Capítulo VII

Un momento después, sin embargo, pareció ofrecérseles cierta confirmación de que los fantasmas tenían una manera de ser más condescendiente de la que el señor Macey les atribuía; porque, de repente, la figura de Silas Marner, pálida y flaca, apareció bajo la cálida luz de la cocina, sin pronunciar palabra, pero mirando a todos los presentes con sus extraños ojos que eran como de otro mundo. Las largas pipas se movieron simultáneamente, como las antenas de insectos sorprendidos, y todos los presentes, sin la excepción siquiera del escéptico herrero, tuvieron la impresión de que veían no al Silas Marner de carne y hueso, sino una aparición; porque la puerta por la que Silas había entrado quedaba oculta por el respaldo de las sillas y nadie lo había visto acercarse. Es lícito suponer que el señor Macey, situado muy lejos del fantasma, disfrutase con el triunfo de sus argumentos, triunfo que tendería, en su caso, a neutralizar la parte que le correspondía en la alarma general. ¿No había dicho siempre que cuando Silas Marner caía en su extraño trance, el alma se le separaba del cuerpo? Allí estaba la demostración: sin embargo, todo considerado, hubiera preferido pasarse sin ella. Durante unos momentos el silencio fue sepulcral, dado que a Marner la agitación y la respiración entrecortada le impedían hablar. El tabernero, fiel a su línea habitual de conducta, según la cual su establecimiento tenía que estar abierto para todo el mundo, y confiando en la protección de su imperturbable neutralidad, se atribuyó finalmente la tarea de dirigirse al fantasma:

—Señor Marner —dijo, con tono conciliador—, ¿qué es lo que necesita? ¿Qué asunto le trae por aquí?

—¡Vengo a denunciar un robo! —dijo Silas, entre jadeos—. ¡Me han robado! Quiero ver al alguacil..., y al juez de paz..., y al terrateniente Cass..., y al señor Crackenthorp.

—Sujétalo, Jem —dijo el tabernero, empezando a rechazar la idea de estar delante de un fantasma—; ha perdido la cabeza, es lo que me parece. Y está calado hasta los huesos.

Jem Rodney era el que estaba más cerca de la puerta, y lo bastante cerca de donde se había detenido Marner como para intervenir, pero se negó a prestar su ayuda.

—Venga y sujételo usted mismo, señor Snell, si lo cree conveniente —dijo Jem, más bien molesto—. Le han robado, y además asesinado, por lo que a mí se me alcanza —añadió, refunfuñando.

—¡Jem Rodney! —dijo Silas, volviéndose y mirando fijamente al sospechoso.

—Sí, señor Marner, ¿qué quiere usted de mí? —dijo Jem, temblando un poco, mientras alzaba la jarra de cerveza a modo de arma defensiva.

—Si ha sido usted quien me ha robado —dijo Silas, uniendo las manos con gesto suplicante, y alzando la voz hasta convertirla en un grito—, devuélvame el dinero, y no haré nada contra usted. No lo denunciaré. Devuélvame y le dejaré..., le dejaré quedarse con una guinea.

—¡Yo, robarle! —dijo Jem, muy enfadado—. Le tiraré la jarra a la cabeza si vuelve a decir que le he robado.

—Vamos, vamos, señor Marner —dijo el tabernero, levantándose ya muy decidido y cogiendo a Marner por el hombro—, si tiene alguna información que dar, hable de manera razonable y demuestre que está en su sano juicio, de lo contrario, nadie querrá escucharle. Le veo tan empapado como una rata ahogada. Siéntese y séquese, y hable de manera que se le entienda.

—Claro que sí, amigo —dijo el herrero, que empezaba a sentir que no había estado a la altura de su sangre fría ni de la ocasión—. Hay que dejar de mirar fijamente y de gritar, porque de lo contrario le pondrán la camisa de fuerza como a un loco. Ésa es la razón de que no haya intervenido hasta ahora: he creído que Marner se había vuelto loco.

—Sí, sí; hagan que se siente —dijeron varias voces al mismo tiempo, muy satisfechos de que la realidad de los fantasmas siguiera siendo una cuestión sin resolver.

El tabernero obligó a Silas a quitarse el abrigo y luego a sentarse en una silla separado de todos los demás, en el centro del círculo, con intención de que recibiera así todo el calor del fuego. El tejedor, demasiado debilitado para tener ninguna meta precisa más allá de conseguir ayuda para recuperar su dinero, aceptó sin resistirse. Los miedos pasajeros de los presentes se olvidaron pronto, sustituidos por una intensa curiosidad, y todas las miradas se concentraron en Silas cuando el tabernero, después de volver a sentarse, dijo:

—Ahora, señor Marner, vamos a ver qué es lo que tiene que decir: ¿le han robado? Cuéntenos lo que ha pasado.

—Más le vale no repetir que he sido yo —exclamó Jem Rodney, muy deprisa—. ¿Qué podría hacer yo con su dinero? Habría sido una cosa tan estúpida como robar la sobrepelliz del párroco y llevarla puesta.

—Cierra el pico, Jem, y vamos a oír lo que tenga que decir —intervino el tabernero—. Vamos, señor Marner, hable.

Silas procedió a contar su historia, y respondió a numerosas preguntas a medida que se hizo evidente la naturaleza misteriosa del hurto.

Aquella situación, para él tan nueva, de tener que contar sus tribulaciones a sus vecinos de Raveloe, de sentarse al calor de un fuego que no era el suyo y la presencia de rostros y voces que eran su promesa más inmediata de ayuda tuvo sin duda influencia en Marner, pese a lo tremendamente preocupado que le tenía su pérdida. Nuestra conciencia raras veces registra el comienzo de un cambio interior ni tampoco exterior: tiene que haberse producido mucho ir y venir de la savia para que detectemos la primera señal de un nuevo brote.

La vaga desconfianza con que sus oyentes le escucharon en un primer momento no tardó en disiparse ante la convincente sencillez de su aflicción: a sus vecinos les fue imposible dudar de que Marner les estaba diciendo la verdad, no porque fueran

capaces, por la naturaleza de sus afirmaciones, de discernir al instante la ausencia de motivo alguno para incurrir en falsedad, sino porque, como observó el señor Macey, «la gente que contaba con el apoyo de Satanás no era probable que estuviera tan destrozada» como el pobre Silas Marner. Más bien, dada la extraña circunstancia de que el ladrón no había dejado huella alguna, y había sabido además —algo totalmente imposible para simples agentes humanos— el momento preciso en que Silas abandonaría su casa sin cerrar la puerta con llave, la conclusión más probable parecía ser que la familiaridad del tejedor con los poderes de las tinieblas, si alguna vez había existido, se había acabado, y que, en consecuencia, aquella mala pasada era obra de alguien contra quien no serviría de nada mandar al alguacil. Por otra parte, nadie se planteó por qué un delincuente con poderes preternaturales estaría obligado a esperar a que la puerta no estuviese cerrada con llave.

—No ha sido Jem Rodney quien ha hecho ese trabajo, señor Marner —dijo el tabernero—. No debe usted mirar mal al pobre Jem. Quizás habría que pedirle cuentas por una liebre o dos si fuera posible tener siempre los ojos bien abiertos y no cerrarlos nunca; pero Jem ha estado aquí sentado, bebiendo su cerveza, como el feligrés más honesto de la parroquia, desde antes de que saliera usted esta tarde de su casa, señor Marner, según lo que acaba de contarnos.

—Cierto, cierto —dijo el señor Macey—; no acusemos al inocente. No es eso lo que manda la ley. Tiene que haber testigos que juren contra una persona antes de que se le pueda detener. No acusemos al inocente, señor Marner.

Silas no había perdido la memoria tan por completo como para que no le afectaran profundamente aquellas palabras. Con un sentimiento de pesar tan nuevo y extraño para él como todo lo demás que le estaba sucediendo durante la última hora, el tejedor se levantó del asiento y se acercó a Jem, mirándolo como si quisiera asegurarse de la expresión en su rostro.

—Estaba equivocado —dijo—; sí, sí, tendría que haber pensado. No hay ningún testimonio contra ti, Jem. Únicamente que has estado en mi casa con más frecuencia que nadie, y por eso me acordé de ti. No te acuso..., no acuso a nadie..., sólo —añadió, llevándose las manos a la cabeza y volviéndose hacia los demás con desconcertado sufrimiento— trato..., trato de pensar dónde pueden estar mis guineas.

—Cierto, cierto, mucho me temo que hayan ido a un sitio lo bastante caliente para fundirlas —dijo el señor Macey.

—¡Bobadas! —intervino el herrero. Y luego preguntó, con aire de quien comprueba una declaración—: ¿Cuánto dinero podía haber en los talegos, señor Marner?

—Doscientas setenta y dos libras, doce chelines y seis peniques, cuando las conté anoche —dijo Silas, antes de sentarse de nuevo, acompañándose de un gemido.

—¡Bah! No era peso suficiente como para no poder llevárselo. Se trata con toda seguridad de algún vagabundo, nada más; y en cuanto a que no aparezcan huellas y los ladrillos y la arena estén como siempre..., a decir verdad, señor Marner, sus ojos

son como los de un insecto, están obligados a mirar desde tan cerca que no puede ver mucho al mismo tiempo. En mi opinión, si yo hubiera sido usted, o usted, yo, porque viene a ser la misma cosa, no habría pensado que lo encontraba todo como lo había dejado. Pero lo que propongo es que dos de las personas más razonables de las aquí presentes vayan con usted a ver al señor Kench, el alguacil (guarda cama por enfermedad, eso sí que lo sé), y consigan que nombre a uno de ellos ayudante suyo; porque eso es lo que dice la ley, y no creo que nadie se atreva a contradecirme en ese punto. No hay mucho camino de aquí a casa de Kench, y luego, si me nombra a mí su ayudante, volveré con usted, señor Marner, y examinaré su casa; y si alguien encuentra algo inapropiado en lo que propongo, le agradeceré que se ponga en pie y lo diga en voz alta como un hombre.

Con aquel discurso tan elocuente el herrero había recuperado su sentimiento de superioridad y quedó a la expectativa, convencido de que se le señalaría como uno de los presentes superlativamente razonables.

—Veamos cómo está la noche, de todos modos —dijo, levantándose, el tabernero, que también se consideraba personalmente afectado por aquella propuesta—. Vaya, todavía llueve mucho —exclamó, al regresar a su silla.

—Bueno, no soy persona que se asuste de la lluvia —dijo el herrero—. Porque al juez Malam no le causará muy buena impresión saber que personas respetables como nosotros no han dado los pasos oportunos aunque disponían de información valiosa.

El tabernero estuvo de acuerdo con aquel enfoque y, después de consultar la opinión de los presentes, y de ensayar debidamente una pequeña ceremonia conocida en los altos círculos eclesiásticos como el *nolo episcopari*, que podría definirse como la resistencia simbólica a un cargo importante por la escasa valía personal, aceptó la gélida dignidad de trasladarse a casa de Kench. Aunque, para gran indignación del herrero (y veterinario), el señor Macey presentó una objeción a que también a él se le propusiera como ayudante del alguacil, porque aquel anciano oracular, alegando conocer la ley, afirmó, como un hecho que le había confiado su padre, que ningún médico podía ser policía.

—Y usted es médico, me parece a mí, aunque sólo lo sea de vacas, porque una mosca es una mosca, aunque se trate de un tábano —concluyó el señor Macey, un poco sorprendido de su propio ingenio.

Se produjo entonces un acalorado debate sobre aquel punto, ya que el herrero, poco dispuesto, como es lógico, a renunciar a la condición de médico, defendió la tesis de que un médico podía ser alguacil si él mismo no se oponía a la designación: el significado de la ley era que no necesitaba ser policía contra su voluntad. El señor Macey pensaba que aquello no tenía sentido, puesto que no era probable que el ordenamiento jurídico sintiera más afecto por los médicos que por el resto de los mortales. Más aún, si estaba en el modo de ser de los médicos —más que en el de otras personas— la escasa inclinación a ser alguaciles, ¿cómo era que el señor Dowlas estaba tan ansioso de actuar en aquella capacidad?

—Yo no quiero actuar de alguacil —dijo el herrero, acorralado por aquel razonamiento despiadado—, y ninguna persona podrá decirlo de mí si se atiene a la verdad. Aunque si existen celos y envidias por ir a casa de Kench bajo la lluvia, que vayan aquellos a quienes les guste, no conseguirán que vaya yo, pueden estar seguros.

Gracias a la intervención del tabernero, sin embargo, se resolvió la disputa. El señor Dowlas consintió en ir como segunda persona nada inclinada a actuar de manera oficial; así que el pobre Silas, al que se le proporcionó una capa vieja, salió de nuevo bajo la lluvia con sus dos acompañantes, pensando en las largas horas de la noche que tenía por delante, no como aquellos que ansían descansar, sino como los que se ven forzados a «esperar vigilantes a que llegue el alba».

Capítulo VIII

Cuando Godfrey Cass regresó a medianoche de la fiesta en casa de la señora Osgood, no le sorprendió mucho enterarse de que Dunsey no había vuelto. Podía ser que no hubiera vendido a Wildfire, y estuviese esperando otra oportunidad; quizás, en aquella tarde de niebla, si la cacería no le había alejado demasiado de los alrededores, habría preferido alojarse en El León Rojo de Batherley para pasar la noche, porque no era probable que le preocupara demasiado dejar a su hermano en la incertidumbre. La cabeza de Godfrey estaba demasiado ocupada con la belleza y el comportamiento de Nancy Lammeter, demasiado ocupada con la indignación que sentía contra sí mismo y contra su mala suerte, resultado inevitable que le producía el trato con aquella joven, como para pasar mucho tiempo pensando en Wildfire, o en hacer conjeturas sobre el comportamiento de Dunstan.

A la mañana siguiente la historia del robo era la comidilla de todo el pueblo, y Godfrey, como el resto de sus habitantes, estuvo ocupado en recoger noticias sobre lo sucedido y en comentarlas, además de hacer la correspondiente visita a La Cantera. La lluvia había destruido toda posibilidad de reconocer huellas de pies, pero un examen detenido de la zona permitió encontrar, en la dirección opuesta a la del pueblo, un yesquero, con pedernal y acero, hundido a medias en el barro. No era el yesquero de Silas, porque el único que había tenido desde tiempo atrás aún seguía en su estante; y la conclusión aceptada de manera general era que el yesquero encontrado en la cuneta estaba de algún modo relacionado con el robo. Una pequeña minoría movía la cabeza, y ofrecía la opinión de que no se trataba de un robo sobre el que fueran a arrojar mucha luz los yesqueros, dado que la historia del señor Marnier contenía elementos que la hacían muy extraña, y se sabía de casos en los que una persona se jugaba a sí misma una mala pasada y luego utilizaba a la justicia para buscar al causante. Pero cuando se les pedía que dijeran de manera más precisa qué fundamento tenían para aquella opinión, y qué podía ganar el señor Marnier con aquel fingimiento, se limitaban a mover de nuevo la cabeza y señalaban que era difícil saber lo que algunas personas contaban con ganar; más aún, que todo el mundo tenía derecho a sus propias opiniones, con fundamente o sin él, y que el tejedor, como era bien sabido, estaba medio loco. El señor Macey, aunque salía en defensa de Marnier en contra de toda sospecha de engaño, tampoco daba importancia al yesquero; de hecho lo repudiaba como una sugerencia más bien impía, por implicar que todo era obra de seres de carne y hueso, y que no existía poder alguno que pudiera llevarse las guineas sin retirar los ladrillos. Se volvió, sin embargo, de manera bastante brusca hacia el señor Tookey cuando su entusiasta ayudante, considerando que aquélla era una opinión sobre el caso especialmente adecuada para un sacristán, llegó todavía más lejos, y puso en duda que estuviese bien investigar un robo cuando las circunstancias eran tan misteriosas.

—Como si —concluyó el señor Tookey—, como si no existiera otra verdad que la

que pudieran descubrir jueces y alguaciles.

—Vamos a ver, no te dé por pasarte de rosca, Tookey —dijo el señor Macey, torciendo la cabeza en gesto admonitorio—. Eso es lo que haces siempre; si tiro una piedra y doy en el blanco, piensas que hay algo mejor que acertar y tiras una piedra más allá. Lo que he dicho era en contra del yesquero: no he dicho nada ni contra los jueces ni contra los alguaciles, porque son hechura del rey Jorge, y sería impropio de una persona con un cargo en la parroquia montar en cólera contra el rey Jorge.

Mientras aquellas pláticas tenían lugar entre los componentes del grupo que conversaba delante de El Arcoíris, una deliberación a nivel más alto se llevaba a cabo en el interior, bajo la presidencia del señor Crackenthorp, el párroco, ayudado por el terrateniente Cass y por otros feligreses acaudalados. Al señor Snell, el tabernero, se le acababa de ocurrir —siendo, como era, según sus propias manifestaciones, un hombre acostumbrado a sumar dos y dos— relacionar el yesquero que, como ayudante del alguacil, había disfrutado de la honorable distinción de encontrar, con determinados recuerdos de un vendedor ambulante que se había presentado en El Arcoíris más o menos hacía un mes, y que, de hecho, había afirmado que se servía de un yesquero para encender la pipa. Allí, sin duda, había una pista que merecía la pena seguir. Y como la memoria, cuando se la fecunda debidamente con hechos comprobados, es algo sorprendentemente fértil, el señor Snell recuperó poco a poco una impresión muy clara del efecto que le habían producido el semblante y la conversación del buhonero. Tenía una «manera de mirar» que desagradó al sensible organismo del señor Snell. No se necesitaba explicarlo, no había dicho nada importante: nada, excepto sus palabras sobre el yesquero, pero lo esencial no es lo que dice un hombre, sino su manera de decirlo. Más aún, tenía una tez morena, como de extranjero, que auguraba muy poca honradez.

—¿Llevaba pendientes? —quiso saber el señor Crackenthorp, que tenía cierta familiaridad con costumbres foráneas.

—Bueno; espere..., déjeme ver —dijo el señor Snell, como un dócil clarividente, del todo dispuesto a no equivocarse si podía evitarlo. Después de estirar las comisuras de la boca y de cerrar los ojos, como si estuviera tratando de ver los pendientes, pareció renunciar al esfuerzo y dijo—: Bueno, llevaba pendientes para venderlos, por lo que es natural suponer que pudiera ponérselos. Pero pasó por todas, o por casi todas las casas del pueblo; quizás haya alguien aquí que se los viera puestos, aunque no estoy en condiciones de afirmarlo con certeza.

El señor Snell estaba en lo cierto al suponer que quizá alguien recordaba los pendientes del buhonero. Porque al extender la investigación entre los habitantes de Raveloe, se afirmó, con énfasis cada vez mayor, que el párroco había querido saber si el vendedor ambulante llevaba pendientes, y se creó la impresión de que era mucho lo que dependía de comprobar aquel detalle. Por supuesto, todos los que oyeron la pregunta, como no tenían una clara imagen del buhonero *sin* pendientes, tuvieron de inmediato otra *con* pendientes, grandes o pequeños, según los casos; y la imagen se

confundió enseguida con un recuerdo nítido, de manera que la mujer del cristalero, una criatura llena de buenas intenciones, nada inclinada a mentir, y cuya casa era una de las más limpias del pueblo, estuvo dispuesta a declarar, con la misma seguridad con que estaría dispuesta a recibir la eucaristía cuando llegara la próxima Navidad, que había visto grandes pendientes, con forma de luna, en las orejas del buhonero; Jinny Oates, por su parte, hija del zapatero remendón, por ser una persona más imaginativa, afirmó no sólo haberlos visto, sino que habían hecho que la sangre se le helara en las venas, que era lo que le estaba pasando también en aquel mismo momento.

Además, como medida para arrojar más luz sobre la pista del yesquero, se hizo una recolección de todos los artículos adquiridos al buhonero en distintas casas, artículos que luego se llevaron a El Arcoíris para ser allí examinados. De hecho, se tuvo en el pueblo el sentimiento general de que sin duda se estaban haciendo muchísimas cosas en El Arcoíris para el esclarecimiento del robo, y que ningún marido necesitaba ofrecer una excusa a su mujer para ir allí mientras fuese el escenario de obligaciones públicas de gran importancia.

Se sintió cierto desencanto, y quizás incluso algo de indignación, cuando se supo que Silas Marner, al responder a las preguntas del terrateniente y del párroco, confesó no conservar otro recuerdo del buhonero que el de que había llamado a su puerta, pero sin entrar en la casa, y que se había dado media vuelta tan pronto como Silas, con la puerta entornada, le dijo que no quería nada. Tal había sido el testimonio de Marner, pese a que también él se agarraba con fuerza a la idea del vendedor ambulante como culpable, quizá porque aquello le daba una imagen muy concreta del paradero de su oro una vez que había sido sustraído de su escondite: ahora era capaz de verlo en el cajón del buhonero. Pero en el pueblo se observó con cierta irritación que cualquiera, excepto una «criatura ciega» como Marner, habría visto merodear a aquel hombre, porque, de lo contrario, ¿cómo podría haber perdido su yesquero en la cuneta cerca de la casa del tejedor, si no se hubiera entretenido por allí? Sin duda alguna había hecho sus cálculos cuando vio a Marner en la puerta de su casa. Cualquiera se daría cuenta —sólo con mirarlo— de que el tejedor era un avaro medio loco. Casi parecía un milagro que el buhonero no lo hubiera asesinado; se sabía que hombres como aquél, aficionados a los pendientes, acababan con mucha frecuencia cometiendo asesinatos; a uno se le había juzgado en el tribunal superior del condado y no hacía tanto tiempo como para que no hubiera personas que todavía lo recordaran.

Godfrey Cass, por su parte, al entrar en El Arcoíris durante uno de los recitales —frecuentemente repetidos— del testimonio del señor Snell, lo había tratado a la ligera, explicando que él mismo le había comprado un cortaplumas al buhonero y que le había parecido una persona alegre y bastante sonriente; era una tontería, dijo, hablar del aire malévolo de aquel personaje. Pero en el pueblo se pensó que sus palabras sólo ponían de manifiesto la manera irresponsable de hablar que tenía la juventud,

«¿como si sólo fuera el señor Snell quien hubiese notado algo raro en el buhonero!». Había, por el contrario, al menos media docena de personas que estaban dispuestas a comparecer ante el juez Malam y ofrecer testimonios mucho más llamativos que el del tabernero. Era de desear que el señorito Godfrey no fuese a Tarley y desvirtuase lo que el señor Snell había dicho allí, e impidiera así que el juez redactara una orden de detención, aunque se sospechaba que era ése el propósito del joven Cass cuando, después de mediodía, se le vio dirigirse a caballo hacia Tarley.

Pero para entonces el interés de Godfrey por el robo se había apagado como consecuencia de la creciente ansiedad que le producían Dunstan y Wildfire, y sus pasos no se encaminaban a Tarley, sino a Batherley, incapaz de prolongar la incertidumbre por más tiempo. La posibilidad de que Dunstan le hubiera jugado la mala pasada de desaparecer con Wildfire, para regresar al cabo de un mes, cuando hubiera perdido en el juego o hubiera dilapidado de cualquier otro modo el precio del caballo, era un temor que le desasosegaba más, incluso, que la idea de una herida causada por un accidente; y, una vez que el baile de la señora Osgood se había convertido en cosa del pasado, Godfrey estaba muy descontento consigo mismo por haber confiado su caballo a Dunstan. En lugar de intentar acallar sus temores, los fomentaba, con la impresión supersticiosa (que a todos nos afecta) de que si esperamos el mal con mucha intensidad es menos probable que suceda; y cuando oyó un caballo que se acercaba al trote, y vio un sombrero que asomaba por encima de un seto más allá de un ángulo del sendero, sintió que su conjuro había tenido éxito. Pero tan pronto como el caballo apareció ante sus ojos, el alma se le cayó a los pies. No era Wildfire; y al cabo de unos momentos discernió que el jinete tampoco era Dunstan, sino Bryce, que se detuvo para hablar, con una expresión que implicaba algo desagradable.

—Caramba, señor Godfrey, vaya suerte que tiene ese hermano suyo, ¿no es cierto?

—¿Qué quiere decir? —preguntó Godfrey asustado.

—¡Cómo! ¿No ha vuelto aún a casa? —se admiró Bryce.

—¿A casa? No. ¿Qué ha sucedido? No se ande con rodeos. ¿Qué ha hecho con mi caballo?

—Ah, ya me parecía que era de usted, aunque Dunstan asegurase que se lo había dado.

—¿Acaso el caballo lo ha derribado y le ha roto las rodillas? —preguntó Godfrey, rojo de indignación.

—Peor que eso —dijo Bryce—. Déjeme que se lo explique: llegué a un acuerdo con él para comprarle el caballo por ciento veinte libras: un precio prohibitivo, pero Wildfire siempre me había gustado. ¿Y qué se le ocurre hacer sino empalarlo? ¿Saltar una cerca con estacas puntiagudas, encima de un talud con una acequia delante? El caballo ya llevaba muerto un buen rato cuando lo encontraron. Y usted me dice que no ha vuelto a casa desde entonces, ¿no es eso?

—¿A casa? No —dijo Godfrey—, y será mejor que no aparezca. ¡Imbécil de mí! Tendría que haber sabido que todo terminaría de la manera más desastrosa.

—Bueno, si he de serle sincero —dijo Bryce—, una vez que nos pusimos de acuerdo sobre el caballo, se me pasó por la cabeza que podía estar montando y vendiendo a Wildfire sin que usted lo supiera, porque no me creí que fuera suyo. Sabía que el bueno de Dunsey jugaba malas pasadas de vez en cuando. Pero ¿dónde se ha metido? No lo hemos vuelto a ver por Batherley. No se puede haber hecho daño, porque después del accidente se marchó por su propio pie.

—¿Hacerse daño? —dijo Godfrey con amargura—. Nunca se hará daño; lo suyo es hacer daño a los demás.

—De manera que le dio usted permiso para vender el caballo, ¿no es eso? —preguntó Bryce.

—Sí; quería desprenderme de Wildfire, siempre fue un poco demasiado duro de boca para mí —dijo Godfrey; su orgullo le hacía estremecerse ante la idea de que Bryce adivinara que la venta era una cuestión de necesidad—. Tenía intención de seguirlo y ver lo que había hecho... estaba convencido de que se habría producido algún contratiempo. Me vuelvo a casa —añadió, girando la cabeza del caballo y deseoso de poder librarse de Bryce, porque comprendió que la crisis que temía desde hacía mucho tiempo estaba a punto de producirse—. También usted se dirige a Raveloe, ¿no es eso?

—En realidad, no; no en este momento —dijo Bryce—. *Tenía* intención de llegarme hasta allí, porque necesitaba ir a Flitton, y se me ocurrió que podía aprovechar para verlo a usted e informarle de todo lo que sabía sobre Wildfire. Imaginaba que su hermano preferiría no dejarse ver hasta que el efecto de las malas noticias se hubiera calmado un poco. Quizás haya ido a hacer una visita a Las Tres Coronas, cerca de Whitbridge: sé que le gusta mucho ese establecimiento.

—Tal vez esté allí —dijo Godfrey, con tono más bien ausente. Luego añadió, procurando animarse y esforzándose por mostrar indiferencia—: No tardaremos en saber de él, eso es seguro.

—Bien, aquí es donde nuestros caminos se separan —dijo Bryce, sin sorprenderse al advertir el abatimiento de Godfrey—; así que le deseo un buen día con la esperanza de poder traerle mejores noticias en otra ocasión.

Godfrey siguió su camino despacio, imaginándose la escena en la que iba a tener que confesar la verdad a su padre, confesión que, sin duda alguna, no podría seguir rehuendo. La revelación sobre el dinero iba a tener que hacerla a la mañana siguiente; si callaba el resto, Dunstan no tardaría en reaparecer y, al descubrir que iba a recaer sobre él el peso de la indignación paterna, contaría todo lo demás por puro rencor, aunque no ganara nada con ello. Si bien existía aún la posibilidad, tal vez, de comprar su silencio y retrasar el momento del desastre: decirle a su padre que era él, Godfrey, quien se había gastado el dinero de Fowler; y como no había sido nunca culpable de una falta como aquélla, el problema no pasaría de ser una tormenta en un

vaso de agua. Pero Godfrey no podía rebajarse hasta aquel punto. Comprendía que al permitir que Dunstan se quedara con el dinero ya había sido culpable de un abuso de confianza casi tan grave como el de gastárselo en beneficio propio; y sin embargo existía una diferencia entre los dos actos que le hacía sentir que uno era mucho más deshonroso que el otro, hasta el punto de hacérselo intolerable.

«No pretendo que se me tome por una buena persona —se dijo—; pero tampoco soy un sinvergüenza... al menos creo que hay una raya que nunca franquearía. Cargaré con las consecuencias de lo que *sí he hecho* antes que hacer creer que soy el autor de algo que me sé incapaz de hacer. Nunca me habría gastado el dinero para proporcionarme un placer; Dunstan me forzó a entregárselo.»

Durante el resto de aquel día, Godfrey, tan sólo con alguna leve fluctuación de cuando en cuando, mantuvo su propósito de confesar a su padre toda la verdad, y retrasó el relato de la pérdida de Wildfire hasta la mañana siguiente, de manera que le sirviera de introducción para pecados más graves. El terrateniente estaba acostumbrado a las frecuentes ausencias de su hijo Dunstan, y no pensó que ni su ausencia ni la de Wildfire requiriesen ningún comentario. Godfrey se dijo una y otra vez que si dejaba escapar aquella oportunidad de confesarlo todo, quizá nunca tuviera otra; la revelación podría llegar incluso de una manera más perjudicial aún para él que por la simple malevolencia de Dunstan: *su esposa* podía presentarse en Raveloe, tal como había amenazado con hacer. Y a continuación trató de conseguir que la escena le resultara más fácil por el procedimiento de ensayarla: decidió la manera en que pasaría de reconocer su debilidad al permitir que Dunstan se quedara con el dinero al hecho de que su hermano tenía un arma contra él que lo encadenaba por completo, y decidió también cómo iba a preparar a su padre para que, antes de contarle la verdad, esperase algo absolutamente terrible. El terrateniente era un hombre implacable: tomaba decisiones repentinas dominado por violentas indignaciones, y no se conseguía que se retractara cuando su cólera disminuía, de la misma manera que ardientes materias volcánicas, al enfriarse, adquieren la dureza de la roca. Como muchos hombres violentos e implacables, permitía que el mal creciera gracias a su propia irresponsabilidad, hasta que le presionaba con fuerza exasperante, y entonces estallaba con feroz severidad y se volvía implacablemente duro. Tal era su sistema con los arrendatarios: les permitía retrasos en los pagos, descuidaba sus cercas, reducía su ganado, vendía su paja y avanzaba de muchas maneras por caminos equivocados; y luego, cuando se quedaba sin dinero como resultado de su indulgencia, tomaba las medidas más extremas y no escuchaba ninguna súplica. Godfrey sabía todo aquello, y lo sentía con enorme fuerza porque había sufrido una y otra vez el mismo malestar al presenciar sus repentinos ataques de despotismo, ataques que su sempiterna indecisión hacía que viera sin la menor simpatía. (No aplicaba la misma crítica a la defectuosa indulgencia que precedía a aquellos ataques; *ésa* le parecía perfectamente natural.) De todos modos siempre existía la posibilidad, pensó Godfrey, de que a su padre el orgullo le hiciera avergonzarse de aquel

matrimonio hasta el punto de preferir silenciarlo en lugar de echar a su hijo de casa y convertir a su familia en la comidilla del país en quince kilómetros a la redonda.

Tal era el estado de cosas que le pareció definitivo hasta el filo de la medianoche, y se fue a dormir pensando que ya no le quedaba más remedio que dar por terminado el debate interior. Pero cuando se despertó en la quietud de la penumbra matutina, le resultó imposible reavivar los pensamientos de la víspera; era como si estuvieran terriblemente cansados y fuesen incapaces de despertarse para seguir trabajando. En lugar de los argumentos que le empujaban a la confesión, Godfrey no sintió más que el horror ante sus funestas consecuencias: reapareció el miedo antiguo a la deshonra —el antiguo encogerse ante la idea de alzar una barrera infranqueable entre Nancy y él—, la sempiterna disposición a apoyarse en la suerte, que tal vez le fuese favorable y lo salvara de la traición fraterna. ¿Por qué, después de todo, tendría que cercenar tales esperanzas por voluntad propia? Había visto las cosas con una luz equivocada el día anterior. Estaba absolutamente furioso con Dunstan, y sólo pensaba en una completa ruptura de su mutuo entendimiento; pero en realidad la iniciativa más prudente sería tratar de calmar la indignación de su padre contra Dunstan y, hasta donde fuera posible, mantener las cosas igual que antes. Si su hermano no regresaba en el espacio de unos pocos días (y Godfrey ignoraba si el muy sinvergüenza no dispondría de dinero suficiente para permitirse una ausencia todavía más larga), era muy posible que la sangre no llegase al río.

Capítulo IX

Godfrey se levantó y desayunó antes de lo acostumbrado, pero siguió en el salón con revestimiento de madera hasta que terminaron sus hermanos menores y abandonaron la estancia; esperaba a su padre, que siempre daba un paseo con su administrador antes del desayuno. En La Casa Roja todo el mundo desayunaba a distintas horas, y el terrateniente era siempre el último, ya que de esa manera se permitía un periodo de preparación muy amplio para un apetito matutino más bien escaso. En la mesa se habían colocado alimentos sustanciosos casi dos horas antes de que se presentara el dueño de la casa, que era un hombre alto y robusto de sesenta años, con un rostro en el que la boca, floja y débil, parecía contradecir el ceño siempre fruncido y una mirada más bien dura. Su apariencia personal mostraba notables señales de descuido, aunque, pese al desaliño de su ropa, había algo en la presencia del terrateniente que lo distinguía de los ordinarios agricultores de la parroquia, hombres que quizá no eran ni un ápice menos refinados pero que, por haber recorrido el camino de la vida con la conciencia de hallarse en la proximidad de alguien a quien consideraban «superior», les faltaba la seguridad en sí mismos y el autoritarismo en la voz y en el porte consustanciales a un hombre que veía a quienes estaban por encima de él como seres remotos con los que, personalmente, tenía tan poca relación como con América o con las estrellas. El terrateniente estaba acostumbrado a recibir desde siempre la pleitesía de la parroquia, y daba por sentado que su familia, sus picheles y todo lo suyo eran los más antiguos y los mejores; y dado que nunca se había relacionado con otros miembros de la pequeña nobleza que ocuparan una posición superior a la suya, sus opiniones no se veían perturbadas por ninguna comparación.

Miró a su hijo al entrar en la habitación y dijo:

—¡Cómo, señor mío! ¿Es que no ha desayunado usted todavía? —porque nunca intercambiaban saludos matutinos afectuosos; y no por hostilidad especial, sino porque la dulce flor de la cortesía no se cultivaba en hogares como La Casa Roja.

—Sí, padre —dijo Godfrey—; ya he desayunado, pero estaba esperando a que llegara usted para que habláramos.

—¡Ah, bien! —dijo el terrateniente, dejándose caer en su silla sin manifestar interés alguno, y expresándose de la manera pesada y entrecortada por la tos que se consideraba en Raveloe como una especie de privilegio de su alcurnia, mientras cortaba un trozo de carne y lo alzaba delante del lebril inglés que había entrado con él—. Llama para que me traigan la cerveza, hazme el favor. Vosotros, los jóvenes, sólo os ocupáis de vuestros placeres. No se os ocurre que sea necesario apresurarse por nadie excepto por vosotros mismos.

La vida del terrateniente estaba tan dedicada al ocio como la de sus hijos, pero tanto por su parte como por la de sus contemporáneos en Raveloe se mantenía la ficción de que el periodo de la locura era exclusivamente la juventud, y de que la

sabiduría de sus muchos años se hallaba constantemente en un estado de resistencia, mitigado por el sarcasmo. Godfrey esperó, antes de volver a hablar, a que una criada hubiese traído la cerveza de su padre y a que se hubiera cerrado la puerta, un intervalo durante el cual Fleet, el lebrél inglés, consumió los suficientes trozos de carne como para satisfacer a un pobre en su cena de un día de fiesta.

—Hemos tenido una malísima suerte con Wildfire —empezó—; fue algo que sucedió anteayer.

—¡Cómo! ¿Se ha roto las patas? —dijo el terrateniente después de haber bebido un sorbo de cerveza—. Pensaba que era usted mejor jinete, señor mío. Nunca he sido responsable de que se cayera un caballo en toda mi vida. De lo contrario, hubiese tenido que esperar sentado para disponer de otro, porque *mi* padre no estaba tan dispuesto a abrir su bolsa como otros padres que conozco. Pero van a tener que cambiar de sistema, es inevitable. Vaya, entre hipotecas y atrasos en los pagos, tengo menos dinero contante y sonante que un pordiosero. Y el cretino de tu tío Kimble dice que los periódicos hablan de paz. Caramba, el país no tendría ni una pierna con que sostenerse. Los precios caerían en un pozo sin fondo, y nunca me pagarían los atrasos, aunque me dedicara a vender todas las tierras que tengo arrendadas. Y además está ese condenado Fowler, no voy a tener más paciencia con él; le he dicho a Winthrop que vaya hoy mismo a ver a Cox. Ese bribón mentiroso dijo que con toda seguridad me pagaría cien libras el mes pasado. Se aprovecha porque está en esa granja tan distante y piensa que me voy a olvidar de él.

El terrateniente había pronunciado aquel discurso entre toses e interrupciones, pero sin ninguna pausa lo bastante larga como para que Godfrey tuviera un pretexto y volviera a hacer uso de la palabra. Comprendió que su padre se proponía rechazar de antemano cualquier petición de dinero con motivo de la desgracia acaecida a Wildfire, y que la importancia que había dado a la escasez de efectivo y a los muchos atrasos en el pago de las rentas provocaría en él con toda probabilidad una actitud mental de lo más desfavorable para la revelación que se disponía a hacer. Pero tenía que seguir adelante una vez que había empezado.

—Ha sido peor que romperle las patas: quedó empalado y ha muerto —dijo tan pronto como su padre guardó silencio y empezó a cortar la carne—. Pero no estaba pensando en pedirle que me comprara otro caballo; sólo en que he perdido los medios para pagarle a usted, porque me había propuesto hacerlo con lo que me dieran por Wildfire. Dunsey se lo llevó a la cacería para venderlo en mi nombre el otro día y, después de haber hecho un trato con Bryce por ciento veinte libras, se fue detrás de la jauría, intentó un salto que sólo se le hubiera ocurrido a un loco o algo parecido y acabó allí mismo con mi caballo. De no ser por eso, le hubiera pagado a usted cien libras esta misma mañana.

El terrateniente había dejado cuchillo y tenedor y estaba mirando a su hijo lleno de asombro, ya que carecía de la necesaria rapidez mental para imaginar la causa probable de tan extraña inversión en las relaciones paternofiliales como aquella

propuesta por parte de Godfrey de hacerle entrega de cien libras.

—La verdad es..., lo siento mucho, padre, porque la culpa es toda mía —continuó Godfrey—. Fowler pagó las cien libras. Me las entregó a mí, un día que estuve allí el mes pasado. Luego Dunsey me persiguió para que le diera el dinero, y permití que se lo quedara, porque esperaba poder devolvérselo a usted antes de hoy.

El terrateniente estaba ya rojo de ira antes de que su hijo hubiera terminado de hablar y encontró difícil expresarse.

—¿Permitió que Dunsey se lo quedara, señor mío? Y ¿desde cuándo eres uña y carne con Dunsey como para intrigar con él y malversar mi dinero? ¿Te estás convirtiendo en un granuja? Te digo desde ahora que no lo voy a tolerar. Voy a echaros a todos de aquí y a casarme de nuevo. Voy a tener que recordárselo, señor mío: mis propiedades no están vinculadas; desde la época de mi abuelo los Cass pueden hacer lo que les apetezca con sus tierras. Recuérдалo, hazme el favor. ¡Dejar que Dunsey se quedara con el dinero! ¿Por qué tendrías que permitirle a Dunsey una cosa así? Hay alguna mentira en el fondo de todo este asunto.

—Ninguna mentira, padre —dijo Godfrey—. Yo no me hubiera gastado el dinero, pero Dunsey me fastidió mucho, y fui un imbécil, y le dejé que se lo quedara. Pero me proponía pagárselo a usted, tanto si me lo devolvía como si no. Ésa es toda la historia. Nunca tuve intención de malversar su dinero, no soy una persona que haga esas cosas. Sabe usted muy bien, padre, que nunca he hecho nada deshonesto.

—¿Qué ha pasado entonces con Dunsey? ¿Por qué estás ahí hablando sin hacer nada? Ve a buscarlo y tráemelo, como te he dicho, y que nos explique para qué quería el dinero y qué ha hecho con él. Se va a arrepentir. Voy a echarlo de casa. Dije que lo haría y lo voy a hacer. No se reirá de mí. Vete a buscarlo y tráemelo.

—Dunsey no ha vuelto a casa, padre.

—¿Qué? ¿También él se rompió la crisma? —dijo el terrateniente, un tanto molesto al pensar que, si era cierto, no podría cumplir su amenaza.

—No; salió ileso, según creo, porque al caballo lo encontraron muerto y Dunsey debió de marcharse a pie. Imagino que volveremos a verlo pronto. Pero no sé dónde está.

—¿Y por qué tendrías que dejarle que se quedara con mi dinero? Contéstame a eso —dijo el terrateniente, atacando de nuevo a Godfrey, dado que Dunsey no estaba a su alcance.

—En realidad, no lo sé —respondió Godfrey, indeciso. Era una evasiva poco convincente, pero no le gustaba mentir y, sin darse del todo cuenta de que ninguna doblez florece mucho tiempo sin ayuda de falsedades, estaba por completo desprovisto de motivos inventados.

—¿No lo sabes? Te lo voy a decir yo, entonces. Te has metido en algún lío, y has estado sobornándolo para que no lo cuente —le acusó el terrateniente con inesperada agudeza. Godfrey, desconcertado, sintió que el corazón le latía desbocado ante lo acertado de la suposición paterna. El miedo repentino le llevó a dar el paso siguiente:

basta un empujón insignificante cuando ya se va cuesta abajo.

—Déjeme decirle —explicó, tratando de hablar con despreocupación— que se trataba de un asunto de poca monta entre Dunsey y yo; no le interesa a nadie más. No merece la pena hurgar en las patochadas de los jóvenes: a usted no le hubiera supuesto ningún inconveniente si no hubiésemos tenido la mala suerte de perder a Wildfire. Le habría devuelto el dinero como tenía previsto.

—¡Patochadas! ¡Bah! Ya va siendo hora de que te olvides de las patochadas. Y quiero que sepa usted, señor mío, que *va a tener* que prescindir de ellas —dijo el terrateniente, frunciendo el ceño y mirando a su hijo con gran enojo—. Ya te digo que no vas a poder seguir haciendo tejemanejes con mi dinero. Mi abuelo tenía sus establos llenos de caballos, y mantenía además una casa de primer orden cuando los tiempos eran peores, por lo que soy capaz de entender; y lo mismo podría hacer yo si no tuviera cuatro individuos que no sirven para nada colgados de mí como sanguijuelas. He sido un padre demasiado bueno para todos vosotros... ésa es la realidad. Pero voy a acabar con todo eso, señor mío.

Godfrey guardó silencio. No era probable que brillara nunca por su perspicacia, pero siempre había tenido el certero convencimiento de que la indulgencia paterna no provenía del cariño, y conservaba desde siempre la vaga nostalgia de un poco de disciplina que frenase su propia debilidad descarriada y le ayudase a fortalecer la voluntad. El terrateniente comió el pan y la carne deprisa, bebió un largo trago de cerveza, luego apartó la silla de la mesa y empezó a hablar de nuevo.

—Todo eso sólo servirá para dificultarte la existencia cuando falte yo..., tendrías que tratar de ayudarme a que las cosas no se nos vayan de las manos.

—A decir verdad, padre, me he ofrecido con frecuencia a ocuparme de las propiedades, pero a usted nunca le ha parecido bien, como si pensara que quería quitarle el puesto.

—No sé nada de tus ofrecimientos ni de que me pareciesen mal —dijo el terrateniente, cuya memoria consistía en determinadas impresiones muy fuertes que los detalles no modificaban nunca—; pero me acuerdo en cambio de una ocasión en la que parecías estar pensando en casarte, y no recuerdo que pusiera ningún obstáculo en tu camino, como hubieran hecho otros padres. Me da lo mismo que te cases con la hija de Lammeter o con cualquier otra. Imagino que si hubiera dicho no, te habría faltado tiempo para insistir; pero, falto de contradicción, has terminado por cambiar de idea. Eres un tipo indeciso: sales a tu pobre madre. Nunca tuvo voluntad propia, aunque una mujer no la necesita si tiene por marido a un hombre de verdad. Pero *tu* mujer sí necesitará tenerla, porque tú sabes tan poco lo que quieres que apenas consigues que tus dos piernas vayan en la misma dirección. Esa chica no te ha dado calabazas total y absolutamente, ¿verdad que no?

—No —dijo Godfrey, sintiéndose muy acalorado e incómodo—; pero no creo que me acepte.

—¡No crees! ¿Por qué no tienes la valentía de preguntárselo? ¿No has cambiado

de idea, la quieres a ella, es ésa la realidad?

—No hay ninguna otra mujer con la que quiera casarme —dijo Godfrey, escabulléndose.

—En ese caso, si no tienes agallas para hacerlo tú, déjame que pida su mano en tu nombre, eso será suficiente. No es probable que a Lammeter le parezca mal que su hija se case con alguien de mi familia, seguro que no. En cuanto a esa preciosidad, no quiere saber nada de su primo, y no hay nadie más, hasta donde se me alcanza, que pueda hacerte sombra.

—Prefiero dejar las cosas como están, padre, por favor, en el momento presente —dijo Godfrey, muy asustado—. Creo que la señorita Lammeter está un poco enfadada conmigo en la actualidad, y me gustaría hablar con ella yo mismo. Un hombre tiene que resolver esas cosas en persona.

—Bien, habla entonces, y resuélvelo, y mira a ver si eres capaz de hacer borrón y cuenta nueva. Eso es lo que a un hombre le compete cuando está pensando en casarse.

—No veo cómo podría pensar ahora en ello, padre. Usted no querría que me instalara en una de las granjas que tiene arrendadas, supongo, y tampoco creo que ella se viniera a vivir a esta casa con todos mis hermanos. Está acostumbrada a una vida diferente.

—¿No querría venir a vivir aquí? No me lo digas a mí. Pregúntaselo a ella, eso es todo —dijo el terrateniente, con una breve risa llena de desdén.

—Yo dejaría las cosas como están —dijo Godfrey—. Espero que no intente usted apresurarlo interviniendo.

—Haré lo que me apetezca —dijo el terrateniente—; y tendrás que enterarte de que quien manda soy yo; si no estás de acuerdo te puedes ir, y encontrar una propiedad donde establecerte. Sal y dile a Winthrop que no vaya a ver a Cox y que me espere. Y diles que me ensillen el caballo. Espera un momento: mira por ahí, vende el jamelgo de Dunsey y dame después el dinero, ¿me has oído? No volverá a tener un caballo a mis expensas. Y si sabes dónde se esconde, y estoy seguro de que lo sabes, puedes decirle que se ahorre la molestia de volver a casa. Que se haga mozo de cuadra y atienda él mismo a sus necesidades. No se va a aprovechar de mí por más tiempo.

—No sé dónde está; pero aunque lo supiera, no me correspondería a mí decirle que no vuelva —dijo Godfrey, dirigiéndose hacia la puerta.

—Vas a acabar con mi paciencia: deja de discutir, sal y ordena que me preparen el caballo —dijo el terrateniente, echando mano de la pipa.

Godfrey abandonó la habitación sin saber si sentía alivio porque el diálogo con su padre había terminado sin cambio alguno en su situación, o si estaba muy molesto porque se había hundido aún más en la prevaricación y en el engaño. La conversación sobre la posibilidad de pedir a Nancy en matrimonio había provocado una nueva alarma, no fuese que por unas palabras de su padre al señor Lammeter en alguna

conversación de sobremesa se encontrara con el bochorno de verse obligado a renunciar para siempre a Nancy en el momento mismo en que parecería estar a su alcance. Godfrey se refugió donde lo hacía habitualmente: en la esperanza de que, por algún imprevisible giro de la fortuna, la suerte lo salvara de cualquier desagradable consecuencia y quizás, incluso, justificara su insinceridad al poner de manifiesto su prudencia.

En ese punto —el de confiar en algún resultado favorable de los dados de la fortuna—, no se puede calificar a Godfrey de chapado a la antigua. El Azar Favorable es el dios de todos los hombres que siguen sus impulsos en lugar de obedecer a una ley en la que creen. En los tiempos que corren, incluso un hombre refinado que se encuentre en una situación que se avergüenza de confesar encontrará motivos para recurrir a cualquier medio capaz de librarlo de los previsibles resultados de esa situación. Si vive por encima de sus ingresos, o rehúye el trabajo honrado y decidido que proporciona un sueldo, se encontrará, acto seguido, soñando con un posible benefactor, un posible bobo al que se pueda engatusar para que use de su influencia a su favor, imaginando un estado de ánimo propicio en alguna persona todavía sin precisar. Si descuida las responsabilidades de su cargo, de manera inevitable se agarrará a la posibilidad de que lo que ha dejado sin hacer no tenga la importancia que se le atribuía. Si traiciona la confianza de sus amigos, adorará esa misma astuta complejidad llamada casualidad, que le permite tener la esperanza de que sus amigos no lo sepan nunca. Si renuncia a un oficio decente para dedicarse a los refinamientos de una profesión para la que la naturaleza nunca le dotó, su religión será infaliblemente el culto de la bendita Suerte, en la que creerá como en un poderoso creador de éxitos. El principio maligno que se rechaza en esa religión es la ordenada secuencia de acuerdo con la cual la semilla produce una cosecha que es de su misma especie.

Capítulo X

En Tarley y en Raveloe se tenía al juez Malam por hombre de gran capacidad intelectual dado que, sin pruebas, era capaz de extraer conclusiones mucho más amplias de las que se podía esperar de sus vecinos que no eran magistrados. No se consideraba probable que un hombre como él descuidara la pista del yesquero, y se puso en marcha una investigación sobre un buhonero, de nombre desconocido, de negros cabellos rizados y tez de extranjero, que llevaba una caja con cubiertos y bisutería y que lucía pendientes de gran tamaño. Pero ya fuera porque la investigación se hizo demasiado despacio para alcanzarlo, o porque la descripción se podía aplicar a tantos buhoneros que no se sabía a cuál elegir, pasaron las semanas y no hubo otro resultado relacionado con el robo que la gradual desaparición de la emoción provocada en Raveloe. La ausencia de Dunstan Cass apenas fue tema destacado: en una ocasión anterior ya se había peleado con su padre, desapareciendo a continuación; nadie supo dónde había estado, pero regresó al cabo de seis semanas, recuperó su habitación en la casa paterna sin oposición alguna y volvió a fanfarronear como de costumbre. Incluso su propia familia esperaba que aquella ausencia terminara igual, con la diferencia de que esta vez el terrateniente estaba decidido a no seguir manteniéndolo bajo su techo y de que, mientras tanto, nunca mencionaba su ausencia; cuando su tío Kimble o el señor Osgood reparaban en ella, la historia de cómo había acabado con Wildfire y ofendido de algún modo a su padre bastaban para evitar que alguien se declarase sorprendido. Relacionar la desaparición de Dunsey con el robo —ambos hechos ocurridos en el mismo día— era algo ajeno por completo al curso normal de los pensamientos de todo el mundo; incluso de los del mismo Godfrey, que tenía más razones que nadie para saber de qué era capaz su hermano. No recordaba que se hubiera producido entre ellos mención alguna del tejedor desde la época, doce años antes, en que uno de sus deportes juveniles era burlarse de él; su imaginación, además, creaba constantemente una coartada para Dunstan: lo veía de continuo en algún refugio a su gusto al que había llegado a pie después de abandonar a Wildfire; lo veía dando sablazos a conocidos casuales y meditando un regreso a casa y a la vieja diversión de atormentar a su hermano mayor. Incluso aunque algún cerebro de Raveloe hubiera unido los dos hechos mencionados, dudo que una combinación tan injuriosa para la preceptiva respetabilidad de una familia con un monumento funerario en la iglesia y picheles venerables no hubiese sido suprimida como muestra de una imaginación enferma. Por otra parte, los postres de Navidad, la carne mechada y la abundancia de bebidas espirituosas, al arrojar la originalidad mental por el canal de la pesadilla, son excelentes remedios contra la peligrosa espontaneidad del pensamiento en momentos de vigilia.

Cuando en El Arcoíris y en otros sitios se hablaba del robo, la balanza seguía sin decidirse entre la explicación racional, basada en el yesquero, y la teoría del misterio impenetrable que se burla de toda posible investigación. Los partidarios de aclarar lo

sucedido con el yesquero y el vendedor ambulante consideraban a los del otro grupo personas desquiciadas y crédulas, que, dado lo defectuoso de su capacidad de ver, suponían que todo el mundo se hallaba in albis; y los partidarios de lo inexplicable no se recataban a la hora de insinuar que sus antagonistas eran animales inclinados a graznar antes de haber encontrado rastro alguno de maíz —simples platos llanos sin la menor profundidad— y cuya agudeza visual consistía en suponer que no había nada detrás de la puerta de un granero porque ellos no podían ver a través; de manera que, aunque aquella controversia no sirviera para sacar a la luz los hechos relacionados con el robo, suscitaba en cambio opiniones sinceras que carecían de cualquier relación con el tema.

Pero mientras la pérdida del pobre Silas servía así para remover la lenta corriente de la conversación de Raveloe, el tejedor sentía la agostadora desolación de la pérdida sobre la que sus vecinos discutían a sus anchas. Cualquiera que se hubiera fijado en él antes de la desaparición de su oro habría podido pensar que una vida tan marchita y tan reducida al mínimo como la suya difícilmente podría soportar ningún golpe, difícilmente superaría cualquier sustracción excepto para conducirlo sin remedio al sepulcro. Pero la suya había sido, en realidad, una existencia vivida con avidez, llena de un propósito inmediato que lo defendía de lo desconocido, tan amplio y tan sombrío; y aunque el objeto a cuyo alrededor se habían enraizado las fibras de su existencia fuese una cosa sin vida, perturbadora, satisfacía la necesidad de agarrarse a algo. Pero ahora el cerco defensivo se había roto; le habían arrebatado su apoyo. Los pensamientos de Marner no se podían mover ya en el viejo círculo de todos los días, y quedaban desconcertados ante un espacio en blanco como el que encuentra una hormiga que mientras avanza fatigosamente se tropieza con una interrupción en el camino de vuelta a casa. El telar estaba allí, y la tela que confeccionaba, y el dibujo, cada vez más visible, en el paño; pero el tesoro resplandeciente en el escondite bajo sus pies había desaparecido; la posibilidad de manejarlo y de contarlo había desaparecido: la noche carecía de perspectiva de gozo para calmar las ansias de la pobre alma. La idea del dinero que recibiría por el trabajo en marcha no le producía alegría alguna, porque su exiguo volumen tan sólo le servía como nuevo recordatorio de su pérdida; y la esperanza había quedado demasiado aplastada por el repentino golpe para que su imaginación se detuviera en la creación de un nuevo tesoro a partir de un comienzo tan pequeño.

Silas Marner llenó de sufrimiento aquel vacío. Mientras tejía, de cuando en cuando gemía en voz baja, como quien siente un dolor intenso: era señal de que sus pensamientos habían vuelto al abismo repentino, a sus veladas vacías. Y todo aquel tiempo que pasaba en soledad junto a su fuego sin brillo, los codos apoyados en las rodillas, se sujetaba la cabeza entre las manos y gemía en voz muy baja, como alguien que no busca ser oído.

No estaba, sin embargo, del todo olvidado en su dificultad. El rechazo que provocaba desde siempre en sus vecinos se había disipado en parte por la nueva luz

con que lo mostraba su desgracia. En lugar de ser un hombre con más astucia de la que las personas honradas tenían a su alcance, saltaba ahora a la vista que ni siquiera era lo bastante astuto como para conservar lo que era suyo. Se hablaba ya en general de él como una «pobre criatura infeliz»; y su costumbre de rehuir a sus vecinos, que anteriormente se consideraba consecuencia de su mala voluntad y de una probable adicción a las compañías diabólicas, se consideraba ya simple locura.

Aquel cambio a unos sentimientos más cordiales se manifestaba de distintas maneras. Al estar en el aire el aroma de los manjares navideños, la época de las sobras de carne de cerdo y de la confección de morcillas invitaba a la caridad de las familias acomodadas, y la desgracia de Silas lo había colocado en un lugar destacado en el recuerdo de las amas de casa y, entre ellas, de la señora Osgood. El señor Crackenthorp, también, al tiempo que amonestaba a Silas diciéndole que probablemente le habían robado porque pensaba demasiado en el oro y no iba nunca a la iglesia, reforzaba aquella doctrina con un regalo de manitas de cerdo, bien calculado para disipar prejuicios sin fundamento contra la manera de ser del clero. Vecinos que no podían darle más que consuelo verbal mostraban una disposición no sólo a saludar a Silas y a comentar su desgracia con cierta amplitud cuando se lo encontraban en el pueblo, sino también a molestarse en aparecer por su casa y a hacerle repetir todos los detalles del robo en el lugar mismo de los hechos; y luego se esforzaban por levantarle los ánimos diciendo: «Bueno, señor Marner, después de todo no está usted en peor situación que otras personas con pocos medios; y si tuviera la desgracia de no poder trabajar, la parroquia le daría un socorro».

Imagino que una razón por la que raras veces somos capaces de consolar a nuestros vecinos con nuestras palabras es que nuestra buena voluntad queda adulterada, pese a nosotros mismos, antes de salir de nuestra boca. Podemos regalar morcillas y manitas de cerdo sin que vayan acompañadas por el sabor de nuestro egoísmo; pero el lenguaje es una corriente que casi siempre conserva algo de las impurezas de los terrenos que recorre. Existía una razonable proporción de buena voluntad en Raveloe, pero era a menudo de una especie torpe y con olor a cerveza, y adoptaba formas en las que la adulación y el disimulo apenas encuentran cobijo.

El señor Macey, por ejemplo, al aparecer una noche precisamente para informar a Silas de que los acontecimientos recientes habían hecho que, a ojos de alguien que, como él, no formaba juicios a la ligera, disfrutara de una opinión más favorable, inició la conversación diciendo, tan pronto como se sentó y unió las manos como tenía por costumbre:

—Vamos, señor Marner, que no se diga, no tiene usted motivo para pasar el tiempo lamentándose. Es mucho mejor perder el dinero que conservarlo por medios moralmente detestables. Yo pensaba, cuando llegó usted a esta parte del país, que no era mejor de lo que cabía esperar; aunque mucho más joven que ahora, no dejaba de ser una criatura muy pálida, que miraba fijamente, en parte como una ternera sin pelo en el morro, si se me permite decirlo. Pero no es fácil saber la verdad: no toda cosa,

por el hecho de tener un aspecto extraño, ha de ir necesariamente de la mano de Pedro Botero; me refiero a lo que pensamos sobre sapos y bichos así, porque son inofensivos con frecuencia, y útiles contra los insectos. Y más o menos lo mismo sucede con usted, hasta donde se me alcanza. Por otra parte, en lo referente a las hierbas y cosas parecidas para curar los trastornos de la respiración, si trajo usted ese tipo de conocimientos de tierras lejanas, podría haber sido un poco más generoso con ellos. Y si esos conocimientos procedían de una fuente poco recomendable, en ese caso podría haberlo compensado yendo con regularidad a la iglesia; porque si nos acordamos de los niños que sacó adelante la comadrona de Tarley, he asistido a muchos de sus bautizos, y he de decir que tomaron el agua bendita igual que cualquiera. Nada más razonable, porque si a Pedro Botero, por ejemplo, se le ocurre mostrarse amable por tratarse de una fiesta, ¿quién le va a poner objeciones? Así es como pienso yo, y he sido sacristán de esta parroquia cuarenta años, y sé, cuando el párroco y yo leemos las oraciones y el juicio de Dios contra los pecadores, que no se dice nada de las personas a quienes se les ocurre intentar curarse sin acudir a un médico, diga Kimble lo que quiera. De manera, señor Marner, como iba diciendo (porque hay curvas en las cosas que le pueden llevar a uno al final del devocionario antes de que haya podido volver a meterse dentro), que mi consejo es que no se deje amilantar, porque en cuanto a creer que usted es de los profundos en materia de pensamiento, y que oculta cosas en su interior que no soportan la luz del día, no es ésa mi opinión en absoluto, y así se lo explico a mis vecinos. Porque, digo yo, acusáis al señor Marner de haber inventado una historia..., eso es una tontería, no cabe duda: haría falta un hombre mucho más perspicaz para inventar una historia como ésa; y, como digo yo, se le veía más asustado que a un conejo.

Silas siguió aquel prolijo discurso sin cambiar de postura, los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos. El señor Macey, sin dudar de que le hubiera escuchado, hizo una pausa, a la espera de una respuesta apreciativa, pero Marner mantuvo su silencio. Tenía la sensación de que el anciano sacristán quería mostrarse cordial y que estaba lleno de buenas intenciones, pero su amabilidad caía sobre él como cae la luz del sol sobre los desdichados: no tenía ánimos para disfrutarla y le parecía que le quedaba muy lejos.

—Vamos, señor Marner, ¿es que no tiene nada que decir a eso? —preguntó a la larga el señor Macey, con un ligero toque de impaciencia.

—Ah —dijo Marner, despacio, moviendo la cabeza, que se sujetaba entre las manos—, se lo agradezco, claro que sí, muy amable.

—Desde luego que sí, no le quepa duda; pensé que así sería —dijo el señor Macey—; y mi consejo es... ¿tiene un traje para los domingos?

—No —respondió Marner.

—Ya me parecía —dijo el señor Macey—. Permítame que le aconseje que se haga uno. Ahí está Tookey; aunque sea un pobre diablo, lleva mi antiguo negocio de sastrería, con algo de dinero mío en él, de manera que le hará un traje a crédito por

poco dinero, y en cuanto lo tenga podrá aparecer por la iglesia, y ser un buen vecino. Vamos a ver, nunca me ha oído usted decir «Amén» desde que se vino a vivir a esta tierra, y le aconsejo que no pierda tiempo, porque no será lo mismo cuando Tookey se encargue de hacerlo todo, y es posible que yo ya no esté en condiciones de ocuparme del facistol el próximo invierno. —Aquí el señor Macey hizo una pausa, quizás esperando algún signo de emoción en su oyente, pero, al no observar ninguno, siguió adelante—. En cuanto al dinero para el traje, bueno, usted gana más o menos una libra a la semana con su telar, señor Marner, y es todavía un hombre joven, ¿no?, aunque parezca un poco venido a menos. ¡Vaya! Seguro que no tenía más de veinticinco años cuando llegó a estas tierras, ¿eh?

Silas se sobresaltó un poco ante aquel cambio a un tono interrogatorio y contestó afablemente:

—No lo sé; no sabría decirlo con exactitud... ha pasado mucho tiempo desde entonces.

Después de recibir una respuesta como aquélla, no es nada sorprendente que por la noche, en El Arcoíris, el señor Macey señalara que Marner tenía la cabeza hecha «un verdadero lío», y que consideraba dudoso que distinguiera el domingo del resto de los días de la semana, lo que demostraba que era más pagano que muchos perros.

Otra de las personas que se presentaron para consolar a Silas, aparte del señor Macey, lo hizo con la cabeza bien repleta del mismo tema. Se trataba de la señora Winthrop, la mujer del carretero. Los habitantes de Raveloe no eran de una regularidad extrema en sus prácticas religiosas, y quizás habría sido difícil encontrar en la parroquia a alguien que rechazara la idea de que ir a la iglesia todos los domingos del año ponía de manifiesto un deseo avaricioso de estar a bien con el Cielo y de conseguir una ventaja excesiva sobre sus vecinos: un deseo de ser mejor de «lo corriente», lo que habría implicado una valoración negativa para personas que habían tenido un padrino y una madrina como ellos, y que poseían el mismo derecho, por tanto, a las correspondientes honras fúnebres. Se daba por sentado, por otra parte, que todas las personas que no fueran criados, o varones muy jóvenes, debían comulgar en una de las grandes festividades religiosas: el terrateniente mismo, el señor Cass en persona, comulgaba el día de Navidad, mientras que aquellos a quienes se consideraba «buenos cristianos» iban a la iglesia con una frecuencia mayor aunque, en todo caso, moderada.

La señora Winthrop era una de esas personas: en todos los sentidos una mujer de conciencia escrupulosa, tan deseosa de cumplir con su deber que la vida parecía ofrecerle ocupación insuficiente si no se levantaba a las cuatro y media, aunque ser tan diligente provocara una escasez de trabajo durante las horas más avanzadas de la mañana, lo que para ella era un problema constante que necesitaba superar. Carecía, sin embargo, del temperamento de arpía que se supone a veces condición necesaria cuando se tiene semejante vocación madrugadora: la señora Winthrop era una mujer muy dulce y paciente, cuya manera de ser la empujaba a buscar todas las situaciones

más tristes y difíciles de la vida y a alimentar su espíritu con ellas. Era la primera en quien se pensaba cuando se presentaba la enfermedad o muerte en una familia, cuando era necesario aplicar sanguijuelas o cuando surgía un problema repentino en la atención a un recién nacido durante sus primeros meses de vida. Mujer servicial, bien parecida, de piel lozana, fruncía ligeramente los labios, como si se creyera siempre en la habitación de un enfermo, y en presencia del médico o del sacerdote. Pero nunca gimoteaba; nadie la había visto nunca verter lágrimas; era sencillamente seria y con inclinación a agitar la cabeza y a suspirar, de manera casi imperceptible, como una plañidera que no es pariente del difunto. Parecía sorprendente que Ben Winthrop, muy partidario de su litro de cerveza y de sus chistes, se llevara tan bien con Dolly; pero ella aceptaba las bromas y la jovialidad de su marido con la misma paciencia que todo lo demás, y se decía que «los hombres son así», y veía a los integrantes del «sexo fuerte» como animales a quienes el Cielo había considerado oportuno hacer conflictivos por naturaleza, como los toros y los pavos.

Era imposible que aquella mujer buena y saludable no se sintiera atraída por el caso de Silas Marner, ahora que el tejedor se le presentaba como una persona que sufría mucho, de manera que una tarde de domingo se hizo acompañar de Aaron, su hijo pequeño, y fue a visitar a Silas, llevándole unos mantecados, hechos con grasa de cerdo, muy apreciados en Raveloe. Aaron, un niño de mejillas como manzanas sonrosadas, con un gran cuello almidonado y tan limpio que parecía la bandeja para las manzanas, necesitó de toda su curiosidad y deseo de aventura para superar el miedo a que el tejedor de ojos saltones le causara algún daño corporal; y su incertidumbre creció de punto cuando, al llegar a La Cantera, oyeron el misterioso sonido del telar.

—Ah —dijo con tristeza la señora Winthrop—, es lo que pensaba.

Tuvieron que llamar repetidamente para que Silas los oyera por fin; pero, cuando abrió la puerta, al encontrarse con una visita inesperada, no dio señal alguna de impaciencia, como hubiera sido el caso en otro tiempo. Con anterioridad su corazón había sido como un cofre cerrado con llave y con su tesoro dentro; pero ahora el cofre estaba vacío, y la cerradura, rota. Al buscar a tientas en la oscuridad, con su antiguo apoyo desaparecido sin remedio, Silas tenía inevitablemente la sensación, aunque fuera apagada y medio desesperada, de que si recibía alguna ayuda, tenía que ser del exterior; y surgía en él un ligero movimiento de esperanza a la vista de sus prójimos, una débil conciencia de depender de su buena voluntad. Abrió la puerta de par en par para recibir a Dolly, aunque sólo le devolvió el saludo corriendo unos centímetros la silla como señal de que era allí donde su visitante debía instalarse. Dolly, tan pronto como estuvo sentada, retiró el paño blanco que recubría sus mantecados y dijo, con su tono más solemne:

—Ayer hice mantecados, señor Marner, y como me salieron mejor que nunca, le rogaría que aceptara algunos, si le parece bien. Yo no como ese tipo de cosas, porque un poco de pan es lo que me gusta desde que el año empieza hasta que acaba; pero

los estómagos de los hombres tienen eso de curioso, necesitan cambiar, es cierto, lo sé, que Dios les ayude.

Dolly suspiró amablemente mientras ofrecía los mantecados a Silas, que se los agradeció lo mejor que supo y procedió a mirarlos desde muy cerca, con aire ausente, como hacía con todas las cosas que llegaban a sus manos, mientras, durante todo aquel tiempo, lo contemplaban los asombrados ojos luminosos del pequeño Aaron, que había convertido en fortificación defensiva la silla de su madre y asomaba por detrás para espiar.

—Hay letras grabadas en ellos —dijo Dolly—. No sé leerlas, y no hay nadie, ni siquiera el señor Macey, que sepa lo que quieren decir; pero sé que el significado es bueno, porque son las mismas que figuran en el paño del púlpito en la iglesia. ¿Qué letras son, Aaron, cariño mío?

El niño desapareció por completo detrás de su fortaleza.

—Vaya, eso no se hace —dijo su madre, con dulzura—. No importa; sean las que sean las letras, el significado es bueno; es un cuño que ha estado en nuestra casa, dice Ben, desde que él era pequeño, y su madre lo usaba ya para marcar los mantecados, y yo también lo uso; porque si hay algo bueno en este mundo, está claro que lo necesitamos.

—Las letras son I. H. S. —dijo Silas y, ante aquella demostración de saber, Aaron volvió a asomarse por detrás del asiento.

—Claro, no podía ser menos, sabe usted leerlas —dijo Dolly—. Ben me las ha leído muchas veces, pero siempre se me van de la cabeza; una verdadera lástima, porque son letras buenas, de lo contrario no estarían en la iglesia; y por eso las marco en todos los panes y en todas las pastas y mantecados, aunque a veces no se mantienen, debido a cómo suben, porque, como yo digo, si hay algo bueno que se puede conseguir, lo necesitamos en este mundo que tenemos; y espero que le sean de provecho también a usted, señor Marner, porque con esa voluntad se los traigo; y, como puede ver, las letras se han mantenido mejor de lo corriente.

Silas era tan incapaz como Dolly de interpretarlas, pero no se podía ignorar el deseo de dar consuelo, tan perceptible en la tranquila manera de hablar de su visitante. A continuación dijo, con más sentimiento que antes:

—Gracias, se lo agradezco, muy amable por su parte. —Pero dejó los mantecados y se volvió a sentar con aire remoto, sombríamente inconsciente de cualquier beneficio concreto que los mantecados y las letras, o incluso la amabilidad de Dolly, pudieran ofrecerle.

—Ah, si hay algo bueno en algún sitio, lo necesitamos —repitió Dolly, que no era fácil que olvidara las frases que le parecían útiles. Miraba a Silas, compasiva, mientras seguía hablando—. Pero ¿no ha oído las campanas de la iglesia esta mañana, señor Marner? Casi seguro que no sabía usted que era domingo. Viviendo aquí tan solo, pierde la cuenta, imagino; y luego, cuando su telar hace ruido, no oye las campanas, sobre todo ahora que la helada mata el sonido.

—Sí, las oí; oí las campanas —dijo Silas, para quien las campanas del domingo eran un simple accidente del día y no parte de su carácter sagrado. No las había en Lantern Yard.

—¡Dios bendito! —dijo Dolly, haciendo una pausa antes de volver a hablar—. Pero es una lástima que trabaje usted en domingo, y no aproveche el tiempo para su higiene personal... aunque no vaya a la iglesia; y entiendo que si tuviera un trozo de carne para asar, cabe que no pudiera dejarlo, por el hecho de ser un hombre solo. Pero está el horno, si se decidiera usted a gastar un poco de vez en cuando, no todas las semanas, por supuesto, tampoco a mí me gustaría hacerlo, podría usted llevar allí el asado para su almuerzo, porque está muy bien comer algo caliente los domingos, en lugar de conformarse con lo mismo de los sábados y los demás días de la semana. Pero ahora, cuando se acerca Navidad, esta bendita Navidad que nos llega una vez más, si llevara su almuerzo al horno, y fuera a la iglesia, y viera el acebo y el tejo, y oyera los himnos y luego recibiera la sagrada comunión, se sentiría mucho mejor, y sabría dónde se encuentra, y podría poner su confianza en *Aquéllos* que saben más que nosotros, puesto que habría hecho usted lo que a todos nos corresponde hacer.

Dolly pronunció su exhortación —que para ella había sido un discurso inusualmente largo— en el tono persuasivo y tranquilizador con el que hubiera tratado de convencer a un enfermo para que se tomara su medicina, o un tazón de gachas que no le apetecía en absoluto. A Silas nunca se le había instado tan a fondo a que acudiera a la iglesia, ya que su ausencia sólo se veía como un elemento más de su extraña manera de ser; y era una criatura demasiado directa y sencilla para eludir el llamamiento de Dolly.

—No, no —dijo—. No sé nada de la iglesia. No he estado nunca en una iglesia.

—¿No? —dijo Dolly, en voz baja, llena de asombro. Luego, al recordar que Silas venía de un país desconocido, añadió—: ¿Podría ser que no hubiera iglesias donde usted nació?

—¡Sí, sí! —dijo Silas, meditativamente, en su habitual postura de codos sobre las rodillas y manos que le sujetaban la cabeza—. Había iglesias, muchas, era una ciudad grande. Pero no tenían nada que ver conmigo, yo acudía a una capilla.

Dolly se quedó muy sorprendida ante aquella palabra desconocida, pero le dio bastante miedo pedir más información, no fuese a ser que «capilla» significara algún antro de iniquidad. Después de pensar unos momentos, dijo:

—Bueno, señor Marner, nunca es demasiado tarde para pasar página, y aunque no haya tenido nunca una iglesia a la que ir, puede ser muy grande el bien que le haga. Porque yo me siento muy tranquila y más a gusto que nunca cuando he ido a la iglesia, he oído las oraciones y los cánticos para alabanza y gloria de Dios tal como el señor Macey los interpreta, así como la predicación que hace el señor Crackenthorp de la buena nueva y en especial los días de comunión; y si surge algún problema, me parece que soy capaz de superarlo, porque he buscado ayuda en el sitio adecuado, y confío en *Aquéllos* como debemos hacerlo todos al final; y si hemos hecho nuestra

parte del trabajo, no hay que pensar que *Aquéllos* que están por encima de nosotros sean peores de lo que somos nosotros y no cumplan con lo que les corresponde.

La exposición por parte de la pobre Dolly de su sencilla teología resultó bastante ininteligible para los oídos de Silas, porque no había allí palabra alguna que despertara un recuerdo de lo que había conocido como religión, y aumentaba su desconcierto el uso del pronombre plural, que no era herejía de Dolly, sino sólo su manera de evitar una familiaridad presuntuosa. Marner guardó silencio, no sintiéndose inclinado a dar su conformidad con la parte de la exhortación de Dolly que había entendido perfectamente: su recomendación de que debería ir a la iglesia. Silas, de hecho, estaba tan poco acostumbrado a hablar más allá de las breves preguntas y respuestas necesarias para las transacciones relacionadas con su sencillo negocio que las palabras no acudían fácilmente a sus labios sin la urgencia de un propósito muy claro.

Pero como para entonces el pequeño Aaron se había acostumbrado ya a la terrible presencia del tejedor, y había avanzado hasta situarse al lado de su madre, Silas, dando la sensación de reparar por vez primera en su presencia, trató de corresponder a los gestos de buena voluntad de Dolly ofreciendo al niño uno de los mantecados. Aaron retrocedió un poco y se frotó la cabeza contra el hombro de su madre, pero, de todos modos, pensó que el mantecado merecía el riesgo de extender la mano para recibirlo.

—Debería darte vergüenza, Aaron —dijo su madre, sentándose, sin embargo, sobre el regazo—; vamos a ver, no necesitas otro mantecado durante un buen rato. Es de muy buen comer, cierto —prosiguió, con un leve suspiro—, eso es verdad, bien lo sabe Dios. Es el más pequeño de mis hijos, y lo mimamos como no deberíamos, porque ya sea su padre o yo nunca lo perdemos de vista, es una necesidad.

Dolly acarició los cabellos castaños de Aaron y pensó que tenía que ser bueno para el señor Marner ver a aquella preciosidad de niño. Pero Silas, al otro lado del hogar, sólo veía el rostro sonrosado de facciones delicadas como un vago redondel con dos manchas oscuras.

—Y tiene tan buena voz como un pájaro, nadie lo creería —prosiguió Dolly—; sabe cantar un villancico tal como su padre le ha enseñado, y yo lo tomo como una señal de que acabará siendo un buen cristiano si aprende las melodías santas tan deprisa. Vamos, Aaron, ponte en pie y cántale el villancico al señor Marner, vamos.

Aaron contestó frotándose la frente contra el hombro de su madre.

—Eso no está bien —dijo Dolly amablemente—. Ponte de pie, como tu madre te dice, y déjame que te sostenga el mantecado hasta que acabes.

En circunstancias favorables a Aaron no le parecía mal hacer gala de sus talentos, incluso delante de un ogro; y al cabo de algunas manifestaciones más de timidez, que consistieron sobre todo en frotarse los ojos con el dorso de las manos, y luego espiar al señor Marner entre los dedos, para ver si parecía esperar ansioso el villancico, finalmente permitió que su cabeza adquiriera la postura adecuada y, de pie detrás de

la mesa, lo que le permitió que quedase escondido todo lo que había por debajo del gran cuello almidonado, consiguiendo así la apariencia de una cabeza de querubín sin la molestia de un cuerpo añadido, empezó a cantar, con un nítido gorjeo, una melodía que tenía el ritmo de un martillo diligente:

*Pastores, venid, venid a adorar,
al niño nacido en un pobre portal.
Pastores, venid, pastores llegad,
a ver al Mesías que ha nacido ya.*

Dolly escuchó a su hijo con aire devoto, y miró esperanzada a Marner confiando en que aquellas notas consiguieran acercarlo a la iglesia.

—Eso es música de Navidad —dijo, cuando Aaron hubo terminado y recuperó su mantecado—. No hay ninguna música comparable con la de Navidad: «La estrella del Cielo les sirve de guía». Y ya puede usted imaginarse cómo es la iglesia, señor Marner, con el fagot y las voces, imposible dejar de pensar que uno se encuentra ya en un mundo mejor, aunque yo no querría hablar mal de éste, viendo que *Aquéllos* que saben lo que más nos conviene nos han puesto aquí, pero, si se piensa en la bebida, en las peleas, en las terribles enfermedades y en las muertes con muchos sufrimientos, como tantas, tantísimas veces he tenido ocasión de ver, hay que dar gracias a Dios cuando se oye que existe otro mundo mejor. El chico canta bien, ¿no es cierto, señor Marner?

—Sí —dijo Silas, con aire ausente—, muy bien.

El villancico, con su ritmo como de martillazos, había llegado a los oídos del tejedor como una música más bien extraña, muy distinta de un himno, y no tuvo en absoluto el efecto que Dolly deseaba. Pero Silas quiso hacer ver que le estaba agradecido, y la única manera que se le ocurrió fue ofrecerle otro mantecado a Aaron.

—No, no, señor Marner —dijo Dolly, reteniendo las manos bien dispuestas de su hijo—. Ya es hora de volvernos a casa. Así que nos vamos a despedir, señor Marner, y si alguna vez se sintiera usted mal, y no pudiera atender a sus necesidades, vendré y limpiaré por usted, y le traeré alguna cosa de comer, y lo haré con mucho gusto. Pero le suplico y le ruego que deje de tejer los domingos, porque eso es malo para el alma y el cuerpo, y el dinero que llega de esa manera será una mala cama donde yacer al final, si es que no desaparece, sin que nadie sepa dónde, como la escarcha. Y me tendrá que perdonar que sea tan franca con usted, señor Marner, porque le deseo todo lo mejor, de verdad se lo digo. Despídete, Aaron.

Silas dijo:

—Adiós, y muchas gracias por su amabilidad —mientras abría la puerta para Dolly, aunque no pudo por menos de respirar hondo cuando su visitante se hubo marchado; sintió el alivio de poder tejer de nuevo y de gemir a gusto. La sencilla idea que Dolly se hacía de la vida y de sus consuelos, con la que había tratado de

alegrarlo, era sólo como una noticia sobre objetos desconocidos que su imaginación no estaba en condiciones de representarse. Las fuentes del amor humano y de la fe en el amor divino no se habían abierto aún, y el alma de Silas seguía siendo el mismo riachuelo casi seco, con la única diferencia de que aquella ranura en la arena estaba bloqueada y el agua, muy escasa, se debatía confusamente contra el obstáculo que la detenía.

De manera que, pese a los buenos consejos del señor Macey y de Dolly Winthrop, Silas pasó el día de Navidad solo, comiéndose la carne con tristeza en el corazón, aunque aquel alimento le hubiese llegado como un regalo de buena voluntad. Por la mañana Silas vio la oscura escarcha que parecía apretar cruelmente todo tallo de hierba, mientras el rojo estanque medio helado que era el pozo lleno de agua de La Cantera se estremecía bajo el viento glacial; pero al llegar la tarde empezó a caer la nieve, que cubrió, como con una cortina, incluso aquel panorama deprimente, aislando aún más a Marner en su cerrado sufrimiento. Y allí se quedó, durante toda la velada, en el hogar en el que le habían robado, sin preocuparse siquiera de correr las contraventanas ni de cerrar la puerta con llave, la cabeza siempre entre las manos y acompañado de frecuentes gemidos, hasta que el frío se apoderó de él y le dijo que se le había apagado el fuego.

Nadie de aquel mundo, excepto el mismo Silas, sabía que en otro tiempo había querido a su amigo íntimo con tierno afecto y había puesto toda su confianza en una bondad invisible. Incluso para él aquella experiencia pasada se había vuelto borrosa.

Pero en Raveloe, en el pueblo, las campanas sonaban alegres, y la iglesia estaba más llena que durante el resto del año, con rostros encarnados entre las abundantes ramas de color verde oscuro: rostros preparados para una ceremonia más larga de lo habitual a la que seguiría un vigorizante desayuno de tostadas y cerveza. Aquellas ramas verdes, los himnos y los otros cánticos que sólo se oían en Navidad—incluso el Credo Atanasiano, que se distinguía de los otros sólo por ser más largo y de singular valor, puesto que no se leía más que en ocasiones excepcionales— traían consigo un vago sentimiento exultante, para el que a los hombres adultos les habría resultado tan difícil como a los niños encontrar palabras, el sentimiento de que algo grande y misterioso se había producido para ellos en lo alto de los cielos y también abajo, en la tierra, algo de lo que participaban por el hecho de su presencia en la iglesia. Y luego los rostros colorados recorrieron el camino hasta sus hogares, a través de la oscura escarcha cortante, sintiéndose libres durante el resto del día para comer, beber y alegrarse, y para utilizar aquella libertad navideña sin desconfianza.

En la fiesta que celebró la familia del terrateniente nadie mencionó a Dunstan: nadie sentía su ausencia ni temía que fuera a prolongarse en exceso. El médico y su esposa, los tíos Kimble, estaban allí, y la conversación navideña de todos los años transcurrió sin ninguna omisión, remontándose hasta el momento culminante de la experiencia del señor Kimble cuando recorría los hospitales de Londres treinta años antes, junto con espectaculares anécdotas profesionales reunidas por aquel entonces.

A continuación venían las cartas, con la anual incapacidad de la señora Kimble para seguir el palo, y la irritabilidad del médico en relación con una baza excepcional que raras veces le parecía explicable, cuando no era a su favor, lo que exigía un repaso general de todas las jugadas para ver que estaban basadas en sólidos principios, todo ello acompañado del fuerte aroma humeante de los ponches con *whisky*.

Pero la fiesta del día de Navidad en La Casa Roja, por ser estrictamente una fiesta familiar, no era la celebración más importante de la temporada. Lo que daba especial lustre a la hospitalidad del terrateniente era el gran baile de fin de año, costumbre heredada de sus antepasados y que se remontaba hasta la noche de los tiempos. Era la ocasión en la que toda la sociedad de Raveloe y de Tarley —ya se tratara de viejos conocidos separados por largas distancias y malos caminos, o de amistades enfriadas por malentendidos causados por terneras fugitivas, o de relaciones basadas en una condescendencia intermitente— contaba con reunirse y comportarse recíprocamente como lo exigían el lugar y el momento. Era la ocasión en la que hermosas damas que llegaban en carruajes enviaban por delante su equipaje de mano, que contenía otras prendas, además de su traje de noche, porque la fiesta no concluía en una sola velada, como un vulgar festejo ciudadano, donde toda la provisión de alimentos se coloca sobre la mesa de una vez, y escasea la ropa de cama. La Casa Roja estaba provista como para un asedio; y en cuanto al repuesto de colchones de plumas, listos para colocarlos en el suelo, era todo lo abundante que cabía esperar lógicamente de una familia que llevaba sacrificando sus propios gansos desde hacía muchas generaciones.

Godfrey Cass esperaba la celebración de aquella Nochevieja con un deseo vehemente, absurdo y temerario, que lo volvía medio sordo a su importuna acompañante, la ansiedad.

«Dunsey volverá pronto a casa: habrá un gran enfrentamiento y, ¿cómo vas a sobornarlo para transformar su rencor en silencio?», decía la ansiedad.

«Cierto, pero quizá no vuelva a casa antes de Nochevieja —dijo Godfrey—; y en ese caso me podré sentar junto a Nancy, y bailar con ella, y conseguir que me mire amablemente a pesar suyo.»

«Pero sigues necesitado de dinero —dijo la ansiedad, alzando la voz—, y ¿cómo lo vas a encontrar sin vender el broche de diamantes de tu madre? ¿Y si ni siquiera así lo consigues...?»

«Bueno, pero tal vez suceda algo que facilite las cosas. En cualquier caso, hay un placer del que nadie me puede privar: Nancy vendrá a la fiesta.»

«Sí, y supongamos que tu padre fuerza las cosas hasta tal punto que te veas obligado a renunciar a casarte con ella... y a que tengas que explicarle tus razones...»

«Cállate la boca, y deja de molestarme. Veo los ojos de Nancy, tal como me van a mirar, y ya siento su mano en la mía.»

La ansiedad, sin embargo, siguió hablando, aunque rodeada de ruidosos huéspedes navideños, negándose a callar por completo incluso después de abundantes

libaciones.

Capítulo XI

A algunas mujeres, lo reconozco, no les favorecería presentarse a caballo sobre una grupera y ataviadas con un largo abrigo de montar de color caqui y un gorro de piel de castor cuya copa recordase a una cacerola pequeña; porque una prenda de vestir que hace pensar en el sobretodo de un cochero, confeccionado con tan poco paño como para no permitir más que una capa en miniatura, está poco adaptada para ocultar deficiencias de silueta, a lo que se añade que el caqui es un color que no produce un contraste animado con mejillas cetrinas. Todo ello hacía aún más llamativo el éxito de la belleza de la señorita Nancy Lammeter, que resultaba absolutamente cautivadora así vestida, cuando, sentada en la grupera detrás de su padre —alto, erguido—, le rodeaba la cintura con un brazo y miraba al suelo, con ojos llenos de ansiedad, los traicioneros charcos de distintos tamaños cubiertos de nieve, charcos que levantaban formidables salpicaduras de barro bajo los poderosos cascos de Dobbin. Un pintor habría preferido quizá tenerla como modelo en momentos en que estuviera libre de timidez y menos cohibida; pero sin duda el esplendor de sus mejillas estaba en su punto culminante en contraste con la grisura que la rodeaba cuando llegó a la puerta de La Casa Roja y vio, dispuesto para ayudarla a descender del caballo, al señor Godfrey Cass. Hubiera preferido que su hermana Priscilla, a lomos de otro animal y con el criado, llegase al mismo tiempo, porque entonces ella se las habría arreglado para que Godfrey tuviera que ayudar primero a Priscilla y, mientras tanto, habría convencido a su padre para dar la vuelta hasta la entrada de atrás en lugar de apearse junto a los escalones de la puerta principal. Es muy doloroso, cuando le has hecho ver a un joven con toda claridad que estás decidida a no casarte con él, por mucho que lo desee, que todavía se empeñe en obsequiarte con atenciones notorias; además, ¿por qué aquellas atenciones desaparecían a veces, si es que eran sinceras, de manera que el comportamiento de Godfrey resultaba bien extraño, porque con cierta frecuencia daba la impresión de que no quería hablar con ella, y pasaba incluso semanas y semanas sin hacerle el menor caso, y luego, de repente, casi volvía de nuevo a cortejarla? Por si todo aquello fuera poco, estaba muy claro que no la quería de verdad, o de lo contrario no permitiría que la gente pudiera decir de él lo que de hecho decía. ¿Acaso suponía que la señorita Nancy Lammeter iba a dejarse conquistar por un hombre, terrateniente o no, que llevase una vida depravada? No era lo que estaba acostumbrada a ver en su propio padre, el mejor y más sobrio de los hombres de toda la zona, tan sólo con un poco de mal genio y algo brusco de cuando en cuando si las cosas no se hacían en el momento en que él quería.

Todos aquellos pensamientos se le pasaron por la cabeza a la señorita Nancy, en su sucesión habitual, durante el tiempo transcurrido desde que vio a Godfrey Cass junto a la puerta hasta que llegó a ella. Por fortuna también se presentó el terrateniente, que saludó a su padre con voz tonante, de manera que, de algún modo,

protegida por aquel ruido, Nancy pareció encontrar un escondite para su confusión y su olvido de todas las reglas que impone la etiqueta, mientras unos brazos muy fuertes, que parecieron encontrarla ridículamente pequeña y ligera, la apeaban de la grupera. Y había además una razón inmejorable para apresurarse y entrar en la casa de inmediato, puesto que empezaba a nevar de nuevo, amenazando con un viaje muy desagradable a los invitados aún de camino. Aunque serían, con toda seguridad, una pequeña minoría, porque la tarde empezaba ya a declinar, y no habría demasiado tiempo para que se prepararan las señoras que venían de lejos y tenían que estar listas a la hora del temprano té que les serviría de inspiración para el baile posterior.

Había por toda la casa, en el momento de entrar la señorita Nancy, un murmullo de voces mezclado con el chirrido de un violín que se preparaba en la cocina; pero los Lammeter eran invitados a quienes se esperaba con impaciencia y de cuya llegada se había tenido noticia inmediata —alguien vigilaba desde una de las ventanas— porque la señora Kimble, que era quien hacía los honores en La Casa Roja en aquellas grandes ocasiones, se presentó enseguida para recibir a la joven en el vestíbulo y subir con ella las escaleras. La señora Kimble era hermana del terrateniente, además de esposa del médico, una doble dignidad, con la que su diámetro estaba en proporción directa, de manera que, como un viaje escaleras arriba le resultaba bastante fatigoso, no se opuso a la petición de la recién llegada de que se le permitiera encontrar por sí sola el camino hasta la Habitación Azul, donde se habían depositado las cajas con la ropa de las dos hermanas, cajas enviadas por la mañana a La Casa Roja.

Apenas había un dormitorio en el que no se intercambiaran cumplidos femeninos y donde no estuvieran en marcha arreglos personales, en distintas etapas, en un espacio muy reducido debido a las camas supletorias extendidas sobre el suelo; y la señorita Nancy, al entrar en la Habitación Azul, tuvo que saludar muy cortésmente a un grupo de seis personas. Por un lado, se encontró con damas de considerable categoría, como eran las dos señoritas Gunn, hijas del comerciante en vinos de Lytherly, las dos vestidas a la ultimísima moda, con las faldas muy ceñidas y las cinturas bien apretadas, y a las que miraba con asombro la señorita Ladbroke (de Los Viejos Pastos) con una timidez que no estaba desprovista de crítica soterrada. A la señorita Ladbroke le parecía, en parte, que las señoritas Gunn considerarían su falda un tanto descuidada y, en parte, que era una pena que no mostraran el buen juicio que pondría de manifiesto ella si estuviera en su lugar siendo un poco menos extremosa en materia de modas. Había que señalar además la presencia de la señora Ladbroke, que llevaba puestos un casquete y un postizo al tiempo que sostenía un turbante, además de saludar y de sonreír sin ganas mientras decía «después de usted» a otra señora en parecidas circunstancias que le había ofrecido cortésmente la precedencia en el uso del espejo.

Pero tan pronto como Nancy saludó a todas las presentes de manera general, se le acercó otra señora de edad avanzada, cuya pañoleta de muselina blanca, y cuya cofia

sobre unos cabellos grises suavemente rizados, ofrecía un atrevido contraste con los abullonados satenes dorados y los gorros de encaje con lazos de sus vecinas. Al llegar junto a Nancy dijo, de manera muy ceremoniosa, con voz suave y lenta:

—Sobrina, espero que te encuentres bien.

Nancy besó con deferencia la mejilla de su tía, y contestó, con la misma ceremoniosa amabilidad:

—Estoy muy bien, gracias, tía, y espero que también usted se encuentre bien.

—Gracias, sobrina; no tengo ningún achaque de momento. Dime, ¿qué tal está mi cuñado?

Las preguntas y respuestas continuaron hasta quedar establecido con todo detalle que los Lammeter disfrutaban de buena salud, como de costumbre, al igual que los Osgood, así como que Priscilla, la otra sobrina, llegaría en cualquier momento y que trasladarse sobre gruperas cuando nevaba era desagradable, aunque un abrigo de viaje fuese una buena protección. Luego se hizo la presentación oficial de Nancy a las acompañantes de su tía, las señoritas Gunn, hijas de una dama conocida de *su* madre (la madre de las hermanas Lammeter), si bien era la primera vez que se las convencía para viajar hasta Raveloe; y aquellas señoritas quedaron tan sorprendidas de encontrar una figura y un rostro tan encantadores en un pueblo remoto que empezaron a sentir cierta curiosidad acerca del vestido que luciría Nancy cuando se desprendiera del voluminoso sobretodo. Nancy, por su parte, cuyos pensamientos estaban siempre en consonancia con la moderación y el decoro tan característicos de su manera de ser, reparó en que las señoritas Gunn eran de rasgos más bien desagradables, y que los trajes de pronunciado escote que llevaban podrían haberse atribuido a la vanidad si hubieran tenido hombros bonitos, pero que, siendo como eran, no parecía razonable suponer que mostrasen el cuello por el deseo de lucirlo, sino más bien por alguna obligación no inconsecuente con el buen sentido y la modestia. Tuvo el convencimiento, mientras sacaba su ropa, de que tal tenía que ser también la opinión de su tía Osgood, porque las ideas de Nancy se parecían a las de su tía en una medida tal que todo el mundo calificaba de sorprendente, al considerar que el parentesco era por el lado del señor Osgood; y, aunque quizá nadie lo habría supuesto por lo ceremonioso de su saludo, existía un profundo afecto y mutua admiración entre tía y sobrina. Pese a que las calabazas que Nancy le había dado a su primo Gilbert Osgood cuando la pidió en matrimonio (sin otro motivo que el hecho de ser su primo) le hubieran dolido mucho a su tía, no habían enfriado lo más mínimo el afecto que le había llevado a legar a Nancy varias de las joyas de la familia, fuera quien fuese la futura esposa de Gilbert.

Tres de las damas se retiraron enseguida, pero a las señoritas Gunn les pareció muy bien que el deseo de la señora Osgood de acompañar a su sobrina les proporcionara una razón para quedarse a ver el traje de aquella belleza rústica. Y fue realmente un placer, desde la apertura inicial de la caja, donde todo olía a espliego y a pétalos de rosa, hasta la colocación del collarcito de coral que entonaba a la

perfección con la blancura de su cuello. Cualquier cosa que perteneciera a Nancy era de una delicada pureza y elegancia: no había ninguna arruga donde no tenía por qué haberla, ninguna parte de su ropa interior profesaba la blancura sin atenerse de manera exhaustiva a aquel requisito; los alfileres de su acerico estaban clavados de acuerdo con una pauta de la que Nancy tenía buen cuidado en no apartarse; y, en cuanto a su persona misma, daba también la idea de perfecta pulcritud semejante a la del cuerpo de un pajarito. Es cierto que sus cabellos, de color castaño claro, estaban cortados por detrás como los de un muchacho, y dispuestos por delante en cierto número de rizos planos, situados bastante lejos de su rostro; pero ninguna clase de peinado podía disminuir la belleza de sus mejillas ni la de su cuello; y cuando finalmente terminó de arreglarse y se presentó con su seda plateada y asargada, el chal de encaje y los pendientes de coral, las señoritas Gunn no vieron nada que criticar a excepción de las manos, que retenían huellas de la fabricación de mantequilla y queso, e incluso de tareas aún más bastas. Pero Nancy no se avergonzaba de sus faenas domésticas, porque mientras se vestía le estaba contando a su tía cómo Priscilla y ella habían preparado las cajas con la ropa para la fiesta el día anterior, porque aquella mañana tocaba encender el horno y, dado que se ausentaban de casa, era conveniente hacer una buena provisión de empanadas de carne para la cocina; y, al concluir aquel juicioso comentario, se volvió hacia las señoritas Gunn para no cometer la grosería de no incluirlas en la conversación. Las señoritas Gunn sonrieron fríamente y pensaron que era una lástima que a aquella gente de pueblo con tanto dinero y que se podían permitir ropa de tan buena calidad (la seda y los encajes de la señorita Nancy eran, efectivamente, muy costosos) se la educara en completa ignorancia y vulgaridad. Su manera de pronunciar algunas palabras era del todo impresentable para unas señoritas que frecuentaban la buena sociedad de Lytherly. Nancy, en efecto, nunca había sido alumna de ningún centro docente, si se exceptúa la escuela primaria de la señora Tedman: su conocimiento de la literatura apenas iba más allá de los versos que había bordado en su dechado, debajo del cordero y de la pastora; por otra parte, cuando necesitaba cuadrar una cuenta, se veía obligada a efectuar sus restas retirando chelines y medias coronas de un total visible de monedas. Apenas hay en nuestros días una criada que no disponga de mejor información que la señorita Nancy, que poseía, sin embargo, los atributos esenciales de una dama —completa veracidad, delicado honor en sus tratos, deferencia hacia los demás y refinados hábitos personales—, y en el caso de que no se consideren suficientes para convencer a quienes poseen mejores conocimientos de gramática de que los sentimientos de Nancy estaban a la altura necesaria, añadiré que era ligeramente orgullosa y muy exigente, y tan constante en su adhesión a una opinión sin fundamento como a un enamorado culpable.

La preocupación por su hermana Priscilla, que fue gradualmente en aumento hasta la conclusión de su arreglo personal, terminó felizmente con la entrada de la joven en cuestión, alegre como unas Pascuas, y con la cara hinchada por el frío y la

humedad. Después de las primeras preguntas y saludos, Priscilla se volvió hacia Nancy, la examinó de pies a cabeza y luego la hizo girar en redondo, para asegurarse de que la vista por detrás era igualmente impecable.

—¿Qué piensas de *estos* trajes, tía? —preguntó Priscilla, mientras Nancy la ayudaba a cambiarse.

—Muy bonitos, sin duda, sobrina —dijo la señora Osgood, con un ligero aumento en el tono ceremonioso. Siempre le parecía que su sobrina Priscilla era un poco basta.

—Estoy obligada a llevar la misma ropa que Nancy, no sé si te das cuenta, aunque tengo cinco años más, y eso hace que parezca amarilla; y es que mi hermana no *quiere* ponerse nada sin que yo lleve exactamente lo mismo, porque desea que se note que somos hermanas. Y yo le digo que la gente pensará que me hago ilusiones y que me imagino que pareceré bonita porque ella lo está con la misma ropa. Pero sucede que soy fea, eso no hay manera de arreglarlo: me parezco a la familia de mi padre. Pero, ¡caramba!, a mí eso no me importa, ¿a ustedes sí? —Priscilla se volvió hacia las señoritas Gunn, demasiado satisfecha con el placer de hablar para advertir que no se apreciaba su sinceridad—. Las chicas bonitas sirven para cazar moscas: nos libran de los hombres. No me interesan nada los hombres, señoritas, no sé lo que opinarán ustedes. En cuanto a preocuparme y a sufrir de la noche a la mañana por lo que ellos piensen de nosotras, y a estar inquieta por lo que hagan cuando no los vemos... Como le digo a Nancy, es una locura de la que ninguna mujer necesita ser culpable si tiene un buen padre y un buen hogar: ese problema hay que dejárselo a quien no tiene fortuna y no puede hacer nada por remediarlo. Como digo siempre, el señor Haz-lo-que-te-apetezca es el mejor marido, y el único al que prometo obedecer. Porque sé que no es agradable, cuando has estado acostumbrada a vivir a lo grande, y a disponer de una buena bodega y todo lo demás, ir y conformarte con mucho menos junto a la chimenea de otro, o tener que sentarte sola y comer un pescuezo sin nada de carne o un hueso de caña; pero, gracias a Dios, mi padre es persona sobria y probablemente vivirá muchos años; y si se tiene un hombre en el rincón de la chimenea, no importa que sea como un niño, no hay necesidad de romper ese buen entendimiento.

El delicado proceso de meterle por la cabeza el estrecho vestido sin lesionar sus suaves rizos, lo que obligó a Priscilla a interrumpir aquel rápido repaso a la condición femenina, dio a la señora Osgood la oportunidad de alzarse y decir:

—Bueno, sobrina, ya nos seguiréis. A las señoritas Gunn les gustaría bajar.

—Hermana —le reprochó Nancy, una vez que estuvieron solas—, has ofendido a esas señoritas, estoy segura.

—Pero ¿qué he hecho yo, niña? —preguntó Priscilla, un tanto asustada.

—Vaya, les has preguntado si les importa ser feas: tienes una lengua demasiado afilada.

—¡Caramba! ¿Es eso lo que he hecho? Bueno, se me ha escapado, pero es una suerte que no haya dicho más, porque soy un desastre para vivir con gente a quien no le gusta la verdad. Y en cuanto a ser fea, mírame, niña, con esta seda de color

plateado; ya te dije lo que pasaría: estoy tan amarilla como un narciso. Cualquiera diría que has querido hacer de mí un espantajo.

—No, Priscy, no digas eso. Te supliqué y te rogué que no utilizáramos esta seda si había otra que te gustase más. Estaba dispuesta a aceptar *tu* elección, sabes que es cierto —dijo Nancy, tratando de justificarse, llena de preocupación.

—¡Tonterías, niña! Estabas decidida a llevar ésta; y con mucha razón, porque tienes el color de la nata. Sí que tendría gracia que te vistieras con lo que le fuese bien al color de *mi* piel. Lo que me parece absurdo es esa idea tuya de que yo tenga que vestirme igual que tú. Pero siempre harás conmigo lo que quieras: siempre lo has hecho, desde que echaste a andar. Si querías recorrer el campo a todo lo largo, era eso lo que hacías; y no se te podía dar un azote, porque siempre parecías tan bien puesta y tan inocente como una margarita de los prados.

—Priscy —dijo Nancy amablemente, mientras abrochaba un collar de coral, exactamente igual al suyo, en torno al cuello de Priscilla, que estaba bien lejos de ser como el suyo—. No me cabe la menor duda de que estoy dispuesta a ceder siempre que sea razonable, pero ¿quién tendría que vestirse de la misma manera si no son las hermanas? ¿Querías que fuésemos por ahí con aire de no estar emparentadas? ¿Nosotras que no tenemos madre ni más hermanas en el mundo? ¿Habría hecho lo correcto vistiéndome con un traje de color queso? Preferiría que eligieras tú, y que me dejaras llevar lo que a ti te gusta.

—¡Ya empiezas otra vez! Siempre volverías a lo mismo aunque hablara contigo desde la noche de un sábado hasta la mañana del sábado siguiente. Será francamente divertido ver cómo dominas a tu marido sin alzar nunca la voz por encima del cantar de la tetera. ¡Me fascina ver dominados a los hombres!

—No hables *así*, Priscy —dijo Nancy, ruborizándose—. Sabes que no tengo intención de casarme.

—¡Vaya, no me hagas reír! —dijo Priscilla, mientras arreglaba la ropa que se había quitado y cerraba la caja con sus pertenencias—. ¿Para quién voy a trabajar cuando falte nuestro padre, si vas tú y se te meten ideas en la cabeza y te empeñas en convertirte en solterona, porque algunas personas no son tan buenas como debieran serlo? Se me está acabando la paciencia contigo, siempre sentada sobre un huevo podrido como si no existiera ninguno fresco en el mundo. De dos hermanas, con una que no se case es suficiente; y yo dejaré bien alto el pabellón, porque Dios Todopoderoso me ha llamado a la soltería. Ven, ya podemos bajar. Estoy todo lo preparada que pueda estar un espantapájaros: no me falta nada para asustar a los cuervos ahora que ya me he puesto los pendientes.

Cuando las dos señoritas Lammeter entraron juntas en el gran salón, cualquiera que no las conociera bien podría sin duda haber supuesto que la razón de que Priscilla, de hombros cuadrados, desgarrada y de rasgos enérgicos, llevara un traje que era el facsímile del de su encantadora hermana era la equivocada vanidad de la una, o la maliciosa estratagema de la otra con el fin de realzar su singular belleza.

Pero la bondad y generosidad de Priscilla, su alegría y sentido común, habrían disipado muy pronto la primera sospecha, y la calma modesta en la manera de hablar y en los modales de Nancy proclamaba la presencia de un espíritu incapaz de cualquier tipo de estratagema.

Para las señoritas Lammeter se habían reservado sitios de honor cerca de la cabecera de la mesa principal en el salón con revestimiento de madera, que ahora se presentaba limpio y agradable, con una decoración de hermosas ramas de acebo, tejo y laurel, procedentes de los abundantes arbustos del añoso jardín; y Nancy sintió un estremecimiento interior que ninguna firmeza de propósito lograba impedir cuando vio que Godfrey Cass avanzaba para llevarla hasta un asiento situado entre el señor Crackenthorp y él, mientras que a Priscilla la llamaban desde el lado opuesto, para que se colocara entre el señor Lammeter y el terrateniente. Para Nancy, sin duda, no dejaba de tener importancia que el pretendiente al que había renunciado fuese el joven de posición más elevada de toda la parroquia y futuro propietario de aquel salón venerable y único, que era lo más elevado en esplendor que había visto nunca, un salón en el que podría haber sido un día la esposa del terrateniente. Aquellas particularidades realzaban a sus ojos su drama interior, y daban mayor solidez al firme convencimiento de que ni la posición social más deslumbrante la empujaría a casarse con un hombre cuya conducta lo mostraba indiferente a su reputación, si bien «amor una vez, amor siempre» era la divisa de una mujer sincera y pura, por lo que ningún hombre tendría jamás derecho alguno sobre ella si eso la obligaba a destruir las flores marchitas que atesoraba, y que siempre atesoraría, en recuerdo de Godfrey Cass. Nancy, por añadidura, era capaz de no faltar a su palabra aun en situaciones muy difíciles. Nada, con la excepción de un favorecedor sonrojo, traicionó los conmovedores pensamientos que le llenaban la cabeza mientras se sentaba junto al señor Crackenthorp, porque era tan instintivamente cuidadosa y diestra en todas sus acciones, y sus bonitos labios se unían con tan tranquila firmeza, que para ella hubiera sido difícil parecer agitada.

No figuraba entre las costumbres del párroco dejar pasar un rubor encantador sin el adecuado cumplido. El señor Crackenthorp no tenía nada de majestuoso ni de aristocrático: era, sencillamente, un hombre de ojos alegres, facciones delicadas y cabellos grises, con la barbilla apoyada en un amplio fular blanco con muchas arrugas que parecía predominar sobre todos los demás rasgos de su persona y de algún modo marcar el carácter peculiar de sus observaciones; de manera que considerar sus comentarios ingeniosos como algo aparte de su fular habría sido un esfuerzo de abstracción grave y quizá peligroso.

—Ah, señorita Nancy —dijo, volviendo la cabeza dentro del fular y sonriéndole agradablemente—, cuando alguien sugiera que este invierno ha sido duro, le contaré que en Nochevieja vi rosas florecidas... ¿Eh, Godfrey? ¿Qué opinas tú?

Godfrey no respondió, y evitó mirar a Nancy con demasiada fijeza, porque si bien piropos como aquél se consideraban de muy buen gusto en la sociedad —chapada a

la antigua— de Raveloe, el amor reverente exige una cortesía que le es propia y que impone sus reglas incluso a hombres que no son, por lo demás, excesivamente educados. Pero al terrateniente más bien le impacientaba que su primogénito se mostrara tan escaso de chispa. A aquella hora del día estaba siempre de mejor humor que cuando lo vimos en la mesa del desayuno, y encontraba muy placentero cumplir el deber hereditario de mostrarse ruidosamente jovial y condescendiente: la gran caja de plata donde guardaba el rapé estaba siempre en servicio activo y se la ofrecía sin falta a todos sus vecinos de cuando en cuando, por muchas veces que ya hubieran rechazado su ofrecimiento. En un primer momento el terrateniente sólo había dado la bienvenida de manera personal a los cabezas de familia cuando aparecían; pero siempre, a medida que avanzaba la velada, su hospitalidad se dilataba, hasta llegar a palmear suavemente la espalda de los huéspedes más jóvenes e incluso a mostrar una peculiar satisfacción por su presencia, plenamente convencido de que tenían que sentir la felicidad que suponía en sus vidas pertenecer a una comunidad donde había una persona tan campechana como el terrateniente Cass, que los invitaba y les deseaba todo lo mejor. Incluso en aquella temprana etapa de su buen humor, era natural que quisiera compensar las deficiencias de su hijo con miradas y frases de su propia cosecha.

—Cierto, cierto —empezó, ofreciendo la caja de rapé al señor Lammeter, quien, por segunda vez, inclinó la cabeza y agitó la mano en decidido rechazo del ofrecimiento—, a nosotros, los viejos, quizá nos gustara ser jóvenes en una noche como ésta, cuando vemos la rama de muérdago en el Salón Blanco. Es verdad que la mayoría de las cosas han empeorado en los últimos treinta años; el país ha ido hacia abajo desde que enfermó el viejo rey. Pero cuando miro a la señorita Nancy que tengo aquí a mi lado, empiezo a pensar que las chicas mantienen su calidad: que me aspen si recuerdo un ejemplar que estuviera a su altura, al menos en la época en la que yo era un joven de buena figura y estaba muy pendiente de mi coleta. Sin ánimo de ofenderla, señora —añadió, inclinándose hacia la esposa del señor Crackenthorp, sentada a su lado—, a *usted* no la conocí cuando era tan joven como la señorita Nancy, aquí presente.

La señora Crackenthorp —una mujercita parpadeante que jugueteaba sin cesar con sus encajes, sus cintas y su cadena de oro, al tiempo que movía mucho la cabeza y hacía tenues ruidos, de manera que lograba un gran parecido con un conejillo de Indias que mueve el hocico y se dedica indiscriminadamente a los soliloquios en cualquier circunstancia— se volvió hacia el terrateniente, agitada y parpadeante, y dijo:

—No, no..., no me ha ofendido en absoluto.

El cumplido, tan marcado, del terrateniente a Nancy, lo interpretaron otros, además de Godfrey, como cargado de significado diplomático, y el padre de la joven, al otro lado de la mesa, irguió un poco más la espalda mientras miraba a su hija con complacida seriedad. Aquel caballero, reposado y metódico, no iba a reducir un ápice

su dignidad mostrándose exultante ante la posibilidad de un enlace entre su familia y la del terrateniente: le agradaba cualquier deferencia que se tuviera con su hija, pero sería necesario ver más de un cambio en el pretendiente antes de dar su consentimiento. Su persona, enjuta pero saludable, y su rostro firme, de facciones bien marcadas, que daba la sensación de no haberse enrojecido nunca por ningún exceso, presentaban un marcado contraste no sólo con los del terrateniente, sino también con los de los agricultores de Raveloe en general, según un dicho favorito suyo en el que se afirmaba que «la raza tiene más fuerza que el pienso».

—La señorita Nancy es tan encantadora como lo era su madre, ¿no es cierto, Kimble? —dijo la robusta dama del mismo apellido, buscando a su marido con la vista.

Pero el doctor Kimble (en los viejos tiempos los boticarios rurales disfrutaban de ese título sin la autoridad de un diploma), hombre delgado y ágil, revoloteaba por el salón, las manos en los bolsillos, congraciándose con sus pacientes del sexo femenino con médica imparcialidad y siendo recibido en todas partes como doctor por derecho hereditario, y no como uno de esos miserables boticarios que tratan de conseguir clientes en barriadas que nadie conoce, y que gastan todos sus ingresos en matar de hambre a su único caballo. El doctor Kimble era un hombre de posibles, en condiciones de mantener una mesa tan bien surtida como la del mejor de sus pacientes. Desde tiempos inmemoriales el médico de Raveloe había sido un Kimble; Kimble era, intrínsecamente, apellido de médico; y se hacía difícil aceptar con ecuanimidad la melancólica certeza de que el Kimble actual no tenía hijos, de manera que su consulta pasaría en el futuro a manos de un sucesor con el inapropiado apellido de Taylor o Johnson. Llegado el caso, las personas más prudentes de Raveloe recurrirían a los servicios del doctor Blick de Flitton como solución menos antinatural.

—¿Hablabas conmigo, querida? —dijo el médico, acudiendo presuroso; pero, como si previera que su esposa iba a estar demasiado sin aliento para repetir su observación, prosiguió de inmediato—: Ah, señorita Priscilla, verla a usted hace que reviva el sabor de aquella excelentísima empanada de cerdo. Espero que la hornada no esté aún a punto de terminarse.

—Sí que lo está, efectivamente, doctor —dijo Priscilla—. Pero le aseguro que la próxima será igual de buena. Mis empanadas de cerdo no salen bien por casualidad.

—No sucede lo mismo con tus tratamientos, ¿eh, Kimble? Porque la gente se olvida de tomar tus medicinas, ¿no es eso? —dijo el terrateniente, que miraba la medicina y a los médicos como muchos feligreses leales miran a la Iglesia y al clero, y saborean un chiste contra ellos cuando están sanos pero desean su ayuda con impaciencia cuando algo no va bien. El padre de Godfrey dio unos golpecitos sobre su caja de rapé y miró a su alrededor al tiempo que reía triunfante.

—Ah, mi amiga Priscilla es de ingenio rápido, no cabe duda —dijo el doctor, prefiriendo atribuir el epigrama a una mujer, en lugar de permitir a su cuñado una

ventaja sobre él—. Ahorra siempre un poco de pimienta para espolvorear la conversación: ésa es la razón de que nunca ponga demasiada en sus empanadas. Ahí está mi mujer, en cambio, que nunca tiene una respuesta lista en la punta de la lengua; pero si la ofendo, tendrá buen cuidado de destrozarme la garganta con pimienta negra al día siguiente, o tal vez de provocarme un cólico con verduras mal cocidas. Una horrible manera de tomar represalias. —A continuación el alegre doctor hizo una mueca patética.

—¿Han oído nunca nada parecido? —dijo la señora Kimble, riendo por encima de su doble barbilla con evidente buen humor, y volviéndose hacia la señora Crackenthorp, que parpadeó y asintió, y trató amablemente de sonreír, aunque su buena intención se perdiera entre ligeros estremecimientos y ruidos.

—Imagino que es el tipo de represalia que se adopta en su profesión, Kimble, cuando se está resentido con algún paciente —dijo el párroco.

—Nunca sentimos rencor hacia nuestros pacientes —dijo el señor Kimble—, excepto cuando nos abandonan, y entonces, compréndalo, ya no tenemos la posibilidad de recetarles. Ah, mi querida Nancy —continuó, apareciendo de repente junto a la señorita Lammeter—, ¿no olvidará su promesa? Tiene que reservarme un baile, ¿se acuerda?

—Vamos, vamos, Kimble, no te extralimites —dijo el terrateniente—. Dales una oportunidad a los jóvenes. Ahí está mi hijo Godfrey, que no te mirará con muy buenos ojos si te escapas con la señorita Nancy. La tiene apalabrada para el primer baile, no me cabe la menor duda. ¡Eh, muchacho! ¿Qué dices a eso? —continuó, echándose hacia atrás y mirando a Godfrey—. ¿No le has pedido a la señorita Nancy que abra el baile contigo?

Godfrey, en extremo incómodo por aquella insistencia tan señalada, y aterrorizado al pensar en cómo podría acabar todo aquello cuando su padre hubiera dado su habitual ejemplo de beber antes y después de la cena, no vio ante sí otra posibilidad que volverse hacia Nancy y decir, con la mayor naturalidad posible:

—No; no se lo he pedido todavía, pero confío en que acepte, si alguien más no se me ha adelantado.

—No; no estoy comprometida —dijo Nancy, tranquila, pero ruborizándose. (Si Godfrey se hacía ilusiones porque aceptara bailar con él, pronto saldría de su error; pero no había ninguna necesidad de mostrarse descortés.)

—En ese caso espero que no tengas inconveniente en bailar conmigo —dijo Godfrey, empezando a superar la sensación de que había algo violento en aquel acuerdo.

—No, ningún inconveniente —respondió Nancy con frialdad.

—Ah, bien, eres un tipo con suerte, Godfrey —dijo su tío Kimble—, pero también mi ahijado, de manera que no me interpondré en tu camino. Porque no soy tan viejo después de todo, ¿verdad que no, cariño? —prosiguió, corriendo de nuevo junto a su esposa—. ¿No te importaría que tuviera una segunda mujer después de que

te marcharas..., no si antes te hubiera llorado generosamente?

—Vamos, vamos, tómate una taza de té y descansa la lengua, anda —dijo la comprensiva señora Kimble, sintiendo cierto orgullo por un marido al que todo el mundo tenía que considerar sin duda inteligente y divertido. ¡Ojalá se enfadara un poco menos cuando jugaba a las cartas!

Mientras los personajes más ponderados, muchas veces puestos a prueba, animaban el té de aquel modo, el sonido de un violín que se iba acercando hasta una distancia en la que ya se le oía con claridad hizo que los jóvenes se mirasen con compartida impaciencia, deseosos de dar por terminado el té.

—Vaya, ahí está Solomon en el vestíbulo —dijo el terrateniente—, y, si no me equivoco, toca *El labrador de cabellos de oro*, mi melodía preferida, con lo que nos insinúa que no nos estamos dando toda la prisa necesaria para oírle tocar. Bob —alzó la voz para llamar al zanquilargo de su tercer hijo, que estaba en el otro extremo del salón—, abre la puerta y dile a Solomon que entre. Nos obsequiará aquí con una pieza.

Bob obedeció, y entró Solomon, tocando el violín mientras caminaba, porque ninguna razón podía obligarle a interrumpir una canción dejándola a medias.

—Vamos, Solomon —dijo el terrateniente, con sonora condescendencia—. Ven hacia aquí, amigo mío. Ah, ya sabía yo que era *El labrador de cabellos de oro*, no hay canción que la supere.

Solomon Macey, un viejecillo saludable, con una abundante melena blanca que casi le llegaban a los hombros, avanzó hasta el punto indicado, inclinándose reverentemente la cabeza mientras tocaba, tanto para indicar que respetaba a sus oyentes como para dejar sentado que respetaba aún más la tónica. Nada más concluir la melodía y bajar el violín, volvió a hacer una reverencia al terrateniente y al párroco y dijo:

—Confío en ver en inmejorable salud a vuestra excelencia y al señor párroco, y les deseo a ambos larga vida y un feliz Año Nuevo. Y lo mismo le deseo a usted, señor Lammeter, y a los otros caballeros y a las señoras, junto con las encantadoras jóvenes.

Al tiempo que pronunciaba las últimas palabras, inclinó la cabeza con gran solicitud en todas direcciones, temeroso de quedarse corto a la hora de manifestar el debido respeto. Pero acto seguido empezó con unas notas a manera de preludio y continuó con una canción que, como muy bien sabía, el señor Lammeter tomaría como un cumplido que se le dedicaba de manera especial.

—Gracias, Solomon, gracias —dijo el señor Lammeter cuando el violín volvió a hacer una pausa—. Eso era *Más allá de las colinas y todavía más lejos*. Mi padre me decía, siempre que oíamos esa melodía: «Ah, muchacho, yo vengo de más allá de las colinas y de todavía más lejos». Hay muchas canciones que no tienen para mí ni pies ni cabeza, pero ésta me habla como el canto del mirlo. Imagino que es el nombre: hay un mundo en el título de una canción.

Pero Solomon ya estaba impaciente por empezar de nuevo, y a continuación se lanzó con mucho brío a tocar *Sir Roger de Coverley*, lo que provocó un ruido de sillas que se apartaban y de voces que reían.

—Sí, sí, Solomon, sabemos lo que eso significa —dijo el terrateniente, alzándose—. Ya es hora de empezar el baile, ¿verdad que sí? Abre la marcha y todos te seguiremos.

De manera que Solomon, la cabeza canosa inclinada hacia un lado, y tocando vigorosamente, se colocó al frente del alegre desfile hasta el Salón Blanco, donde se había colgado la rama de muérdago y donde una multitud de velas producía un efecto más bien brillante, entre las ramas de acebo cargadas de bayas, al tiempo que se reflejaban en los antiguos espejos ovales colgados de los paneles de madera pintada de blanco que revestían las paredes. ¡Un curioso desfile! El viejo Solomon, con su ropa desastrada y largos rizos canosos, parecía estar seduciendo a aquella decorosa asamblea gracias a los mágicos gemidos de su violín: parecía estar tentando a discretas matronas con sombreros en forma de turbantes, más aún, a la misma señora Crackenthorp, la cima de cuya pluma perpendicular quedaba a la altura del hombro del terrateniente; parecía estar atrayendo a hermosas jovencitas, muy satisfechas de sus talles esbeltos y de sus faldas desprovistas de pliegues disimuladores; a padres corpulentos con chalecos multicolores, y a sus hijos rubicundos, en su mayor parte tímidos y avergonzados, con pantalones un poco cortos y chaqués de faldones muy largos.

El señor Macey, y unos cuantos vecinos privilegiados a los que se permitía asistir como espectadores a aquellos grandes acontecimientos, estaban sentados en bancos que se habían colocado para ellos cerca de la puerta; y fue grande la admiración y satisfacción en aquel sector cuando se formaron las parejas para la danza, y el terrateniente inició el baile con la señora Crackenthorp, uniendo manos con el párroco y la señora Osgood. Aquello era como tenía que ser, aquello era a lo que todo el mundo estaba acostumbrado, y parecía que con la ceremonia anual se infundía nuevo vigor a las normas que regulaban la vida social de Raveloe. No se consideraba una ligereza indecorosa que los ancianos y las personas de mediana edad bailaran un poco antes de sentarse a jugar a las cartas, sino más bien parte de sus deberes sociales. Porque, ¿cuáles eran aquellas obligaciones, excepto estar alegres en los momentos oportunos, intercambiar visitas y aves de corral con la debida frecuencia, hacerse mutuos cumplidos de rancio abolengo en sólidas frases tradicionales, repetir chistes y alusiones personales de probada calidad, exhortar a los invitados a comer y beber en exceso, en el nombre sacrosanto de la hospitalidad; y a comer y a beber uno mismo en exceso en la casa del vecino para demostrar que se disfrutaba con tanta animación? Y, como es lógico, el párroco daba ejemplo en aquellos deberes sociales. Porque no hubiera sido posible para el espíritu de Raveloe, sin una revelación peculiar, saber que un clérigo debía ser un pálido memento de solemnidades, en lugar de un hombre razonablemente imperfecto cuya autoridad exclusiva para leer

oraciones y predicar, bautizar, casar y enterrar coexistía necesariamente con el derecho a vender la tierra donde enterraría a sus feligreses y a aceptar los diezmos en especie; aunque en este último punto, por supuesto, hubiera quien refunfuñase un poco, pero no hasta el punto de que fuese posible hablar de irreligiosidad: no tenía un significado más profundo que el rezongar contra la lluvia, algo que no iba acompañado en absoluto por un espíritu de rebelión impía, sino tan sólo por el deseo de que se procediera a leer de inmediato una oración para pedir que mejorase el tiempo.

No había razón, en consecuencia, para que la participación del párroco en el baile no se viera con buenos ojos, como tampoco la del terrateniente, ni para que, por otra parte, el respeto que Macey debía al señor Crackenthorp, dada su posición, le obligara a abstenerse de someter la actuación del párroco a la crítica con la que cabezas dotadas de extraordinaria agudeza deben necesariamente contemplar las actuaciones de otros seres humanos tan falibles como ellos.

—El terrateniente está bastante ágil, teniendo en cuenta su peso —dijo el señor Macey—, y lleva el ritmo francamente bien. Pero el señor Lammeter los supera a todos en lo tocante a la figura: fíjense en que mantiene erguida la cabeza como un soldado y reparen en que no está tan almohadillado como la mayoría de las personas mayores, que tienden en general a engordar, y que, además, sigue sabiendo mover las piernas. El párroco es bastante hábil, pero no anda bien de remos: un poco demasiado gruesos abajo, y a las rodillas les pasa algo parecido, pero podría hacerlo peor, podría hacerlo peor. Aunque le falta esa manera tan señorial de mover las manos que tiene el terrateniente.

—Hablando de habilidad, miren a la señora Osgood —dijo Ben Winthrop, que se había colocado a su hijo Aaron entre las rodillas—. Se mueve airosa con sus pasitos, de manera que no se llega a saber cómo camina; es como si tuviera ruedecitas en los pies. No parece un día mayor que hace un año: es la mujer mejor hecha que existe, y la siguiente que se ponga donde quiera.

—Yo no presto atención a cómo están hechas las mujeres —dijo el señor Macey con cierto desdén—. No llevan ni chaquetas ni pantalones, y no se puede saber mucho de sus figuras.

—Padre —dijo Aaron, cuyos pies estaban muy ocupados, marcando el ritmo a destiempo—, ¿cómo se sostiene esa gran pluma de gallo en la cabeza de la señora Crackenthorp? ¿Es que tiene un agujerito para ponerla como pasa con mi rehilete?

—Calla, chico, calla; ésa es la manera que tienen las señoras de vestirse, nada más que eso —dijo el padre, añadiendo, sin embargo, en voz baja, unas frases para el señor Macey—: Hace que parezca pintoresca de todos modos; casi como una botella de cuello corto con una larga pluma dentro. ¡Eh, pardiez! ¡Ahí está el joven terrateniente, dirigiendo la danza, con la señorita Nancy por pareja! ¡Ésa es una joven como hay pocas! Como un pensamiento rosa y blanco... a nadie se le ocurre que pueda haber otra tan guapa. No me sorprendería que se convirtiera algún día en la

señora Cass, después de todo; y ninguna con más derecho, porque hacen una pareja estupenda. No tendrá usted nada contra la figura del señorito Godfrey, seguro que no, Macey, me apostaría un penique.

El señor Macey torció la boca, inclinó la cabeza más hacia un lado y giró los pulgares con un movimiento rápido, mientras seguía con los ojos las evoluciones de Godfrey en el baile. Finalmente resumió su opinión.

—Muy bien por abajo, pero un poco demasiado redondeado en los omóplatos. Y en cuanto a las chaquetas que le hace el sastre de Flinton, están mal cortadas y además le cuestan el doble.

—Ah, señor Macey, usted y yo no somos iguales —dijo Ben, un tanto indignado ante las continuas críticas de su interlocutor—. Cuando tengo una jarra de buena cerveza, me gusta saborearla y notar que me hace bien por dentro, en lugar de olerla y mirarla fijamente para ver si encuentro algún defecto en su fabricación. Me gustaría que me encontrase usted un joven mejor plantado que el señorito Godfrey... uno que derribe a cualquier contrincante con mayor facilidad, o que resulte tan simpático cuando está alegre y lleno de brío.

—¡Bah! —dijo el señor Macey, dispuesto a mostrarse aún más severo, dado que se le contradecía—. Todavía no ha conseguido el color que le conviene: es más bien como una empanada a medio cocer. Y me temo que hay algo que no le funciona en la cabeza, porque de lo contrario no se dejaría manejar por esa basura de Dunsey, a quien nadie ha visto en estos últimos tiempos, ni le hubiera permitido acabar con su excelente caballo de caza, una historia que, como sabes, ha sido la comidilla de todo el condado. Y además acuérdate de cuando andaba siempre detrás de la señorita Nancy, y luego todo se fue a paseo, como el olor de las gachas calientes, por así decirlo. Yo no hacía las cosas así cuando cortejaba.

—Sí, pero quizás la señorita Nancy se resistió un poco, y su chica de usted no —dijo Ben.

—Yo diría más bien que no —replicó el señor Macey, dejando muy claro el significado de su respuesta—. Antes de decirle yo «tate», me encargué de saber que me iba a contestar «tate, tate», y bien deprisa, además. No tenía intención de abrir la boca, como un perro cuando ve una mosca, y volver a cerrarla sin nada que tragarme.

—Bueno, pues a mí me parece que la señorita Nancy se está dejando convencer de nuevo —dijo Ben—, porque el señorito Godfrey no parece tan desanimado esta noche. Y me da en la nariz que la va a acompañar cuando vuelvan a sentarse, ahora que ya están terminando de bailar: a mí se me antojan conversaciones de enamorados, de verdad que sí.

La razón por la que Godfrey y Nancy habían dejado de bailar no era tan romántica como Ben imaginaba. Dada la proximidad entre las parejas durante el baile, se había producido un ligero accidente en el vestido de Nancy, el cual, aunque lo bastante corto por delante para mostrar sus delicados tobillos, era lo bastante largo por detrás para tener la desgracia de encontrarse en una ocasión bajo el majestuoso

peso del pie del terrateniente, lo que le había soltado algunos puntos de la cintura y había causado mucha agitación fraternal en el corazón de Priscilla, así como sería preocupación en el de Nancy. Los pensamientos de una persona pueden estar muy ocupados por conflictos amorosos, pero nunca tanto como para mostrarse insensibles a un desorden en el esquema general de las cosas. Tan pronto como concluyó su parte en la figura de baile que estaban interpretando, Nancy le explicó a Godfrey, ruborizándose mucho, que tenía que ir a sentarse hasta que Priscilla pudiera acudir a ayudarla; porque las hermanas habían intercambiado ya unos breves susurros y una mirada —abriendo mucho los ojos— llena de significado. Ninguna razón menos urgente podría haber obligado a Nancy a dar a Godfrey una oportunidad de sentarse a solas con ella. En cuanto a Godfrey, se estaba sintiendo tan feliz y despreocupado bajo el prolongado encanto del baile con Nancy, que llegó a envalentonarse ante la confusión de su pareja, y fue capaz de llevársela de inmediato, sin pedir permiso, al saloncito vecino, donde estaban preparadas las mesas para jugar a las cartas.

—No, no; muchas gracias —dijo Nancy, con frialdad, tan pronto como se dio cuenta de adónde se dirigía Godfrey—; ahí no. Esperaré hasta que venga Priscilla. Siento sacarle del baile y causarle molestias.

—¡Vaya! Estarás más cómoda aquí sola —dijo el astuto Godfrey—. Te dejaré aquí hasta que aparezca tu hermana. —Hablaba con tono indiferente.

La propuesta era agradable, y exactamente lo que Nancy deseaba; ¿por qué, entonces, le dolió un poco que Godfrey la hiciera? Entraron en el saloncito y Nancy se sentó en una de las sillas situadas en torno a las mesas de juego, eligiéndola como la posición más rígida e inabordable posible.

—Muchas gracias —dijo al instante—. No es necesario que le cause más molestias. Siento que haya tenido una pareja con tan mala suerte.

—Cómo me dices una cosa así —replicó Godfrey, de pie a su lado, sin dar señal alguna de disponerse a partir—. ¿De verdad sientes haber bailado conmigo?

—No, señor, no; no era mi intención decir nada desagradable —respondió Nancy, con un aire maravillosamente correcto y adorable—. Cuando los caballeros disfrutan de tantos placeres, un baile no puede tener mucha importancia.

—Sabes que eso no es cierto. Sabes que un baile contigo me importa más que todos los placeres del mundo.

Hacía mucho, muchísimo tiempo, que Godfrey no le había dicho a Nancy nada tan directo, y su sorpresa fue mayúscula. Pero su dignidad instintiva y la repugnancia a manifestar sus emociones hicieron que siguiera sentada, perfectamente inmóvil, y que tan sólo pusiera un poco más de decisión en la voz cuando dijo:

—No; desde luego que no; eso es algo que no sabía, porque tengo muy buenas razones para pensar de otra manera. Pero aunque fuese verdad, tampoco querría oírlo.

—Nunca me perdonarás, entonces, Nancy..., nunca pensarás bien de mí, suceda lo que suceda... ¿nunca aceptarás que el presente enmiende el pasado? ¿Aunque me convirtiera en una buena persona y renunciara a todo lo que no te gusta?

Godfrey era consciente, nada más que a medias, de que aquella repentina oportunidad de hablar con Nancy a solas le había puesto fuera de sí, pero un sentimiento ciego se había apoderado de su lengua. La agitación de Nancy era en verdad extraordinaria debido a las posibilidades que sugerían las palabras de Godfrey, pero la presión misma de una emoción que la ponía en peligro de no saber resistirla despertó en ella toda su capacidad de autodomínio.

—Mucho me agradecería ver un cambio hacia mejor en cualquiera —respondió, sin apenas ninguna diferencia discernible en el tono de voz—, pero aún sería mejor que no se necesitara ningún cambio.

—Eres muy dura de corazón, Nancy —dijo Godfrey, irritado—. Me podrías alentar para que fuese mejor persona. Soy muy desgraciado..., pero tú no tienes sentimientos.

—Creo que quienes no tienen sentimientos son los que empiezan por portarse mal —dijo Nancy, lanzando un destello de indignación a pesar de sí misma. A Godfrey le encantó aquel pequeño desahogo, y le habría gustado seguir adelante y conseguir que Nancy se peleara con él, en lugar de mostrarse siempre tan odiosamente tranquila y firme. Pero entendió que *todavía* no lo miraba con indiferencia.

La aparición de Priscilla, que se presentó llena de energía y dijo: «Tesoro mío, vamos a ver ese traje tuyo», cortó las esperanzas de Godfrey de llegar a tener un enfrentamiento.

—Imagino que será mejor que me vaya —le dijo a Priscilla.

—A mí me da lo mismo que se vaya o que se quede —dijo su interlocutora, toda franqueza, mientras buscaba algo en su bolsillo con gesto preocupado.

—¿Quieres que me vaya? —dijo Godfrey mirando a Nancy, que se había puesto en pie tal como Priscilla le había pedido.

—Como prefiera —respondió Nancy, tratando de recuperar su frialdad anterior y concentrando toda su atención en los bajos de su vestido.

—En ese caso me gustaría quedarme —dijo Godfrey, con la temeraria resolución de disfrutar aquella noche todo lo que pudiera y de no volver a pensar en nada hasta el día siguiente.

Capítulo XII

Mientras Godfrey Cass bebía el olvido a grandes tragos gracias a la dulce presencia de Nancy, y perdía a sabiendas toda conciencia del vínculo oculto que en otros momentos le amargaba y le preocupaba hasta el punto de mezclar su irritación con el brillo mismo del sol, su esposa caminaba con lentos pasos inciertos por los caminos nevados de Raveloe, llevando en brazos a su hijita.

Aquel viaje en el último día del año era un acto premeditado de venganza que Molly venía acariciando desde el momento en que Godfrey, en un arrebatado de pasión, le había dicho que antes moriría que reconocerla como esposa suya. Sabía que en Nochevieja iba a celebrarse una gran fiesta en La Casa Roja: su marido sonreiría, y sus sonrisas encontrarían respuesta, mientras escondía la existencia de su esposa en el rincón más oscuro de su corazón. Pero se proponía estropearle aquel placer: se presentaría con sus sucios andrajos, con su rostro demacrado, en otro tiempo tan atractivo como el que más, con la niña que tenía el pelo y los ojos de su padre, y se revelaría ante el terrateniente como esposa de su primogénito. Pocas veces los desgraciados dejan de ver sus desdichas como un agravio que les hacen quienes son menos desgraciados. Molly sabía que la causa de sus sucios andrajos no era el abandono de su marido, sino el demonio del opio, que la tenía esclavizada en cuerpo y alma, sin otra excepción que la persistente ternura materna que le hacía resistirse a entregarle a su hijita mal alimentada. Molly lo sabía bien y, sin embargo, en los momentos de dolorosa lucidez, la conciencia de su pobreza y degradación se transformaba inevitablemente en resentimiento contra Godfrey. Su marido vivía en la abundancia; y si a ella no se la privara de sus derechos, también viviría en la abundancia. El convencimiento de que Godfrey se arrepentía de haberse casado con ella, y de que sufría en consecuencia, sólo aumentaba su deseo de venganza. Ni siquiera en la atmósfera más pura ni contando con las mejores enseñanzas del cielo y de la tierra resulta fácil pensar de manera imparcial y reprocharse los propios errores; ¿cómo podrían aquellos delicados mensajeros de alas blancas abrirse camino hasta la conciencia envenenada de Molly, en la que sólo habitaban recuerdos sin mayor elevación que los que constituyen el ideal de una camarera, un ideal con cintas de seda y bromas de clientes adinerados?

Se había puesto en marcha a una hora temprana, pero se entretuvo en el camino, porque su indolencia la llevó a creer que si esperaba bajo un tibio cobertizo dejaría de nevar. Había aguardado más de lo que creía, y ahora que se encontraba, cuando ya era tarde, con la aspereza, oculta por la nieve, de las largas sendas, ni siquiera el impulso de un propósito de venganza impedía que su ánimo desfalleciera. Eran ya las siete y, para entonces, Raveloe no quedaba muy lejos, pero Molly no estaba lo bastante familiarizada con aquellas monótonas sendas como para saber lo cerca que se encontraba del término de su viaje. Necesitaba algún consuelo, y no conocía más que uno: el demonio familiar que escondía en su pecho; pero antes de alzárselo hasta los

labios, aún vaciló un momento, después de tener ya en la mano el frasquito con los restos del líquido oscuro. En aquel momento el amor materno le suplicó que se mantuviera consciente, aún con dolor, en lugar de caer en la inconsciencia; le suplicó que siguiera, aun cansada y dolorida, sin permitir que los brazos que sostenían a la niña se embotaran hasta el punto de no sentir ya su peso. Al cabo de un momento Molly se había desprendido de algo, pero no del líquido oscuro, sino del frasco vacío. Y siguió andando bajo una nube que se abría y que de cuando en cuando permitía ver la luz de una estrella que muy pronto volvía a quedar cubierta, dado que un viento helado había hecho su aparición desde que dejara de nevar. Pero Molly caminaba cada vez más adormecida y apretaba contra su pecho de manera cada vez más maquinal a la niña dormida.

Despacio, el demonio iba haciendo su voluntad, ayudado por el frío y el cansancio. Muy pronto Molly no sintió nada, excepto un deseo supremo que hizo desaparecer cualquier otra posibilidad: el deseo de tumbarse y de dormir. Había llegado a un punto donde sus pasos ya no disponían de un seto con el que guiarse, por lo que empezó a deambular sin rumbo, incapaz de distinguir nada, pese al extenso manto blanco a su alrededor y a la luz de un número creciente de estrellas. Se dejó caer junto a un descuidado matorral de aulaga, una almohada suficientemente propicia; la cama de nieve, por su parte, también era blanda. No sintió la frialdad del lecho, y no prestó atención a que la niña pudiera despertarse y llamarla. Pero sus brazos no habían dejado de mantener el abrazo instintivo; y la pequeña siguió durmiendo tan dulcemente como si se estuviera meciendo en una cuna con adornos de encaje.

A la larga, sin embargo, se produjo el sopor absoluto: los dedos perdieron su tensión, los brazos se abrieron; después, la cabecita se separó del pecho de la madre y los ojos azules se abrieron asombrados bajo la fría luz de las estrellas. Al principio resonó un grito malhumorado de «mami», y un esfuerzo por recuperar el brazo y el pecho protectores; pero mamá estaba sorda, y la almohada del brazo parecía deslizarse hacia atrás. De repente, cuando la niña caía sobre las rodillas maternas, mojadas ya por la nieve, sus ojos captaron una luz brillante en el suelo blanco, y, en una de las bruscas transiciones de la infancia, quedó inmediatamente absorta en la contemplación de la brillante cosa viva que corría hacia ella, aunque sin llegar nunca. Había que capturar aquella cosa brillante que estaba viva; y, en un instante, la niña se había colocado a cuatro patas y extendía una manita para apoderarse del resplandor. Pero el resplandor no se dejaba capturar de aquella manera, y acto seguido la pequeña alzó la cabeza para ver de dónde procedía un brillo tan astuto. Brotaba de un sitio muy bien iluminado; y la niña, alzándose sobre sus piernecitas, caminó con pasos inseguros por la nieve; arrastraba tras ella el viejo y mugriento chal en el que estaba envuelta, y el extraño gorrito le colgaba de la espalda; caminó hasta la puerta abierta de la casa de Silas Marner, entró y se instaló directamente ante el cálido hogar, donde ardía un hermoso fuego de troncos y astillas que había calentado a conciencia la vieja

prenda (el sobretodo de Silas) extendida sobre los ladrillos para que se secase. La pequeña, acostumbrada a que se la dejara sola durante largas horas sin intervención de su madre, se acuclilló sobre la prenda y extendió las manitas hacia el fuego, totalmente satisfecha, gorjeando y emitiendo muchos ruidos inarticulados destinados a comunicarse con el alegre fuego, como un patito recién salido del cascarón que empieza a encontrarse cómodo. Pero muy pronto el calor tuvo un efecto adormecedor, y la cabecita dorada se hundió en el viejo sobretodo, y los ojos azules quedaron velados por sus delicados párpados semitransparentes.

Pero ¿qué se había hecho de Silas Marner mientras aquella extraña visitante se aposentaba ante el fuego de su chimenea? Estaba en la casa, pero no vio a la niña. Durante las últimas semanas, desde que perdiera su dinero, había adquirido la costumbre de abrir la puerta y mirar fuera de cuando en cuando, como si pensara que su oro podía estar de algún modo volviendo a él, o que algún rastro, alguna noticia sobre su paradero, podía estar misteriosamente en el camino, y ser captado por un oído atento o un ojo avizor. Era sobre todo de noche, al dejar de trabajar en su telar, cuando Silas caía en la repetición de un acto al que no podría haber asignado ningún propósito definido, y que difícilmente entenderán quienes no hayan sufrido la separación desconcertante de un objeto supremamente amado. En la penumbra del atardecer y más tarde, siempre que la noche no fuese oscura, Silas contemplaba la estrecha perspectiva en torno a La Cantera, escuchando y mirando, no con esperanza, sino con nostalgia y simple desasosiego.

Aquella mañana algunos de sus vecinos le habían dicho que era Nochevieja, y que tenía que mantenerse en vela para despedir el año viejo y recibir al nuevo, porque eso daba buena suerte, y quizá le devolviera su dinero. Se trataba sólo de una broma amistosa, al estilo de Raveloe, en consonancia con las excentricidades de un avaro medio loco, pero quizás había contribuido a poner a Silas en un estado emocional más intenso del ordinario. Al caer la tarde había empezado a abrir la puerta una y otra vez, aunque sólo para volver a cerrarla enseguida al comprobar que todo quedaba velado por la nieve que caía. Pero la última vez que repitió la operación había dejado de nevar y las nubes se abrían aquí y allá. Se quedó en pie y escuchó, y estuvo mirando durante mucho tiempo: era verdad que algo venía entonces hacia él por el camino, pero no lo advirtió en absoluto; y el silencio y la inmensidad de la nieve sin huellas pareció agudizar su soledad, y tocó su nostalgia con el frío de la desesperación. Retrocedió de nuevo y alzó la mano derecha sobre el pasador de la puerta para cerrarla, pero no la cerró: le detuvo, como ya le había sucedido otras veces desde su pérdida, la varita mágica de la catalepsia, y se quedó, como una imagen labrada en piedra, con ojos muy abiertos pero privados de visión, manteniendo la puerta abierta, impotente para resistir el bien o el mal que pudiera entrar en aquel momento.

Cuando Marner se repuso, prosiguió la acción iniciada y cerró la puerta, inconsciente del hiato en sus percepciones, aunque sí advirtió que la luz había

disminuido considerablemente, y que tenía frío y se sentía débil. Pensó que había pasado demasiado tiempo en la puerta mirando fuera. Al regresar junto a la chimenea, con intención de sentarse en su silla al lado del fuego, advirtió que los dos troncos que se quemaban se habían separado y despedían tan sólo un resplandor incierto, de manera que optó por inclinarse para juntarlos; fue entonces cuando, dado lo borroso de su visión, le pareció que había oro en el suelo delante de la chimenea. ¡Oro! ¡Su oro, devuelto de manera tan misteriosa como le había sido arrebatado! Sintió que el corazón le latía con violencia, y durante unos momentos fue incapaz de extender el brazo y apoderarse del tesoro que regresaba a sus manos. El montón de oro parecía resplandecer y hacerse más grande bajo su mirada y también debido a la agitación de su alma. Por fin se inclinó hacia adelante y extendió la mano, si bien, al hacerlo, en lugar de las monedas con el familiar contorno metálico, sus dedos encontraron suaves rizos dorados. Lleno de asombro, cayó de rodillas e inclinó mucho la cabeza para examinar aquella maravilla: lo que tenía delante era una niña dormida, una criatura rolliza, bonita, la cabeza cubierta de suaves rizos dorados. ¿Podía tratarse de su hermanita, que volvía a él gracias a un sueño, de la hermana que había llevado en brazos durante un año antes de que muriera, cuando él, Silas, no era más que un niño sin zapatos ni medias? Tal fue la primera idea que atravesó como un relámpago su perplejidad. ¿Se trataba de un sueño? Se puso en pie una vez más, juntó los troncos de la chimenea y, añadiendo algunas hojas secas y ramitas, provocó una llama; pero la llama no disipó la visión, sólo iluminó con mayor claridad la silueta de la niña y su ropa desastrada. Se parecía mucho a su hermanita. Silas se hundió en su silla, paralizado por la doble presencia de una sorpresa inexplicable y de un imparable flujo de recuerdos. ¿Cómo y cuándo había entrado la niña sin que él lo advirtiera? Silas no había llegado nunca a cruzar el umbral. Pero junto a aquella pregunta, y casi borrándola, había una visión de la antigua casa y de las antiguas calles de Lantern Yard; y dentro de aquella visión, otra, de sus pensamientos durante escenas tan remotas. Los pensamientos le resultaban ahora extraños, como viejas amistades imposibles de revivir; y sin embargo tenía el maravilloso sentimiento de que aquella niña era de algún modo un mensaje que le llegaba de su vida remota y que le tocó fibras que habían permanecido mudas en Raveloe, antiguos estremecimientos de ternura, antiguas impresiones de temor respetuoso ante el presentimiento de algún Poder que dominaba su vida; porque su imaginación no se había librado por completo de una sensación de misterio para explicar la repentina aparición de la niña, y no había formado conjeturas sobre medios naturales ordinarios por los que aquel acontecimiento hubiera podido producirse.

Pero pronto le llegó un llanto desde la chimenea: la niña se había despertado, y Marner se agachó para alzarla sobre sus rodillas. La criatura se abrazó a su cuello, y estalló, cada vez con más fuerza, en una mezcla de sollozos inarticulados y de la palabra «mami», repetida muchas veces, manera habitual con que los niños pequeños manifiestan el desconcierto que sienten al despertarse. Silas apretó a la niñita contra

su pecho y casi inconscientemente produjo sonidos de ternura para consolarla, al tiempo que se le ocurría que parte de sus gachas, que se habían quedado frías junto al fuego moribundo, simplemente con calentarlas un poco, servirían para dar de comer a la niña.

Silas Marner tuvo mucho que hacer durante la hora que siguió. Las gachas, endulzadas con un poco de azúcar morena, de una antigua provisión que se había abstenido hasta entonces de utilizar, calmaron el llanto de la pequeña, e hicieron que alzara hasta Silas sus ojos azules bien abiertos con una mirada tranquila mientras él le acercaba la cuchara a la boca. Muy pronto se deslizó hasta el suelo y empezó a corretear, pero tambaleándose tanto que Silas tuvo que ponerse en pie de un salto y seguirla no fuera a tropezar con algo que la hiriese. La niña, sin embargo, se limitó a caer sentada sobre el suelo y empezó a tirarse de las botas, mirando a Silas con cara de ir a llorar, como si las botas le hicieran daño. El tejedor se la puso de nuevo sobre las rodillas, pero pasó algún tiempo antes de que a su torpe cabeza de soltero se le ocurriera que las botas mojadas eran el motivo de queja, porque le apretaban los tobillos, ya tibios. Se las quitó con dificultad, y la pequeña pasó de inmediato a preocuparse por el misterio insondable de los dedos de sus pies, invitando a Silas, entre muchas risas, a considerar también aquel misterio. Pero las botas mojadas sugirieron por fin a Silas que la niña había estado andando por la nieve, y aquello lo despertó de su completo olvido de los posibles medios ordinarios que le habían permitido entrar y de la posibilidad de que alguien la hubiera traído hasta su casa. Bajo el impulso de aquella nueva idea, y sin esperar a formular conjeturas, Marner tomó a la niña en brazos y fue hasta la puerta. Tan pronto como la abrió, se oyó de nuevo el grito de «mami», grito que Silas no había vuelto a oír desde que la pequeña se despertara con hambre. Al asomarse un poco más, pudo discernir con dificultad las señales dejadas por los piecitos infantiles sobre la nieve virgen, y procedió a seguir el camino que trazaban hasta el matorral de aulaga. «Mami», exclamó la pequeña una y otra vez, inclinándose hacia adelante hasta casi escapar de los brazos de Silas, antes de que él mismo reparase en que tenía delante algo más que un matorral: el cuerpo de un ser humano, con la cabeza muy hundida entre las ramas de aulaga y cubierta a medias por la nieve desprendida.

Capítulo XIII

Después de la cena temprana en La Casa Roja, cuando las diversiones se encontraban en esa etapa en que la timidez ha sido sustituida por una indulgente jovialidad, los caballeros que se sabían poseedores de habilidades fuera de lo corriente empezaron a bailar por fin antiguas danzas populares, y el terrateniente optó, de acuerdo con sus preferencias, por hablar muy alto, repartir rapé y palmear la espalda de sus invitados, en lugar de seguir sentado a la mesa donde se jugaba al *whist*, una elección que exasperaba a Kimble, su cuñado, quien, aun mostrándose siempre desenfadado en las horas dedicadas al trabajo, se volvía muy serio e implacable con las cartas y el *brandy*, barajaba siempre antes de que su adversario repartiera, acompañándose con una terrible mirada de desconfianza y descubría una carta de poco valor con aire de indescriptible repugnancia, como si en un mundo donde podían suceder semejantes cosas estuviera ya justificado lanzarse a una carrera de insensato libertinaje. En el momento en que la velada llegaba a aquel grado de libertad y de disfrute, era costumbre que los criados, cuando las tareas más importantes relacionadas con la cena habían concluido hacía ya tiempo, participaran en la diversión contemplando a los que bailaban, de manera que las zonas traseras de la casa quedaban vacías.

Había dos puertas por las que se entraba desde el vestíbulo al Salón Blanco, y las dos se habían abierto para facilitar la ventilación; pero la más cercana a la entrada principal estaba abarrotada de criados y lugareños, y sólo la más alejada quedaba libre. Bob Cass protagonizaba una de las danzas populares, y su padre —muy orgulloso de aquel retoño suyo tan ágil, de quien afirmaba repetidamente que era exactamente igual que él en sus años mozos con un tono con el que daba a entender que no existía sello más incontrovertible del mérito juvenil— era el centro de un grupo que se había colocado frente al bailarín, no lejos de la puerta desembarazada. Godfrey quedaba un poco más lejos, no para admirar el arte de su hermano, sino para no perder de vista a Nancy, sentada con el grupo, cerca del señor Lammeter, y se había separado de los demás porque no deseaba convertirse en objeto de las paternales bromas del terrateniente en conexión con el matrimonio y con la belleza de la señorita Nancy Lammeter, bromas que, con toda probabilidad, se habrían ido haciendo cada vez más explícitas. Acariciaba sin embargo el proyecto de volver a bailar con ella cuando concluyera la danza popular, y, mientras tanto, era muy agradable contemplarla largamente y pasar inadvertido.

Pero cuando Godfrey alzó los ojos después de una de aquellas prolongadas contemplaciones, se encontró con un objeto que le resultó tan sorprendente como si se tratara de una aparición de ultratumba. Era la revelación de esa vida escondida que se encuentra, como un callejón oscuro, detrás de la llamativa fachada decorada que recibe la luz del sol y las miradas de respetables admiradores. Lo que Godfrey vio fue a su hija en brazos de Silas Marner. Su seguridad fue instantánea y absoluta, sin el

menor género de duda, aunque hacía meses que no había estado con la niña; y cuando empezaba a abrigar la esperanza de que quizás estuviera equivocado, el señor Crackenthorp y el señor Lammeter ya se habían acercado a Silas, llenos de asombro ante aquel extraño advenimiento. Godfrey se unió a ellos de inmediato, incapaz de perderse la más mínima palabra, tratando de controlarse, aunque consciente de que, si alguien se fijaba en él, verían que sus labios habían perdido el color y que temblaba.

Pero en aquel extremo del salón todos los ojos estaban fijos en Silas Marner; el mismo terrateniente se había levantado y preguntaba enfadado:

—¿Cómo es esto? ¿Qué sucede? ¿Qué hace usted presentándose aquí de esta manera?

—He venido a por el médico; busco al médico —había dicho Silas, en el primer momento, al señor Crackenthorp.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que sucede, Marner? —dijo el párroco—. El médico está aquí; pero diga sin alzar la voz para qué lo quiere.

—Es una mujer —dijo Silas, hablando bajo, y casi sin aliento, precisamente cuando Godfrey llegó a su lado—. Está muerta, creo... muerta sobre la nieve en La Cantera..., no lejos de mi puerta.

Godfrey sintió un gran dolor punzante: su cabeza se llenó de terror en aquel momento, ante la posibilidad de que la mujer *no* estuviera muerta. Era un terror funesto, un siniestro residente que había encontrado cobijo en la bondadosa manera de ser de Godfrey; pero ningún temperamento es un seguro infalible contra los malos deseos cuando la felicidad de un hombre depende de su doblez.

—¡Calle, calle! —dijo el señor Crackenthorp—. Salga al vestíbulo. Haré que venga el médico. Ha encontrado una mujer en la nieve y cree que está muerta —añadió, hablando en voz baja y dirigiéndose al terrateniente—. Lo mejor será contar lo menos posible: sería un golpe para las señoras. Basta con que les diga que una pobre mujer está enferma a causa del frío y del hambre. Iré a buscar a Kimble.

Para entonces, sin embargo, las señoras habían acudido, deseosas de saber qué podía haber llevado hasta allí al solitario tejedor en tan extrañas circunstancias, e interesadas por la bonita niña, que, asustada y atraída a medias por el brillo y las muchas personas, tan pronto fruncía el ceño y escondía la cara como alzaba la cabeza y miraba a su alrededor apaciguada, hasta que el contacto de una mano o una palabra zalamera hacía que volviera a poner cara de pocos amigos y que la escondiera con nueva energía.

—¿Qué niña es ésa? —preguntaron al mismo tiempo varias señoras y, entre las demás, Nancy Lammeter, dirigiéndose a Godfrey.

—No lo sé..., alguna pobre mujer encontrada en la nieve, según creo —fue la respuesta que Godfrey consiguió dar con un terrible esfuerzo. («¿Después de todo, estoy seguro?»), se apresuró a añadir para sus adentros, anticipándose a su propia conciencia.)

—Vaya, será mejor, entonces, que deje usted aquí a la niña, señor Marner —dijo

la bondadosa señora Kimble, poco dispuesta, sin embargo, a poner aquella ropa sucia en contacto con su corpiño de satén lleno de adornos—. Le diré a una de las jóvenes que se haga cargo.

—No, no..., no me quiero separar de ella, no puedo dejarla ir —dijo Silas, con brusquedad—. Ha venido a mí... Tengo derecho a quedármela.

La propuesta de privarle de la niña había sido para Silas algo completamente inesperado, y sus palabras, consecuencia de un fuerte impulso repentino, fueron para él casi como una revelación, porque un minuto antes no tenía intenciones claras sobre la niña.

—¿Ha oído usted nunca algo parecido? —le dijo la señora Kimble, vagamente sorprendida, a su vecina.

—Perdónenme, señoras, pero tengo que pedirles que se aparten —dijo el señor Kimble, saliendo del saloncito donde se jugaba a las cartas, un tanto molesto por la interrupción pero entrenado por la larga práctica de su profesión a atender llamadas intempestivas, incluso cuando no estaba ni mucho menos sobrio.

—Un feo asunto el que se presenta, ¿eh, Kimble? —dijo el terrateniente—. Marner podría haber ido a buscar a ese joven, tu aprendiz, ése... ¿cómo se llama?

—¿Podría? Sí..., pero ¿de qué sirve hablar de posibilidades? —gruñó su cuñado, apresurándose a salir con el tejedor, seguido por el señor Crackenthorp y por Godfrey—. Consígueme unas botas fuertes, Godfrey, ¿me harás el favor? Y espera, que alguien vaya a casa de Winthrop y traiga a Dolly, es la mejor para estos casos. Ben estaba aquí antes de la cena; ¿se ha ido?

—Sí, señor, me he cruzado con él —explicó Marner—, pero no me pude detener para decirle nada, sólo que buscaba al médico, y él me dijo que estaba en casa del terrateniente. Así que me di prisa y corrí, pero como no se veía a nadie en la parte de atrás de la casa, entré hasta donde estaba todo el mundo.

La niña, a quien no distraían ya ni las luces brillantes ni los rostros sonrientes de las mujeres, empezó a llorar y a llamar a su «mami», pero sin dejar de abrazar a Marner, quien, al parecer, ya se había ganado por completo su confianza. Godfrey había regresado con las botas, y sintió las lágrimas de la niña como si alguna fibra se le tensara en el interior del pecho.

—Iré yo —dijo, precipitadamente, deseoso de ponerse en movimiento—; iré a buscar a esa mujer..., a la señora Winthrop.

—¡Bah! Manda a otra persona —dijo el médico, apresurando el paso junto con Marner.

—Hágame saber si puedo ser de alguna utilidad, Kimble —dijo el señor Crackenthorp. Pero el médico no le oía ya.

También Godfrey había desaparecido para lanzarse en busca de su sombrero y de su abrigo, al tener aún la suficiente capacidad de reflexión como para recordar que no debía comportarse como un loco; de todos modos abandonó la casa a toda velocidad y se lanzó a caminar por la nieve sin importarle los zapatos de vestir.

Pocos minutos después caminaba ya a toda prisa en dirección a La Cantera, acompañado por Dolly, a la que, aun convencida de que ella, sin duda, estaba en su sitio al enfrentarse al frío y a la nieve en una misión caritativa, le preocupaba mucho que un caballero joven se mojara los pies dejándose llevar por un impulso parecido.

—Haría usted mejor volviéndose —dijo Dolly, con respetuosa simpatía—. No hace ninguna falta que coja un resfriado; y le pediría en ese caso que tuviera la amabilidad de decirle a mi marido que venga..., si lo encuentra lo bastante sobrio como para ser de utilidad. Estará en El Arcoíris, seguro que sí. O si no, que la señora Snell mande a su chico por si hay que hacer algún recado... es posible que el doctor necesite alguna cosa.

—No; voy a seguir, ahora que ya estoy en camino; me quedaré aquí fuera —añadió Godfrey cuando llegaron ante la casa de Marner—. Salga usted cuando sepa lo que pasa y dígame si puedo ayudar en algo.

—Vaya, señorito, es usted muy bueno: tiene buen corazón —dijo Dolly, dirigiéndose hacia la puerta.

Godfrey estaba demasiado preocupado para sentir siquiera una punzada de remordimiento ante aquel elogio inmerecido. Paseó arriba y abajo, sin darse cuenta de que se hundía hasta el tobillo en la nieve, sin darse cuenta de nada excepto de la temerosa incertidumbre acerca de lo que estaba sucediendo en casa de Marner, y el efecto de cada posible alternativa sobre su suerte futura. No; no por completo inconsciente de todo lo demás. Muy en el fondo, y ahogado a medias por un deseo y un temor apasionados, estaba el sentimiento de que no debería esperar a que se resolvieran aquellas alternativas; que debería aceptar las consecuencias de sus actos, reconocer a su desgraciada esposa y hacerse cargo de aquella niña desvalida. Pero carecía de la valentía moral suficiente para renunciar de manera espontánea a Nancy; un gesto así no estaba dentro de sus posibilidades: sólo tenía conciencia y corazón suficientes para sentir el desasosiego profundo por la debilidad que le impedía aceptar una renuncia tan dolorosa. Y en aquel momento concreto su espíritu escapaba a toda restricción ante la posibilidad repentina de quedar libre de su largo cautiverio.

«¿Está muerta? —decía la voz que predominaba sobre todas las demás en su interior—. Si es así, me puedo casar con Nancy; y en ese caso seré una buena persona en el futuro, y no tendré secretos, y la niña..., habrá que ocuparse de ella de alguna manera.» Pero frente a aquella visión aparecía la otra posibilidad: «Tal vez viva, y entonces todo habría terminado para mí».

Godfrey nunca supo el tiempo transcurrido hasta que se abrió la puerta de la casa y salió su tío. Se adelantó para reunirse con él, preparado para reprimir la agitación que sin duda iba a sentir, fueran cuales fuesen las noticias que oyera.

—Te he esperado, puesto que había venido hasta tan lejos —dijo, anticipándose a las palabras de su tío.

—Bah; ha sido una tontería que salieras: ¿por qué no has mandado a un criado? No se puede hacer nada. Está muerta; lleva horas muerta, diría yo.

—¿Qué clase de mujer es? —preguntó Godfrey, sintiendo el calor de la sangre que le subía hasta la cara.

—Una mujer joven, pero consumida, de largos cabellos oscuros. Alguna vagabunda... vestida de andrajos. Lleva un anillo de casada, sin embargo. Tendrán que llevarla mañana al asilo de pobres. Ven, vámonos.

—Quiero verla —dijo Godfrey—. Creo que me encontré ayer con una mujer así. Te alcanzaré dentro de un minuto o dos.

El señor Kimble siguió su camino y Godfrey se dirigió hacia la casa de Marner. Sólo lanzó una mirada al rostro de la muerta; su cabeza descansaba sobre una almohada que Dolly se había encargado de alisar con esmero; pero recordaría tan bien aquella última mirada a su desgraciada y odiada esposa que, al cabo de dieciséis años, todos los rasgos de aquel rostro tan gastado aún seguían presentes en su memoria cuando por fin contó la historia de aquella noche.

Después se volvió hacia el hogar de la chimenea, donde Silas Marner, sentado, arrullaba a la niña. Estaba totalmente tranquila ya, pero no dormida: sólo aplacada con gachas dulces y calor tibio hasta conseguir esa tranquilidad de ojos abiertos que nos hace, a los seres humanos de más edad, con nuestro tumulto interior, sentirnos sobrecogidos en presencia de un niño pequeño, como nos sobrecoge alguna tranquila majestad o belleza en la tierra o en el cielo, un planeta que brilla constante, o una eglantina florecida, o los árboles que se inclinan sobre una senda en silencio. Los ojos azules bien abiertos miraron a Godfrey sin la menor inquietud ni señal de reconocimiento: la niña no estaba en condiciones de reclamar a su padre de forma visible o audible; y Godfrey sintió una extraña mezcla de sentimientos, un conflicto entre pesar y alegría porque el latido de aquel corazoncito carecía de respuesta para la nostalgia medio celosa del suyo; porque comprobó que aquellos ojos azules se apartaban, ignorantes, de su rostro para fijarse en las extrañas facciones del tejedor, que se había inclinado mucho para mirarla, mientras con su manita empezaba a tirar de la marchita mejilla de Marner deformándola afectuosamente.

—¿Llevará usted a la niña a la parroquia mañana? —preguntó Godfrey, hablando con el tono más indiferente de que fue capaz.

—¿Quién ha dicho eso? —preguntó Marner con perceptible brusquedad—. ¿Me obligarán a llevarla?

—¿Cómo? ¿No querrá quedársela, un soltero mayor como usted?

—Hasta que alguien demuestre que tiene derecho a quitármela —dijo Marner—. La madre ha muerto, y pienso que no tiene padre: es una criatura solitaria y yo soy un solitario. Mi dinero ha desaparecido, no sé cómo, y esta niña también me ha llegado sin que sepa de dónde. No sé nada... no salgo de mi asombro.

—¡Pobrecita! —dijo Godfrey—. Déjeme darle algo para comprarle ropa.

Se había metido la mano en el bolsillo y encontró media guinea; se la entregó a Silas y salió apresuradamente de la casa para alcanzar al señor Kimble.

—No; ya he visto que no era la mujer con la que me crucé —dijo, al ponerse a su

altura—. Es una niña muy guapa: el viejo parece que quiere quedársela; es extraño, tratándose de un avaro como él. Pero le he dado un poco de dinero para ayudarle: no me parece probable que la parroquia se oponga si quiere quedarse con la niña.

—No; pero hubo un tiempo en que quizá me hubiera peleado con él para quedármela yo. Ahora ya es demasiado tarde. Si la niña corriera hacia el fuego, tu tía está demasiado gorda para alcanzarla: sólo podría mirar y gruñir como una gorrina alarmada. Pero ¡qué estúpido has sido, Godfrey, para salir con tus zapatos y medias de bailar... siendo como eres uno de los galanes de la velada y en tu propia casa! ¿Qué te propones con semejantes excentricidades, jovencito? ¿Ha sido cruel contigo la señorita Nancy y quieres vengarte estropeándote los zapatos?

—¡Todo ha resultado desagradable esta noche! Estaba harto de brincar y de ser cortés y de estar pendiente de bailes populares. Y además tenía que bailar con la otra señorita Gunn —dijo Godfrey, encantado con el subterfugio que su tío le había sugerido.

Las evasivas y las mentiras piadosas ante las que una conciencia que se mantiene ambiciosamente pura se siente tan molesta como un gran artista ante los falsos detalles que ningún ojo advierte excepto el suyo se soportan con la ligereza de simples adornos una vez que las acciones se han convertido en mentiras.

Godfrey reapareció en el Salón Blanco con los pies ya secos y, puesto que se debe contar la verdad, con unos sentimientos de alivio y de alegría demasiado intensos para que pensamientos dolorosos lucharan con ellos. Porque, ¿no le estaba permitido ya, siempre que se presentara la ocasión, decirle a Nancy Lammeter las cosas más tiernas, prometerle y prometerse a sí mismo que sería siempre tal como ella deseara que fuese? No había el menor peligro de que alguien reconociera a su esposa muerta: no eran tiempos de averiguaciones activas ni de informaciones que alcanzaran gran difusión; y en cuanto al certificado de su matrimonio, había pasado mucho tiempo y quedaba enterrado en páginas que nadie iba a consultar, ajenas al interés de todo el mundo a excepción del suyo. Dunsey podía traicionarlo si volvía; pero podría comprar el silencio de su hermano.

Y cuando los acontecimientos resultaban mucho más favorables de lo que justificadamente Godfrey había temido, ¿no era eso la demostración de que la conducta del interesado había sido mucho menos insensata y culpable de lo que podría haber parecido en caso contrario? Cuando se nos trata bien, empezamos a pensar, de manera natural, que no estamos del todo desprovistos de méritos, y que es de justicia que nos tratemos bien a nosotros mismos, y no echemos a perder nuestra buena suerte. ¿Qué sentido tendría, después de todo, confesar el pasado a Nancy Lammeter y arrojar por la borda la propia felicidad? Y la de ella, por añadidura. Porque Godfrey tenía el convencimiento de que Nancy lo quería. En cuanto a la niña, se ocuparía de que se la cuidara: no se olvidaría nunca de ella; haría todo lo que estuviera en su mano excepto reconocerla como suya. Quizás llevara una vida muy feliz sin necesidad de que su padre la reclamara, dado que nadie podía decir cómo

iban a resultar las cosas, y que... ¿es que se necesitaban otras razones? Pues bien, sí, que el padre sería mucho más feliz sin reconocer a su hija.

Capítulo XIV

Aquella semana se enterró en Raveloe a una indigente, y en Kench Yard, en Batherley, se supo que la mujer de cabellos oscuros con una hijita rubia, que sólo recientemente había venido a alojarse allí, se había vuelto a marchar. No se prestó más atención el hecho de que Molly hubiera dicho adiós al mundo de los vivos. Pero aquella muerte sin duelo, que pareció tan insignificante para el mundo en general, poco más que una hoja caída al llegar el otoño, estaba cargada con la fuerza del destino para determinadas vidas que conocemos y, en algunos casos, dio contenido a sus penas y a sus alegrías hasta el final de su existencia.

La decisión de Silas Marner de quedarse con la «hija de la vagabunda» fue causa de tanta sorpresa en el pueblo y materia de casi tantas conversaciones como la desaparición de su oro. La opinión más favorable de la que ya disfrutaba, y que estaba ligada a su desgracia, la transformación de la desconfianza y del rechazo en compasión más bien desdeñosa hacia una persona solitaria y loca, iba ahora acompañada de una simpatía más activa, de manera especial entre las mujeres. Madres diligentes, que sabían lo que era mantener a sus hijos «íntegros y bien educados»; madres perezosas, que sabían lo que era verse interrumpidas por las traviesas propensiones de los niños que empezaban a tenerse en pie cuando estaban cruzadas de brazos y disfrutaban de algún momento de ocio, se interesaron por igual a la hora de imaginar cómo un solitario se las arreglaría con una niña de dos años y se mostraron dispuestas por igual a ofrecer sus sugerencias: las diligentes diciéndole sobre todo qué era lo que debía hacer sin falta, y las perezosas insistiendo sobre todo en lo que nunca sería capaz de hacer.

Entre las madres diligentes, Dolly Winthrop era la persona cuyos oficios de buena vecindad le resultaban más aceptables a Marner, porque se le ofrecían sin ninguna exhibición de insoportable superioridad. Silas le mostró a Dolly la media guinea regalo de Godfrey y procedió a preguntarle qué debía hacer para conseguirle a la niña algo de ropa.

—Vaya, señor Marner —dijo Dolly—, no hay necesidad de comprarle nada, ni siquiera un par de zapatos, porque todavía tengo las prendas que llevaba Aaron hace cinco años, y no estaría bien gastar el dinero en ropa de niño, porque la pequeña crecerá como la hierba de mayo, Dios la bendiga, eso es seguro que pasará.

Y aquel mismo día Dolly se presentó con su hato, y desplegó ante Marner, una a una, las diminutas prendas en su debido orden de sucesión, la mayoría con remiendos y zurcidos, pero limpias y cuidadas como flores recién brotadas. Aquello sirvió de preámbulo a una gran ceremonia con agua y jabón, de la que la pequeña salió con una nueva belleza, y procedió a sentarse en las rodillas de Dolly, a examinarse los dedos de los pies y a reír y a dar palmadas con aire de haber hecho distintos descubrimientos sobre su persona que luego se esforzaba por comunicar con sonidos alternativos de «glú-glú-glú» y «mami». La exclamación «mami» no era un grito de

quien echa algo en falta ni tampoco de intranquilidad. La pequeña se había acostumbrado a utilizarla sin esperar una respuesta ni de tiernos sonidos ni de caricias.

—Cualquiera pensaría que los ángeles del cielo no pueden ser más guapos —decía Dolly, frotándole los rizos dorados y besándolos—. Y sin embargo iba vestida con unos sucios andrajos, ¡y su pobre madre, muerta de frío! Pero ahí están *Aquéllos* que se han ocupado de todo y la han traído hasta su puerta, señor Marner. La puerta estaba abierta, y la niña entró después de caminar sobre la nieve, como si hubiera sido un pobrecito petirrojo medio muerto de hambre. ¿No me dijo usted que la puerta estaba abierta?

—Sí —dijo Silas, con tono reflexivo—. Sí..., la puerta estaba abierta. El oro se fue, no sé adónde, y tampoco sé de dónde ha llegado la niña.

No había revelado a nadie que desconocía cómo la pequeña se había presentado en su casa, muy poco deseoso de que se le hicieran preguntas que llevaran a la única conclusión posible: que había sufrido una de sus «ausencias».

—Ah —dijo Dolly con tranquilizadora gravedad—; es como la noche y el día, como el dormir y el estar despierto, como la lluvia y la cosecha, una cosa va y la otra viene, y no sabemos nada del cómo ni del dónde. Podemos pelear y esforzarnos por ganarnos el pan, pero es poco lo que hacemos después de todo..., las cosas importantes llegan y se van sin gran esfuerzo por nuestra parte; eso es lo que hacen, ya lo creo que sí; y a mí me parece que está usted en su derecho al quedarse con la niña, señor Marner, viendo que se la han enviado, aunque haya quien piense otra cosa. Puede que no sepa usted muy bien qué hacer con ella mientras es tan pequeña, pero vendré yo, y será un placer, y me ocuparé de todo: tengo un poquito de tiempo libre casi todos los días, porque si te levantas temprano por la mañana, el reloj parece que se para hacia las diez, antes de que haya que ocuparse de la comida. De manera que, como digo, vendré y me ocuparé de la niña por usted, y será un placer.

—Muchas gracias... por su amabilidad —dijo Silas, un tanto dubitativo—. Le agradeceré mucho que me explique cosas. Pero... —añadió, desazonado, inclinándose para mirar a la niña con algo parecido a los celos, porque la pequeña había recostado la cabeza en el brazo de Dolly, y le miraba, satisfecha, desde cierta distancia—, pero deseo ser yo quien haga las cosas, no sea que quiera a otra persona en lugar de quererme a mí. Estoy acostumbrado a ocuparme de la casa... puedo aprender, seguro que puedo aprender.

—Claro que sí —dijo Dolly, amablemente—. He conocido a hombres que son una maravilla con los niños. En general salen torpes y testarudos, Dios los tenga de su mano, pero cuando se han librado de la bebida, no son del todo insensatos, aunque no sirvan para las sangrías ni para vendar, demasiado fogosos e impacientes. Ya ve usted que esto va lo primero, lo más cerca de la piel —continuó Dolly, alzando la camisita, para mostrársela, y poniéndosela a la niña.

—Sí —dijo Marner, dócilmente, acercándose mucho, para que sus ojos pudieran

iniciarse en aquellos misterios, proximidad que la niña aprovechó para apoderarse de su cabeza con las dos manos y darle un beso acompañado de sonidos ronroneantes.

—Ya lo ve —dijo Dolly, con delicado tacto femenino—, es a usted a quien más quiere. Le está pidiendo que se la ponga en el regazo, no me cabe duda. Vamos, cójala, señor Marner, póngale la ropa y luego podrá decir que se ha ocupado de ella desde el momento en que se la enviaron.

Marner se la colocó sobre el regazo, tembloroso por una emoción que le resultaba misteriosa, por algo desconocido que alboreaba en su vida. Ideas y sentimientos estaban tan confundidos en su interior que si hubiera intentado traducirlos mediante palabras, sólo hubiera sabido decir que la niña había aparecido en lugar del oro..., que el oro se había convertido en niña. Tomó la ropa que Dolly le ofrecía y fue colocando las prendas siguiendo sus instrucciones; aunque interrumpido, como era inevitable, por los ejercicios gimnásticos de la pequeña.

—¡Vaya, ya está! No le ha costado nada hacerlo, señor Marner —dijo Dolly—; pero ¿qué hará cuando no le quede más remedio que trabajar en el telar? Porque la niña cada vez se moverá más y hará más travesuras, eso es seguro, Dios la bendiga. Es una suerte que tenga usted el fuego del hogar en alto y no una chimenea corriente, porque eso hace que las llamas queden más lejos de su alcance: pero si tiene cosas que se pueden derramar o romper, o existe la posibilidad de que la niña se corte los dedos, tenga la seguridad de que lo intentará, y es muy conveniente que usted lo sepa.

Silas meditó durante un rato, algo perplejo.

—La ataré a la pata del telar —dijo finalmente—, la ataré con un buen trozo largo de alguna cosa.

—Bueno; quizá sirva, tratándose de una niñita, porque es más fácil convencerlas que a los chicos para que se estén quietas. Los muchachos sé muy bien cómo son: he tenido cuatro, nada menos que cuatro, bien lo sabe Dios, y si tuviera usted que cogerlos y atarlos, pelearían y chillarían como si fueran cerdos que se llevan al matadero. Pero lo que voy a hacer es traerle mi sillita, y algunos trapitos rojos y otras cosas con las que la niña pueda jugar, y se sentará y hablará con ellas como si estuvieran vivas. Vaya, si no fuese pecado querer que los chicos funcionaran de otra manera, Dios los bendiga, me habría gustado que uno de ellos fuese una niña, y así podría haberle enseñado a fregar y a coser y a hacer punto y todo lo demás. Pero se lo podré enseñar a esta pequeña, señor Marner, cuando tenga la edad suficiente.

—Pero será *mi* pequeña —se apresuró a señalar Marner—. Mía y de nadie más.

—Claro que sí, por supuesto, de usted y de nadie más; tendrá usted todo el derecho si es un padre para ella y si la educa como es debido. Pero —añadió Dolly, llegando por fin a un punto que, de antemano, había decidido sacar a colación—, tiene que educarla como a los hijos de las personas que están bautizadas, y llevarla a la iglesia, y dejarla que aprenda el catecismo, como Aaron, mi pequeño, que se sabe el Credo y todo lo demás, y el «no hacer daño a nadie ni de palabra ni de obra», tan bien como si fuera el señor Macey. Eso está usted obligado a hacerlo, señor Marner,

si quiere portarse como debe con esa niña huérfana.

El rostro pálido de Marner enrojeció de repente ante el impacto de una nueva ansiedad. Su cabeza estaba demasiado ocupada tratando de dar un contenido preciso a las palabras de Dolly para pensar en contestarle.

—Y además tengo el convencimiento —siguió ella— de que esa pobrecita criatura nunca ha sido cristianada, y no estaría de más hablar con el párroco; y si usted no se opone, yo hablaría hoy mismo con el señor Macey. Porque si a la niña le pasara algo malo, y usted no hubiera hecho lo que le corresponde, señor Marner, vacunarla y todo lo demás para evitar enfermedades, sería una espina en su costado para siempre a este lado de la tumba; y no se me ocurre que pueda ser fácil para nadie dormir tranquilo cuando existe otro mundo, si no han hecho lo que corresponde por una criatura desvalida sin necesidad de que lo pida.

Dolly se dispuso a guardar silencio durante algún tiempo, porque había hablado desde lo más hondo de sus sencillas creencias, y le preocupaba mucho saber si sus palabras producirían en Silas el efecto deseado. El tejedor estaba desconcertado y inquieto, porque la palabra «cristianar», utilizada por Dolly, no le transmitía ningún significado concreto. Sólo estaba familiarizado con el bautismo, y había presenciado únicamente el de los adultos, hombres y mujeres.

—¿Qué es lo que quiere usted decir con «cristianar»? —preguntó por fin, tímidamente—. ¿Es que la gente no se portará bien con ella si no está cristianada?

—¡Señor, Señor! —dijo Dolly con amable angustia y compasión—. ¿No tuvo usted nunca un padre o una madre que le enseñaran a decir sus oraciones, y que le explicaran que existen palabras santas y obras buenas para librarnos del mal?

—Sí —dijo Silas en voz muy baja—; sé mucho acerca de eso... supe, más bien. Pero las costumbres de ustedes son distintas: la tierra donde nací queda muy lejos. —Hizo una breve pausa y luego añadió, más decidido—: Pero quiero hacer todo lo que se pueda por la niña. Y estaré de acuerdo con todo lo que sea bueno para ella aquí, en Raveloe, y que a usted le parezca que vaya a ser por su bien: sólo necesito que me lo explique.

—En ese caso, señor Marner —dijo Dolly, encantada en su interior—, le diré al señor Macey que hable con el párroco; y tiene usted que decidir qué nombre ponerle, porque hay que darle un nombre para cristianarla.

—Mi madre se llamaba Hephzibah —dijo Silas—, y mi hermanita igual.

—Vaya, es un nombre bien difícil —dijo Dolly—. Casi me parece que no es un nombre cristiano.

—Es un nombre de la Biblia —dijo Silas, recordando antiguos conocimientos.

—Entonces no tengo ningún derecho a oponerme —dijo Dolly, más bien sorprendida de los saberes de Silas en aquel terreno—; pero, tendrá que perdonarme, no soy una persona instruida, y tardo en hacerme con las palabras. Mi marido dice en broma que siempre cojo el rábano por las hojas, eso es lo que dice, porque es muy cortante, Dios lo bendiga. Pero seguro que resultaba un poco raro llamar a su

hermanita con ese nombre tan difícil, cuando no tenían nada importante que decirle, ¿no le parece, señor Marner?

—La llamábamos Eppie —dijo Silas.

—Vaya, si no hay nada malo en acortarlo, sería mucho más sencillo llamarla así. De manera que ahora me voy a ir, señor Marner, y hablaré de la ceremonia con el señor Macey antes de que se haga de noche; y a usted le deseo toda la suerte del mundo, y estoy convencida de que la tendrá si se porta como es debido con la huérfana... y también hay que acordarse de la vacuna; en cuanto a lavar la ropa de la niña, no necesita usted pensar más que en mí, porque lo puedo hacer con una sola mano si ya estoy en danza con el jabón. ¡Ah, esa niña es como un ángel bendito! Me dejará usted que traiga a mi Aaron uno de estos días, para que le enseñe el carrito que su padre le ha hecho y el cachorro blanco y negro que está criando.

A la niña se la cristianó, porque el párroco decidió que volver a bautizarla, en el caso de que ya estuviese bautizada, era el menor de los riesgos; y en aquella ocasión Silas, que se lavó y se arregló todo lo que pudo, se presentó por primera vez en la iglesia, y participó en las ceremonias que sus vecinos tenían por sagradas. Marner fue incapaz, por lo que oyó y por lo que vio, de identificar la religión de Raveloe con su antigua fe; si hubiera podido hacerlo en algún momento de su vida anterior, tendría que haber sido con la ayuda de unos sentimientos muy intensos dispuestos a vibrar por afinidad, más que mediante una comparación entre frases e ideas: y ahora aquel sentimiento había permanecido inactivo durante largos años. No tenía ninguna idea precisa sobre lo que sería el bautismo ni sobre acudir a la iglesia, excepto que Dolly había dicho que sería bueno para la niña; y de esa manera, a medida que las semanas se convirtieron en meses, Eppie fue creando nuevos lazos entre la vida de Silas y las vidas de sus vecinos cuyo trato, hasta entonces, había rehuido siempre en un aislamiento cada vez mayor. A diferencia del oro, que nada necesitaba, y al que se adoraba en absoluta soledad —escondido de la luz diurna, sordo al canto de los pájaros y sin respuesta ante ninguna voz humana—, Eppie era una criatura de interminables solicitudes y de deseos siempre en aumento, que buscaba la luz del sol y disfrutaba con ella, así como los sonidos de todos los seres vivos y sus movimientos; una criatura que lo ponía todo a prueba con la confianza de poder disfrutar de nuevas alegrías, y que despertaba el afecto de todos los ojos que se detenían sobre ella. El oro había mantenido los pensamientos de Silas en un círculo siempre repetido, que no conducía a nada distinto de sí mismo; pero Eppie era un hervidero de cambios y esperanzas que forzaba a Silas a pensar, y que le llevaba muy lejos de su antiguo caminar impaciente hacia el mismo límite sin horizontes: le empujaba hacia las nuevas cosas que llegarían con el paso de los años, cuando Eppie hubiera aprendido a entender cómo Silas, su padre, cuidaba de ella; y que le hizo que buscara imágenes de aquel futuro en los lazos y en las obras de caridad que ligaban entre sí a las familias de sus vecinos. El oro le había exigido que siguiera tejiendo cada vez más horas, ciego y sordo a todas las cosas con la excepción de la monotonía

de su telar y la repetición de su tejido; pero Eppie lo llamaba para que dejase su trabajo, y le hacía pensar que todas sus pausas eran fiestas y hacía que sus sentidos se volvieran a despertar con la vida nueva de Eppie, incluso en el caso de las cansadas moscas invernales que aparecían arrastrándose con la luz del sol de la primavera temprana, luz que le hacía sentir una tibieza que era alegría porque *ella* estaba alegre.

Y cuando la luz del sol se hizo poderosa y duradera, de manera que los prados estaban llenos de ranúnculos, se podía ver a Silas en el soleado mediodía o a última hora de la tarde, cuando las sombras se alargaban bajo los setos, paseando con la cabeza descubierta para llevar a Eppie más allá de La Cantera hasta donde crecían las flores; no tardaban en alcanzar algún rincón favorito en el que Marner se podía sentar mientras Eppie caminaba torpemente para arrancar las flores —que nunca se cansaba de llevar a papá para reclamar su atención— e intentar además un diálogo con las criaturas aladas que murmuraban alegres por encima de los pétalos de colores brillantes. Luego Eppie se detenía a escuchar alguna repentina nota de un pájaro, y Silas aprendió a complacerla haciendo signos de silenciosa inmovilidad para que los dos pudieran escuchar la repetición de la nota: de manera que cuando sucedía, Eppie arqueaba la espalda y reía con gorjeos triunfales. Al sentarse de aquel modo en las orillas de los senderos, Silas empezó a buscar de nuevo las hierbas en otro tiempo familiares; y cuando sus hojas, con sus siluetas y peculiaridades de siempre, descansaban en la palma de su mano, se producía una acumulación de recuerdos de la que Silas se apartaba tímidamente, para refugiarse en el pequeño mundo de Eppie, que se acomodaba sin pesadumbre en su espíritu debilitado.

A medida que la cabeza de la niña acumulaba conocimientos, crecían los recuerdos en la del tejedor: a medida que la vida de ella se desplegaba, el alma de Silas, largo tiempo anonadada en una prisión estrecha y fría, también se iba desplegando y, temblorosa, volvía poco a poco a la plena conciencia.

Se trataba de un cambio que iría acumulando fuerza con el paso de los años: los balbuceos que conmovían el corazón de Silas encontraron expresión y pidieron respuestas más precisas; formas y sonidos se aclararon para los ojos y los oídos de Eppie, y se necesitaba de manera imperativa que papá observara y explicase. Además, para cuando Eppie cumplió los tres años, había desarrollado una notable capacidad para las travesuras y para inventar maneras ingeniosas de crear problemas, lo que requirió abundante ejercicio no sólo de paciencia por parte de Silas, sino también de vigilancia y perspicacia. En tales ocasiones el pobre tejedor se veía dolorosamente dividido entre las exigencias incompatibles del amor. Dolly Winthrop le decía que el castigo era una cosa buena, y que tratar de criar a un niño sin hacer que, de cuando en cuando, le escociera un poco la piel en sitios blandos y sin peligro era una tarea imposible.

—Si quiere saberlo, señor Marner —añadió Dolly, con aire pensativo—, hay otra cosa que podría usted hacer, y es encerrarla en la carbonera. Lo utilicé una vez con Aaron, porque siempre he sido un poco tonta con él, por tratarse del más pequeño;

nunca he tenido valor para darle un cachete. Como también me faltó para obligarlo a estar en la carbonera más de un minuto, aunque fue suficiente para que saliera negro de pies a cabeza, así que necesité lavarlo y vestirlo de nuevo, y eso dio tan buen resultado como medirle la espalda con una vara, ya lo creo que sí. Pero le dejo que elija usted según su conciencia, señor Marnier, porque tiene que elegir uno de los dos, o el cachete o la carbonera; de lo contrario, Eppie hará siempre lo que le apetezca y no habrá manera de sujetarla.

Silas quedó impresionado con la melancólica verdad que contenía aquel último comentario, aunque, de todos modos, le faltaba resolución para aplicar cualquiera de los dos métodos punitivos a su alcance, no sólo porque le resultaba doloroso hacer daño a Eppie, sino porque temblaba ante la idea de tener con ella una confrontación, no fuese a ser que la niña lo quisiera menos. Dispóngase que un afectuoso Goliat quede atado a una tierna cosa pequeña, y que tema hacerle daño si tira, y aún le asuste más que la cuerda pueda romperse, y ¿cuál de los dos, hagan el favor de decírmelo, será quien mande? Está claro que Eppie, con sus pasitos de niña que todavía está aprendiendo a andar, hará que papá Silas baile una bonita danza cualquier mañana soleada cuando las circunstancias favorezcan sus diabluras.

Por ejemplo. Silas, con mucha prudencia, había elegido un tira ancha de tela como medio para atar a Eppie al telar cuando estaba trabajando: el resultado era un cinturón y además la longitud de tela suficiente para que la niña llegase hasta la cama y se sentara, pero no lo bastante larga para que intentase trepar y se expusiera a algún peligro. Una luminosa mañana de verano Silas había estado más absorto que de ordinario en la preparación de un nuevo trabajo, una ocasión que requería el uso de tijeras. Aquel instrumento, debido a una especial advertencia de Dolly, se mantenía cuidadosamente fuera del alcance de Eppie, pero el repetido clic ligado a su utilización tenía un atractivo peculiar para el oído de la niña, y, al contemplar los resultados de aquel clic, Eppie había extraído la lección filosófica de que la misma causa produciría el mismo efecto. Silas estaba instalado en su telar, y había comenzado el ruido de tejer; las tijeras, sin embargo, olvidadas, se encontraban en una repisa, situada al alcance de las manos de Eppie; la niña, como un ratoncito que espera su oportunidad, avanzó en silencio desde su rincón, se apoderó de las tijeras y regresó de nuevo a la cama, colocándose de espaldas, con toda la intención de ocultar lo que se disponía a hacer. Tenía una idea muy clara sobre el uso de las tijeras y, después de cortar la tira de tela de manera irregular pero con eficacia, llegó en unos instantes a la puerta abierta, desde donde la luz del sol la invitaba a salir, mientras el pobre Silas pensaba que la niña se estaba portando mejor que de ordinario. Sólo cuando necesitó utilizar de nuevo las tijeras tomó conciencia de la terrible realidad: Eppie había abandonado la casa y quizás se había caído ya en alguno de los pozos de La Cantera. Estremecido por el miedo más espantoso que se pueda imaginar, Silas salió de la casa gritando «¡Eppie!» y recorrió ansioso todo el espacio abierto, explorando los pozos en los que la niña se podía haber caído y contemplando

después, con miedo inquisitivo, la tersa superficie roja del agua. Un sudor frío se le acumuló en la frente. ¿Cuánto tiempo llevaba fuera la niña? Quedaba una esperanza: que hubiera conseguido superar los peldaños del portillo en la cerca más próxima y hubiera salido a los prados donde Silas acostumbraba a pasear con ella. Pero la hierba era muy alta, y aunque Eppie estuviera allí, no había forma de verla, excepto por medio de una búsqueda minuciosa que supondría una entrada sin autorización en los cultivos del señor Osgood. Pero no quedaba otro remedio que cometer aquella falta, y el pobre Silas, después de examinar todos los setos a su alrededor, atravesó la hierba, empezando a descubrir, cada vez menos dueño de sí mismo, a Eppie detrás de cada mata de acedera roja, pero también a sentir que la niña se alejaba siempre más a medida que él se acercaba. Silas buscó en vano por el prado; también pasó la cerca para entrar en la siguiente propiedad, donde volvió la vista, casi sin esperanza ya, hacia un pequeño estanque que ya había quedado reducido para entonces a su escaso volumen veraniego, lo que dejaba al descubierto una amplia zona de excelente barro pegajoso. Allí, sin embargo, se había instalado Eppie, que dialogaba alegremente con una de sus botas, utilizándola como cubo para trasladar agua hasta la huella profunda de una pezuña, mientras su piecicito descalzo descansaba cómodamente sobre un cojín de barro de color verde oliva. Una ternera de cabeza encarnada la miraba, dubitativa y alarmada, a través del seto contiguo.

Allí se había producido con toda claridad un caso de comportamiento perverso en una niña bautizada, conducta que exigía un severo correctivo, pero Silas, dominado por una alegría convulsa al encontrar de nuevo su tesoro, sólo fue capaz de arrancarla del barro y de cubrirla de besos que fueron en parte sollozos. De nuevo en casa, y cuando empezaba a pensar en la necesidad de lavarla, se acordó de que estaba obligado a castigarla y a «hacer que se acordara». La idea de que pudiera escaparse de nuevo y le sucediera una desgracia le dio una inusitada firmeza y por primera vez decidió recurrir a la carbonera: un armarito cercano a la chimenea.

—Mala. Eppie mala —empezó a decir Silas de repente, sosteniéndola sobre sus rodillas y señalando con el dedo sus pies y su ropa embarrada—. No está bien que hayas cortado la cinta con las tijeras y que te hayas escapado. Eppie tiene que ir a la carbonera por mala. Papá tiene que meterla en la carbonera.

Silas esperaba a medias que aquello causara a la niña suficiente impresión y que se echara a llorar. Pero la reacción fue bien distinta, porque Eppie empezó a saltar sobre sus rodillas, como si la amenaza supusiera más bien una agradable novedad. Al ver que estaba obligado a seguir adelante, la metió en la carbonera y mantuvo la puerta cerrada, con el tembloroso convencimiento de que estaba recurriendo a un correctivo durísimo. Durante unos momentos reinó el silencio, pero luego se oyó un gritito: «¡Abrí, abrí!», y Silas la dejó salir, diciendo:

—Ahora Eppie nunca volverá a ser mala, porque de lo contrario tendrá que ir a la carbonera, un sitio muy oscuro y muy feo.

El telar permaneció inmóvil mucho tiempo aquella mañana, porque a Eppie hubo

que lavarla y ponerle ropa limpia; pero cabía esperar que aquel castigo tuviese un efecto duradero, y ahorrara tiempo en el futuro..., aunque, quizá, habría sido mejor que Eppie llorase más.

Al cabo de media hora la niña estaba limpia de nuevo, y Silas, que se había vuelto de espaldas para ver qué era lo que se podía hacer con la cinta de tela, renunció a ocuparse de ella al pensar que Eppie se portaría bien durante el resto de la mañana sin necesidad de atarla. Se volvió de nuevo, y ya se disponía a colocarla otra vez en su sillita, cerca del telar, cuando la niña se asomó de nuevo con la cara y las manos ennegrecidas y dijo:

—¡Eppie en la tarbonera!

El fracaso total de aquel castigo quebrantó la fe de Silas en la eficacia de las sanciones.

—Se lo toma todo como un juego si no la pego —le señaló a Dolly—, y eso no soy capaz de hacerlo, señora Winthrop. Prefiero soportar las molestias que me cause. Y de las diabluras de ahora se olvidará cuando crezca.

—Bueno, eso es verdad en parte, señor Marner —dijo Dolly compasivamente—, y si le resulta imposible asustarla para que no toque las cosas, tendrá que hacer todo lo que esté en su mano para ponerlas fuera de su alcance. Eso es lo que hago con los cachorros que los chicos no paran de criar. Ya se sabe que juegan y roen y, aunque se trate del sombrero de los domingos, si está colgado de algún sitio al que puedan llegar, van a seguir haciéndolo. No distinguen, que Dios los bendiga; todos los cachorros han de echar los dientes: eso es lo que tiene la culpa, eso es lo que les pasa.

De manera que a Eppie se la crió sin castigarla, y el peso de sus fechorías cayó de manera vicaria sobre los hombros de Silas, su padre. La casa de piedra se convirtió para ella en un nido bien blando, forrado de aterciopelada paciencia, y tampoco tuvo que enfrentarse con malas caras ni con rechazos en el mundo que quedaba más allá de su hogar.

Pese a la dificultad de transportar al mismo tiempo a la niña y la tela o el hilo, Silas llevaba consigo a Eppie en casi todos sus viajes a las granjas, poco partidario de dejarla con Dolly Winthrop, siempre dispuesta a cuidar de ella; y la pequeña Eppie, de cabellos rizados, la hija del tejedor, se convirtió en objeto de interés hasta para las casas más distantes, además de para las que se alzaban en el centro del pueblo. A Silas Marner se le había tratado siempre como si fuera un gnomo o un elfo servicial: una criatura extraña e incomprensible, a la que había que mirar sin remedio con asombrada curiosidad y con repulsión, un ser peculiar con quien lo más satisfactorio era reducir al mínimo saludos y trato, pero con el que había que relacionarse de manera propiciatoria y, de cuando en cuando, regalarle un trozo de carne de cerdo o productos de la huerta para que se los llevara a casa, visto que si él desaparecía el hilo no se convertiría en tela. Pero ahora Silas encontraba rostros sonrientes y preguntas alborozadas, transformado en una persona cuyas satisfacciones y dificultades se podían entender. En todas partes tenía que detenerse un rato y hablar de la niña, y

siempre le esperaban manifestaciones de interés: «¡Ah, señor Marner, tendrá usted suerte si Eppie pasa el sarampión pronto y sin complicaciones!» o «Vaya, no creo que haya muchos hombres solos dispuestos a quedarse con una pequeña como ésa: pero imagino que su oficio hace que tenga más facilidades que los hombres que trabajan fuera de casa; en parte es usted tan hábil como una mujer, porque tejer está muy cerca de hilar». Señores y señoras de edad avanzada, que ocupaban sillones en cocinas de grandes dimensiones y mantenían su capacidad de discernimiento, mostraban su comprensión ante las dificultades que entraña criar niños, palpaban las piernas y los brazos de Eppie, declarándolos notablemente sólidos, y le decían a Silas que, si no se descarriaba (lo que, por supuesto, era imposible saber de antemano), sería para él muy conveniente tener en casa una buena chica que lo atendiera cuando no pudiera valerse. A las criadas les gustaba sacar a Eppie al corral para que viera las gallinas y los pollos, o para que comprobase si se podía hacer caer algún fruto sacudiendo los cerezos de la huerta; y los niñitos y niñitas se le acercaban despacio, con movimientos cautelosos y sin apartar la vista, como perrillos frente a frente con otro de su especie, hasta que la atracción llegaba al punto en que los suaves labios se adelantaban en busca de un beso. A ningún niño le asustaba acercarse a Silas cuando Eppie estaba cerca: ya no existía repulsión a su alrededor, ni para los jóvenes ni para los mayores, porque la niñita había conseguido vincularlo de nuevo con la totalidad del mundo. Existía un amor entre Silas y Eppie que los convertía en uno, y había amor entre la niña y el mundo, desde el que hombres y mujeres le manifestaban con miradas y entonaciones paternas hasta el que ella sentía por mariquitas y cantos rodados.

Silas empezó a pensar en la vida de Raveloe únicamente en relación con Eppie: la niña tenía que disponer de todo lo que se considerase bueno en Raveloe; y escuchaba con docilidad, para llegar a entenderla mejor, lo que era aquella vida de la que, durante quince años, había permanecido al margen, como algo extraño con lo que era imposible comunicarse. Marner se había convertido, por así decirlo, en el poseedor de una planta preciosa a la que se quiere dar un hogar en una nueva tierra que permita criarla, y que debido a ello piensa en la lluvia, piensa en la luz del sol y en todas las influencias, en relación con su protegida, y pregunta con diligencia para alcanzar todos los conocimientos que le ayuden a satisfacer las necesidades de sus raíces o a proteger sus hojas y brotes de peligros invasores. El ansia de atesorar había quedado destruida por completo al perder el oro largo tiempo acumulado: las monedas conseguidas después parecían tan intrascendentes como piedras aportadas para completar una casa derruida por un terremoto; el sentimiento de pérdida era demasiado intenso para que surgiera de nuevo el antiguo estremecimiento de satisfacción al tocar la moneda recién ganada. Y ahora algo que dotaba de nueva finalidad a sus ingresos había venido a reemplazar a su antiguo tesoro, algo que empujaba continuamente su esperanza y su alegría más allá del dinero.

Hubo en otro tiempo ángeles que bajaron a la tierra, tomaron a los hombres de la

mano y los sacaron de la ciudad de la destrucción^[3]. Hemos dejado de ver a aquellos ángeles de blancas alas. Hay sin embargo hombres a los que se aparta de la destrucción que los amenaza: una mano se posa en la suya y los conduce amablemente hacia una tierra tranquila y luminosa, de manera que ya no necesitan volver la vista atrás; y esa mano puede ser la de una niña.

Capítulo XV

Había una persona, como a ustedes no les costará trabajo entender, que vigilaba con más interés que nadie, aunque más disimulado, la feliz crianza de Eppie gracias a los cuidados del tejedor. Aquella persona no se atrevía a hacer nada que demostrase por la hija adoptada de un pobre hombre un interés mayor del que cabía esperar de la bondad de un joven como Godfrey Cass, limitándose, por ejemplo, a hacer un pequeño regalo a un sencillo anciano que todo el mundo miraba ya con simpatía, cuando un encuentro casual lo sugería; aunque Godfrey estaba convencido de que llegaría el momento en que pudiera hacer algo para mejorar el bienestar de su hija sin despertar sospechas. ¿Le inquietaba mucho, mientras tanto, la imposibilidad de dar a su hija lo que le correspondía por su nacimiento? No puedo decir que fuese así. A la niña se le dispensaban los cuidados necesarios, y lo más probable era que fuese feliz, como sucede a menudo con personas de humilde condición; más felices, tal vez, que otras criadas en el lujo.

Me pregunto si el famoso anillo^[4] que pinchaba al príncipe cuando olvidaba sus deberes y se dejaba llevar por sus deseos le pinchaba con fuerza cuando salía de caza, o si los pinchazos eran ligeros en un primer momento, y sólo le herían en lo más vivo cuando hacía ya mucho tiempo que la caza había terminado y la esperanza, con las alas recogidas, miraba hacia atrás y se convertía en pesar.

Las mejillas y los ojos de Godfrey Cass brillaban ahora más que nunca. Se mostraba tan firme en sus propósitos que parecía un hombre de gran solidez. Dunsey no había vuelto: la conclusión general era que había sentado plaza de soldado, o que «había abandonado el país», y nadie trataba de ser más específico en sus averiguaciones sobre un tema tan delicado, tratándose de una familia respetable. Godfrey había dejado de ver la sombra de Dunsey cruzando con frecuencia su camino, camino que ahora llevaba directamente a la realización de sus mejores deseos, largamente acariciados. Todo el mundo decía que el señorito Godfrey había tomado por fin la buena dirección; y nadie ponía en duda cuál iba a ser el resultado, porque a lo largo de la semana, un día sí y otro también, se lo veía a lomos de su caballo en dirección a Las Madrigueras. El mismo Godfrey, cuando se le preguntaba en broma si ya estaba decidido el día, sonreía con la agradable seguridad de un enamorado que podría decir «sí» si quisiera. Se sentía otra persona, libre de tentaciones; y la visión de su vida futura le parecía una tierra prometida por la que no necesitaba pelear. Se veía con toda su felicidad centrada en su propio hogar, en el que Nancy le sonreía mientras él jugaba con sus hijos.

Y a aquella otra criatura, aunque no estuviera en su hogar, tampoco la olvidaría; se encargaría de que viviera holgadamente. Era su deber de padre.

Segunda parte

Capítulo XVI

Un luminoso domingo de otoño, dieciséis años después de que Silas Marner hubiera encontrado su nuevo tesoro junto al hogar de la chimenea, las campanas de la vieja iglesia de Raveloe repicaron alegres para indicar que las ceremonias matutinas habían terminado; y muy pronto, por la entrada en arco de la torre, empezaron a salir despacio, deteniéndose para responder a los saludos amistosos y a las preguntas, los feligreses más acaudalados que habían considerado aquella mañana de domingo especialmente adecuada para acudir a la iglesia. Por entonces era costumbre en los pueblos que los miembros más prominentes de la feligresía salieron los primeros, mientras que sus vecinos más humildes esperaban y miraban, al tiempo que se acariciaban la cabeza o hacían una reverencia a cualquier contribuyente acomodado que se volvía para saludarlos.

Entre las personas especialmente bien vestidas hay algunas a las que sin duda reconoceremos, aunque el paso del tiempo haya dejado su huella en todas. El caballero alto y rubio de poco más de cuarenta años no se diferencia demasiado del Godfrey Cass de veintiséis: no es sin duda tan esbelto y ha perdido el aire indefinible de la juventud, una pérdida que ya se advierte aunque los ojos brillen aún y no se hayan presentado todavía las arrugas. Quizá la mujer, muy bonita, no mucho más joven, que se apoya en su brazo, está más cambiada que su marido: el rubor juvenil que adornaba siempre sus mejillas ahora sólo aparece, de tarde en tarde, con el aire fresco de la mañana o con alguna sorpresa fuera de lo corriente; sin embargo, para todos los que prefieren los rostros por lo que cuentan de la experiencia humana, la belleza de Nancy tiene ahora mayor interés. A menudo el alma madura hasta lograr la plenitud de la bondad, aunque los años marquen el rostro con un velo menos agradable, de manera que una simple mirada no permite adivinar el valor del fruto. Pero los años no han sido tan crueles con Nancy. La boca plácida pero firme, la mirada nítida y veraz de los ojos castaños hablan de un carácter que ha sido puesto a prueba y que ha conservado sus mejores cualidades; e incluso la ropa, ahora que la coquetería de la juventud nada tiene que ver con ella, resulta, con su delicada pulcritud y sencillez, aún más significativa.

El señor y la señora Cass (nadie utiliza ya títulos honoríficos desde que el viejo terrateniente pasó a mejor vida y se dividió la herencia) se han vuelto para mirar al caballero de edad y aventajada estatura y a la mujer vestida con sencillez que caminan un poco más atrás —Nancy acaba de señalar que deben esperar a «mi padre y a Priscilla»— y poco después los cuatro toman una senda más estrecha que atraviesa el camposanto hasta una puertecita situada frente a La Casa Roja. No vamos a seguirlos, porque, ¿no habrá quizás alguna otra persona entre los feligreses que se dispersan a quien nos gustaría ver de nuevo; personas que quizá no estén tan bien vestidas y a las que tal vez no reconozcamos con tanta facilidad como a los propietarios de La Casa Roja?

A Silas Marner, sin embargo, es imposible confundirlo. Sus grandes ojos castaños parecen haber alcanzado una visión más amplia, como suele suceder con quienes han sido miopes de jóvenes y tienen ahora una mirada menos vaga, más atenta; pero en todo lo demás se advierten signos de un organismo muy debilitado por los dieciséis años transcurridos. La inclinación de los hombros y los cabellos blancos le dan casi el aire de una persona de edad muy avanzada, aunque en realidad no pasa de los cincuenta y cinco; a su lado, en cambio, encontramos la flor más lozana de la juventud: una muchacha rubia de dieciocho años, con encantadores hoyuelos, que ha tratado en vano de reprimir sus cabellos rizados con el sombrero marrón, porque el pelo se le ondula con la obstinación de un riachuelo agitado por la brisa de marzo y, por detrás, los rizos han escapado al peine y aparecen por debajo del ala del sombrero. A Eppie le irrita la rebeldía de sus cabellos, porque no hay en Raveloe ninguna otra joven que tenga el pelo como ella, y piensa que sería conveniente que el suyo fuese liso. No le gusta que se le puedan hacer reproches ni siquiera en cosas pequeñas: véase, si no, con qué cuidado ha envuelto el devocionario con su pañuelo de lunares.

El joven apuesto, con un traje nuevo de fustán, que camina tras ella, no está del todo seguro de coincidir con los gustos de Eppie cuando se plantea el problema del cabello y piensa que, tal vez, en general, el pelo liso sea lo mejor, pero no desearía que el de Eppie fuese de otra manera. La joven adivina sin duda que tiene detrás a alguien que está pensando en ella de manera muy particular y que se arma de valor para colocarse a su lado tan pronto como lleguen al sendero, ya que, de lo contrario, ¿por qué tendría que parecer más bien tímida, y concentrar toda su atención en estar pendiente de Silas, su padre, a quien murmura sin descanso frases breves sobre quién estaba en la iglesia y quién no, y sobre la belleza del serbal de flores blancas que asoma por encima de la tapia de la rectoría?

—Me gustaría que tuviéramos un jardincito, padre, con margaritas dobles, como la señora Winthrop —dijo Eppie cuando ya estaban en el sendero—, pero dicen que hace falta cavar mucho y traer tierra nueva, y eso usted no lo podría hacer, ¿verdad que no? De todos modos, tampoco querría yo que lo hiciera, sería un trabajo demasiado duro.

—Sí, hija, claro que lo podría hacer si quieres tener un poco de jardín; cuando las tardes se alarguen podría trabajar y traer un poco de tierra, sólo lo suficiente para plantar un par de flores para ti; y luego, por la mañana, manejaría un poco la azada antes de sentarme al telar. ¿Por qué no me has dicho antes que querías un jardincito?

—Yo puedo cavar ese jardín para usted, señor Marner —dijo el joven con el traje de fustán, que ya se había colocado junto a Eppie y que se incorporó a la conversación sin la molestia de ningún preámbulo—. Será como un juego para mí después de mi trabajo diario, o incluso a ratos sueltos cuando tenga menos que hacer. Y le traeré buena tierra del jardín del señor Cass..., sé que me dará permiso, y con mucho gusto.

—Vaya, Aaron, ¿estás ahí, hijo mío? —dijo Silas—; no te había visto; y es que cuando Eppie me cuenta cosas, sólo atiende a lo que me dice. Bien, si me puedes ayudar en esa tarea, quizá podamos prepararle su poquito de jardín mucho antes.

—En ese caso, si le parece bien —dijo Aaron—, me pasaré esta tarde por La Cantera y decidiremos qué terreno vamos a utilizar; y a partir de ahora me levantaré una hora antes por la mañana y empezaré a trabajar.

—Pero sólo si usted, padre, me promete que no se ocupará de lo más duro —intervino Eppie—. Porque no debería haber dicho nada sobre este asunto —añadió, medio avergonzada, medio pícara—, aunque la señora Winthrop dijo que Aaron no tendría inconveniente en ayudar, y...

—Pues eso se te podía haber ocurrido sin necesidad de que te lo contara mi madre —dijo Aaron—. Y el señor Marnier también sabe, espero, que estoy capacitado y deseoso de trabajar para él, y no me hará el desaire de quitarme esa tarea de las manos.

—Ya lo oye, padre, sólo tendrá que trabajar en el jardín cuando esté hecho el trabajo duro —dijo Eppie—, y usted y yo podemos marcar los arriates, y hacer los agujeros y plantar los esquejes. Todo será mucho más agradable alrededor de nuestra casa cuando tengamos algunas flores, porque siempre pienso que las flores nos ven y saben de qué estamos hablando. Quiero tener romero y mejorana y tomillo, porque huelen muy bien; en cuanto al espliego, me parece que sólo lo he visto en los jardines de las familias más acomodadas.

—No hay razón para que tú no lo tengas también —dijo Aaron—, porque te puedo traer esquejes de cualquier cosa; no me queda más remedio que cortar muchísimos cuando trabajo en los jardines, y los tiro en su mayor parte. Hay un gran arriate de espliego en La Casa Roja: a la señora Cass le gusta mucho.

—Bien —dijo Silas con mucha seriedad—, siempre que no abuses para ayudarnos a nosotros, ni pidas nada que sea de mucho valor en La Casa Roja, porque el señor Cass ha sido muy bueno con nosotros, y nos ha construido la ampliación, y nos ha regalado camas y otras cosas, de manera que no me sería posible abusar de su amabilidad para cuestiones de jardín ni de ninguna otra cosa.

—No, no; no es ningún abuso —dijo Aaron—; no hay ningún jardín en toda la parroquia en el que no se desperdicie muchísimo por falta de alguien que pueda utilizarlo. Es lo que pienso a veces, porque si la tierra se aprovechara al máximo no habría nadie a quien faltaran alimentos, y estaría bien que ningún bocado dejase de encontrar el camino hasta alguna boca. Hace que uno se ponga a pensar en ello, hablo de la jardinería. Pero tengo que volverme, de lo contrario mi madre se preocupará al ver que no estoy con ella.

—Consigue que venga contigo esta tarde, Aaron —dijo Eppie—; no me gustaría decidir nada acerca del jardín sin que ella lo sepa todo desde el primer momento, ¿a usted tampoco, verdad que no, padre?

—Claro, ven con ella, si es posible, Aaron —dijo Silas—; seguro que hará

sugerencias que nos ayuden a disponerlo todo como es debido.

Aaron se dirigió de nuevo hacia el pueblo, mientras Silas y Eppie continuaban por la solitaria senda resguardada por un seto.

—¡Ah, papaíto! —empezó la joven, cuando no estuvieron más que ellos dos, agarrando el brazo de Silas y apretádoselo, al tiempo que saltaba a su alrededor y le daba un beso lleno de energía—. ¡Papaíto mío! ¡Qué contenta estoy! Creo que ya no querré nunca nada más cuando tenga ese jardín; y sé que Aaron se encargará de preparárnoslo —prosiguió, con un júbilo lleno de picardía—. Eso lo sé muy bien.

—No sé de dónde sacas tanta listeza —dijo Silas, mostrando en el rostro la suave satisfacción tranquila de la edad aureolada por el amor—; pero vas a quedar demasiado en deuda con Aaron.

—No, no, le aseguro que no —dijo Eppie, riendo y dando saltos—; a él le gusta.

—Vamos, vamos, deja que te lleve el devocionario, porque se te va a caer si sigues retozando de esa manera.

Eppie se dio cuenta de que su comportamiento estaba siendo observado, pero sólo se trataba de un amistoso pollino, que llevaba un tronco atado a una pata: un burro manso, nada desdeñosamente crítico de la frivolidad humana, sino agradecido cuando podía compartirla, si era posible, porque alguien le rascaba el hocico; y Eppie se apresuró a complacerlo como acostumbraba, lo que produjo el inconveniente de que el animal los siguiera, arrastrando el tronco penosamente, hasta la puerta misma de su casa.

Pero el sonido de unos agudos ladridos en el interior, al introducir Eppie la llave en la cerradura, cambió la opinión del asno, que procedió a alejarse cojeando sin necesidad de que nadie se lo pidiera. Los ladridos eran la señal del entusiasta recibimiento que les dispensaba un inteligente terrier de color castaño, que, después de bailar en torno a las piernas de sus amos de la manera más histérica posible, corrió emitiendo sonidos de preocupación hasta el gatito de color carey que estaba bajo el telar, y a continuación corrió de nuevo lanzando otra vez agudos ladridos como para decir «Me he portado como es debido con esta débil criatura, espero que os deis cuenta», mientras la señora madre del gatito —instalada en el alféizar de la ventana— calentaba al sol su blanco pecho, y miraba a su alrededor con el aire adormilado de quien espera caricias pero no se va a esforzar por conseguirlas.

La presencia de aquella alegre vida animal no era el único cambio que se había producido en el interior de la casa de piedra. No había ya una cama en el cuarto de estar, y su reducido espacio lo ocupaban muebles aceptables, todos lo bastante relucientes y limpios para satisfacer las exigencias de Dolly Winthrop. La mesa de roble y las sillas de la misma madera era poco probable que se encontraran en ninguna otra morada tan modesta: habían llegado, junto con las camas y otras cosas, enviadas por La Casa Roja; porque el señor Godfrey Cass, como todo el mundo sabía en el pueblo, se portaba muy bien con el tejedor; y no era más que pura justicia que quienes podían hacerlo considerasen y ayudaran a un hombre que había criado a una

huérfana, y que había sido padre y madre para ella, además de haber perdido todo su dinero, de manera que no disponía más que de su trabajo, semana a semana, trabajo que con el tiempo había empezado a escasear porque se hilaba menos lino, a lo que había que añadir que el señor Marnier ya no era demasiado joven. Nadie tenía celos del tejedor, porque se le consideraba una persona excepcional, cuyo derecho a la ayuda de sus vecinos estaba por encima del de cualquier otro habitante de Raveloe. Si sobrevivía alguna superstición relacionada con él, había adquirido una tonalidad completamente nueva, y el señor Macey, convertido ya en un anciano muy debilitado de ochenta y seis años, al que nunca se veía excepto en un rincón de su chimenea o sentado al sol en el umbral de su puerta, mantenía la opinión de que cuando un hombre hacía lo que Silas había hecho por una huérfana, eso era señal de que su dinero volvería a ver la luz, o al menos que el ladrón se vería obligado a responder de sus actos. Aquello era cosa segura, porque, como el señor Macey añadía en referencia a su propia persona, sus facultades le funcionaban tan bien como siempre.

Silas procedió a sentarse y contempló a Eppie con mirada satisfecha mientras la joven extendía sobre la mesa un mantel limpio y presentaba el pastel de patata que iba a ser su almuerzo, calentado despacio, a la manera segura de los domingos, ya que se colocaba en una olla vacía, sobre un fuego que se iba apagando lentamente, y que era el mejor sucedáneo de un horno. Porque Silas no había consentido nunca en añadir una rejilla y un horno a sus comodidades: sentía por su vieja chimenea de ladrillo el mismo cariño que había sentido por su vasija de arcilla y... ¿no estaba ya allí cuando encontró a Eppie? Los dioses del hogar todavía existen para nosotros; y más vale que los credos de nuevo cuño sean tolerantes con esos fetichismos, no sea que lastimen sus propias raíces.

Silas, que almorzó más en silencio que de ordinario, abandonó pronto cuchillo y tenedor y estuvo viendo, medio distraído, cómo Eppie jugaba con Snap y con el gato, por lo que el almuerzo de la joven se prolongó considerablemente. Era, sin embargo, un espectáculo que podía muy bien detener cualquier divagación: Eppie, con el resplandor ondulante de sus cabellos y la blancura de su barbilla redonda y de su garganta, destacada por el vestido azul marino de algodón, reía alegremente mientras el gatito se agarraba a su hombro con las uñas de las cuatro patas, como si se tratara del dibujo para el asa de una jarra, mientras Snap por la derecha y Puss, la gata, por la izquierda, alzaban la pata hacia un bocado que la joven mantenía fuera del alcance de los dos. Snap, de cuando en cuando, desistía para encararse con la gata con un convincente gruñido e indicarle la glotonería e inutilidad de su conducta; hasta que Eppie optó por terminar con aquella incertidumbre, acarició a los dos contendientes y dividió el bocado.

Poco después, al comprobar la hora que era, Eppie abandonó el juego y dijo:

—¡Papá, papá! Ya es hora de que salga usted al sol a fumar su pipa. Pero antes tengo que recoger, para que la casa esté limpia cuando se presente la madrina. Voy a darme prisa, no tardaré mucho.

Silas se había acostumbrado, durante los dos últimos años, a fumar una pipa todos los días dado que se lo habían recomendado con gran insistencia los entendidos de Raveloe, calificándola como una práctica «buena para los ataques»; y aquel consejo se había visto sancionado por el doctor Kimble, con el fundamento de que merecía la pena intentar todo lo que no hiciera daño, un principio responsable de una considerable parte de la actividad profesional en el consultorio del doctor. Silas no disfrutaba mucho fumando, y a veces se preguntaba por qué a sus vecinos les gustaba tanto el tabaco; pero, en la nueva personalidad que Silas había ido adquiriendo desde que encontró a Eppie junto a la chimenea, se había convertido en costumbre arraigada algo así como una humilde aceptación de lo que se le aseguraba que era bueno: no disponía de otra certeza a la que su espíritu desconcertado pudiera aferrarse para cuidar de aquella vida en agraz que se le había enviado desde la oscuridad en la que también su oro había desaparecido. Al buscar lo que Eppie necesitaba para salir adelante, al compartir el efecto que todas las cosas producían en ella, Silas mismo había llegado a apropiarse las costumbres y las creencias que servían de molde a la vida de Raveloe; y como, al despertarse de nuevo las sensibilidades, también se habían removido los recuerdos, Silas Marnier había empezado a reflexionar sobre los elementos de su antigua fe, y a fundirlos con sus nuevas impresiones, hasta recobrar una conciencia de unidad entre pasado y presente. El sentimiento de una bondad que todo lo gobierna y la confianza que acompaña a la verdadera paz y a la alegría le habían proporcionado una vaga impresión de que tenía que haberse producido algún error, alguna equivocación, que había arrojado aquella oscura sombra sobre los mejores años de su vida; y a medida que le resultaba más fácil sincerarse con Dolly Winthrop, fue comunicando de manera gradual a su benefactora todo lo que era capaz de describir de su vida anterior. La comunicación era por necesidad un proceso lento y difícil, porque la escasa capacidad de Silas para explicarse no encontraba ayuda en la habilidad interpretativa de Dolly, cuya reducida experiencia del mundo exterior no le proporcionaba clave alguna para explicar costumbres desconocidas, y convertía cualquier novedad en una fuente de asombro que los detenía en cada etapa de la narración. Fue sólo de manera fragmentaria, y con intervalos que permitieron a Dolly disponer de tiempo para asimilar lo que había oído y familiarizarse con ello, como Silas llegó por fin al punto culminante de su triste historia: el recurso al juicio de Dios, que había consistido en echar suertes, confirmando con ello el falso testimonio que había servido para condenarlo; y aquel episodio tuvo que repetirlo en varias entrevistas, con nuevas preguntas por parte de Dolly sobre la naturaleza de aquel método para descubrir al culpable y absolver al inocente.

—Y la de ustedes era la misma Biblia, de eso está seguro. La Biblia que trajo usted de aquella tierra, ¿es la misma que tienen aquí en la iglesia y con la que Eppie está aprendiendo a leer?

—Sí —dijo Silas—; exactamente igual, y también se echan suertes en la Biblia, téngalo presente —añadió, bajando la voz.

—Vaya, vaya —respondió Dolly, con entonación dolorida, como si acabara de oír un informe desfavorable sobre la situación de un enfermo. Después de guardar silencio durante unos minutos, volvió a hablar—: Hay gente sabia, de eso no cabe duda, que está al tanto de todo; el párroco es una de esas personas, estoy convencida; pero se necesitan palabras muy importantes para decir esas cosas, tanto que los pobres no están en condiciones de entender casi nada. Nunca sé exactamente el significado de lo que oigo en la iglesia, tan sólo un poco aquí y allá, pero sé que son palabras buenas... No me cabe la menor duda. Aunque para usted es un peso insoportable lo siguiente: si *Aquéllos que están arriba* se hubieran portado bien con usted, no habrían permitido nunca que lo despidieran como si fuese un ladrón de la peor especie cuando en realidad era inocente.

—¡Ah! —dijo Silas, que, para entonces, había llegado a entender ya la fraseología de Dolly—; eso fue lo que cayó sobre mí como si me marcaran con un hierro al rojo vivo, porque, dese usted cuenta, no había nadie que me defendiera ni que me fuese fiel ni en el cielo ni en la tierra. Y aquél con quien lo había compartido todo durante diez años o más, desde que éramos niños y todo lo hacíamos a medias, mi amigo íntimo en el que confiaba por completo, alzó su mano contra mí y conspiró para destruirme.

—Sí, pero era una mala persona, no me parece posible que haya otro como él —dijo Dolly—. De todos modos me siento abrumada, señor Marner; es como si al despertarme no supiera si es de día o de noche. Con todo y con eso, estoy tan convencida de que hubo algo bueno en lo que le sucedió, si se sabe interpretarlo, como cuando guardo algo pero después no soy capaz de encontrarlo; y no tenía usted motivo para desanimarse tanto como se desanimó. Pero volveremos a hablar de ello; porque algunas cosas se me aclaran en la cabeza cuando estoy aplicando sanguijuelas o poniendo cataplasmas y cosas por el estilo, y es que sólo soy capaz de pensar cuando estoy haciendo algo.

Dolly era una mujer tan llena de ocupaciones que disponía de muchísimas oportunidades de iluminación de la clase a la que había aludido, y antes de que pasara mucho tiempo volvió a tratar de aquel tema con Silas.

—Señor Marner —dijo un día que se presentó en la casa de La Cantera con la ropa de Eppie recién lavada—, he pasado mucho tiempo preocupadísima con el problema de usted y con la costumbre de echar suertes para conocer el juicio de Dios; y confieso que se me retorció hacia adelante y hacia atrás, y no sabía por qué lado empezar. Pero de pronto fue como si todo se me aclarase la noche que estuve cuidando a la pobre Bessy Fawkes, que ya se ha muerto y ha dejado huérfanos, Dios los ayude... se me apareció tan claro como la luz del día; pero en cuanto a si podré seguir viéndolo ahora o si, todavía más difícil, voy a conseguir explicarlo con mi lengua, eso sí que no lo sé. Porque a menudo hay cosas en mi interior que no llegan a salir fuera; y por lo que usted dice cuando habla de la gente de la tierra en la que vivió, que nunca repetía oraciones aprendidas de memoria, ni sacadas de un libro, eso

es señal de que debían de ser de lo más inteligente; porque si yo no supiera el padrenuestro y los trozos de oraciones que soy capaz de llevar a la iglesia conmigo, podría pasarme de rodillas toda la noche sin llegar a decir nada.

—Pero la mayor parte de las veces dice usted cosas que entiendo perfectamente, señora Winthrop —protestó Silas.

—Bien, señor Marnar, en ese caso déjeme decirle que como yo lo veo es de la siguiente manera: no consigo explicarme la costumbre de echar suertes ni la respuesta equivocada; quizá haría falta el párroco para entenderlo, y sólo nos lo podría decir con palabras que se saldrían de lo corriente. Pero lo que vi con tanta claridad como con luz del día fue algo que pensé mientras me ocupaba de la pobre Bessy Fawkes, y es una cosa que siempre se me viene a la imaginación cuando me compadezco de la gente, y siento que no puedo hacer nada por ayudarlos, ni aunque me levante a mitad de la noche, y entonces se me ocurre que *Los de arriba* han de tener un corazón mucho más tierno que nosotros, porque es imposible que yo sea mejor que *Aquéllos* que me han hecho; y que si algo se me presenta como muy duro, es porque hay cosas que yo no sé; y si vamos a eso, tiene que haber muchísimas cosas de las que no sé nada, porque conocer, conocer, conozco muy poco, ésa es la pura verdad. De manera que mientras estaba pensando en eso, se me presentó usted en la cabeza, señor Marnar, y todo me vino muy deprisa: si yo sentía en mi interior qué era lo verdadero y lo justo en lo que a usted se refiere, y también para los que rezaban y echaban suertes, todos menos aquel hombre perverso; si *ellos* se hubieran portado con usted como es debido si hubieran podido, ¿no debemos pensar que ha sido ésa la voluntad de *Aquéllos* que nos han creado, y saben más y tienen una voluntad más poderosa? Y eso es lo único sobre lo que se puede llegar a tener seguridad, y todo lo demás para mí es un gran rompecabezas cuando me pongo a pensar. Porque también a nosotros nos han atacado las fiebres, que se llevaron a los adultos y dejaron a niños indefensos; y están los que se rompen los brazos o las piernas; y los que se portan como es debido y practican la sobriedad y tienen que soportar a los que hacen lo contrario... Sí; siempre hay problemas en este mundo, y hay cosas que nunca se consigue que se arreglen. Y todo lo que podemos hacer es tener confianza, señor Marnar; hacer lo que esté bien en la medida en que podamos y confiar. Porque si nosotros que sabemos tan poco llegamos a ver un poco de bien y de justicia, podemos estar seguros de que hay un bien y una justicia mucho mayores de lo que sabemos: siento en mi interior que tiene que ser así. Y si usted hubiera podido seguir adelante sin perder la confianza, no se habría alejado de su prójimo, quedándose tan solo como se quedó.

—Sí, pero eso habría sido muy duro —dijo Silas, en voz muy baja—, hubiese sido muy duro confiar en ellos.

—Por supuesto que sí —dijo Dolly, casi avergonzada—; cosas como ésas es más fácil decir las que hacerlas, y casi siento haber hablado.

—No, no —dijo Silas—; está usted en lo cierto, señora Winthrop, tiene usted toda

la razón. Hay bondad en este mundo; ahora también lo siento yo; y eso permite entender a un hombre que hay más cosas buenas de las que una persona está en condiciones de ver, a pesar de las dificultades y de la maldad de algunos. Cuando echaron suertes en Lantern Yard, aquello fue una porción de oscuridad; pero se me envió a la niña: está claro que se nos tiene en cuenta de algún modo, sin duda se nos tiene en cuenta.

El diálogo entre Silas y Dolly tuvo lugar en los años todavía infantiles de Eppie, cuando el tejedor se separaba de ella dos horas todos los días para que pudiera aprender a leer en la escuela del pueblo, después de que él hubiera tratado en vano de guiarla en aquel primer paso de su instrucción. Ahora que Eppie ya era una persona mayor, Silas se había sentido inclinado, en los momentos de plácida comunicación que encuentran las personas que viven juntas en un amor perfecto, a hablar también con *ella* del pasado, y de cómo y por qué había vivido una vida de soledad hasta que la niña le fue enviada. Porque le hubiera sido imposible ocultarle a Eppie que no era hija suya: incluso aunque en presencia de la niña cupiera esperar una delicada reserva por parte de los chismosos de Raveloe, con el transcurrir de los años no se hubieran podido eludir las preguntas acerca de su madre sin una total ocultación del pasado, lo que habría supuesto una dolorosa barrera entre los dos. De manera que Eppie supo muy pronto que su madre había muerto sobre la nieve y que a ella Silas la había encontrado junto a la chimenea, y cómo creyó que sus rizos dorados eran las guineas perdidas y milagrosamente recuperadas. El tierno y singular cariño con que Silas la había criado sin casi perderla nunca de vista, ayudado por el aislamiento de su casa, había protegido a la pequeña de las influencias desmoralizadoras de las costumbres y comadreo del pueblo, y la había mantenido en la sencillez que a veces, y falsamente, se supone atributo invariable de la rusticidad. El amor perfecto tiene un soplo de poesía que puede convertir en exaltantes las relaciones de los seres humanos menos instruidos, y ese soplo de poesía había rodeado a Eppie desde el instante en que empezó a seguir el resplandor que le hacía señas desde el hogar de Silas, de manera que nada tiene de sorprendente si, en otras cosas además de por su delicada belleza, no era en absoluto una doncella pueblerina vulgar y corriente, sino una criatura poseedora de un toque de distinción y de intensidad en las emociones que procedía de las enseñanzas de un sentimiento tiernamente alimentado y nunca menoscabado. Eppie era demasiado infantil y sencilla para que su imaginación se entretuviera en preguntas sobre su desconocido padre; durante mucho tiempo ni siquiera se le ocurrió que le correspondiera haberlo tenido; y la primera vez que aquella idea se le presentó fue cuando Silas le enseñó la alianza retirada de la mano materna y conservada cuidadosamente en una cajita lacada con forma de zapato. El tejedor se la entregó cuando Eppie se hizo mayor, y la joven la abría con frecuencia para contemplar la alianza, si bien apenas pensaba en el padre del que era símbolo. ¿No tenía otro padre bien cercano, que la quería más de lo que cualquier padre carnal de los que vivían en el pueblo parecía querer a sus hijas? Las preguntas, en cambio, sobre quién era su

madre, y cómo había llegado a morir tan desamparada, se presentaban con frecuencia, insistentes, en su imaginación. Su trato con la señora Winthrop, que era su amiga más íntima después de Silas, le hacía comprender que una madre tenía que ser algo valiosísimo, y una y otra vez le había pedido a Silas que le contara el aspecto que tenía la suya, a quién se parecía, y cómo, llevado hasta allí por las huellas y los brazos extendidos de la niña, la había encontrado recostada sobre el matorral de aulaga. Aquel matorral de aulaga aún seguía en su sitio; y aquella tarde, cuando Eppie salió con Silas a tomar el sol, fue la primera cosa en que se posaron sus ojos y que se apoderó de sus pensamientos.

—Padre —dijo, con un tono de amable seriedad que a veces se presentaba como una melodía más triste y lenta en medio de su habitual alegría—, deberíamos traer el matorral de aulaga a nuestro jardín; lo pondremos en una esquina, y a su alrededor plantaré campanillas y azafrán de primavera, porque Aaron dice que no sólo no desaparecen, sino que cada vez se reproducen más.

—Cierto, hija mía —asintió Silas, siempre muy dispuesto a hablar cuando empuñaba la pipa, disfrutando más, al parecer, con las pausas que con las bocanadas de humo—, no podemos dejar fuera el matorral de aulaga; y, en mi opinión, no hay nada más bonito cuando se llena de flores amarillas. Pero acabo de caer en la cuenta de que tendremos que construir una cerca..., tal vez Aaron pueda ayudarnos a encontrar la solución, porque la cerca la necesitaremos, de lo contrario los borricos y otros animales entrarán y lo pisotearán todo. Y los materiales para una cerca no se consiguen fácilmente, por lo que tengo entendido.

—Escuche lo que se me ha ocurrido —dijo Eppie, uniendo las manos de repente después de pensar unos instantes—. Hay montones de piedras sueltas por los alrededores, y algunas de ellas no son grandes, de manera que podemos colocarlas unas encima de otras y hacer una tapia. Usted y yo acarreamos las más pequeñas, y Aaron se ocupará del resto, sé que lo hará.

—Querida mía —respondió Silas—, no hay piedras suficientes para hacer un muro completo; y en cuanto a cargar tú con ellas, vamos, con esos bracitos tuyos no podrás acarrear una piedra más grande que un calabacín. Eres una criatura delicada, cariño mío —añadió, con entonación llena de ternura—, eso es lo que dice la señora Winthrop.

—No, no; soy más fuerte de lo que usted cree, padre —dijo Eppie—; y si no hubiera piedras suficientes para toda la cerca, por lo menos haríamos una parte, y luego sería más fácil conseguir troncos y otros materiales para el resto. Mire allí, alrededor del pozo más grande de La Cantera, ¡cuantísimas piedras hay!

La joven apresuró el paso, camino del pozo, con intención de alzar una de las piedras y hacer una exhibición de fuerza, pero enseguida se dio la vuelta sorprendida.

—Padre, venga a ver —exclamó—; fíjese cómo ha bajado el nivel del agua desde ayer. ¡Vaya! ¡Ayer el pozo estaba completamente lleno!

—Tienes toda la razón —dijo Silas, acercándose hasta donde Eppie se había

detenido—. Ahora que me acuerdo, eso es que ya han empezado a drenar las tierras del señor Osgood: iban a hacerlo cuando terminaran de recoger la cosecha. El capataz me lo dijo el otro día, cuando pasé por donde estaban ellos. «Señor Marner —me dijo —, no me extrañaría que dejáramos su trozo de erial tan seco como un hueso.» Es cosa del señor Godfrey Cass, dijo, que después de comprarle esos campos al señor Osgood ha decidido drenarlos.

—¡Qué extraño va a parecer que esté seco el viejo pozo! —dijo Eppie, antes de darse la vuelta y de agacharse para recoger una piedra bastante grande—. ¿Ve usted, padre? La llevo sin dificultad —añadió, dando unos cuantos pasos con mucha energía, pero dejándola caer acto seguido.

—Más fuerte de lo que yo creo, ¿eh? —dijo Silas, mientras Eppie agitaba los brazos doloridos y reía—. Ven, ven, vamos a sentarnos junto a aquel portillo, y a olvidarnos de levantar piedras. Te podrías hacer daño, hija mía. Vas a necesitar a alguien que trabaje para ti..., y tampoco mis brazos dan para mucho.

Silas pronunció aquella última frase despacio, como si implicara más que su estricto significado; y Eppie, cuando se sentaron en el suelo, se acurrucó a su lado y, apoderándose tiernamente de uno de aquellos brazos que ya no daban para mucho, se lo colocó sobre el regazo, mientras Silas aspiraba de nuevo con diligencia el humo de la pipa, con la que mantenía ocupada la otra mano. Un fresno, parte del seto que tenían detrás, creaba una agitada barrera contra el sol, y arrojaba agradables y juguetonas sombras a su alrededor.

—Padre —dijo Eppie, muy dulcemente, después de que hubieran pasado en silencio unos breves minutos—, si me casara, ¿debería hacerlo con la alianza de mi madre?

Silas se sobresaltó de manera casi imperceptible, aunque la pregunta coincidía con el trasfondo de sus pensamientos, y luego dijo, con voz apenas audible:

—¿Cómo, Eppie, es que has estado pensando en eso?

—Sólo esta última semana —dijo Eppie con total candidez—; desde que Aaron me habló de ello.

—¿Y qué es lo que te dijo? —preguntó Silas, siempre en voz muy baja, como si no quisiera de ningún modo incurrir en la más mínima entonación que no respetara los deseos de la joven.

—Dijo que le gustaría casarse, porque está a punto de cumplir veinticuatro años y porque ahora que el señor Mott se ha retirado tiene mucho trabajo de jardinería; que va dos veces por semana a La Casa Roja y una al jardín del señor Osgood, y que también le van a dar trabajo en la rectoría.

—¿Y quién es la joven con quien se quiere casar? —dijo Silas con una sonrisa más bien triste.

—La joven soy yo, claro está —dijo Eppie, con una risa que hizo resaltar sus encantadores hoyuelos, mientras besaba a su padre en la mejilla—; ¡no pensarás que se le iba a ocurrir casarse con otra!

—Y tú estás de acuerdo, ¿no es eso? —preguntó Silas.

—Sí, más adelante —dijo Eppie—. No sé cuándo. Todo el mundo acaba casándose, dice Aaron. Pero yo le contesté que eso no era cierto, porque, dije, no tienes más que fijarte en mi padre, que no se ha casado nunca.

—Así es, hija mía —dijo Silas—; tu padre fue un solitario hasta que apareciste tú.

—Pero nunca volverá a estar solo, padre —protestó Eppie con gran ternura—. Eso fue lo que dijo Aaron: «Nunca se me ocurriría separarte del señor Marner, Eppie». Y yo respondí: «No te serviría de nada si lo intentaras». Quiere que vivamos los tres juntos, de manera que usted no tenga necesidad de trabajar ni un poco, padre, y sólo haga cosas que le resulten placenteras; y añadió que se portaría tan bien con usted como si fuera su hijo, eso fue lo que dijo.

—¿Y a ti te gustaría, Eppie? —preguntó Silas, mirándola.

—No me importaría —dijo Eppie, con toda sencillez—. Y me gustaría arreglar las cosas para que usted no tenga que trabajar mucho. Pero si no fuera por eso, casi preferiría que no cambiara nada. Soy muy feliz: me gusta que Aaron me quiera, y que venga a vernos con frecuencia, y que se porte bien con usted; siempre se porta bien con usted, ¿verdad que sí, padre?

—Sí, hija mía, nadie se podría portar mejor —dijo Silas, con gran convicción—. Es el hijo de su madre.

—Pero por mi parte no quiero ningún cambio —dijo Eppie—. Me gustaría seguir mucho, muchísimo tiempo, tal como estamos ahora. Aaron es el que quiere cambiar; y me ha hecho llorar un poco, sólo un poco, porque dijo que no lo quiero, y que si lo quisiera, desearía que nos casáramos, como le pasa a él.

—Querida niña mía —dijo Silas, dejando la pipa, como si fuera inútil fingir por más tiempo que todavía fumaba—, eres demasiado joven para casarte. Le preguntaremos a la señora Winthrop, le preguntaremos a la madre de Aaron lo que piensa: si hay una manera correcta de actuar, ella sabrá encontrarla. Porque hay algo en lo que no queda más remedio que pensar, Eppie: las cosas *cambiarán*, tanto si nos gusta como si no; las cosas no seguirán durante mucho tiempo tal como están ahora y sin ninguna diferencia. Yo me haré más viejo y más inútil y seré una carga para ti, es lo más probable, o me perderás definitivamente. No quiero decir que tú me veas como una carga, sé que eso no sucederá, pero sería duro para ti; y cuando pienso en ese futuro, me gustaría saber que tendrás a alguien más y no sólo a mí, alguien joven y fuerte que viva incluso más que tú y cuide de ti hasta el final. —Silas hizo un pausa y, con las muñecas apoyadas en las rodillas, movió las manos arriba y abajo de manera meditativa mientras miraba al suelo.

—Entonces, ¿le gustaría que me casara, padre? —dijo Eppie, con un ligero temblor en la voz.

—No seré yo quien diga no —afirmó Silas con gran énfasis—; pero se lo preguntaremos a tu madrina. La señora Winthrop ha de querer lo mejor para ti y también para su hijo.

—Pues están llegando en este momento —dijo Eppie—. Vamos a salirles al encuentro. ¡Vaya, la pipa! ¿No tendría usted que volver a encenderla, padre? —dijo Eppie, alzando del suelo aquel supuesto instrumento medicinal.

—No, hija mía —dijo Silas—. Ya he fumado bastante por hoy. Pudiera ser, en mi opinión, que, de una sola vez, me sea más beneficioso un poco que mucho.

Capítulo XVII

Mientras bajo las cambiantes sombras de las ramas del fresno Silas y Eppie hablaban junto al portillo, la señorita Priscilla Lammeter rechazaba los razonamiento de su hermana a favor de tomar el té en La Casa Roja y de permitir que su padre disfrutara de una larga siesta, en lugar de volver a su casa inmediatamente después de la comida. El grupo familiar (formado tan sólo por cuatro personas) estaba sentado alrededor de la mesa en el oscuro salón con revestimiento de madera. Tenían ante ellos el postre dominical de avellanas, manzanas y peras, que Nancy se había encargado de adornar con hojas antes de que las campanas los llamaran a la iglesia.

Un gran cambio se había producido en el salón desde que lo conocimos en los días en que Godfrey aún estaba soltero, y cuando todavía reinaba en él —aunque ausente su esposa desde hacía años— el antiguo terrateniente. Ahora todo estaba brillante, y nunca se permitía que el polvo del día anterior se depositara sobre ningún objeto, desde las tablas de roble en el suelo más allá de la alfombra hasta la escopeta, las fustas y los bastones del padre de Godfrey, ordenados sobre la cornamenta del ciervo, encima de la repisa de la chimenea. Aunque Nancy había traído a La Casa Roja el hábito de la reverencia filial, y conservaba debidamente, en un lugar de honor, las reliquias del difunto padre de su marido, todos los demás recordatorios de ocupaciones deportivas y de vida al aire libre los había trasladado a otra habitación. Los pichelos seguían sobre el aparador, pero nadie utilizaba la plata grabada, que permanecía intacta, y no había por tanto heces que despertaran desagradables sugerencias: el único aroma destacado provenía del espliego y de los pétalos de rosas que llenaban los jarrones de cristal de Derbyshire. Todo era pureza y orden en aquella habitación, sombría en otro tiempo, dado que, quince años antes, un espíritu nuevo había tomado posesión de ella.

—Vamos a ver, padre —dijo Nancy—, ¿hay alguna necesidad de que vuelva usted a casa para tomar el té? ¿No se podría quedar aquí con nosotros? Parece que la tarde va a ser muy hermosa.

El anciano caballero había estado hablando con Godfrey del aumento del impuesto para atender a los pobres y de los tiempos difíciles que atravesaban, y no había oído el diálogo entre sus hijas.

—Querida mía, pregúntale a Priscilla —dijo con voz bastante quebrada ya, aunque hubiera sido muy enérgica en otro tiempo—. Es ella quien me gobierna, al igual que gobierna la granja.

—Y hay muy buenas razones para que lo haga, padre —dijo Priscilla—, porque si de usted dependiera se dejaría morir de reumatismo. En cuanto a la granja, si algo sale mal, como no puede por menos de suceder en los tiempos que corren, no hay nada que desagrade tanto a un hombre como no tener nadie a quien echarle la culpa. Sin duda la mejor manera de ser amo es permitir que otro dé las órdenes, y estar en condiciones de poder reñirle. Son muchos, creo yo, los que se han salvado así de una

apoplejía.

—Bien, bien, querida mía —dijo el señor Lammeter con una risa tranquila—. No he dicho que no gobiernes para bien de todos.

—En ese caso, gobierna de manera que os quedéis para tomar el té, Priscilla —dijo Nancy, poniendo afectuosamente la mano en el brazo de su hermana—. Ven conmigo, anda, y daremos una vuelta por el jardín mientras nuestro padre se echa la siesta.

—Mi querida niña, se echará una siesta maravillosa en la calesa, porque seré yo quien conduzca. En cuanto a quedarnos para el té, no quiero ni oír hablar de ello, porque la chica que ahora ordeña las vacas sabe ya que se va a casar a finales de septiembre, y hay tantas posibilidades de que vierta la leche recién ordeñada en el comedero de los cerdos como en los cántaros. Eso es lo que les acaba por pasar a todas: como si pensarán que el mundo se va a hacer de nuevo porque a ellas les toque casarse. Así que déjame que me ponga el sombrero, y verás cómo aún tenemos tiempo de pasear por el jardín mientras enganchan el caballo.

De manera que las hermanas iniciaron un recorrido por los senderos cuidadosamente barridos del jardín, senderos que atravesaban el césped luminoso, en agradable contraste con los conos oscuros, los arcos y los setos, semejantes a muros, que formaban los tejos.

—Estoy más que contenta —dijo Priscilla— de que tu marido haya hecho ese trueque de tierras con el primo Osgood y empiece a trabajar con vacas lecheras. Es una verdadera pena que no lo hicierais antes, porque así tendréis la cabeza más ocupada. No hay nada como una granja si la gente quiere trabajar un poco para que los días pasen más deprisa. Porque en cuanto a sacar brillo a los muebles, una vez que consigues verte la cara reflejada en una mesa, ya no se puede ir mucho más allá; pero siempre hay algo nuevo cuando se tiene una granja, porque incluso en lo más crudo del invierno se encuentra placer en pelearse con la mantequilla y en conseguir que salga bien, tanto si quiere como si no quiere. Querida mía —añadió Priscilla, apretando afectuosamente la mano de su hermana mientras caminaban una al lado de la otra—, no te deprimirás nunca cuando tengas una granja.

—No, Priscilla —dijo Nancy, devolviendo la presión de la mano con una mirada agradecida de sus ojos serenos—, pero eso no será suficiente para Godfrey: una granja es poca cosa para un hombre. Y sólo me preocupa descubrir qué cosas le interesan. A mí me satisfacen las cosas buenas que tenemos, pero hace falta que también le satisfagan a él.

—Me saca de quicio —dijo Priscilla llena de ímpetu— la manera de ser de los hombres, siempre queriendo más y más y nunca en paz con lo que tienen: incapaces de sentarse cómodamente en su sillón cuando no les duele nada ni tienen ningún achaque, no señor: se tienen que meter una pipa en la boca para sentirse mejor que bien, o han de consumir una bebida poderosa, aunque se vean forzados a darse mucha prisa porque llega enseguida otra comida más. Aunque hay que decirlo con alegría,

nuestro padre no ha sido nunca de esa clase de hombres. Y si a Dios le hubiera parecido bien hacerte fea, como a mí, de manera que los hombres no hubieran corrido detrás de ti, podríamos haber mantenido nuestra propia familia, sin tener nada que ver con gente por cuyas venas corre sangre intranquila.

—No digas eso, Priscilla —protestó Nancy, arrepentida de haber provocado aquel estallido—; no hay ninguna razón para quejarse de Godfrey. Es natural que se sienta frustrado por no tener hijos: a todos los hombres les gusta saber que trabajan y que ahorran para alguien, y él siempre contaba con ocuparse de ellos mientras fuesen pequeños. Hay otros muchos hombres que estarían más desconsolados. Te aseguro que es el mejor de los maridos.

—Sí, sí, lo sé —dijo Priscilla, sonriendo sarcástica—; sé cómo son las esposas, que te empujan para que hables mal de sus maridos y luego se vuelven contra ti y los alaban como si quisieran venderlos. Pero nuestro padre debe de estar esperándome; tenemos que volver.

La amplia calesa, tirada por el tranquilo rucio de muchos años, estaba delante de la puerta, y el señor Lammeter ocupaba ya los escalones de piedra de la entrada e insistía en recordar a Godfrey las excelentes cualidades de Speckle cuando su dueño lo montaba.

—Siempre he tenido caballos buenos, ¿sabes? —dijo el anciano caballero, poco dispuesto a que aquella época tan llena de vida se borrara por completo de la memoria de los más jóvenes.

—No se olvide de llevar a Nancy a Las Madrigueras antes de que termine la semana, señor Cass —fue la última súplica de Priscilla mientras se apoderaba de las riendas y las agitaba suavemente, a modo de amistoso estímulo para que Speckle se pusiera en movimiento.

—Nancy, voy a salir a darme una vuelta por los campos que están junto a La Cantera y a ver cómo marcha el drenaje —dijo Godfrey.

—¿Estarás de vuelta para la hora del té, querido?

—Sí, sí, claro; no me llevará más de una hora.

Los domingos por la tarde Godfrey tenía por costumbre dedicarse un poco a la agricultura contemplativa dando un paseo sin prisas. Nancy raras veces lo acompañaba, porque las mujeres de su generación —a no ser que, como Priscilla, llevaran la gestión de sus propiedades— no eran muy dadas a pasear más allá de su casa y de su jardín, ya que encontraban que las tareas domésticas les proporcionaban ejercicio suficiente. De manera que si Priscilla no le hacía compañía, se sentaba de ordinario con la edición de la Biblia comentada por el obispo Mant y, después de leer durante unos minutos, permitía gradualmente que su mirada se apartara del texto mientras dejaba que sus pensamientos siguieran la dirección que ya habían insistido en tomar.

Aunque también es cierto que los pensamientos dominicales de Nancy raras veces estaban en completo desacuerdo con la intención devota y reverente implícita en el

libro que mantenía abierto delante de ella. Pese a carecer de la formación teológica necesaria para discernir con claridad la relación entre los sagrados documentos del pasado que ella consultaba sin método alguno y su vida personal, oscura y sencilla, el espíritu de rectitud y el sentido de responsabilidad relacionado con las consecuencias de su conducta sobre otros —elementos muy importantes en el carácter de Nancy— habían convertido en hábito escudriñar tanto sus acciones como sus sentimientos con solicitud y sentido autocrítico. Dado que los temas que se presentaban en su cabeza no eran muchos, llenaba los momentos desocupados viviendo de nuevo, una y otra vez, todo lo que recordaba de sus experiencias pasadas, sobre todo durante los quince años de vida matrimonial, los años en que su existencia y la significación de esa existencia habían adquirido un valor doble. Recordaba los pequeños detalles, las palabras, los tonos de voz y las miradas en las escenas críticas que habían abierto para ella una nueva época al permitirle una percepción más honda de las relaciones y de los padecimientos de la vida, o que le habían exigido algún pequeño esfuerzo de tolerancia, o de dolorosa adhesión a un deber imaginario o real, preguntándose continuamente si su conducta había sido en algún aspecto reprobable. Tan excesiva cavilación y personal cuestionamiento es quizás un hábito morboso irremediable en un espíritu de gran sensibilidad moral cuando queda privado en gran parte de cualquier actividad externa y carece de exigencias concretas sobre sus afectos, algo inevitable en una mujer de corazón noble y sin hijos cuando su campo de acción se reduce mucho. «Es muy poco lo que puedo hacer, pero eso que puedo ¿lo he hecho bien?» Ese pensamiento se repite sin tregua; y no existen voces que la llamen para apartarla de ese soliloquio, ni exigencias perentorias que desvíen energías de los vanos arrepentimientos o de los escrúpulos superfluos.

Existía un hilo básico de dolorosa experiencia en la vida de casada de Nancy, y con él se enlazaban ciertas escenas profundamente sentidas, que eran las que con más frecuencia revivía de manera retrospectiva. En aquella concreta tarde de domingo, el breve diálogo con Priscilla en el jardín había determinado la corriente de los recuerdos en una dirección muchas veces seguida. La primera desviación de sus pensamientos del texto que tenía ante los ojos, y que Nancy, diligente, todavía intentaba seguir leyendo en silencio, la condujo a una ampliación imaginaria de la defensa de su marido contra las implícitas críticas de Priscilla. La reivindicación del objeto amado es el mejor bálsamo que encuentra el afecto para curar sus heridas: «Un hombre tiene muchas cosas en la cabeza» es la creencia con la que una esposa mantiene a menudo una expresión alegre a pesar de las respuestas desabridas y de las palabras llenas de dureza. Y las heridas más profundas de Nancy procedían todas de que su marido sentía la ausencia de hijos en su hogar como una privación a la que no conseguía resignarse.

Cabría sin embargo haber considerado normal que la dulce Nancy sintiera con más intensidad que su marido la falta de una descendencia que había deseado con toda su alma y que había sido objeto de anhelantes expectativas y de variados

preparativos, solemnes y también triviales, que llenan el alma de una mujer amante cuando confía en llegar a ser madre. ¿No tenía un cajón lleno con los primorosos trabajos de sus manos, todos sin usar, todos intactos, tal como los había colocado allí catorce años antes, con la excepción de un trajecito, convertido en mortaja? Pero pese a aquella tragedia personal, Nancy estaba tan poco dispuesta a quejarse que de un día para otro había renunciado, años atrás, a la costumbre de visitar aquel cajón, para evitar así que estuviera valorando en exceso la nostalgia por algo que no se le había concedido.

Quizás era aquella severidad hacia cualquier indulgencia con lo que, en su caso, consideraba un pesar pecaminoso lo que hacía que rehuyera aplicar sus normas personales a Godfrey. «Es muy distinto, es mucho peor para un hombre verse decepcionado de esa manera: una mujer puede siempre encontrar satisfacción consagrándose a su marido, pero un hombre quiere algo que le haga mirar decididamente hacia el futuro... porque quedarse sentado junto al fuego es mucho más aburrido para él que para una mujer.» Y siempre, cuando Nancy llegaba a aquel punto en sus meditaciones —tratando, con simpatía decidida de antemano, de verlo todo como Godfrey lo veía—, se producía una repetición de la pregunta inevitable. ¿Había hecho todo lo que estaba en su mano para aligerar el sentimiento de privación de Godfrey? ¿De verdad había tenido razón en una resistencia que tanto dolor le había causado seis años atrás, y de nuevo dos años más tarde? Nancy había rechazado el deseo de su marido de recurrir a una adopción, algo que estaba mucho más alejado de las ideas y de las costumbres de aquella época que de la nuestra; la opinión de Nancy, por otra parte, era sumamente precisa. Consideraba necesario tener ideas bien formadas sobre todos los temas (aparte de los exclusivamente masculinos) que se presentaban a su atención, de la misma manera que consideraba necesario disponer de un lugar establecido con toda precisión para sus objetos personales; y sus opiniones se convertían en normas, de acuerdo con las cuales había que actuar sin vacilación alguna. Eran firmes, no en razón de su fundamento, sino porque Nancy las mantenía con una tenacidad inseparable de la actividad de su espíritu. En todos los deberes y normas de la vida, desde el amor filial hasta los detalles de su arreglo personal para la cena, Nancy Lammeter ya disponía de un pequeño código inalterable para la época en que cumplió los veintitrés años, y todas sus costumbres estaban en estricto acuerdo con él. Aquellos juicios tan claros Nancy los llevaba en su interior de la más discreta de las maneras: se enraizaban en su espíritu y crecían allí tan silenciosamente como la hierba. Años atrás, como ya sabemos, había insistido en vestirse como Priscilla, porque «era bueno que las hermanas se vistieran igual» y porque «estaba decidida a hacer lo que debía aunque tuviera que ponerse un vestido de color queso». Era aquél un ejemplo trivial, pero típico, de la manera en que se regulaba la vida de Nancy.

Había sido uno de aquellos rígidos principios, y no un mezquino sentimiento egoísta, el fundamento de la ardua resistencia de Nancy a los deseos de su marido. Recurrir a la adopción porque no se han tenido hijos propios suponía tratar de elegir

el propio destino a pesar de la decisión en contra de la Providencia: el hijo adoptado, Nancy estaba convencida, nunca resultaría bien, y sería una maldición para aquellos que de manera caprichosa y rebelde buscaban lo que, con toda claridad, por alguna razón superior, era mejor que no tuvieran. Cuando quedaba claro que una cosa no tenía que ser, decía Nancy, era un deber ineludible renunciar incluso a desearla. Y hasta ahí, quizá, ni los hombres más sabios podrían apenas hacer otra cosa que expresar en mejores términos el principio de Nancy. Sin embargo, las condiciones que la llevaban a considerar evidente que una cosa no tenía que ser dependían de una manera de pensar bastante más peculiar. Habría dejado de hacer una compra en un determinado sitio si, en tres ocasiones sucesivas, la lluvia, o alguna otra causa de origen celestial, hubiera creado un obstáculo; y habría temido la rotura de un brazo o de una pierna o alguna otra grave desgracia para cualquiera que persistiera a pesar de tales indicios.

—Pero ¿por qué piensas que el resultado sería malo? —había dicho Godfrey para fundamentar sus protestas—. La niña se ha criado de manera inmejorable con el tejedor; y *él* la adoptó. No hay una niña más guapa en toda la parroquia, ni más indicada para la situación en el mundo que podríamos darle. ¿Dónde está la posibilidad de que sea una maldición para nadie?

—Sí, mi querido Godfrey —había respondido Nancy, sentada con las manos estrechamente unidas, y en los ojos una expresión de afecto anhelante, pesaroso—. Quizá la niña no se tuerza con Marnier. Pero, fíjate, *él* no fue a buscarla, que es lo que haríamos nosotros. Sería un error por nuestra parte: estoy convencida. ¿No te acuerdas de lo que nos contó la señora que conocimos en Royston Baths sobre la criatura que adoptó su hermana? Es la única adopción de la que tengo noticia, y al joven lo deportaron a un penal en las colonias cuando tenía veintitrés años. Godfrey querido, no me pidas que haga algo que sé que está mal: nunca volvería a ser feliz. Sé que es muy duro para *tí*, más que para mí, pero es la voluntad de la Providencia.

Quizá parezca singular que Nancy —con una teoría religiosa compuesta de rígidas tradiciones sociales, fragmentos de doctrina eclesiástica imperfectamente entendidos y razonamientos ingenuos a partir de su limitada experiencia— hubiera llegado de manera autónoma a una manera de pensar tan cercana a la de muchas personas devotas cuyas creencias forman parte de un sistema muy distante de sus conocimientos; pero, en realidad, sólo sería singular si no supiéramos que las creencias de los seres humanos, como todo lo que crece de manera natural, eluden las barreras de los sistemas.

Godfrey había señalado desde el primer momento a Eppie, que tenía por entonces unos doce años, como inmejorable objeto de adopción. Nunca se le había ocurrido que Silas prefiriese renunciar a la vida antes que a Eppie. Con toda seguridad Marnier querría lo mejor para la niña por quien se había tomado tantas molestias, y se alegraría de su buena fortuna. Eppie le estaría siempre muy agradecida y a *él* no le faltaría nada hasta el final de sus días: viviría holgadamente tal como se merecía por

la excelente manera en que había cuidado de la niña. ¿No era lógico que personas con una situación social más elevada librarán de una carga a un hombre en una situación inferior? Por razones que sólo él conocía, a Godfrey le parecía una solución eminentemente apropiada; y, de acuerdo con un engaño muy común, imaginaba que la medida no presentaría dificultades porque tenía motivos personales para desearla. Era, como puede verse, una manera muy tosca de valorar la relación de Silas con Eppie; pero debemos recordar que muchas de las impresiones relativas a los trabajadores de su entorno que Godfrey tenía a su alcance favorecían la idea de que un afecto profundo es difícilmente conciliable con manos encallecidas y medios escasos, y que tampoco había tenido la oportunidad, incluso aunque hubiera estado a su alcance, de conocer de manera íntima todo lo que de excepcional tenía la vida del tejedor. Sólo la falta de un conocimiento adecuado hacía posible que Godfrey considerase un proyecto tan inmisericorde: su bondad natural había sobrevivido a la época agostadora de los deseos crueles, y los elogios que, como esposo, Nancy le había dedicado no se fundaban por completo en una ilusión caprichosa.

«Estaba en lo cierto —se dijo Nancy después de recordar todas sus discusiones—; estoy convencida de que tenía razón cuando le dije no, aunque se me partía el corazón; pero ¡qué bien se ha portado Godfrey! Muchos hombres se habrían enfadado conmigo lo indecible por oponerme a sus deseos; e incluso podrían haberme echado en cara su mala suerte al casarse conmigo; pero Godfrey nunca me ha dicho una palabra hiriente. Aunque persiste lo que es incapaz de ocultar: le parece que todo está vacío, lo sé; y la tierra... ¡qué diferente sería para él, cuando va a ocuparse de las fincas, tener un hijo que fuera a beneficiarse de su trabajo! Pero no quiero quejarme, y quizás una esposa que le hubiera dado descendencia habría conseguido irritarlo por otros muchos motivos.»

Aquella posibilidad era el principal consuelo de Nancy; y la reforzaba desviviéndose por ofrecer a Godfrey una ternura más profunda de la que hubiera sido capaz de darle cualquier otra esposa. Porque se había visto *forzada* a disgustarlo con aquella única negativa. Godfrey no era insensible al amor que Nancy le profesaba, ni tampoco injusto al valorar los motivos de su obstinación. Resultaba imposible haber vivido quince años con ella sin saber que un generoso apego a la rectitud, y una sinceridad tan transparente como el rocío de las flores, eran los rasgos fundamentales de su carácter; Godfrey, de hecho, lo captaba con tanta intensidad que su propia manera de ser, mucho más vacilante, demasiado dispuesta a rehuir las dificultades para poder practicar siempre la sencillez y la sinceridad, le hacía ver con cierto temor reverencial a aquella esposa tan dulce, y tan pendiente de todos sus gestos por el deseo de complacerlo. Y por eso le parecía imposible llegar nunca a confesarle la verdad sobre Eppie: si ahora se la contase, después de tan largo ocultamiento, Nancy no se recuperaría nunca de la repugnancia que le produciría la historia de su anterior matrimonio. Y también la niña, pensaba, se convertiría en objeto de repugnancia: el simple hecho de verla le resultaría doloroso. La mezcla de orgullo y desconocimiento

de la maldad del mundo que caracterizaba a Nancy recibiría un golpe tal que podía resultar incluso demasiado fuerte para su delicado organismo. Dado que se había casado con aquel secreto en el corazón, Godfrey estaba obligado a mantenerlo allí hasta el final. Hiciera lo que hiciese, no podía abrir un abismo infranqueable entre él y la esposa a la que quería desde siempre.

Entretanto, ¿por qué no conseguía aceptar la ausencia de hijos en un hogar iluminado por una esposa como Nancy? ¿Por qué sus pensamientos volaban inquietos hacia aquel vacío, como si fuera la única razón de que no se sintiera del todo contento con la vida? Imagino que es algo que les sucede a todos los hombres y mujeres que llegan a la edad madura sin una clara percepción de que *nunca* se puede ser completamente feliz: cuando se presenta la vaga opacidad de las horas grises, la insatisfacción busca un objeto definido, y lo encuentra en la privación de un bien inédito. La insatisfacción, cuando medita en un hogar del que faltan los hijos, piensa con envidia en el padre cuyo regreso es recibido por voces jóvenes, aunque, en realidad, quien se sienta a presidir una mesa donde las cabecitas se alzan unas por encima de otras como las plantas de un vivero ve una negra preocupación que se cierne detrás de cada una de ellas, y piensa que los impulsos por los que los hombres abandonan la libertad, y buscan crear lazos, no son sin duda más que una locura pasajera. En el caso de Godfrey había otras razones para que sus pensamientos se vieran continuamente asaltados por un problema más: su conciencia, nunca del todo libre de culpa con respecto a Eppie, daba ahora a su hogar sin hijos el aspecto de castigo merecido; y a medida que el tiempo pasaba, y se mantenía la negativa de Nancy a adoptar a su hija, la reparación de su error se hacía cada vez más difícil.

En aquella tarde de domingo habían pasado ya cuatro años desde la última vez que habían tratado el tema de la adopción, y Nancy lo suponía enterrado para siempre.

«Me pregunto si le importará más o menos a medida que se haga mayor —pensó—; mucho me temo que más. Las personas de edad sienten la ausencia de los hijos: ¿qué sería de mi padre sin Priscilla? Y si yo muriera, Godfrey se quedaría muy sólo, dado lo poco que se trata con sus hermanos. Pero no voy a preocuparme en exceso, ni a tratar de solucionar los problemas antes de que se presenten: he de conformarme con hacer todo lo que esté en mi mano en el día a día.»

Con aquel último pensamiento Nancy despertó de su ensoñación y dirigió de nuevo los ojos hacia la olvidada página de la Biblia. Había transcurrido más tiempo del que imaginaba, porque se vio sorprendida en aquel momento por la aparición de la criada con los adminículos para el té. Era, de hecho, un poco antes de la hora habitual, pero Jane tenía sus razones.

—¿Has visto ya al señor pasar por delante de la iglesia, Jane?

—No, señora, no lo he visto —dijo la criada, haciendo un ligero hincapié en las palabras que pronunciaba, aunque Nancy optó por no darle importancia.

—No sé si usted se ha fijado, señora —continuó Jane, después de hacer una pausa

—, pero han cruzado varias personas a toda prisa, siempre en la misma dirección, por delante de la puerta principal. No me cabe duda de que ha sucedido algo. Ahora no se ve a nadie delante de la iglesia, porque de lo contrario iría a informarme. Ya he subido hasta el ático, pero desde allí no se ve nada debido a los árboles. Espero que no haya ningún herido, no digo más.

—No, no, seguro que no; no creo que haya pasado nada importante —respondió Nancy—. Quizás se ha escapado el toro del señor Snell, como ya lo hizo en otra ocasión.

—Esperemos que no se le ocurra cornear a nadie, no digo más —comentó Jane, a quien no le desagradó del todo una hipótesis que daba pie a imaginar unas cuantas calamidades.

«Esta chica siempre me está asustando —pensó Nancy—; me gustaría que Godfrey hubiera vuelto ya.»

Se acercó a una ventana de la fachada principal y miró carretera adelante hasta donde pudo, con una inquietud que a ella misma le pareció infantil, porque no quedaba ya ninguna de las señales de agitación que Jane había mencionado y tampoco era probable que Godfrey regresara por la carretera, sino más bien a campo traviesa. Nancy siguió en pie, sin embargo, contemplando el plácido camposanto con las largas sombras de las lápidas sobre los brillantes montículos verdes, y los encendidos colores otoñales de los árboles de la rectoría que quedaban más allá. Ante una belleza exterior tan tranquila, la presencia de un miedo impreciso se siente con mayor intensidad, como un cuervo que agita despacio las alas mientras atraviesa el aire soleado. Nancy deseó más y más que Godfrey regresara cuanto antes.

Capítulo XVIII

Alguien abrió la puerta al otro extremo de la habitación y Nancy tuvo la seguridad de que era su marido. Se apartó de la ventana con alegría en la mirada, porque el peor de sus temores acababa de disiparse.

—Cariño, no sabes cómo me alegro de que hayas vuelto —dijo, yendo hacia él—. Empezaba a estar...

Nancy calló bruscamente, porque Godfrey se había quitado el sombrero con manos temblorosas, se había vuelto hacia ella con el rostro intensamente pálido y una mirada extrañamente distante: no era como si no la viese, es cierto, sino, más bien, como si la viera formando parte de una escena invisible para la misma Nancy. Su mujer le puso enseguida una mano en el brazo, sin atreverse a hablar de nuevo; Godfrey, sin embargo, no reaccionó ante aquel contacto físico y se dejó caer en el sillón que ocupaba siempre.

Jane estaba ya en la puerta con la tetera humeante.

—Dile que se marche, ¿me harás el favor? —fueron las primera palabras de Godfrey; y cuando la puerta se cerró de nuevo, el dueño de la casa hizo un esfuerzo para hablar con la mayor claridad posible.

—Siéntate, Nancy, ahí —añadió, señalando una silla frente a donde él se encontraba—. He vuelto tan pronto como he podido, para evitar que te lo contara nadie que no fuera yo mismo. He recibido una impresión terrible..., pero me preocupa más lo mucho que te pueda impresionar a ti.

—¿No se trata de mi padre y de Priscilla? —dijo Nancy con un temblor en los labios y apretando mucho las manos sobre el regazo.

—No; no se trata de nadie vivo —dijo Godfrey, incapaz de hacer su revelación con la habilidad y la consideración que hubiera deseado—. Es Dunstan, mi hermano Dunstan, de quien no sabíamos nada desde hace dieciséis años. Lo hemos encontrado, hemos encontrado su cuerpo..., su esqueleto.

El miedo terrible que la mirada de Godfrey había despertado en Nancy hizo que aquellas palabras le supusieran un alivio. Permaneció sentada, en relativa calma, para oír lo que Godfrey tuviera que añadir.

—El pozo más grande de La Cantera se ha vaciado de repente —continuó su marido—, debido al drenaje que hemos hecho, supongo, y allí estaba, allí ha estado durante dieciséis años, atrapado entre dos grandes rocas. Hemos encontrado su reloj y sus sellos y una fusta con empuñadura de oro y mi nombre grabado: se la llevó, sin que yo lo supiera, el día que salió de cacería con *Wildfire*; nadie lo volvió a ver después.

Godfrey hizo una pausa: no era fácil decir lo que venía a continuación.

—¿Crees que se suicidó? —dijo Nancy, casi sorprendida de que su marido estuviera tan profundamente impresionado por algo que había sucedido muchos años atrás a un hermano poco querido y a quien se habían augurado cosas todavía peores.

—No; fue una caída —dijo Godfrey, en voz baja pero con gran nitidez, como si sintiera que aquel hecho tenía un significado profundo. Acto seguido añadió:

—Fue Dunstan quien le robó el oro a Silas Marner.

La sangre acudió a raudales al rostro y al cuello de Nancy, tan sorprendida como avergonzada, porque la habían educado en el convencimiento de que un parentesco, incluso muy remoto, con cualquier delito era una deshonra.

—¡Ah, Godfrey! —dijo, con compasión en su tono de voz, porque había comprendido al instante que el deshonor tenía que sentirlo su marido con mucha más intensidad.

—El dinero de Marner estaba en el pozo —continuó Godfrey—; el oro del pobre tejedor. Se ha recogido todo y están llevando el esqueleto a El Arcoíris. Pero he vuelto para contártelo: no era posible ocultarlo; tenías que saberlo.

Godfrey guardó silencio y estuvo dos minutos mirando al suelo. Nancy habría dicho algunas palabras de consuelo ante aquella desgracia, pero se contuvo, porque su instinto le dijo que había algo más; que Godfrey tenía algo más que contarle. Su marido alzó los ojos para mirarle a la cara y los mantuvo fijos en ella.

—Todo sale a la luz antes o después —empezó diciendo—. Cuando Dios Todopoderoso así lo quiere, nuestros mayores secretos quedan al descubierto. He vivido con un secreto todos estos años pero no quiero seguir ocultándotelo por más tiempo. No quisiera que lo supieras por ninguna otra persona en lugar de contártelo yo mismo; tampoco querría que lo descubrieses cuando me haya muerto. Te lo voy a contar ahora. He vivido en la incertidumbre muchos años; era mi deber sincerarme contigo, pero siempre me ha faltado el valor... Voy a asegurarme de que no volveré a vacilar.

El miedo extremo de Nancy había vuelto. Los ojos de marido y mujer se unieron llenos de aprensión, como en una crisis en la que los afectos se suspenden.

—Nancy —dijo Godfrey, muy despacio—, cuando me casé contigo te oculté algo..., algo que debería haberte contado. La mujer que Marner encontró muerta en la nieve, la madre de Eppie, aquella desgraciada criatura..., era mi mujer: Eppie es hija mía.

Godfrey hizo una pausa, temeroso del efecto de su confesión. Pero Nancy no se movió, tan sólo bajó los ojos y dejó de mirarlo. Estaba pálida y silenciosa como una estatua pensativa, las manos unidas en el regazo.

—Nunca volverás a pensar bien de mí —dijo Godfrey, al cabo de unos instantes, con un temblor en la voz.

Nancy guardó silencio.

—No tendría que haber ocultado mi paternidad, ni tendría que habértela ocultado a ti. Pero no me resignaba a perderte, Nancy. Fui débil, me casé con ella y sufrí las consecuencias.

Nancy seguía en silencio, mirando al suelo; y Godfrey casi temía que en cualquier momento se pusiera en pie y dijese que quería volver con su padre. ¿Cómo iba a

compadecerse de faltas que tenían que parecerle negrísimas, dadas sus ideas, tan sencillas y tan estrictas?

Pero a la larga Nancy alzó los ojos de nuevo hasta los de Godfrey y habló. No había indignación en su voz, tan sólo un profundo pesar.

—Si me lo hubieras contado hace seis años, podríamos haber hecho por esa niña algo de lo que debíamos. ¿Crees que me hubiera negado a recibirla en casa si hubiera sabido que era hija tuya?

En aquel momento Godfrey sintió toda la amargura de un error que no sólo había sido inútil, sino que había conseguido precisamente el efecto contrario al deseado. No había entendido nunca a aquella esposa suya con la que llevaba viviendo tantos años. Pero Nancy volvió enseguida a hablar, con mayor agitación.

—Y si la hubiéramos tenido con nosotros desde el primer momento, si la hubieras reconocido como debías, me habría querido como si fuera su madre, y tú hubieras sido más feliz conmigo; en lo que a mí respecta, habría soportado mucho mejor la muerte de mi pequeñín, y nuestra vida se hubiese parecido mucho más a lo que habíamos imaginado.

Las lágrimas empezaron a caerle por las mejillas y Nancy guardó silencio.

—Pero no te hubieras casado conmigo, Nancy, si te lo hubiera contado —dijo Godfrey, necesitado, por la amargura de los reproches que se hacía a sí mismo, de probarse que su conducta no había sido una locura completa—. Quizá ahora puedas pensar lo contrario, pero no habría sido así en aquel entonces. Con tu orgullo y el de tu padre, no hubieras querido en absoluto tener nada que ver conmigo después de la conversación que acabamos de mantener.

—No estoy en condiciones de saber lo que hubiera hecho, Godfrey. Sé, en cambio, que nunca me hubiera casado con otro. Pero por conseguirme a mí no merecía la pena que hicieses algo que estaba mal..., no hay nada en absoluto que justifique hacer algo que está mal. Nada es tan bueno como puede parecer de antemano, ni siquiera que nosotros llegásemos a casarnos, ¿te das cuenta? —Apareció una débil sonrisa triste en el rostro de Nancy mientras decía aquellas últimas palabras.

—Soy peor persona de lo que tú creías, Nancy —dijo Godfrey, la voz bastante trémula—. ¿Podrás perdonarme alguna vez?

—El daño que me has hecho a mí es bien poco, Godfrey: me has compensado con creces, has sido bueno conmigo durante quince años. El daño se lo has hecho a otra persona; y dudo que sea posible repararlo por completo.

—Pero podemos reclamar a Eppie ahora —dijo Godfrey—. No me va a importar que el mundo lo sepa por fin. Nunca volveré a ocultar nada durante el resto de mi vida.

—Será diferente, ahora que ya es mayor, aunque venga a vivir con nosotros —dijo Nancy, agitando la cabeza con tristeza—. Pero es tu deber reconocerla y proveer a sus necesidades; y yo haré también lo que me corresponde y le rogaré a Dios

Todopoderoso que le haga quererme.

—En ese caso, iremos juntos esta misma noche a casa de Silas Marner, tan pronto como haya vuelto la tranquilidad a La Cantera.

Capítulo XIX

Entre las ocho y las nueve de aquella tarde, Eppie y Silas estaban solos en su casa. Después de las muchas emociones por los sucesos del día, el tejedor había sentido necesidad de quietud, y se había atrevido incluso a pedir a la señora Winthrop y a Aaron, que se habían quedado con ellos algún tiempo más después de marcharse los otros, que hicieran el favor de dejarlo a solas con su hija. La emoción no se había disipado: sólo había alcanzado ese estadio en el que la intensidad de los sentimientos hace intolerables los estímulos externos; en el que no hay sensación de fatiga, sino más bien un paroxismo de vida interior, que impide el sueño. Cualquiera que ha presenciado momentos así en otros seres humanos recuerda el brillo de los ojos y la extraña firmeza que se apodera de unos rasgos vulgares a causa de esa influencia transitoria. Es como si una nueva agudeza auditiva que permitiese captar todas las voces espirituales hubiera enviado vibraciones de efectos mágicos por todo un organismo de ordinario compacto, como si «la belleza nacida de un sonido rumoroso» se hubiera trasladado al rostro del que escucha.

El semblante de Silas mostraba aquella suerte de transfiguración mientras, sentado en su sillón, miraba a Eppie. La joven había acercado su silla hasta las rodillas del tejedor e, inclinada hacia adelante, le sostenía las dos manos, alzando los ojos hacia él. Sobre la mesa cercana, iluminado por una vela, brillaba el oro recobrado; el antiguo oro, objeto de tanto afecto, distribuido en ordenados montones, como Silas lo colocaba en los días en que era su única alegría. El tejedor había estado explicando cómo lo contaba todas las noches, y su absoluto desconuelo hasta la aparición de Eppie.

—Al principio me venía de vez en cuando la idea —le estaba diciendo en voz baja— de que quizá ibas a convertirte de nuevo en el oro; porque en cualquier dirección en que volviera la cabeza, me parecía verlo; y pensaba que me gustaría tocarlo y descubrir que me había sido devuelto. Pero no duró mucho. Al cabo de muy poco tiempo, si recuperar el oro hubiera supuesto perderte, habría pensado que se trataba de una nueva desgracia, porque ya sentía la necesidad de tus miradas y de tu voz y del contacto de tus dedos. No sabías entonces, Eppie, cuando eras todavía muy pequeña... no sabías lo que tu pobre padre Silas sentía por ti.

—Pero lo sé ahora, padre —dijo Eppie—. Si no hubiera sido por usted, me habrían llevado al asilo de pobres y allí no habría habido nadie que me quisiera.

—Ah, mi querida niña, fui yo el bendecido. Si no te hubieran enviado para salvarme, habría acabado mis días amargado. Me quitaron el dinero a tiempo; y, como ves, no se ha perdido; ha estado guardado hasta el momento en que tú lo vas a necesitar. Es maravilloso..., nuestra vida es maravillosa.

Silas guardó silencio unos minutos, mirando el oro.

—Ya no tiene ningún poder sobre mí —dijo, reflexionando—; el dinero no lo tiene. Me pregunto si volvería a tenerlo si te perdiera, Eppie, aunque lo dudo. Pero

podría llegar a pensar que he sido abandonado una vez más, y a perder el convencimiento de que Dios ha sido bueno conmigo.

En aquel momento llamaron a la puerta, y Eppie tuvo que levantarse sin contestar a Silas. Qué hermosa estaba con la ternura de las lágrimas que se le acumulaban en los ojos y con un ligero rubor en las mejillas, rubor que se acentuó al ver al señor y a la señora Cass. Les hizo una reverencia un poco rústica y mantuvo la puerta bien abierta para que entraran.

—Os venimos a molestar muy tarde, querida mía —dijo la señora Cass, apoderándose de la mano de Eppie y mirándola a los ojos con una expresión de preocupado interés y de admiración. Ella misma estaba pálida y temblorosa.

Eppie, después de disponer sendas sillas para los recién llegados, se quedó de pie junto a Silas, frente a ellos.

—Bien, Marner —dijo Godfrey, tratando de hablar con mucha firmeza—, es un gran consuelo para mí verlo a usted de nuevo en posesión de ese dinero del que se ha visto privado durante tantos años. Como fue un hermano mío el culpable, todavía me resulta más penoso, y me siento obligado a resarcirle en todo lo que esté a mi alcance. Cualquier cosa que pueda hacer por usted no será más que pagar una deuda, aun sin ir más allá del robo. Pero hay otras cosas por las que también estoy en deuda..., cosas por las que siempre estaré en deuda con usted, Marner.

Godfrey se contuvo. Su mujer y él habían acordado que el tema de su paternidad debería abordarse con mucho tacto y que, si era posible, convenía reservar aquella revelación para el futuro, de manera que Eppie llegara a saber toda la verdad de manera gradual. Nancy había insistido en hacerlo así, porque no se le escapaba en absoluto la luz poco favorable con que inevitablemente vería Eppie la relación entre su padre y su madre.

Silas, siempre incómodo cuando le dirigían la palabra sus «superiores», como el señor Cass —altos, poderosos, rubicundos, a los que se veía casi siempre a caballo—, respondió con cierta dificultad.

—Es mucho lo que tengo ya que agradecerle, señor Cass. En cuanto al robo, no considero que fuese una pérdida para mí. Y aunque así fuera, no estaba en su mano impedirlo, no tiene usted que responder por ello.

—Quizá usted lo vea de esa manera, Marner, pero no será nunca mi caso; y espero que me permita actuar de acuerdo con lo que me parece justo. Sé que se contenta usted con poco y que ha sido tan trabajador como el que más durante toda su vida.

—Es cierto, sí —dijo Marner, con tono meditativo—. Lo hubiera pasado muy mal sin mi trabajo: fue lo que me sostuvo al quedarme sin todo lo demás.

—Ah —dijo Godfrey, pensando que las palabras de Marner aludían tan sólo a sus necesidades corporales—, un excelente oficio el suyo en esta parte del país, porque ha habido abundante tela que tejer. Aunque cabe que ya no esté usted en condiciones de trabajar tanto, Marner: va siendo hora de que piense menos en el trabajo y

descanse un poco. No tiene demasiado buen aspecto, aun sin ser todavía un anciano, porque no lo es, ¿verdad que no?

—Tengo cincuenta y cinco años, según mis cálculos —dijo Silas.

—Vaya, en ese caso puede usted vivir treinta años más, ¡fíjese en el bueno de Macey! Y el dinero que hay sobre la mesa, después de todo, no es gran cosa. No llegará muy lejos en ningún caso: tanto si lo dedica a producir intereses como si se propone vivir de él mientras dure; no llegaría muy lejos, aunque sólo tuviera que pensar en usted, pero, por añadidura, han sido dos desde hace muchos años.

—Perdone, señor —respondió Silas, en absoluto impresionado por lo que Godfrey estaba diciendo—. No tengo ningún miedo a pasar estrecheces. Saldremos adelante; Eppie y yo saldremos adelante sin ningún problema. Hay muy pocos obreros que hayan ahorrado tanto. No sé lo que supondrá para un caballero como usted, pero para mí es una gran suma..., casi demasiado dinero. En cuanto a nosotros, es muy poco lo que necesitamos.

—Sólo el jardín, padre —dijo Eppie, enrojeciendo hasta las orejas un momento después.

—¿Te gustaría tener un jardín, no es eso, querida? —dijo Nancy, pensando que aquel cambio de tema podría ayudar a su marido—. En eso vamos a estar muy de acuerdo: yo dedico muchas horas al jardín.

—Sí, claro; hay mucho trabajo de jardinería en La Casa Roja —intervino Godfrey, sorprendido de lo arduo que le resultaba abordar una propuesta que tan fácil le había parecido al considerarla de lejos—. Se ha portado usted muy bien con Eppie, Marner, durante dieciséis años. Y sería un gran consuelo para usted asegurarle el porvenir, ¿no es cierto? Tiene un aspecto radiante y se la ve llena de salud, pero poco capaz de soportar privaciones: no parece una chica robusta, hija de padres trabajadores. A usted sin duda le gustaría que se hicieran cargo de ella unas personas que puedan situarla bien, y convertirla en una dama; eso sería mucho mejor que una vida áspera, que es a lo que se verá destinada cuando pasen unos pocos años.

Un ligero rubor, que desapareció enseguida, como si sólo fuera un reflejo pasajero, hizo acto de presencia en el rostro de Marner. Eppie se preguntaba sencillamente cuál era el motivo de que el señor Cass hablase de cosas que no parecían tener nada que ver con la realidad, pero Silas se sentía herido e incómodo.

—He de confesar que no le entiendo, señor —acabó por responder, ya que le faltaban las palabras para expresar los sentimientos entremezclados con que había escuchado las frases del señor Cass.

—Bien, Marner, lo que quiero decir es esto —respondió Godfrey, decidido a hablar con claridad—. La señora Cass y yo, como usted sabe, no tenemos hijos, nadie que disfrute en el futuro de nuestra casa y de todo lo que poseemos..., más que suficiente, sin duda, para nosotros. Y nos gustaría tener a alguien que ocupara el sitio de una hija..., nos gustaría recibir a Eppie y tratarla en todo como si fuese nuestra hija. Sería un gran consuelo para usted en su vejez, espero, ver que se le abre un

porvenir brillante de esa manera, como recompensa por el trabajo que usted se ha tomado al criarla tan bien. Porque es justo que se le recompense de todas las maneras posibles. Eppie, por su parte, siempre lo querrá y le estará agradecida: vendría a verle con mucha frecuencia, y nosotros nos ocuparíamos de hacer todo lo que pudiéramos para que tuviera usted la vida más descansada posible.

Un hombre sencillo como Godfrey Cass, obligado a hablar sin sentirse nada cómodo, era inevitable que utilizara palabras más toscas que sus intenciones y que, probablemente, resultaban chirriantes para sentimientos a flor de piel. Mientras hablaba, Eppie había colocado en silencio un brazo detrás de la cabeza de Silas, lo que permitía que su mano descansara contra ella de manera acariciadora; aquel gesto le permitió saber que el tejedor temblaba con violencia. Marner guardó silencio durante unos momentos cuando el señor Cass hubo terminado, impotente ante el conflicto de emociones, todas igualmente dolorosas. A Eppie se le encogía el corazón al notar el sufrimiento de su padre, y se disponía a inclinarse y a hablar con él cuando uno de los temores que luchaban entre sí ganó por fin la batalla sobre todos los demás, y Silas dijo al fin con voz muy débil:

—Eppie, hija mía, habla. No seré un obstáculo en tu camino. Da las gracias al señor y a la señora Cass.

Eppie retiró la mano de la cabeza de su padre y dio un paso al frente. Tenía las mejillas encendidas, pero no por timidez en aquel momento: el convencimiento de que su padre dudaba y sufría desterraba semejante posibilidad. Hizo una profunda reverencia, primero a la señora Cass y luego al señor Cass, antes de decir:

—Muchas gracias, señora; muchas gracias, señor. Pero no me es posible dejar a mi padre, ni reconocer a nadie como más cercano a mí. Y además, no me quiero convertir en una dama, pero les doy las gracias de todos modos. —Aquí Eppie les hizo otra reverencia—. No sabría renunciar a las personas a las que estoy acostumbrada.

A Eppie empezaron a temblarle un poco los labios al pronunciar aquellas últimas palabras. Retrocedió de nuevo hasta el asiento de su padre y le rodeó el cuello con la mano, mientras Silas, con un gemido contenido, alzaba la suya para apoderarse de la de Eppie.

Había lágrimas ya en los ojos de Nancy, pero la simpatía que le inspiraba Eppie estaba, como es lógico, contrarrestada por la angustia a causa de su marido. No se atrevió a hablar, preguntándose cuál sería su reacción.

Godfrey sentía una irritación que se puede considerar casi inevitable en cualquiera de nosotros cuando encontramos un obstáculo inesperado. Sólo había pensado en su deseo de penitencia y en su decisión de reparar su error hasta donde se lo permitiera el tiempo del que aún disponía; lo dominaban sentimientos que consideraba de gran importancia y que debían desembocar en una predeterminada sucesión de acciones que, según él había decidido, eran las más convenientes, y no estaba preparado para valorar con espíritu abierto los sentimientos de otras personas

si contrariaban sus virtuosas resoluciones. La agitación que manifestó al hablar de nuevo no estaba por completo desprovista de enojo.

—Pero es que yo tengo un derecho sobre ti, Eppie: el más poderoso de todos los derechos. Estoy obligado, Marner, a reconocer a Eppie como hija mía, y a ocuparme de ella. Eppie es hija mía, y su madre era mi mujer. Tengo un derecho de sangre sobre ella que debe pasar por encima de cualquier otro.

Eppie dio un violento respingo y palideció intensamente. Silas, por el contrario, que se había sentido muy aliviado con la respuesta de Eppie, temeroso de que la joven no pensara lo mismo que él, sintió liberarse en su interior el espíritu de resistencia, con un toque, además, de fiereza de padre.

—En ese caso, señor Cass —respondió con una amargura que había permanecido silenciosa en él desde el día memorable en que perecieron sus esperanzas juveniles—, ¿por qué no lo dijo así hace dieciséis años y reclamó ese derecho antes de que yo llegara a quererla, en lugar de venir ahora a quitármela, cuando daría lo mismo que me arrancase usted el corazón? Dios me la dio porque usted le volvió la espalda, y Dios la considera mía: ¡ahora no tiene usted ningún derecho sobre ella! La bendición que un hombre rechaza cuando llama a su puerta pasa a ser de quien la acepta.

—Lo sé, Marner. Cometí un error. Me he arrepentido de mi conducta en esa cuestión —dijo Godfrey, que no pudo por menos de sentir la dolorosa verdad de las palabras de Silas.

—Me alegra oírlo, señor Cass —dijo Marner, que hablaba cada vez con más emoción—; pero el arrepentimiento no cambia lo que ha sucedido durante dieciséis años. Que usted llegue ahora y diga «Soy su padre» no altera nuestros sentimientos. Es a mí a quien Eppie ha llamado padre desde que aprendió a decir esa palabra.

—Pero pienso que podría usted enfocar este asunto de manera más razonable —dijo Godfrey, inesperadamente sobrecogido por la verdad irrefutable que encerraban las palabras del tejedor—. No es como si fuéramos a quitársela por completo, para no volver a verla nunca. Estará muy cerca de usted, y vendrá a verlo con mucha frecuencia. Seguirá sintiendo exactamente lo mismo hacia usted.

—¿Exactamente lo mismo? —dijo Marner, con más amargura que nunca—. ¿Cómo podría sentir por mí exactamente lo mismo que siente ahora cuando comemos la misma comida, bebemos del mismo vaso y pensamos las mismas cosas desde que empieza el día hasta que acaba? ¿Exactamente lo mismo? Eso es hablar por hablar. Nos cortarían usted por la mitad.

Godfrey, cuya experiencia no le permitía discernir el significado de las sencillas palabras de Marner, volvió a enfadarse. Le pareció que el tejedor era muy egoísta (un juicio en el que incurren sin dificultad quienes nunca han puesto a prueba su capacidad personal de sacrificio) por su oposición a algo que sin duda proporcionaría a Eppie un mayor bienestar; y sintió que era su deber, por el bien de Eppie, imponer su autoridad.

—Habría pensado, Marner —dijo con severidad—, estaba convencido de que su

afecto por Eppie le haría alegrarse de algo que es para su bien, incluso aunque eso le exija a usted un sacrificio. Debería recordar las incertidumbres de su propia vida, y que Eppie se encuentra ahora en una edad en la que su destino puede quedar decidido sin tener en cuenta las muchas posibilidades que encontrará en mi hogar, en el hogar de su verdadero padre: podría casarse con alguien de baja extracción y entonces, a pesar de mis esfuerzos en favor suyo, no estaría en mi mano situarla bien. Está usted colocándose como un obstáculo en el camino de su bienestar; y aunque siento herirle después de lo que ha hecho, y de lo que yo he dejado de hacer, estoy convencido de que en este momento es deber mío insistir en ocuparme de mi hija. Quiero cumplir con mi deber.

Sería difícil decir si aquellas últimas declaraciones de Godfrey removieron a Silas más que a Eppie. La joven había pensado mucho mientras escuchaba la contienda entre su viejo padre tan querido desde siempre y aquel nuevo padre desconocido que había venido de pronto a llenar el hueco de la oscura sombra indefinida que había sostenido la alianza matrimonial y la había colocado en el dedo de su madre. Su imaginación había volado hacia el pasado en conjeturas, y hacia el futuro en previsiones de lo que aquella paternidad recién revelada implicaba; y en las últimas manifestaciones de Godfrey habían aparecido palabras que ayudaban a hacer aquellas previsiones mucho más definidas. No es que aquellos pensamientos, ni sobre el pasado ni sobre el futuro, determinaran su resolución, porque *aquella* había quedado decidida por el sentimiento que vibraba en todas las palabras pronunciadas por Silas; pero provocaban sin lugar a duda, incluso de manera independiente de aquellos sentimientos, la repulsa del destino ofrecido y del padre recién descubierto.

Silas, por otra parte, se enfrentaba de nuevo con un problema de conciencia y, descubría, alarmado, la posibilidad de que la acusación de Godfrey fuese cierta y de que estuviera anteponiendo sus deseos al bien de Eppie. Durante mucho tiempo permaneció mudo, luchando por lograr el dominio sobre sí mismo que le permitiera pronunciar las difíciles palabras. Cuando las pronunció, fue de manera trémula.

—No diré nada más. Sea como usted quiere. Hable con la niña. No pondré ningún obstáculo.

La misma Nancy, pese a la delicada sensibilidad que nacía de sus propios afectos, compartía el punto de vista de su marido y creía que Marner no estaba justificado en su deseo de retener a Eppie una vez que su verdadero padre había reconocido serlo. Comprendía que era una prueba muy dura para el pobre tejedor, pero, según su código de conducta, no le cabía la menor duda de que un padre carnal tenía un derecho superior al de cualquier padre adoptivo. Nancy, además, acostumbrada toda su vida a una existencia desahogada y a los privilegios de la «respetabilidad», no podía entender los placeres que la educación y las costumbres adquiridas desde la infancia descubren en las metas modestas y en los esfuerzos de los pobres que han nacido pobres; de acuerdo con sus ideas, Eppie, al recuperar su derecho de nacimiento, iba a recibir un bien que se le había negado durante mucho tiempo pero

que era indiscutible. De manera que oyó las últimas palabras de Silas con alivio y pensó, al igual que Godfrey, que habían logrado lo que querían.

—Eppie, querida mía —dijo Godfrey, mirando a su hija, aunque un tanto avergonzado, al tener la sensación de que la joven era ya lo bastante mayor para juzgarlo—, siempre ha sido nuestro deseo que mostraras tu amor y gratitud a alguien que ha sido un padre para ti durante tantos años, y te ayudaremos sin descanso a darle todas las comodidades posibles. Pero tenemos la esperanza de que también llegues a querernos a nosotros, y, aunque no he sido lo que un padre tendría que haber sido durante todos estos años, deseo hacer por ti todo lo que esté en mi poder durante el resto de mi vida, y ocuparme de ti como mi hija única. Y te aseguro que tendrás la mejor de las madres en mi esposa, lo que será una bendición de la que no has disfrutado desde que tenías la edad necesaria para apreciarla.

—Querida mía, serás un tesoro para mí —dijo Nancy con su voz más afectuosa—. No nos faltará nada cuando tengamos a nuestra hija.

Eppie no se adelantó ni hizo una reverencia, como la vez anterior. Mantuvo en la suya la mano de Silas y la apretó con firmeza —era una mano de tejedor, con una palma y unas yemas de los dedos muy sensibles a cualquier presión— mientras hablaba con mayor decisión y frialdad que antes.

—Muchas gracias, señora; muchas gracias, señor Cass, por su ofrecimiento, que es extraordinario pero que está muy por encima de mis deseos. Déjeme decirles que no volvería a disfrutar de nada en la vida si me viera forzada a alejarme de mi padre, sabiendo que estaba en casa, pensando en mi y sintiéndose solo. Nos hemos acostumbrado a compartirlo todo día tras día, y no puedo pensar en ser feliz sin él. Y él dice que no tenía a nadie en el mundo hasta que le fui enviada y que se quedará sin nada si yo me voy. Fue él quien me cuidó y me quiso desde el primer momento, y no me separaré de él mientras viva y nadie podrá interponerse nunca entre él y yo.

—Pero has de estar muy segura de lo que dices, Eppie —interpuso Silas en voz baja—, has de estar segura de que no te arrepentirás nunca de haber decidido seguir entre gente humilde, en una casa modesta y con ropa igualmente modesta, cuando podrías tener lo mejor de todo.

Su sensibilidad en aquel punto había aumentado mientras escuchaba las palabras de Eppie, llenas de cariño y fidelidad.

—Nunca me arrepentiré, padre —dijo Eppie—. No sabría qué pensar ni qué desear rodeada de cosas delicadas a las que no estoy acostumbrada. Y me sentiría muy triste si me pusiera ropa elegante, me paseara en calesa y me sentara en un sitio en la iglesia que hiciese pensar a las personas a las que quiero de verdad que no soy compañía adecuada para ellos. ¿Qué me importaría entonces todo eso?

Nancy dirigió a Godfrey una dolorida mirada de interrogación. Pero su marido tenía los ojos clavados en el suelo, donde estaba moviendo el extremo del bastón, como si reflexionase sobre algo distraídamente. Pensó entonces en una consideración que tal vez resultase más apropiada si procedía de sus labios.

—Lo que dices es natural, querida mía; es natural que no quieras separarte de quienes te han criado —dijo Nancy con gran suavidad—; pero tienes una obligación con tu verdadero padre. Quizás haya que renunciar a algo por parte de todos. Cuando tu padre te abre su hogar, creo que lo justo es que no le vuelvas la espalda.

—Mi sentimiento es que no tengo más que un padre —dijo Eppie impetuosamente, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas—. Siempre he pensado en una casa en la que él estaría sentado en el mejor rincón y donde me las arreglaría para ocuparme de todo y cuidar de él. No deseo ningún otro hogar. No se me crió para ser una dama y no me acostumbro a la idea de serlo. Me gustan las personas que trabajan, y las cosas que comen y su manera de ser. Y además —concluyó apasionadamente, mientras las lágrimas le corrían ya por las mejillas—, estoy prometida para casarme con un trabajador, que también vivirá con mi padre y que me ayudará a cuidar de él.

Godfrey alzó los ojos para mirar a Nancy con el rostro enrojecido y con ojos dilatados que empezaban a escocerle. El fracaso de un proyecto al que se había lanzado con el convencimiento y la exaltación de que estaba a punto de compensar hasta cierto punto el mayor demérito de su vida le hizo sentir que le faltaba el aire en aquella habitación.

—Vámonos —dijo en voz baja.

—No seguiremos hablando de esto ahora —dijo Nancy, levantándose—. Recuerda que deseamos lo mejor para ti, cariño; y también para usted, Marner. Volveremos a verlos. Ahora se está haciendo tarde.

De aquella manera disimuló la brusca marcha de su marido, porque Godfrey se había dirigido ya hacia la puerta, incapaz de decir una palabra más.

Capítulo XX

Nancy y Godfrey volvieron a casa en silencio bajo la luz de las estrellas. Cuando entraron en el salón, Godfrey se dejó caer en su asiento habitual, mientras Nancy se despojaba del sombrero y del chal y se quedaba junto al fuego, cerca de su marido, nada deseosa de dejarlo solo, aunque fuera por pocos minutos, y sin atreverse sin embargo a pronunciar una sola palabra por temor a herir sus sentimientos. Godfrey, a la larga, volvió la cabeza hacia ella, sus miradas se encontraron, y siguieron así mucho tiempo, sin que ninguno de los dos se moviera. Aquella tranquila mirada de mutua confianza entre marido y mujer era como el primer momento de descanso o de refugio después de un gran cansancio o de un gran peligro, un primer momento que no había que echar a perder ni con palabras ni con acciones que distrajeran de las sensaciones que proporcionaba el nuevo disfrute del reposo.

Pero unos momentos después Godfrey extendió una mano y, al ofrecerle Nancy la suya, la atrajo hacia él y dijo:

—¡Se acabó!

Nancy se inclinó para besarlo y luego respondió, de pie, a su lado:

—Sí; mucho me temo que debemos renunciar a la esperanza de tenerla por hija. No estaría bien forzarla a vivir con nosotros en contra de su voluntad. No podemos cambiar la forma en que se ha criado ni las consecuencias que eso ha tenido.

—No —dijo Godfrey, con tono decidido y firme, en contraste con su manera habitual de hablar, casi siempre descuidada y nada categórica—; hay deudas que no se pueden pagar con dinero; no basta con añadir una cantidad extra por los años que han pasado. Mientras yo, una y otra vez, lo dejaba todo para más adelante, los árboles han seguido creciendo, y ya es demasiado tarde. Marner estaba en lo cierto al decir lo que ha dicho sobre un hombre que rechaza una bendición cuando llama a su puerta: es otra persona quien la recibe. Hace dieciséis años quise hacer creer que no tenía una hija, y ahora volverá a sucederme lo mismo, pero esta vez contra mi voluntad.

Nancy no habló de inmediato, pero al cabo de unos instantes preguntó:

—¿No quieres entonces que se sepa que Eppie es hija tuya?

—No. ¿Qué bien le haría a nadie? Sólo perjuicios. Haré lo que pueda por ella en la situación que elija. Tengo que enterarme de quién es el muchacho con quien se propone casarse.

—Si no sirve de nada que se sepa la verdad —dijo Nancy, pensando que quizá podía permitirse ahora el alivio de aludir a una posibilidad que antes se había esforzado por silenciar—, estaría muy agradecida si no se atribula ni a mi padre ni a Priscilla informándoles de lo que sucedió hace tantos años, excepto en lo que respecta a Dunstan: no es posible evitar que se enteren de eso.

—Explicaré que soy su padre en mi testamento; eso sí lo haré. No me gustaría dejar nada sin decir que luego pudiera descubrirse, como en el caso de Dunsey —explicó Godfrey, meditativo—. Pero sólo veo dificultades si nos empeñamos en

contarlo ahora. Debo hacer lo que esté en mi mano para que Eppie sea feliz a su manera. Tengo la impresión —añadió, después de una breve pausa— de que hablaba de Aaron Winthrop cuando ha dicho que estaba prometida. Recuerdo haberlo visto con Marner y con ella al salir de la iglesia.

—Bueno; es un muchacho muy serio y trabajador —dijo Nancy, tratando de ver las cosas de la manera más positiva posible.

Godfrey volvió a hundirse en sus reflexiones. Al poco rato miró a Nancy con expresión dolorida y dijo:

—Es una chica muy guapa y simpática, ¿verdad que sí, Nancy?

—Sí, cariño; y tiene exactamente tu mismo pelo y tus mismos ojos: no me explico cómo no me ha llamado nunca la atención.

—Creo que empecé a parecerle mal cuando supo que era su padre. Noté un cambio en su actitud a partir de aquel momento.

—Le resultó insoportable la idea de tener otro padre que no fuese Marner —dijo Nancy, poco deseosa de confirmar la penosa impresión de su marido.

—Piensa que me porté mal con su madre y también con ella. Me juzga peor de lo que soy. Pero es eso lo que *debe* pensar: nunca tiene que saberlo todo. Eso es parte de mi castigo, Nancy, que mi hija no me quiera. Nunca hubiera tenido ese problema si hubiera sido sincero contigo, si no hubiera sido un imbécil. No tenía derecho a esperar más que desastres como consecuencia de aquel matrimonio..., y aún más, si cabe, cuando no quise aceptar mi deber de padre.

Nancy guardó silencio: la rectitud de su espíritu le impedía tratar de suavizar el dolor de lo que ella misma sentía como un pesar del todo justificado. Godfrey volvió a hablar poco después, pero el tono había cambiado en gran medida: a los reproches que se hacía antes se había añadido la ternura:

—Y a pesar de todo te tengo a *ti*, Nancy; y sin embargo no hacía más que refunfuñar y estar incómodo porque me faltaba algo..., ¡como si me mereciera más de lo que tengo!

—Conmigo no te has portado nunca mal, Godfrey —dijo Nancy con tranquila sinceridad—. Mi única preocupación desaparecería si te resignaras con lo que se nos ha dado.

—Bueno, quizá no sea demasiado tarde para enmendarme un poco en eso. Aunque sea demasiado tarde para enmendar otras cosas, por mucho que haya quien diga lo contrario.

Capítulo XXI

A la mañana siguiente, cuando se sentaron para desayunar, Silas le dijo a Eppie:

—Hay una cosa en la que vengo pensando desde hace dos años, y ahora que se nos ha devuelto el dinero, vamos a hacerlo. Le he dado vueltas y más vueltas esta noche, y creo que podríamos ponernos en camino mañana, antes de que se acabe el buen tiempo. Dejaremos a tu madrina a cargo de la casa y de todo lo demás, prepararemos un hato y nos pondremos en camino.

—¿Para ir adónde, papá?

—A la tierra de mi infancia, a la ciudad donde nací, a Lantern Yard. Quiero ver al señor Paston, el ministro de nuestra comunidad: pudo suceder algo que les permitiera saber que no fui yo quien cometió aquel robo. Y el señor Paston era un hombre de muchas luces: quiero hablar con él sobre la costumbre de echar suertes. Y también me gustaría hablar con él sobre la religión de esta zona del país, porque creo que no la conoce.

Eppie se alegró mucho de emprender aquel viaje, no sólo por el asombro y el placer de ver un país desconocido, sino también por volver luego y contárselo todo a Aaron, que estaba mucho más enterado que ella sobre la mayoría de las cosas, y resultaría bastante agradable tener una pequeña ventaja sobre él. La señora Winthrop, aunque presa de un oscuro temor por los peligros que podían acechar a sus amigos en un viaje tan largo, y necesitada de que se le asegurase muchas veces que aquella expedición no los sacaría de la región en la que era posible utilizar algún medio de transporte público, se alegró sin embargo de que Silas visitara su ciudad y averiguase si se le había absuelto de aquella falsa acusación.

—Se quedará usted más tranquilo para toda la vida, señor Marnier —dijo Dolly—; eso es seguro. Y si puede aprender algo, en las conversaciones que mantenga, ya sabe que en este mundo siempre estamos necesitados de saber más, y para mí será una alegría que me lo pueda transmitir.

De manera que al cuarto día desde que se pusieron en camino, Silas y Eppie, con su ropa de los días festivos, y un hatillo hecho con un pañuelo azul de hilo, estaban ya recorriendo las calles de una gran ciudad industrial. Silas, desconcertado por los cambios producidos en treinta años, fue abordando una tras otra a varias personas para preguntarles el nombre de la ciudad, porque quería estar seguro de que no se había confundido.

—Pregunte por Lantern Yard, padre; pregunte al caballero con charreteras que está en la puerta de esa tienda; se ve que no tiene tanta prisa como los otros —dijo Eppie, un tanto angustiada por la confusión de su padre e incómoda entre tanto ruido y movimiento, y entre semejante multitud de rostros desconocidos e indiferentes.

—Hija mía, no sabrá nada —dijo Silas—; las personas de calidad no iban nunca a Lantern Yard. Pero quizás alguien me pueda decir cómo llegar a Prison Street, que es donde está la cárcel. A partir de ahí reconoceré el camino como si hubiera estado ayer

mismo.

Con cierta dificultad, después de dar muchas vueltas y de hacer nuevas averiguaciones, llegaron a Prison Street; y los sombríos muros de la cárcel, el primer objeto que coincidía con las imágenes en la memoria de Silas, le alegraron al tener la certeza —que hasta entonces no le había dado el solo nombre de la ciudad— de que había vuelto a su lugar de nacimiento.

—Ah —dijo, respirando hondo—, ahí está la cárcel, Eppie; sigue igual: ya no tengo miedo de equivocarme. Hemos de llegar a la tercera bocacalle a la izquierda desde las puertas de la prisión..., ése es el camino que tenemos que seguir.

—¡Qué lugar tan oscuro y feo! —dijo Eppie—. ¡Cómo oculta el cielo! Es peor que el asilo de pobres. Me alegro de que no viva usted ahora en esta ciudad, padre. ¿Lantern Yard es como esta calle?

—Hija mía —respondió Silas, sonriendo—, es más estrecha que ésta. Nunca me sentía cómodo en ella, pero me gustaba Lantern Yard. Aquí las tiendas han cambiado todas, creo..., no las reconozco; pero reconoceré la bocacalle porque es la tercera. Aquí está —dijo, satisfecho, cuando llegaron a un estrecho callejón—. Y luego tenemos que torcer otra vez a la izquierda, y luego hacer un poco de camino todo recto, hasta Shoe Lane, y así llegaremos a la entrada junto a la ventana en voladizo, donde hay una cuneta para que corra el agua. Lo vuelvo a ver todo como entonces.

—Padre, siento como si me ahogara —dijo Eppie—. Nunca se me hubiera ocurrido que las personas pudieran vivir de esta manera, tan amontonadas. ¡Qué bonita nos va a parecer La Cantera cuando regresemos!

—También a mí me resulta ahora bien extraño, hija, y huele mal. No recuerdo que oliera tan mal hace treinta años.

De cuando en cuando algún rostro amarillento y más bien sucio miraba a los forasteros desde una oscura entrada, lo que aumentaba la inquietud de Eppie, de manera que sintió un alivio muy deseado cuando salieron a Shoe Lane, donde podía verse una franja de cielo más ancha.

—¡Dios bendito! —dijo Silas—; ¿cómo es posible que haya gente saliendo de la capilla como si hubieran asistido a los servicios a esta hora del día? ¡Y en una jornada laborable!

De repente se sobresaltó y se quedó quieto con un gesto de consternado asombro que alarmó a Eppie. Se hallaban ante una entrada, delante de una gran fábrica, y de su interior salían a raudales hombres y mujeres para almorzar.

—Padre —dijo Eppie, agarrándolo del brazo—, ¿qué sucede?

Pero tuvo que repetir muchas veces la pregunta para conseguir que Silas le diera una respuesta.

—Ha desaparecido, hija mía —dijo Marner por fin, presa de gran agitación—. Lantern Yard ya no existe. Tenía que alzarse aquí, porque aquí está la casa con la ventana en voladizo, eso lo sé, y sigue igual; pero han abierto esta nueva entrada, y ¡mira esa gran fábrica! Desaparecida, tanto la capilla como todo lo demás.

—Venga a esa tiendecita donde venden cepillos y siéntese, padre... Le dejarán sentarse —dijo Eppie, siempre vigilante, no fuera a producirse uno de los extraños ataques que padecía Silas de vez en cuando—. Quizá esas personas nos puedan decir lo que ha sucedido.

Pero ni el fabricante de cepillos, que se había afincado en Shoe Lane hacía sólo diez años, cuando ya existía la fábrica, ni ninguna otra fuente de información a su alcance proporcionaron a Silas información sobre los viejos amigos de la capilla ni sobre el señor Paston, su ministro.

—Todo destruido —le dijo Silas a Dolly Winthrop la noche en que regresaron a Raveloe—, incluso el pequeño cementerio y todo lo demás. Mi antigua casa también ha desaparecido; ahora no tengo más hogar que éste. Nunca sabré si llegaron a descubrir la verdad sobre el robo, ni si el señor Paston podría haberme iluminado de alguna manera sobre la costumbre de echar suertes. Para mí es una cosa que no tiene explicación, señora Winthrop, ésa es la verdad; y mucho me temo que seguirá sin tenerla mientras viva.

—Es muy posible, señor Marner —dijo Dolly, que le escuchaba con placidez, el rostro enmarcado ya por cabellos grises—; yo también lo temo. Es la voluntad de *Aquéllos* que están por encima de nosotros que sigamos a oscuras sobre muchas cosas; pero hay otras sobre las que nunca tendré dudas, y son en su mayor parte las que se presentan en el trabajo de todos los días. A usted se le trató muy mal en una ocasión, señor Marner, y no parece que vaya a saber nunca la verdadera razón; pero eso no quita para que esa razón *exista*, señor Marner, aunque siga siendo un misterio para usted y para mí.

—No —dijo Silas—, no; eso no quita. Desde el momento en que la niña me fue enviada y llegué a quererla como a mí mismo, he tenido luz suficiente para recuperar la confianza; y ahora que Eppie ha dicho que nunca me abandonará, creo que seguiré confiando hasta que muera.

Epílogo

Había una época del año que se consideraba en Raveloe especialmente adecuada para una boda, y era cuando los grandes lilos y los laburnos de los jardines con más solera mostraban sus tesoros morados y amarillos por encima de las vallas manchadas de líquenes, y cuando aún había terneros lo bastante jóvenes para consumir cubos enteros de aromática leche y la gente no estaba tan ocupada como un poco más adelante, al empezar la fabricación de los quesos y al llegar el momento de la siega; era, además, una época en que se podía llevar cómodamente un vestido de novia ligero que resultaba muy favorecedor.

Felizmente los rayos de sol calentaban más de lo corriente las ramas de los lilos la mañana en que Eppie se casó, porque su traje de novia era muy ligero. Había pensado a menudo, aunque casi con la seguridad de que tendría que renunciar a llevarlo, en que el traje de novia perfecto sería de algodón blanco, con diminutas espiguillas de color rosa a amplios intervalos; de manera que cuando la señora de Godfrey Cass suplicó que se le dejara a ella proporcionarlo y le pidió a la novia que eligiera lo que quisiese, sus anteriores reflexiones le permitieron dar de inmediato una respuesta decidida.

Vista a cierta distancia mientras cruzaba el camposanto delante de la iglesia y se dirigía hacia el pueblo, Eppie parecía vestida de un blanco inmaculado, y sus cabellos se asemejaban al oro de los lirios. Con una mano iba cogida del brazo de su marido, mientras que la otra se la daba a Silas, su padre.

—No me va a perder, padre —le había dicho antes de salir camino de la iglesia—; se trata sólo de que a partir de ahora Aaron será también hijo suyo.

Dolly Winthrop caminaba detrás con su marido, cerrando la breve comitiva nupcial.

Había, sin embargo, muchos ojos mirándola, y la señorita Priscilla Lammeter se alegró de haber llegado con su padre a la puerta de La Casa Roja justo a tiempo de presenciar tan agradable espectáculo. Habían acudido para hacer compañía a Nancy aquel día, dado que Godfrey Cass tenía que trasladarse a Lytherly, por razones suyas particulares. Era en verdad una pena, porque de lo contrario podría haber ido, como sin duda harían el señor Crackenthorp y el señor Osgood, a participar en el festejo nupcial que se iba a celebrar en El Arcoíris, y que corría de su cuenta, generosidad normal si se considera su gran interés por el tejedor, víctima de un robo perpetrado por un miembro de su familia.

—Cómo me habría gustado que Nancy hubiera tenido la suerte de encontrar una niña como ésa y la hubiese podido criar —le dijo Priscilla a su padre, mientras estaban aún sentados en la calesa—; yo misma habría tenido a alguien joven en quién pensar, además de los corderos y de las becerras.

—Sí, querida mía, tienes mucha razón —respondió el señor Lammeter—, eso se siente cada vez más con el paso de los años. Los ancianos le ven todo más borroso:

necesitan de ojos jóvenes a su alrededor que les hagan saber que el mundo sigue igual que siempre.

Nancy salió enseguida a dar la bienvenida a su padre y a su hermana, y para entonces el cortejo nupcial había dejado atrás La Casa Roja y entraba en la parte más humilde del pueblo.

Dolly Winthrop fue la primera en adivinar que el anciano señor Macey, al que se había instalado en un sillón en el exterior de su casa, estaría esperando un saludo especial al pasar ellos, dado que era demasiado mayor para asistir a la fiesta en El Arcoíris.

—El señor Macey está esperando una palabra nuestra —dijo Dolly—; y se sentirá dolido si pasamos por delante sin decirle nada; el pobre tiene muchos dolores a causa del reuma.

De manera que se desviaron un poco para estrechar la mano del anciano, que había estado esperando aquella ocasión y había preparado su pequeño discurso.

—Bien, señor Marner —dijo, con voz muy temblorosa—, he llegado a vivir para ver confirmadas mis palabras. Fui el primero que dijo que era usted inofensivo, aunque su aspecto estuviera en su contra; y fui también el primero que dijo que recuperaría el dinero que le robaron. No es más que pura justicia que haya sido así. Habría cantado además con mucho gusto todos los «amenes» en la boda de su hija; pero Tookey lleva ya una buena temporada haciéndolo, y espero que no por ello se le tuerza a usted la suerte.

En el patio delante de El Arcoíris el grupo de invitados se había congregado ya, aunque casi faltaba una hora hasta el momento fijado para el inicio de la fiesta. Pero no sólo podían así anticipar el disfrute del placer que les esperaba, sino que disponían igualmente del ocio necesario para hablar de la extraña historia de Silas Marner, y llegar por sus debidos pasos a la conclusión de que había atraído las bendiciones del cielo siendo un verdadero padre para una solitaria niña huérfana. Ni siquiera el herrero (y veterinario) adoptó una actitud negativa ante aquel convencimiento, sino que, antes bien al contrario, lo consideró especialmente suyo, e invitó a cualquier audaz que se encontrara entre sus oyentes a llevarle la contraria. Pero nadie lo hizo, y las posibles diferencias entre los reunidos se fundieron en un acuerdo general que coincidió con la opinión del señor Snell, el dueño de la taberna, en el sentido de que cuando un hombre se había merecido su buena suerte, lo que correspondía a sus vecinos era alegrarse con él.

Al acercarse el grupo de los contrayentes y de sus padres, se oyeron calurosos vítores en el patio de El Arcoíris, y Ben Winthrop, cuyos chistes seguían disfrutando de la aprobación general, prefirió reunirse de inmediato con sus amigos y recibir sus felicitaciones, sin considerar necesario ir a descansar un poco a la casa de La Cantera antes de incorporarse a la fiesta.

Eppie tenía ya un jardín más grande del que había esperado; y también se habían introducido en la casa otros cambios costeados por el señor Cass, el propietario, para

acomodar a una familia mayor. Porque tanto Silas como Eppie habían afirmado que preferían seguir allí en lugar de trasladarse a un nuevo hogar. El jardín estaba cercado con piedras por dos lados, pero por delante se había colocado una valla con aberturas entre los troncos, a través de las cuales brillaban las flores, como si quisieran participar en la alegría de las cuatro personas, muy unidas, que ya se acercaban.

—¡Padre, padre! —exclamó Eppie—. ¡Qué casa tan bonita tenemos! Creo que nadie podría ser más feliz que nosotros.



MARY ANN EVANS, GEORGE ELIOT para la historia de la literatura, nació en 1819 en Chilvers Coton (Warwickshire), hija de un agente inmobiliario. A los ocho años se la consideraba ya «fuera de lo normal» por su peculiar inteligencia y brillantez; a los diecisiete confesaba su agnosticismo y su padre, que le había dado una rigurosa educación religiosa, la echó de casa. Subdirectora de la *Westminster Review*, el foro intelectual progresista más importante de su tiempo, fue animada a dedicarse a la literatura por el crítico George Henry Lewes, que llegaría a ser su compañero prácticamente toda la vida: decidieron vivir juntos a pesar de que él estaba casado.

Las primeras novelas de George Eliot recrean ambientes y personajes de su Warwickshire natal, como *Escenas de la vida parroquial* (1857), *Adam Bede* (1859), *El molino del Floss* (1860) o *Silas Marner* (1861). Con la novela histórica *Romola* (1863) inició su etapa de madurez, a la que pertenecen *Felix Holt* (1866), *Middlemarch* (1871-1872) y *Daniel Deronda* (1876). Algunos relatos y novelas cortas como *El velo alzado* (1859) y *El hermano Jacob* (1860) son ejemplo también de su gran ambición y originalidad.

A la muerte de Lewes en 1878, se ocupó de concluir la obra más importante de este, *Problems of Life and Mind*. En 1880 se casó con el agente de bolsa John Walter Cross, pero en diciembre de ese mismo año falleció en Londres.

Notas

[1] 1793-1815, cuando Inglaterra y Francia estaban casi de continuo en guerra, hasta la derrota final de Napoleón en Waterloo. [*N. del T.*] <<

[2] Jonatán es la personificación de la completa lealtad en su relación con David, rey de Israel. I Samuel 18: 1-4. [N. del T.] <<

[3] Dos ángeles sacaron a Lot y a su familia de Sodoma antes de que Yavé destruyera esa ciudad y también a Gomorra, Gén. 19, 1-25. [*N. del T.*] <<

[4] *Madame* Leprince de Beaumont, escritora francesa del siglo XVIII, relata la historia del «príncipe Cheri» en sus *Cuentos de hadas* (1785), en la que el hada buena Candide regala al príncipe un anillo de esas características. [*N. del T.*] <<